CROMWELL

de Victor Hugo



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

Cromwell de Victor Hugo

CROMWELL

Víctor Hugo

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

PREFACIO

El drama que damos a luz no lleva en sí nada que lo recomiende a la atención y a la benevolencia del público; no tiene, para atraer sobre él el interés de los hombres, políticos, la ventaja del *veto* de la censura administrativa, ni para inspirar simpatía literaria a los hombres de buen gusto, el honor de que lo haya rechazado oficialmente el infalible comité de la lectura. Se presenta ante el público solo, pobre y desnudo, como el enfermo del Evangelio, *solus pauper nudus.*

Después de titubear mucho tiempo, el autor del drama se decidió a recargarle con notas y con prólogos, y ambas cosas son ordinariamen-

te indiferentes para los lectores. Éstos se enteran más del talento del escritor que de su modo de ver, y sea la obra mala o buena, no les importa sobre qué ideas se asienta ni en qué capacidad ha germinado. Nadie visita los sótanos de un edificio después que ha recorrido las salas, y el que come la fruta del árbol no se acuerda de sus raíces.

Por otra parte, las notas y los prefacios son algunas veces un medio cómodo de aumentar el peso de un libro y de aumentar, al menos en la apariencia, la importancia de un trabajo; táctica es ésta semejante a la de los generales que, para que sea más imponente su frente de batalla, ponen en línea hasta los bagajes. Después, mientras que los críticos se encarnizan con el prefacio y los eruditos con las notas, puede suceder que hasta la misma obra se le escape y pase intacta a través de los fuegos cruzados, como un ejército que se libra de un mal

paso, huyendo entre los combatientes de la vanguardia y de la retaguardia.

Estos motivos, aunque son dignos de consideración, no son los que al autor han decidido. No tenía necesidad de hinchar este volumen, que ya de por sí es demasiado grueso. Además, el autor, no sabe por qué, ha notado que sus prólogos, francos e ingenuos, más que le han protegido contra los críticos, le han servido para comprometerle. En vez de servirle de buenos y de fieles escudos, le han jugado la mala pasada que suelen hacer los trajes extraños, esto es, que señalan en la batalla al soldado que los lleva, y que en vez de servirle de defensa, le atraen todos los tiros.

Consideraciones de otro orden han influido también sobre el autor. Cree que, si efectivamente no se visita por placer los sótanos de un edificio, algunas veces se tiene curiosidad de examinar los cimientos; por lo que se entrega

otra vez con un prefacio a la cólera de los folletinistas. *Che sara, sara.* Nunca se ha cuidado gran cosa del éxito de sus obras y no le asustó nunca el *qué dirán* literario. En la flagrante discusión en que se empeñan en el teatro y en la escuela el público y los académicos, quizá se oiga con algún interés la voz de un solitario aprendiz de la naturaleza y de la verdad que se ha retirado muy joven del mundo literario por amor a las letras y que aporta a él buena fe a falta de buen gusto, convicción a falta de talento y estudios literarios a falta de ciencia.

El autor se limitará a exponer consideraciones generales sobre el arte, sin la idea de querer construir una fortaleza para su propia obra y sin pleitear en favor ni en contra de nadie. El ataque y la defensa de su libro es menos importante para él que para cualquier otro; es poco afecto a las luchas personales, pues siempre ofrece espectáculo miserable ver que se alboro-

ta el amor propio de los combatientes. Protesta, pues, de antemano contra cualquiera interpretación que se dé a sus ideas y contra cualquiera aplicación que se haga de sus palabras, diciendo como el fabulista español:

Quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.

Debe el autor confesar, sin embargo, que algunos de los principales campeones de las «sanas doctrinas literarias» le han dispensado el honor de arrojarle el guante, a él, casi desconocido, simple e imperceptible espectador de la curiosa pelea que no tiene la fatuidad de querer decidir. En las páginas siguientes se leerán las objeciones que les opone; éstas son su honda y su piedra: los que quieran, que se las arrojen a la cabeza de los Goliats clásicos.

Dicho esto pasemos adelante.

Debemos partir de un hecho. La misma naturaleza de civilización, o para emplear una ex-

presión más exacta aunque más extensa, la misma sociedad no ha ocupado siempre el mundo. El género humano en conjunto ha crecido, se ha desarrollado y ha madurado como nosotros. Desde niño pasó a ser hombre, y nosotros presenciamos ahora su imponente vejez. Antes de la época, que la sociedad moderna llama antigua, existió otra era, que los antiguos llamaban fabulosa, y que sería más exacto llamar primitiva. He aquí, pues, tres edades sucesivas en la civilización, desde su origen hasta nuestros días. Como la poesía se superpone siempre a la sociedad, probaremos a desentrañar, según la forma de ésta, cuál ha debido ser el carácter de aquélla en las tres grandes edades del mundo: los tiempos primitivos, los tiempos antiguos y los tiempos modernos.

En los tiempos primitivos, cuando el hombre se despierta en un mundo que acaba de nacer, la poesía se despierta con él. En presencia de las

maravillas que le deslumbran y que le embriagan, su primera palabra es un himno. Está tan cerca aún de Dios, que todas sus meditaciones son himnos y todos sus sueños visiones. En su efusión, canta como respira. Su lira no tiene más que tres cuerdas: Dios, el alma y la creación; pero este triple misterio lo envuelve todo, esa triple idea todo lo abarca. La tierra está todavía casi desierta. Existen en ella familias, pero no pueblos; padres, pero no reyes. Cada raza existe tranquilamente, sin propiedad, sin ley, sin rozamientos y sin guerras. Todo es de cada uno y de todos. La sociedad es una comunidad, y nada molesta al hombre que vegeta en la vida pastoral y nómada por la que empiezan todas las civilizaciones, y que es propicia a las contemplaciones solitarias y a las caprichosas fantasías. Su pensamiento, como su vida, es semejante a la nube que cambia de forma y de camino, según el viento que la arrastra. He aquí el

primer hombre, he aquí el primer poeta. Es joven y lírico; su plegaria condensa su religión y la oda es toda su poesía.

La oda de los tiempos primitivos es el Génesis.

Poco a poco la adolescencia del mundo desaparece. Todas las esferas se agrandan; la familia se convierte en tribu y la tribu se convierte en nación. Cada uno de estos grupos de hombres se agrupa alrededor de un centro común y nacen los reinos. El instinto social sucede al instinto nómada. El campo abre paso a la ciudad, la tienda al palacio, el arco al templo. Los jefes de los Estados nacientes son aún pastores, pero pastores de pueblos; su cayado pastoril tiene ya la forma de cetro. Todo se para y se fija. La religión adquiere una forma, los ritos reglamentan la oración y el dogma viene a encuadrarse en el culto. De este modo el sacerdote y el rey se dividen la paternidad del pueblo; de

este modo a la comunidad patriarcal sucede la sociedad teocrática.

Entretanto las naciones comienzan a estar demasiado prietas en el globo y se molestan y se magullan; de esto provienen los choques de los imperios y la guerra. Se desbordan las unas sobre las otras, y esto hace necesarios los viajes y las emigraciones de los pueblos. La poesía refleja esos grandes acontecimientos; de las ideas pasa a los sucesos, y canta los siglos, los pueblos y los imperios, y convirtiéndose en épica, da a luz a Homero.

Homero, en efecto, domina a la sociedad antigua. En aquella sociedad todo es sencillo, todo es épico. La poesía es religión, la religión es ley. A la virginidad de la primera edad sucede la castidad de la segunda. Todo lo impregna una especie de gravedad solemne, así en las costumbres domésticas como en las costumbres públicas. Los pueblos sólo han conservado de

la vida errante el respeto al extranjero y al viajero. La familia tiene una patria a la que todo se liga; profesa el culto del hogar y el culto de la tumba.

Volvemos a repetir que la expresión de semejante civilización sólo puede ser la epopeya. La epopeya tomará en ella muchas formas, pero jamás perderá su carácter. Píndaro es más sacerdote que patriarcal, más épico que lírico. Si los analistas contemporáneos, necesarios en esa segunda edad del mundo, recogen las tradiciones de aquellos siglos, no pueden conseguir que la cronología se desprenda de la poesía; la historia, para ellos, continúa siendo epopeya. Herodoto es un Homero.

Sobre todo en la tragedia antigua, la epopeya resalta por todas partes. Sube a la escena griega sin perder en cierto modo sus proporciones gigantescas y desmesuradas. Los personajes de sus tragedias son todavía héroes, semidioses y

dioses; sus resortes consisten en sueños, en oráculos y en fatalidades; sus cuadros en enumeraciones, en funerales y en combates; los actores declaman lo que cantan los rapsodas. Más aún; cuando la acción completa y todo el espectáculo épico ha pasado en la escena, lo que queda, el coro lo toma. El coro comenta la tragedia, infunde valor a los héroes, hace descripciones, llama a la luz del día, se lamenta, explica el sentido moral de lo que se propone el autor y adula al público que le escucha. El coro es, pues, el caprichoso personaje colocado entre el espectáculo y el espectador, es el poeta completando su epopeya.

El teatro de los antiguos era como su drama, grandioso, pontifical, épico. Podía contener treinta mil espectadores, porque las representaciones se hacían al aire libre, a la luz del sol, y duraban todo el día. Los actores ahuecaban y fingían la voz, se ponían mascarilla y hacían

crecer su estatura. Querían ser gigantes como los papeles que desempeñaban. La escena era inmensa, y podían representar a la vez el interior y el exterior de un templo, de un palacio, de un campamento, de una ciudad. En ella se desarrollaban vastos espectáculos: ya representaba a Prometeo sobre la montaña, ya a Antígena buscando desde lo alto de la torre a su hermano Polynice en el ejército enemigo, ya a Evadné arrojándose desde lo alto de una roca a las llamas de la hoguera donde se quema el cuerpo de Capanée (de Eurípides), y un bajel que llega al puerto y que desembarca en la escena cincuenta princesas con su comitiva (de Esquilo). En aquella época la arquitectura y la poesía tienen carácter monumental; la antigüedad no tiene nada tan solemne ni tan majestuoso, y mezcla en el teatro su culto y su historia. Sus primeros comediantes son sacerdotes, y sus juegos escénicos ceremonias religiosas, fiestas

nacionales.

Haremos la última observación para marcar bien el carácter épico de aquellos tiempos, que consiste en decir que la tragedia antigua, así por los asuntos que trata como por las formas que adopta, no hace más que repetir la epopeya. Los trágicos antiguos se ocupan en detallar a Homero, conciben las mismas fábulas, las mismas catástrofes y los mismos héroes. Todos se abrevan del río homérico. Siempre se ocupan de la *Ilíada* y de la *Odisea*. Como Aquiles, que arrastra a Héctor, la tragedia griega da vueltas alrededor de Troya. Poco a poco la edad de la epopeya llega a su fin. Así como la sociedad que ella representa, la poesía se gasta afianzándose sobre sí misma. Roma se calca sobre la Grecia y Virgilio copia a Homero, y para morir dignamente la poesía épica expira de su último parto.

Había sonado su hora. Iba a empezar una

nueva era para el mundo y para la poesía.

La religión espiritualista, que suplanta al paganismo material y exterior, deslizándose en el corazón de la sociedad antigua, la mata, y en el cadáver de una civilización decrépita deposita el germen de la civilización moderna. Esta religión es completa, porque es verdadera; entre el dogma y el culto sella profundamente la moral. Desde luego, como primeras verdades, enseña al hombre que existen dos vidas, una pasajera y otra inmortal, una en la tierra y otra en el cielo. Enseña al hombre que es doble, como su destino; que se encierran en él un animal y una inteligencia, un alma y un cuerpo; que él es el punto de intersección, el anillo común de dos cadenas de seres que abarcan la creación, desde la serie de seres materiales hasta la serie de seres incorporales, cuya primera serie empieza en la piedra y llega hasta el hombre, y cuya segunda serie, partiendo del hombre, acaba en Dios.

Quizá comprendieron una parte de esas virtudes algunos sabios de la antigüedad, pero desde el Evangelio data su plena y luminosa revelación. Las escuelas paganas caminaban a tientas en la oscuridad de la noche, asiéndose de las mentiras como de las verdades en el camino que seguían a la ventura. Algunos de dichos filósofos lanzaban a veces sobre los objetos débiles claridades, que sólo los iluminaban por una parte y sólo servían para oscurecer más la otra. De esto provinieron los fantasmas que creó la filosofía antigua. Sólo era capaz la sabiduría divina de sustituir por una claridad igual y vasta las iluminaciones vacilantes de la sabiduría humana. Pitágoras, Epicuro, Sócrates y Platón son antorchas, pero Jesucristo es la luz del día.

Por otra parte, nada hay tan material como la teogonía antigua. Lejos de pensar, como el cristianismo, en separar el espíritu del cuerpo, da

forma y fisonomía a todo, hasta las esencias y las inteligencias. Todo en ella es visible, palpable y carnal. Sus dioses necesitan que una nube los oculte a los ojos humanos. Beben, comen y duermen: puede herírseles y su sangre se derrama; puede estropeárseles y cojean eternamente. Esa religión tiene dioses y semidioses. Su rayo se forja en una fragua, en la que se hace entrar, entre otros ingredientes, *tres imbris forti radios.* Su Júpiter suspende el mundo de una cadena de oro; su sol sube en un carro tirado por cuatro caballos; su infierno es un precipicio que su geografía pone en la boca en el globo; su cielo es una montaña.

De este modo el paganismo, que petrifica todas sus creaciones formadas de la misma arcilla, empequeñece la divinidad y engrandece al hombre. Los héroes de Romero tienen tanta talla como sus dioses. Ajax desafía a Júpiter, Aquiles vale tanto como Marte. Acabamos de

ver cómo el cristianismo, por el contrario, separa profundamente el espíritu de la materia, estableciendo un abismo, entre el alma y el cuerpo y otro abismo entre el hombre y Dios.

En dicha época, para no omitir ningún rasgo del bosquejo que estamos trazando, debemos notar que con el cristianismo y por su influencia se introdujo en el espíritu de los pueblos un sentimiento nuevo, desconocido de los antiguos y singularmente desarrollado en los modernos; un sentimiento que es más que la gravedad y menos que la tristeza: la melancolía. El corazón del hombre, entorpecido hasta entonces por los cultos jerárquicos y sacerdotales, no tenía por qué despertar y encontrar en él el germen de una facultad inesperada al sentir el soplo de una religión humana, porque es divina; de una religión que convierte la plegaria del pobre en riqueza del rico; de una religión de igualdad, de libertad y de caridad. ¿Podía dejar de ver las

cosas bajo nuevo aspecto desde que el Evangelio le hizo ver que existe el alma al través de los sentidos y la eternidad detrás de la vida?

Por otra parte, en aquel momento el mundo sufrió tan profunda revolución que revolucionó a los espíritus. Hasta entonces las catástrofes de los imperios raras veces llegaban hasta el corazón de las poblaciones; sólo las sufrían los reyes que caían y las majestades que pasaban. El rayo sólo estallaba en las altas regiones, y los acontecimientos se desarrollaban con toda la solemnidad de la epopeya: en la sociedad antigua, el individuo estaba colocado tan bajo, que para que le hirieran los trastornos necesitaba que la adversidad descendiese hasta su familia; de tal modo que él no conocía el infortunio, fuera de los dolores domésticos. Raras veces las desgracias generales del Estado desarreglaban su vida. Pero en cuanto se estableció la sociedad cristiana, trastornó el antiguo continente,

removiéndolo hasta sus raíces. Los acontecimientos, encargados de destruir la antigua Europa y de reedificar la nueva, se chocaban, se precipitaban sin tregua y se arrojaban las naciones atropelladamente, unas hacia la luz y otras hacia la oscuridad. Moviose tal estrépito en la tierra, que fue imposible que algo del tumulto universal no llegara hasta el corazón de los pueblos. Aquello, más que un eco, fue un contragolpe. El hombre, replegándose en sí mismo al presenciar tan enormes vicisitudes, comenzó a compadecer a la humanidad y a comprender las amargas irrisiones de la vida. De este sentimiento, que condujo a la desesperación a Catón el pagano, el cristianismo hizo nacer la melancolía.

Al mismo tiempo nació el espíritu de examen y de curiosidad, porque las grandes catástrofes eran al mismo tiempo grandes espectáculos de dolorosas peripecias. Entonces fue cuando el

Norte se lanzó sobre el Mediodía, el universo romano cambió de forma y se experimentaron las últimas convulsiones de un mundo que agonizaba. Desde que murió ese mundo, bandadas de retóricos, de gramáticos y de sofistas abatieron su vuelo como mosquitos sobre el inmenso cadáver, y se les vio pulular, y se les oyó zumbar en aquel foco de putrefacción. Acudieron a examinar, a comentar y a discutir. Cada miembro, cada músculo, cada fibra del cuerpo yacente fue examinado en todos los sentidos. Debieron sentir verdadera alegría los anatomistas del pensamiento, de poder desde sus primeros ensayos hacer experimentos en gran escala y de tener por objeto disecar una sociedad muerta.

De este modo vemos apuntar a la vez, y dándose la mano, al genio de la melancolía y de la meditación y al demonio del análisis y de la controversia. Al uno de los extremos de esta era

de transición está Longino y al otro San Agustín. No hay que despreciar dicha época, que encerraba en gérmenes todo lo que después ha dado frutos; no hay que despreciar ese tiempo, en el que los escritores han abonado la tierra para que produjera la cosecha mucho más tarde. La Edad Media está injertada en el Bajo Imperio.

Estableciendo la nueva religión una sociedad nueva, veremos también crecer sobre esta doble base una poesía nueva. Hasta entonces, obrando en esto como el politeísmo y la filosofía antigua, la musa puramente épica de los antiguos sólo había estudiado la naturaleza por una sola cara, rechazando sin compasión de los dominios del arte todo lo que en el mundo, sometido a su imitación, no se relacionase con cierto tipo de lo bello. Tipo que desde luego fue magnífico, pero que le sucedió lo que le sucede a todo lo que es sistemático; en sus últimos tiempos

degeneró en falso, mezquino y convencional. El cristianismo dirigió la poesía hacia la verdad. Como él, la musa moderna lo verá todo desde un punto de vista más elevado y más vasto; comprenderá que todo en la creación no es humanamente bello, que lo feo existe a su lado, que lo deforme está cerca de lo gracioso, que lo grotesco es el reverso de lo sublime, que el mal se confunde con el bien y la sombra con la luz. La musa moderna preguntará si la razón limitada y relativa del artista debe sobreponerse a la razón infinita y absoluta del creador; si el hombre debe rectificar a Dios; si la naturaleza mutilada será por eso más bella; si el arte tiene el derecho de quitar el forro, si esta expresión se nos permite, al hombre, a la vida y a la creación; si el ser andará mejor quitándole algún músculo o el resorte; en una palabra, si ser incompletos es la manera de ser armoniosos. Entonces fue cuando, fijándose en los aconteci-

mientos, a la vez risibles y formidables, y por la influencia del espíritu de melancolía cristiana y de crítica filosófica que acabamos de notar, la poesía dio un gran paso, un paso decisivo, un paso que, semejante a la sacudida que produce un terremoto, cambiará la faz del mundo intelectual. Obrará como la naturaleza, mezclará en sus creaciones, pero sin confundirlas, la sombra y la luz, lo grotesco y lo sublime, el cuerpo y el alma, la bestia y el espíritu; porque el punto de partida de la religión debe ser el punto de partida de la poesía.

He aquí, pues, un principio extraño a la antigüedad, un tipo nuevo introducido en la poesía, y con la condición de estar en el ser modificado el ser todo entero; he aquí una forma nueva desarrollada en el arte. Este tipo es lo grotesco; esta forma es la comedia.

Séanos permitido insistir, ya que acabamos de indicar el rasgo característico, sobre la diferen-

cia fundamental que separa, según nuestra opinión, el arte moderno del arte antiguo, la forma actual de la forma muerta, o, para servirnos de palabras más vagas, pero más admitidas, la literatura romántica de la literatura clásica.

Nuestros contrarios, al oír esto, contestan que hace ya tiempo que nos *veían venir* y que van a anonadarnos con nuestros propios argumentos, diciéndonos lo siguiente: -¿Queréis que lo *feo* sea un tipo digno de imitarse y lo *grotesco* un elemento de arte? Tenéis mal gusto literario. El arte debe rectificar a la naturaleza, debe ennoblecerla, debe saber elegir. Los antiguos no se han ocupado jamás de lo feo ni de lo grotesco, no han confundido jamás la comedia con la tragedia. Estudiad a Aristóteles, a Boileau y a La Harpe. -¡Eso es verdad!

Sin duda son sólidos dichos argumentos, y sobre todo nuevos. Pero nuestra misión no con-

siste en refutarlos. No tratamos de edificar un sistema: Dios nos libre de sistemas; sólo hacemos constar un hecho. Somos historiadores y no críticos. Que el hecho agrade o disguste, poco importa, cuando el hecho existe. Reanudemos, pues, nuestro bosquejo y tratemos de probar que de la fecunda unión del tipo grotesco con el sublime nace el genio moderno, tan complejo, tan variado en sus formas, tan inagotable en sus creaciones, enteramente opuesto en esto a la uniforme sencillez del genio antiguo, y de probar que de este hecho necesario debemos partir para establecer la diferencia radical y real que existe entre las dos literaturas.

No queremos con esto decir que la comedia y lo grotesco fueran desconocidos absolutamente de los antiguos; esto sería por otra parte imposible, porque nada crece sin raíces; la segunda época siempre existe en germen en la primera. Desde la Ilíada, Thersites y Vulcano represen-

tan la comedia, el primero entre los hombres y el segundo entre los dioses. Tiene demasiada naturalidad y originalidad la tragedia griega para que algunas veces no intervenga en ella la comedia. Por ejemplo, y para no citar más que lo que recordemos de memoria, la escena de Menelao con la portera del palacio *(Elena,* acto I); la escena del músico griego *(Oreste,* acto IV); los tritones, los sátiros y los cíclopes son grotescos; las sirenas, las furias, las harpías son grotescas; Polifemo es un grotesco terrible y Sileno es un grotesco bufón.

Pero en todos esos ejemplos y en otros muchos se conoce que el arte estaba aún en su infancia. La epopeya, que en aquella época imprimía su forma a todo, pesaba sobre ella y la ahogaba. El grotesco antiguo es tímido y procura siempre esconderse. Se ve que no está en su terreno, porque aquélla no es su naturaleza, y se oculta todo lo que puede. Los sátiros, los

tritones y las sirenas casi no son deformes; las parcas y las harpías son más vergonzosas por sus atributos que por sus caras; las furias son hasta hermosas, y por eso se las llama *euménides,* esto es, tiernas y bienhechoras. Tiende la mitología un velo de grandeza y de divinidad sobre lo grotesco. Polifemo es un gigante, Midas es un rey y Sileno es un dios.

De este modo la comedia pasa casi desapercibida en el gran conjunto épico de la antigüedad. Al lado de los carros olímpicos, ¿qué significa la carreta de Thespis? Comparados con los colosos homéricos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, ¿qué significan Aristófanes y Plauto? Homero los eclipsa a todos; como Hércules se llevó a los pigmeos, él se los lleva ocultos bajo su piel de león.

En el pensamiento de los modernos, por el contrario, lo grotesco desempeña un papel importantísimo. Se mezcla en todo; por una parte

crea lo deforme y lo horrible, y por otra lo cómico y lo jocoso. Atrae alrededor de la religión mil supersticiones originales y alrededor de la poesía mil imaginaciones pintorescas. Siembra a manos llenas en el aire, en el agua, en la tierra y en el fuego esas miríadas de seres intermediarios que encontramos vivos en las tradiciones populares de la Edad Media; hace girar en la oscuridad el circulo espantoso del Sábado; pone cuernos a Satanás, pies de macho cabrío y alas de murciélago; es él el que ya arroja en el infierno cristiano las espantosas figuras que evocarán más tarde el genio áspero de Dante y de Milton, o ya le puebla de formas ridículas, en medio de las que servirá de diversión Callot, el Miguel Ángel burlesco. Lo grotesco, si del mundo ideal se pasa al real, desarrolla en él inagotables parodias de la humanidad. Son creaciones de su fantasía los Scaramuches, los Crispines y los Arlequines, siluetas de

hombres que hacen muecas, tipos enteramente desconocidos de la grave antigüedad, y que sin embargo, todos han nacido en la clásica Italia. Es él, en fin, el que, coloreando el mismo drama, al mismo tiempo con la imaginación del Mediodía y con la imaginación del Norte, hace brincar a Sganarelle alrededor de Don Juan y arrastrarse a Mefistófeles alrededor de Fausto. La poesía antigua, viéndose obligada a dar compañeras al cojo Vulcano, trató de disfrazar su deformidad, dándole en cierto modo proporciones colosales. El genio moderno conserva ese tipo de herreros sobrenaturales, pero le imprime bruscamente un carácter opuesto que les hace más chocantes; cambia los gigantes en enanos y convierte a los cíclopes en gnomos. Con la misma originalidad que a la hidra de Lerna, la substituye por los dragones locales de nuestras leyendas. Todas estas creaciones sacan de su propia naturaleza el acento enérgico y

profundo, ante el que parece que haya querido retroceder muchas veces la antigüedad.

Las euménides griegas son mucho menos horribles, y por consecuencia menos verdaderas, que las brujas de *Macbeth;* Plutón no es tan infernal como el diablo.

Tenemos la convicción de que podría escribirse un libro que ofreciese mucha novedad sobre el empleo del grotesco en las artes. Podrían probarse en él los grandes efectos que los modernos han sacado de ese tipo fecundo, sobre el que una crítica mezquina se encarniza en la actualidad. Quizá nosotros mismos, por el asunto que tratamos, nos veamos obligados a señalar de paso alguno de sus rasgos. Diremos ahora solamente que, como objetivo cerca de lo sublime, como medio de contraste, lo grotesco es el más rico manantial que la naturaleza ha abierto al arte. Rubens sin duda lo comprendió así, porque le complacía en el desarrollo de las

pompas reales, en sus coronamientos y en sus brillantes ceremonias mezclar la repugnante figura de algún bufón. La belleza universal, que la antigüedad difundía por todas partes solemnemente, era algo monótona; cuando una misma impresión se repite sin cesar, a la larga fatiga. Lo sublime sobre lo sublime con dificultad produce un contraste, y necesitamos descansar hasta de lo bello. Parece, por el contrario, que lo grotesco sea un momento de pausa, un término de comparación, un punto de partida, desde el que nos elevamos hacia lo bello con percepción más fresca y más deseada. La salamandra hace resaltar la ondina, y el gnomo embellece al silfo. Podemos decir con exactitud que el contacto de lo deforme ha dotado a lo sublime moderno de algo más puro, de algo más grande que lo bello antiguo, y debe ser así. Cuando el arte es consecuente consigo mismo, conduce con más seguridad cada cosa a su fin. Si el Elíseo homé-

rico está muy lejos de ofrecer el encanto etéreo y la angélica suavidad del paraíso de Milton, es porque bajo del Edén existe un infierno mucho más horrible que el tártaro pagano. Ni Francesca de Rímini ni Beatriz serían tan deslumbradoras en un poeta que no se encerrara en la torre del Hambre, obligándonos a presenciar la repugnante comida del conde Ugolino. Dante no tendría tanta gracia si no tuviera tanta fuerza. Las náyades carnosas, los robustos tritones y los céfiros libertinos carecen de la fluidez diáfana de nuestras ondinas y de nuestras sílfides, y es porque la imaginación moderna, que hace vagar por nuestros cementerios a los vampiros, a los ogros, a las almas en pena y a los aparecidos, consigue dar a esos seres fantásticos la forma incorporal y la pura esencia que jamás tuvieron las ninfas paganas. La Venus antigua es hermosa y admirable, mas ¿quién ha infundido en las figuras de Juan Goujon la elegancia

esbelta, extraña y aérea? ¿Quién les dio el carácter, hasta entonces desconocido, de vida y de grandiosidad, sino su proximidad a las esculturas rudas y poderosas de la Edad Media?

Si durante el desarrollo necesario de nuestras ideas, que aún pudieran profundizarse más, el hilo de ellas no se ha roto en el espíritu del lector, debe haber comprendido con qué gran potencia lo grotesco, ese germen de la comedia que ha recogido la rnusa moderna, ha debido crecer y engrandecerse desde que se ha transportado a un terreno más propicio para él que el paganismo y la epopeya. En efecto, en la poesía nueva, mientras que lo sublime representa el alma tal como ella es, purificada por la moral cristiana, lo grotesco representa el papel de la humana estupidez. El primer tipo, desprendido de toda liga impura, estará dotado de todos los encantos, de todas las gracias y de todas las bellezas, y llegará un día en que cree a Julieta, a

Desdémona y a Ofelia. El segundo tipo representará todo lo ridículo, todo lo defectuoso y todo lo feo. En esta división de la humanidad y de la creación, a él le corresponderán las pasiones, los vicios y los crímenes; será injurioso, rastrero, glotón, avaro, pérfido, chismoso e hipócrita; será más tarde Yago, Tartufo, Basilio, Poionio, Harpagón, Bartolo, Falstaff, Scapín y Fígaro. Lo bello no tiene más que un tipo, lo feo tiene mil. Es porque lo bello, humanamente hablando, sólo es la forma considerada en su expresión más simple, en su simetría más absoluta, en su armonía más íntima con nuestra organización; por eso nos ofrece siempre conjunto completo, pero restringido. Lo que llamamos lo feo, por el contrario, es un detalle de un gran conjunto que no podemos abarcar y que se armoniza, no con el hombre, sino con la creación entera; por eso nos presenta sin cesar aspectos nuevos, pero incompletos.

Es un estudio curioso seguir el advenimiento y la marcha de lo grotesco en la era moderna. Al principio es una invasión, una irrupción, un desbordamiento; es un torrente que rompe su dique. Atraviesa al nacer la literatura latina, que muere, prestando sus encantos a Perseo, a Petronio y a Juvenal, y dejando en ella *El asno de oro*, de Apuleyo. Desde allí se difunde en la imaginación de los pueblos nuevos que rehacen la Europa, y fluye en los cuentistas, en los cronistas y en los romanceros, extendiéndose del Sur al Septentrión. Se mezcla entre las fantasías de las naciones tudescas, y al mismo tiempo vivifica con su soplo los admirables romanceros españoles, que son la verdadera Ilíada de la caballería. Imprime sobre todo su carácter a la maravillosa arquitectura, que en la Edad Media ocupa el sitio de todas las artes. Deja su estigma en la frente de las catedrales, encuadra sus infiernos y sus purgatorios en la ojiva de sus

pórticos, haciéndoles llamear en sus vidrios; desarrolla sus monstruos, sus dueñas y sus demonios alrededor de los capiteles, a lo largo de sus frisos y al borde de sus techos. Se instala bajo innumerables formas en la fachada de madera de las casas, en la fachada de piedra de las torres y en la fachada de mármol de los palacios. De las artes pasa a las costumbres, y mientras hace que el público aplauda a los graciosos de la comedia, da a los reyes los bufones. Más tarde, en el siglo de la etiqueta nos enseñará a Scarrón sentado en la cama de Luis XIV. Desde las costumbres penetra también en las leyes, y mil caprichos fabulosos atestiguan su paso por entre las instituciones de la Edad Media. Después de haber penetrado en las artes, en las costumbres y en las leyes, penetra hasta en la Iglesia, y le vemos arreglar en todas las villas católicas alguna de esas ceremonias singulares, alguna de esas procesiones extrañas, en las que

la religión sale acompañada de todas las supersticiones, esto es, lo sublime rodeado de lo grotesco. En fin, para pintar de un solo rasgo cómo es lo grotesco en la referida aurora de las letras, para expresar cuánta es su verbosidad, su fuerza y su savia de creación, diremos que arroja de una vez en el campo de la poesía moderna tres Homeros jocosos: Ariosto en Italia, Cervantes en España y Rabelais en Francia.

Creemos inútil hacer resaltar más la influencia de lo grotesco en la tercera civilización. En la época llamada romántica, todo demuestra su alianza íntima y creadora con lo bello.

Debemos decir que en la época en que nos hemos detenido está muy marcado el predominio del grotesco sobre el sublime de las letras; pero eso lo produjo la fiebre de la reacción, el ardor de la novedad, que ya pasó. El tipo de lo bello vuelve a recobrar bien pronto su papel y su derecho, que no consiste en excluir al otro

principio, sino en dominarle, y así sucedió.

Llegó el tiempo en que lo grotesco se satisfizo en poder contar con uno de los rincones de los cuadros de Murillo y en las páginas sagradas de Pablo Veronés; con mezclarse en los dos admirables *Juicios finales,* que enorgullecen a las artes; en la escena arrebatadora de horror con que Miguel Ángel enriquecerá al Vaticano, y con las espantosas caídas de hombres que Rubens precipitará desde lo alto de las bóvedas de la Catedral de Anvers. Llegó el momento en que va a establecerse el equilibrio entre los dos principios. Un hombre, un poeta, *rey poeta soberano,* como Dante llama a Hornero, va a fijar dicho equilibrio. Estos dos genios rivales, que acabo de citar, juntan su doble llama, y de esta llama brota Shakespeare.

He aquí que hemos llegado a la cumbre poética de los tiempos modernos. Shakespeare es el drama, y el drama que funde bajo un mismo

soplo lo grotesco y lo sublime, lo terrible y lo jocoso, la tragedia y la comedia; el drama que es el carácter propio de la tercera época de la poesía, de la literatura actual.

Resumiendo con rapidez los hechos que acabamos de observar hasta aquí, veremos que la poesía cuenta tres edades, cada una correspondiente a una época de la sociedad, la oda, la epopeya y el drama. Los tiempos primitivos son líricos, los tiempos antiguos épicos y los tiempos modernos dramáticos. La oda canta la eternidad, la epopeya solemniza la historia y el drama retrata la vida. El carácter de la primera poesía es la ingenuidad, el de la segunda es la sencillez, y el de la tercera es la verdad. Los rapsodas marcan la transición de los poetas líricos a los poetas épicos, y los romanceros la de los poetas épicos a los poetas dramáticos. Los historiadores nacen con la segunda época, los cronistas y los críticos con la tercera. Los

personajes de la oda son colosos, como Adán, Caín y Noé; los de la epopeya son gigantes, como Aquiles, Atreo y Orestes; los del drama son hombres, como Hamlet, Macbeth y Otelo. La oda vive de lo ideal, la epopeya de lo grandioso, el drama de lo real. Esta triple poesía mana de estos tres grandes manantiales, la Biblia, Homero, Shakespeare.

Tales son, y nos concretamos a sacar este resultado, las diferentes fisonomías del pensamiento en las diferentes eras del hombre y de la sociedad; sus tres semblantes, de juventud, de virilidad y de vejez. Ya se examine una literatura particular, ya todas las literaturas en masa, llegaremos siempre al mismo resultado: veremos siempre a los poetas líricos antes que a los poetas épicos, y a los poetas épicos antes que a los poetas dramáticos. En Francia, Malesherbes viene antes que Chapelain, Chapelain antes que Corneille; en la antigua Grecia, Orfeo antes que

Homero y Homero antes que Esquilo. En el Libro Sagrado, el Génesis antes que los Reyes; los Reyes antes que Job; o para tomar la gran escala que vamos recorriendo, la Biblia antes que la Ilíada y la Ilíada antes que Shakespeare. La sociedad empieza por cantar lo que sueña, después refiere lo que hace, y al fin describe lo que piensa. Por esto, digámoslo de paso, el drama, que reúne las cualidades más opuestas, puede tener a la vez mucha profundidad y gran relieve, ser filosófico y pintoresco.

Será oportuno añadir aquí que todo en la naturaleza y en la vida pasa por las tres fases: por lo lírico, por lo épico y por lo dramático, porque todo nace, se agita y muere. Si no fuera ridículo confundir las fantásticas ideas de la imaginación con las deducciones severas del raciocinio, podría decir un poeta que la salida del sol, por ejemplo, es un himno, el mediodía una brillante epopeya y la puesta del sol un

sombrío drama, en el que luchan el día y la noche, la vida y la muerte. Pero esto es pura fantasía. Concretémonos a los hechos reales que acabamos de resumir, y completémoslos con una observación importante. De ningún modo hemos pretendido designar a las tres épocas de la poesía exclusivo dominio; sólo hemos tratado de fijar su carácter dominante. La Biblia, ese divino monumento lírico, encierra, como acabamos de indicar, una epopeya y un drama en germen en los Reyes y en Job. Se ve en los poemas homéricos todavía un resto de poesía lírica y un principio de poesía dramática. La oda y el drama se cruzan en la epopeya; hay de todo en todos; sólo que en cada uno de esos géneros existe un elemento generador al que se subordinan los demás y que impone al conjunto su carácter propio.

El drama es la poesía completa. La oda y la epopeya sólo lo contienen en germen, pero el

drama encierra a la una y a la otra en su desarrollo. El que dijo que *los franceses no tienen la cabeza épica* fue justo y agudo, pero si hubiera añadido *los modernos,* su frase espiritual hubiera sido más profunda. Es incontestable, sin embargo, que se ve el genio épico en la prodigiosa tragedia *Athalia,* que es tan sencilla y tan grandiosamente sublime, que el siglo de Luis XIV no la pudo comprender. Es cierto también que la serie de los dramas-crónicas de Shakespeare presenta un gran aspecto de epopeya, pero la poesía lírica es la que mejor sienta al drama; nunca la estorba, se plega a todos sus caprichos y desarrolla todas sus formas, y tan pronto es sublime, como en Ariel, como es grotesca, como en Calibán. Nuestra época, que sobre todo es dramática, por esta razón es eminentemente lírica, y es que hay siempre cierta relación entre el principio y el fin; la puesta de sol tiene algo de la salida; el viejo vuelve a ser niño, pero la

última infancia no se parece a la primera: es tan triste como aquella alegre; lo mismo le sucede a la poesía lírica. Deslumbradora y llena de ilusiones aparece en la aurora de los pueblos, pero reaparece triste, sombría y pensativa en el crepúsculo de la tarde de las naciones. La Biblia, que empieza risueña por el Génesis, termina amenazadora con el Apocalipsis.

Para hacer más comprensibles las ideas que acabamos de aventurar, por medio de una imagen compararemos la poesía lírica primitiva con un lago apacible que refleja las nubes y las estrellas, y a la epopeya con el río que corre, reflejando en sus orillas bosques, campos y ciudades, a arrojarse en el Océano del drama. Como el lago, el drama refleja el cielo como el río refleja las costas, pero él sólo encierra abismos y tempestades.

Al drama, pues, viene a desembocar toda la poesía moderna. *El Paraíso perdido* fue drama

antes de ser epopeya; bajo aquella forma se presentó al principio a la imaginación del poeta y se queda impresa en la memoria del lector; de tal modo resalta el antiguo croquis dramático que imaginó Milton. Cuando Dante terminó su terrible *Infierno* y le cerró las puertas, no quedándole otro trabajo que el de bautizar su obra, el instinto de su genio le hizo ver que su poema multiforme era emanación del drama y no de la epopeya, y sobre el frontispicio del gigantesco monumento escribió con su pluma de bronce: *Divina comedia*.

Se ve, pues, que los dos únicos poetas de los tiempos modernos que tienen la talla de Shakespeare tratan de aproximarse a su unidad, concurren con él a dar tinte dramático a toda nuestra poesía, mezclan como él lo grotesco y lo sublime, y lejos de separarse del gran conjunto literario que se apoya sobre Shakespeare, Dante y Milton son los arcos que sostienen el

edificio del que ocupa él el pilar central, son los contrafuertes de la bóveda de que Shakespeare es la clave. Permítasenos insistir en algunas ideas ya enunciadas.

Desde el día en que el cristianismo dijo al hombre:

-«Eres un ser doble, compuesto de dos seres, uno perecedero y otro inmortal», desde ese día se ha creado el drama. ¿Es otra cosa, en efecto, el contraste de todos los días, la lucha de todos los instantes entre dos principios opuestos, que están siempre juntos en la vida, y que se disputan al hombre desde la cuna hasta el sepulcro?

La poesía hija del cristianismo, la poesía de nuestro tiempo es el drama; la realidad es su carácter, y la realidad resulta de la combinación de los dos tipos, lo sublime y lo grotesco, que se encuentran en el drama, como se encuentran en la vida y en la creación. La poesía verdadera, la poesía completa consiste en la armonía de los

contrarios. Ya es hora de decirlo en alta voz, puesto que, aquí sobre todo, las excepciones confirman la regla; todo lo que existe en la naturaleza está dentro del arte.

Colocándonos en este alto punto de vista para juzgar las mezquinas reglas convencionales, para desbrozar los laberintos escolásticos, para resolver todos los problemas raquíticos, que los críticos de los dos últimos siglos representaron trabajosamente alrededor del arte, debe maravillarnos la prontitud con que se ha resuelto la cuestión del teatro moderno. El drama no tuvo más que dar un paso para romper todos los hilos de tela de araña con los que creyeron atarle las milicias de Liliput mientras estuvo durmiendo.

Así, cuando pedantes aturdidos pretenden que lo deforme, lo feo y lo grotesco no deben ser jamás objeto de imitación para el arte, debe respondérseles que lo grotesco es la comedia, y

la comedia forma parte del arte. Para ellos Tartufo no será bello ni Pourceaugnac noble, y Pourceaugnac y Tartufo serán siempre dos pimpollos del arte. Debe objetárseles también que si se les arroja de esa barrera de la segunda línea de aduanas, renuevan la prohibición de aliar lo grotesco con lo sublime, de fundir la comedia en la tragedia, y debe hacérseles comprender que en la poesía de los pueblos cristianos, lo grotesco representa la parte material del hombre y lo sublime el alma. Esos dos tallos del arte, si se impide que mezclen sus ramas, si se les separa sistemáticamente, producirán por todo fruto, uno de ellos la abstracción de vicios y de ridiculeces y el otro la abstracción del crimen, del heroísmo y de la virtud. Los dos tipos, aislados de este modo y entregados a sí mismos, se irán cada uno por su lado, dejando entre ellos la realidad, el uno a su derecha y el otro a su izquierda. Por lo tanto, después de

hacer estas abstracciones, quedará por representar lo más importante, al hombre; faltará hacer el drama.

En el drama, tal como se ejecuta, o tal por lo menos como se puede concebir, todo se encadena y se deduce en él como en la realidad: en él representan su papel el cuerpo y el alma, y los hombres y los acontecimientos, puestos en juego por este doble agente, pasan de jocosos a terribles, y alguna vez a ser terribles y bufones a un tiempo. Así un juez dirá: - *Condenado a muerte y vamos a comer*. Así el Senado romano deliberará sobre el rodaballo de Domiciano. Así Sócrates, bebiendo la cicuta y asegurando que el alma es inmortal y que existe un Dios único, se interrumpirá para recordar que no se olviden de sacrificar un gallo a Esculapio. Así la reina Elisabeth jurará y hablará en latín. Así Richelieu sufrirá la influencia del capuchino José, y Luis XI la de su barbero Olivier. Así

Cromwell dirá: -*He metido al rey en mi saco y al Parlamento en mi bolsillo*, y la misma mano que firma el decreto de muerte de Carlos I pintarrajeará con tinta el rostro de un regicida. Así César en su carro triunfal tendrá miedo de caer. Por que los hombres de genio, por grandes que sean, tienen siempre su lado grotesco que se ríe de su inteligencia; por esa parte tocan con la humanidad y por esa parte son dramáticos.

«De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso», decía Napoleón, cuando se convenció de que era un simple mortal, y este relámpago de un alma de fuego que se entreabre ilumina a la vez el arte y la historia; ese grito de agonía es el resumen del drama y de la vida.

Estos contrastes se encuentran en los poetas, considerados como hombres. A fuerza de meditar sobre la existencia, de hacer resaltar la dolorosa ironía, de lanzar el sarcasmo y la burla sobre nuestras debilidades, esos hombres, que

excitan la risa del público, acaban por estar tristes. Esos Demócritos son también Heráclitos; Beaumarchais era taciturno, Molière era sombrío, Shakespeare era melancólico.

Una de las supremas bellezas del drama es lo grotesco; no es sólo conveniente, sino que con frecuencia es necesario. Algunas veces se presentan estos tipos en masas homogéneas, por medio de caracteres completos, como Daudin, Prusias, Trissotin, Bridoison, la nodriza de Julieta; algunas veces inspirando terror, como Ricardo III, Begears, Tartufo y Mefistófeles; algunas veces respirando gracia y alegría, como Fígaro, Osrick, Mercurio y Don Juan. Este tipo se infiltra por todas partes, porque así como los seres vulgares tienen muchas veces accesos de lo sublime, los seres más distinguidos pagan con frecuencia su tributo a lo trivial y a lo ridículo: por eso constante e imperceptiblemente lo grotesco está presente en la escena hasta cuan-

do calla, hasta cuando se esconde, y merced a su influencia nos libra de impresiones monótonas. Ya lanza la risa, ya lanza el horror en la tragedia. Consigue que el farmacéutico encuentre a Romeo, las tres brujas a Macbeth y los enterradores a Hamlet; algunas veces, en fin, como en la escena del rey Lear y su bufón, mezcla sin producir discordancia su voz chillona con las sublimes, lúgubres y fantásticas músicas del alma.

Véase, pues, cómo la arbitraria distinción de los géneros desaparece ante la razón y el buen gusto, y con la misma facilidad desaparecerá también la falaz regla de las dos unidades. Decimos dos y no tres unidades, porque la unidad de acción y no de conjunto, que es la única, verdadera y fundada, está hace ya mucho tiempo fuera de toda discusión.

Contemporáneos distinguidos, tanto extranjeros como nacionales, han atacado, ya teórica, ya

prácticamente, esta ley fundamental del código pseudo-aristotélico. Por otra parte, el combate no podía ser muy largo. A la primera sacudida ha estallado; ¡tan carcomida estaba la viga de la antigua casucha escolástica!

Lo más extraño es que los rutinarios tienen la pretensión de apoyar la regla de las dos unidades en la verosimilitud, cuando precisamente la realidad es la que la mata. No hay nada tan inverosírnil y tan absurdo como el vestíbulo, el peristilo o la antecámara, sitios públicos en los que nuestras tragedias se desarrollan, en los que se presentan, no se sabe cómo, los conspiradores a declamar contra el tirano y el tirano a declamar contra los conspiradores, por turno, como si se hubieran dicho bucólicamente:

Alternis cantemus; amant alterna Camenoe.

¿Han existido jamás peristilos de esa clase? ¿Hay algo más opuesto, no sólo a la verdad, sino también a verosimilitud? Resulta de todo

esto que lo que es característico, íntimo y local, y no puede pasar en la antecámara o en la calle, esto es, el drama entero, pasa entre bastidores. Sólo vemos en cierto modo en el teatro los codos de la acción, las manos están fuera. En vez de escenas nos dan recitados, en vez de cuadros descripciones. Graves personajes, colocados como el coro antiguo, entre el drama y el espectador, le refieren lo que sucede en el templo, en el palacio o en la plaza pública, de modo que muchas veces nos dan tentaciones de gritar: - «Pues llevadnos allí, que eso es digno de verse.»

Se nos objetará que la regla que repudiamos está tomada del teatro griego, pero nosotros replicaremos, exigiendo que se nos diga si se parece en algo nuestro teatro al teatro griego. Además, ya hicimos ver la prodigiosa extensión de la escena antigua, que le permitía abarcar una localidad entera, de tal modo, que el poeta,

podía, según las necesidades de la acción, transportarla como quisiera de un extremo del teatro al otro, lo que era casi un equivalente al cambio de decoraciones. El teatro griego estaba circunscrito a un fin nacional y religioso, y era mucho más libre que el nuestro, que sólo tiene por objeto divertir, o si se quiere, enseñar a los espectadores. Uno obedece sólo a las leyes que le son propias, mientras que, el otro se aplicaba condiciones de ser perfectamente extrañas a su esencia.

Se empieza a comprender ahora que la localidad exacta es uno de los elementos de la realidad. Los personajes hablando u obrando no son los únicos que graban en el espíritu del espectador el sello fiel de los hechos. El sitio en que ha sucedido una catástrofe es un testimonio inseparable y terrible, y la ausencia de esta especie de personaje mudo dejaría incompletas en el drama las más grandes escenas de la his-

toria. El poeta sólo se atrevería a asesinar a Rizzio en la cámara de María Stuardo, ni a dar de puñaladas a Enrique IV en otra parte que en la calle de la Ferronerie, ni a quemar a Juana de Arco en otra parte que en el Mercado Viejo, ni a decapitar a Carlos I ni a Luis XVI en otros sitios que en las plazas siniestras desde las que se ven White-Hall y las Tullerías.

La unidad de tiempo no es más sólida que la unidad de lugar. La acción, encerrada en las veinticuatro horas, es cosa tan ridícula como encerrarla en el vestíbulo. Toda acción tiene su duración propia, como tiene su sitio particular. Causa risa querer propinar la misma dosis de tiempo a todos los acontecimientos y aplicarles la misma medida. Nos burlaríamos del zapatero que quisiera meter los mismos zapatos en todos los pies. Atravesar la unidad de tiempo y la unidad de lugar como los barrotes de una jaula y hacer entrar en ella pedantescamente

todas las figuras y todos los pueblos que la Provincia desarrolla en grandes masas en la realidad, es mutilar los hombres y las cosas, es querer que haga visajes la historia. Es más; todo esto morirá durante la operación; de este modo los mutiladores dogmáticos alcanzan su resultado ordinario; esto es, que lo que estaba vivo en la crónica esté muerto en la tragedia. Por eso con frecuencia la jaula de las unidades sólo encierra un esqueleto.

Además, si veinticuatro horas pueden compendiarse en dos, será también lógico deducir que cuatro horas puedan compendiar cuarenta y ocho, y la unidad de Shakespeare no será la unidad de Corneille.

Éstos son los pobres ardides que desde hace dos siglos las medianías, la envidia y la rutina fraguan contra el genio, limitando de este modo el vuelo de nuestros grandes poetas. Con las tijeras de las unidades les han cortado un ala,

¿y qué nos han dado en cambio de las plumas arrancadas a Corneille y a Racine? Campistrón.

Concebimos que se nos pudiera objetar que los cambios demasiado frecuentes de decoraciones pueden embrollar y fatigar al espectador, produciendo en él el efecto del deslumbramiento; que las traslaciones multiplicadas de un sitio a otro en poco tiempo pueden exigir contraexposiciones que enfríen el interés; que debe temerse que, produzcan en medio de la acción lagunas que impidan que las partes del drama se adhieran perfectamente entre ellas, y que además desconcierten al espectador, no pudiendo comprender qué debe haber en aquellos vacíos; pero éstas son precisamente las dificultades del arte; éstos son los obstáculos propios de tal o de cual asunto, y sobre lo que no se puede legislar dando una ley para todos ellos. El genio debe resolverlos los poetas no deben eludirlos.

Nos bastará, en fin, para demostrar lo absurdo de la regla de las dos unidades, presentar la última razón, tomada de las entrañas del arte. La existencia de la tercera unidad, la unidad de acción, es la única que todos admiten, porque resulta de un hecho: el ojo y el espíritu humano sólo pueden abarcar un conjunto cada vez; la unidad de acción es tan necesaria como las otras dos son inútiles; es la que marca el punto de vista del drama y, por lo tanto, excluye a las otras dos. No puede haber tres unidades en un drama, como no puede haber tres horizontes en un cuadro. Pero no hay que confundir la unidad con la sencillez de la acción. La unidad del conjunto no rechaza de ningún modo las acciones secundarias en que debe apoyarse la acción principal; sólo se necesita que estas partes, prudentemente subordinadas al todo, graviten sin cesar hacia la acción central y se agrupen alrededor de ella en los dife-

rentes planos del drama. La unidad del conjunto es la ley de perspectiva del teatro.

-Los grandes genios han sufrido esas reglas que rechazáis -nos replicarán los críticos-. Desgraciadamente tenéis razón. Dios sabe adónde hubieran llegado esos hombres admirables si no les hubieseis cortado el vuelo. Se han prestado a aceptar vuestros grillos sin combatiros. Por eso Pedro Corneille, maltratado por debutar con su maravilla el *Cid*, tiene que luchar luego con Mairet, Claveret, DÁuvignac y Scuderi, y denunciar a la posteridad sus violencias. He aquí lo que le dijeron: «Joven, es menester aprender antes de enseñar.» Racine experimentó los mismos disgustos sin resistirse tanto como Corneille, porque carecía del genio, del carácter y de la esperanza de éste; se encerró en el silencio y abandonó al desdén de su época su arrebatadora elegía *Esther* y su magnífica epopeya *Athalia*.

Indudablemente nos ha privado de poseer muchas bellezas la cadena de críticos clásicos que empieza en Scuderi y termina en La Harpe; bellezas que su soplo árido ha secado en germen. A pesar de ellos nuestros grandes poetas han hecho brillar su genio oprimido por las trabas, y con frecuencia ha sido inútil que los quisiesen amurallar entre los dogmas y las reglas. Como el gigante hebreo, al huir, han arrancado las puertas de su prisión y se las han llevado a la montaña.

Esto no obstante, se repite y quizá se repetirá durante mucho tiempo: -¡Seguid las reglas! ¡Imitad a los modelos, que las reglas son las que los forman!- Pero es menester distinguir entre dos clases de modelos; los que se han escrito siguiendo las reglas, o los modelos de los que se han sacado las reglas. ¿En cuál de las dos categorías debe el genio buscar su sitio? Aunque siempre sea enojoso estar en contacto con

los pedantes, vale mil veces más enseñarles que recibir lecciones de ellos. Después sólo se trata de imitar, ¿y el reflejo vale tanto como la luz? ¿El satélite que se arrastra sin cesar por el mismo círculo vale tanto como el astro centraly generador? A pesar de su magnífica poesía, Virgilio no es más que la luna de Homero. Ahora veamos a quién hemos de imitar. ¿A los antiguos? Acabamos de probar que su teatro no tiene ninguna semejanza con el nuestro. Voltaire, que no está por Shakespeare, no está tampoco por los griegos; nos va a decir por qué: «Los griegos se han dedicado a espectáculos que son repulsivos para nosotros. Hipólito, destrozado por su caída, cuenta sus heridas y lanza gritos de dolor. A Filóctetes le acometen accesos en sus sufrimientos, y sangre negra mana de su herida. Edipo, lleno de sangre que gotea aún del hueco de sus ojos que acaba de arrancarse, se queja de los dioses y de los hom-

bres. Se oyen los gritos de Clytemnestra, a la que ahoga su propio hijo, y Electra grita en medio del teatro: «Herid, matad, no perdonéis a nadie, que ella no ha perdonado a nuestro padre.» Se ve a Prometeo atado en una roca con clavos que se le hunden en el pecho y en los brazos. Las furias contestan a la sombra siniestra de Clytemnestra con aullidos que no tienen articulación humana: el arte estaba en su infancia en los tiempos de Esquilo, como en Londres en los tiempos de Shakespeare ¿Hay que imitar a los modernos? No hay de qué.

Pudiera objetársenos que concebimos el arte de tal manera, que parece que sólo contemos con los grandes poetas y con los genios; pero a eso debemos contestar que el arte no debe contar con las medianías; no las prescribe nada, no las conoce, no existen para él; el arte da alas y no muletas; por eso nada ha importado que Aubignac siguiese las reglas y que Campistrón

imitara modelos. Esto nada le importa al arte, porque él no edifica palacios para las hormigas, y las deja formar su hormiguero sin saber si llegarán a apoyar sobre su base la parodia de su edificio.

Los críticos de la escuela escolástica colocan a sus poetas en difícil posición: por una parte les dicen sin cesar: Imitad a los modelos; por otra parte, proclaman constantemente que los modelos son inimitables; y luego, si a fuerza de trabajos estos escritores consiguen hacer pálida copia o calco descolorido de las obras de los maestros, los citados críticos les dicen unas veces: No se parece a nada; y otras veces: Se parece a todo; y por una lógica creada ex profeso para ello, cada una de estas dos fórmulas es una verdadera crítica.

Digámoslo en voz alta. Ha llegado el tiempo en que la libertad, como la luz, penetrando por todas partes, penetra también en las regiones

del pensamiento. Es preciso inutilizar por inservibles las teorías, las poéticas y los sistemas. Hagamos caer la antigua capa de yeso que ensucia la fachada del arte. No debe haber ya ni reglas ni modelos; o mejor dicho, no deben seguirse más que las reglas generales de la naturaleza, que se ciernen sobre el arte, y las leyes especiales que cada composición necesita, según las condiciones propias de cada asunto. Las primeras son interiores y eternas, y deben seguirse siempre; las segundas son exteriores y variables, y sólo sirven una vez. Las primeras son las vigas de carga que sostienen la casa, y las segundas son los andamios que sirven para edificarla y que se hacen de nuevo para cada edificio; unas son el esqueleto y otras la vestidura del drama. Estas reglas, sin embargo, no están escritas en los tratados de poética. El genio, que adivina más que aprende, extrae para cada obra las primeras reglas del orden general

de las cosas, las segundas del conjunto aislado del asunto, que trata, no como el químico que enciende el hornillo, sopla el fuego, calienta el crisol, analiza y destruye, sino como la abeja, que vuela con alas de oro, se posa sobre las flores y extrae la miel, sin que los cálices pierdan su brillo ni las corolas su perfume.

Insistimos en que el poeta sólo debe seguir los consejos de la naturaleza, de la verdad y de la inspiración, que ésta es también una verdad y una naturaleza. Lope de Vega decía:

Que cuando he de escribir una comedia,
encierro los preceptos con seis llaves.

Efectivamente, no son demasiado *seis llaves* para encerrar los preceptos. El poeta debe tener mucho cuidado de no copiar a nadie, y ni aun tomar por modelo a Shakespeare o a Molière, a Schiller o a Corneille. Si el verdadero talento pudiera abdicar hasta este punto de su verdadera naturaleza, y desprenderse de su origina-

lidad personal para transformarse en otro, lo perdería todo representando el papel de Sosie. Sería el dios que se convertía en lacayo. Es preciso beber en los manantiales primitivos; que la misma savia, esparcida por todo el suelo, que produce todos los árboles del bosque, los produce diferentes en figura, en hojas y en frutos; la misma naturaleza fecunda y nutre a los genios más distintos. El poeta es un árbol que puede ser batido por todos los vientos y abrevado por todos los rocíos que producen sus obras, que son sus frutos, como, el fabulista produce sus fábulas. ¿Por qué encadenarse a un maestro? ¿Por qué esclavizarse a un modelo? Vale más ser zarza o cardo, que se nutre de la misma tierra que el cedro y que la palmera, que ser hongo o liquen de los grandes árboles; la zarza vive y el hongo vejeta; además, que por grandes que sean el cedro y la palmera, la sustancia que se saque de ellos puede no conver-

tirnos en grandes por nosotros mismos. El parásito de un gigante resultará todo lo más enano. La encina, a pesar de ser colosal, sólo puede producir el muérdago.

Si algunos de nuestros poetas han sido notabilísimos imitando, es porque, modelándose con la forma antigua, han seguido, sin embargo, las inspiraciones de su naturaleza y de su genio y han sido originales en algo. Sus ramajes se extendían sobre el árbol inmediato, pero sus raíces se sumergían en el suelo del arte; han sido yedra, pero no muérdago. Después ha llegado otra clase de imitadores, que no teniendo ni raíces en tierra ni genio en el alma, han tenido que concretarse a la imitación. Como dice Carlos Nodier: «Después de la escuela de Atenas vino la escuela de Alejandría.» Entonces llegó la irrupción de las medianías, y entonces pulularon esas poéticas, que son tan cómodas para ella y tan embarazosas para el talento.

Entonces dijeron que todo estaba ya escrito y prohibieron a Dios que creara otros Molières y otros Corneilles. Quisieron que la memoria hiciera las veces de la imaginación, reglamentando este descubrimiento con aforismos por este estilo: *«Imaginar,* dice la Harpe con cándida seguridad, no es en el fondo otra cosa que *recordar.»*

Debe copiarse la naturaleza y la verdad. Nosotros, con la idea de demostrar que en vez de demoler el arte las ideas nuevas sólo tratan de reconstruirle con más solidez y con mejores fundamentos, vamos a indicar cuál es el límite infranqueable que, según nuestra opinión, separa la realidad según el arte, de la realidad según la naturaleza. Sólo puede confundirlas el aturdido, como lo hacen algunos partidarios moderados del romanticismo. La verdad en el arte no puede ser, como lo creen muchos, la realidad absoluta. El arte no puede dar la cosa

misma. Supongamos que uno de los promovedores irreflexivos de la naturaleza absoluta, de la naturaleza vista fuera del arte, asiste a la representación de una pieza romántica, del *Cid* por ejemplo. Desde las primeras palabras extrañará que el Cid hable en verso, y dirá que hablar en verso no es *natural,* que debe hablarse en prosa. En segundo lugar, dirá que el Cid habla en francés, y la *naturaleza* requiere que hable su lengua, esto es, que hable en español. Pero no es esto todo; antes de llegar a la décima frase castellana, el defensor de la *realidad absoluta* debe levantarse y preguntar si el Cid que está hablando es el verdadero Cid en carne y hueso. ¿Con qué derecho el actor que lo representa, y que se llama Pedro o Jaime, toma el nombre del Cid? Eso es *falso.* Por el mismo motivo debe exigir que el sol del cielo sustituya al sol de la maquinaria, y árboles reales y casas verdaderas a los mentirosos bastidores. Colocándonos en

semejante pendiente, a la que la lógica nos arrastra, no sabemos ya dónde iremos a parar.

Debe, pues, reconocerse, so pena de caer en el absurdo, que el dominio del arte y de la naturaleza son perfectamente distintos. La naturaleza y el arte son dos cosas diferentes, y si no lo fueran, la una o la otra no existiría. El arte, además de su parte ideal, tiene una parte terrestre y positiva. Haga lo que haga, está encerrado entre la gramática y la prosodia, y posee para sus creaciones más caprichosas formas, medios de ejecución y todo un material que remover: para el genio, éstos son los instrumentos; para la medianía, éstas son las herramientas.

Se ha dicho que el drama es un espejo que refleja la naturaleza; pero si este espejo es ordinario y presenta la superficie plana y unida, sólo se verán en él los objetos como una imagen turbia y sin relieve, fiel, pero descolorida, porque sabido es que el color de la luz pierde con

la reflexión simple. Es preciso, pues, que el drama sea un espejo de concentración que, en vez de debilitar, recoja y condense los rayos colorantes, que de una claridad haga luz y de una luz llama. Entonces sólo el drama será digno del arte.

El teatro es un punto de vista óptico. Todo lo que existe en el mundo, en la historia, en la vida y en el hombre, debe y puede reflejarse en él, pero embellecido por la vara mágica del arte. El arte hojea los siglos y la naturaleza, interroga a las crónicas, estudia para reproducir la realidad de los hechos, sobre todo la de las costumbres y la de los caracteres; restaura lo que los analistas han truncado, adivina sus omisiones y las repara, llena sus lagunas por medio de imaginaciones que tienen color de época; agrupa lo que ellos han esparcido, reviste el todo con una forma poética y natural a la vez, y le da la vida de verdad saliente que engendra la ilusión, el

prestigio de realidad que apasiona a los espectadores después de haber apasionado al poeta. De este modo el objeto del arte es casi divino; consiste en resucitar si se trata de la historia, y en crear si se trata de la poesía.

Es grandioso ver desenvolverse majestuosamente un drama en el que el arte desarrolla poderosamente la naturaleza; el drama en que la acción camina a su desenlace con firmeza y con facilidad, sin difusión y sin verosimilitud; en el que el poeta llena plenamente el objeto múltiple del arte, que consiste en abrir al espectador doble horizonte, iluminando a la vez el interior y el exterior de los hombres; el exterior por medio de sus discursos y de sus acciones, el interior por los apartes y por los monólogos, creando en el mismo cuadro el drama de la vida y el drama de la conciencia.

Concíbese que para una obra de este género, si el poeta debe elegir entre los asuntos (y de-

be), no debe escoger lo bello, sino lo característico. No porque le convenga dar, como se dice ahora, color local, esto es, añadir algunos toques chillones aquí y allá, en un conjunto que continúe siendo falso y convencional, sino porque no es en la superficie del drama donde debe estar el color local, sino en el fondo, en el corazón mismo de la obra, desde el que se esparza por fuerza de ella natural e igualmente y, por decirlo así, en todos los rincones del drama, como la savia que sube desde las raíces a las hojas altas del árbol. El drama debe estar impregnado de color de época; debe aspirarse en ella de tal modo, que nos apercibamos de que entrando y saliendo de él hemos cambiado de siglo y de atmósfera. Se necesitan algunos estudios y bastante trabajo para conseguirlo, pero esto le da más mérito. Es conveniente que obstruyan las avenidas del arte zarzas y espinos que hagan retroceder a todos menos a las vo-

luntades fuertes. Además, este estudio, cuando lo sostiene una ardiente inspiración, garantizará al drama del defecto que le mata, el de ser *común.* Éste es el defecto de los poetas de vista corta y de cortos alientos.

Es indispensable que en la época de la escena las figuras aparezcan con sus rasgos más salientes y más individuales; hasta las más vulgares y triviales deben tener personificación propia. No debe abandonarse ningún hilo suelto en el drama. Como Dios, el verdadero poeta debe estar presente en todas las partes de su obra. El genio debe parecerse al acuñador, que imprime la efigie real lo mismo en las piezas de cobre que en las monedas de oro.

Consideramos, y esto probará a los hombres de buena fe que no tratamos de reformar el arte, consideramos que el verso es uno de los medios más propios para preservar al drama del defecto que acabamos de señalar; conside-

ramos que el verso es uno de los diques más poderosos para preservarnos de la irrupción de lo *común.* Aquí nos vamos a permitir indicar un error que creemos que padece la literatura joven, tan rica ya en autores y en obras, error que, por otra parte, justifican las increíbles aberraciones de la antigua escuela. El nuevo siglo está aún en la edad de su crecimiento y es árbol que se puede enderezar con facilidad.

Se ha formado en los últimos tiempos, como penúltima ramificación del viejo tronco clásico, o mejor dicho, se ha formado una de esas excrecencias, uno de esos pólipos que desarrolla la decrepitud y que son más signo de descomposición que prueba de vida: se ha formado una singular escuela de poesía dramática. Esta escuela parece que tenga por maestro y por tronco común al poeta que marca la transición del siglo XVIII al XIX, al hombre de las descripciones y de las perífrasis, a Delille, que, según

refieren, se vanagloriaba, a la manera que Homero se jactaba de haber descrito doce camellos, cuatro perros, tres caballos, seis tigres, etc., de haber hecho muchas descripciones de invierno, de estío, de primavera, de puestas de sol, y tantas auroras que era imposible contarlas.

Pues Delille pasó a la tragedia. Es el fundador de una escuela que pretende ser maestra en la elegancia y en el buen gusto, y que floreció recientemente. La tragedia no es para esta escuela lo que es, por ejemplo, para Shakespeare, un manantial de emociones de todas clases, sino un cuadro cómodo para resolver una multitud de insignificantes problemas descriptivos, que es lo que se propone durante su curso; en vez de rechazar, como la verdadera escuela clásica francesa, las trivialidades y las cosas ordinarias de la vida, las busca y las recoge con avidez. Lo grotesco, evitado cuidadosamente en la trage-

dia del tiempo de Luis XIV, se admite en esta escuela, pero *ennoblecido*. Su objeto parece que sea extender cartas de nobleza a todo lo más vulgar del drama, y cada una de estas cartas contiene una larga tirada de versos.

A la musa de esta escuela, que está acostumbrada a las caricias de la perífrasis, las palabras propias que alguna vez la frotarían con aspereza le causan horror, no es digno de ella hablar con naturalidad; ella critica a Corneille porque dice crudamente:

-*Un montón de hombres perdidos de deudas y de crímenes.*

-Climene, *¿quién lo hubiera creído? Rodrigo, ¿quién lo hubiera dicho?*

-Cuando Flaminius *regateaba* con *Aníbal.*

-¡Ah! ¡No queráis *barajarme con la* República!, etc.

Esa Melpómene, como se llama a sí misma, se estremecería de pasar sólo la vista por una

crónica: deja a los eruditos el cuidado de averiguar la época en que pasan los dramas que escribe; la historia para ella es de mal tono y de mal gusto. ¿Cómo ha de poder tolerar, por ejemplo, que los reyes y las reinas juren? Desde la dignidad real se deben elevar a la dignidad trágica. En una palabra, nada es tan *común* como su elegancia y su nobleza convencional. Carece de rasgos, de imaginación y de invención en el estilo. Sólo es retórica ampulosa, llena de lugares comunes, de flores trasnochadas y de la poesía de los versos latinos. Sólo tiene ideas prestadas que viste con imágenes de pacotilla. Los poetas de esta escuela son elegantes a la manera de los príncipes y princesas de teatros, que están siempre seguros de encontrar en los vestuarios mantos reales y coronas de similor, que sólo tienen el defecto de servir para todo el mundo. Si los poetas de esa escuela no hojean la Biblia, en cambio constituye su evan-

gelio un libro grueso, que se llama el Diccionario de la rima; éste es el manantial de su poesía, *fontes aquarum*.

Se comprende que de ese modo la naturaleza y la verdad queden malparadas; porque sería gran casualidad que sobrenadase alguna ruina de ellas en el cataclismo de arte falso, de estilo falso y de poesía falsa de esa escuela. Esto ha infundido error a nuestros reformadores más distinguidos. Chocándoles el embarazarniento, el aparato y lo pomposo de esta pretendida poesía dramática, han creído que los elementos de nuestro lenguaje poético eran incompatibles con lo natural y con lo verdadero. Estaban tan cansados de los alejandrinos, que les condenaron sin querer oírles, y de esta condena han deducido, quizá con precipitación, que el drama debía escribirse en prosa.

Pero éste es un segundo error, porque si, en efecto, el estilo es falso, como en el desarrollo

del diálogo de ciertas tragedias francesas, no es culpa de los versos, sino de los versificadores; debe condenarse, no la forma que se emplea, sino a los que emplean esa forma; a los obreros, no a las herramientas.

Para convencerse que la naturaleza de nuestra poesía no pone obstáculos a la libre expresión de lo verdadero, no es quizá en Racine donde debe estudiarse nuestra versificación; debe estudiarse en algunas obras de Corneille y en todas las obras de Molière. Racine es poeta divino, elegiaco, lírico y épico; Molière es dramático; pero ya es hora de hacer justicia y de destruir las críticas amontonadas por el mal gusto del último siglo sobre el estilo admirable de Molière, que se sienta en la cumbre de la poesía, no sólo como poeta, sino también como escritor.

En el verso abarca la idea y la incorpora, estrechándola y desarrollándola al mismo tiem-

po, prestándole figura esbelta, estricta y completa, y ofreciéndonosla como en elixir. El verso es la forma óptica del pensamiento; por eso conviene a la perspectiva escénica. Escrito el verso de cierto modo, comunica su relieve a las ideas que sin él pasarían desapercibidas por insignificantes y vulgares. Hace más sólido y más firme el tejido del estilo. Es el nudo que para el hilo. Es la cintura que sostiene la túnica y que la hace formar pliegues. ¿Qué puede perder, pues, al entrar en el verso la naturaleza y la verdad? Se lo preguntamos a nuestros prosistas: ¿pierde algo la naturalidad en la poesía de Molière? ¿El vino, que nos permite decir algunas trivialidades de sobra, deja de ser vino porque esté embotellado?

Si tuviésemos el derecho de decir y de imponer nuestra opinión sobre el estilo del drama, diríamos que debía expresarse en verso libre, franco, leal, que se atreviera a decirlo todo sin

gazmoñería y expresarlo todo sin rebuscamientos, pasando del tono natural de la comedia al de la tragedia, de lo sublime a lo grotesco; siendo a la vez positivo y poético, artístico e inspirado, profundo y repentino, suelto y verdadero; sabiendo quebrar a propósito y colocar en distintos sitios la cesura, para evitar la monotonía de los alejandrinos. Inclinándose más a cortar el verso que a invertirle, siendo fiel a la rima, a esta esclava reina, a esta suprema gracia de nuestra poesía; debe ser el estilo inagotable en la verdad de sus giros, teniendo pleno conocimiento de los secretos de la elegancia y de la factura; tomando, como Proteo, mil formas sin cambiar de tipo ni de carácter; ocultándose, siempre detrás del personaje; siendo lírico, épico o dramático, según lo exija la situación; sabiendo recorrer todo el pentagrama poético, ir de arriba abajo, desde las ideas más elevadas hasta las más vulgares, desde las más graciosas

a las más graves, desde las exteriores hasta las abstractas, sin salirse jamás de los límites que debe tener una escena hablada; en una palabra, el estilo debe ser como lo escribía el hombre privilegiado al que una hada benéfica dotara del alma de Corneille y de la cabeza de Molière. Nos parece que entonces la versificación *sería tan bella como la prosa.*

No habría entonces ninguna relación entre la poesía que presentamos como modelo y la poesía cuya autopsia cadavérica acabamos de verificar. La diferencia que la separa es fácil de comprender.

Repitamos que el verso, sobre todo en el teatro, debe despojarse de todo amor propio, de toda exigencia y de toda coquetería. El verso en el drama sólo es una forma, que debe admitirlo todo, que no debe imponer nada; antes por el contrario, debe recibirlo todo del drama, para transmitir al espectador textos de leyes, jura-

mentos reales, locuciones populares, comedia, tragedia, risa, lágrimas, prosa y poesía.

Esta forma debe ser de bronce y encerrar el pensamiento en el metro, y con ella el drama es indestructible, porque le graba de antemano en el espíritu del actor, le advierte lo que suprime y lo que añade, le impide alterar su papel y hace sagrada cada palabra, consiguiendo que lo que dijo el poeta se encuentre mucho tiempo después fijo en la memoria del espectador. La idea templada en el verso adquiere muchas veces más incisión y más brillo; es hierro convertido en acero. Compréndese que la prosa sea necesariamente más tímida y se vea obligada a privar al drama de poesía lírica o épica, reduciéndolo al diálogo y a lo positivo y careciendo de los manantiales antes indicados. La prosa tiene las alas más cortas, es de más fácil acceso; las medianías se encuentran mejor escribiéndolas, y si exceptuamos unas cuantas obras dis-

tinguidas como las que han aparecido en estos últimos tiempos, el arte sería muy pronto un montón de abortos y de embriones.

Otra fracción de los reformistas se inclina a que el drama se escriba parte en verso y parte en prosa, como lo hizo Shakespeare. Esta manera tiene sus ventajas. Podría, sin embargo, no haber oportunidad ni belleza en las transiciones de una forma a otra, y además, cuando el tejido es homogéneo es mucho más sólido. Después de todo, que el drama esté escrito en prosa, sólo es una cuestión secundaria. La categoría de una obra debe fijarse, no por su forma, sino por su valor intrínseco. En cuestiones de esta clase no hay mas que una solución; sólo hay un peso que puede inclinar la balanza del arte, el peso del genio.

Sea prosista o versificador, el primero e indispensable mérito del escritor dramático consiste en la corrección; no en la corrección de la

superficie, que es la cualidad o el defecto de la escuela descriptiva, sino en la corrección íntima, profunda y razonada que se penetra del genio de un idioma que ha sondeado las raíces y que ha hojeado las etimologías; corrección que es siempre libre, porque se hace con seguridad y sabe que va siempre acorde con la lógica de la lengua, a pesar de que afirmen ciertas opiniones, que sin duda no han meditado en lo que afirman, y entre las que debe colocarse la del autor de este libro, que la lengua francesa no está fijada y que no se fijará. Las lenguas no se fijan. El espíritu humano está siempre en movimiento y las lenguas hacen lo mismo que él. ¿Cambiando el cuerpo cómo no ha de cambiar el traje? El francés del siglo XIX no puede ser el francés del siglo XVIII, como éste no es el francés del siglo XVII, ni el del XVII es el del XVI. La lengua de Montaigne no es la de Rabelais, la lengua de Pascal no es la de Montaigne, la lengua de Montesquieu no es la de Pascal.

Cada una de esas cuatro lenguas, considerada en sí misma, es admirable, porque es original. Cada época tiene ideas propias, y debe tener palabras propias para expresar sus ideas. Las lenguas son como el mar, oscilan sin cesar. En tiempos dados dejan una ribera del mundo del pensamiento e invaden otra, y todo lo que las olas dejan desierto se seca en el suelo; de esta manera las ideas se extinguen y las palabras se van. Sucede en los idiomas humanos como en todo: cada siglo trae y se lleva algo. Esto sucede fatalmente, y es en vano que se intente petrificar la móvil fisonomía de nuestro idioma bajo una forma cualquiera; es en vano que nuestros Josués literarios griten a la lengua que se pare, porque ni las lenguas ni el sol se paran nunca. El día en que se *fijan* es el día que mueren; por eso el francés de cierta escuela contemporánea es una lengua muerta.

Tales son las ideas actuales del autor de este

libro sobre el drama. Está muy lejos de tener la pretensión de presentar su ensayo dramático como emanación de estas ideas, que, por el contrario, no son quizá, hablando francamente, más que revelaciones de la ejecución. Le hubiera sido más cómodo, sin duda, y más hábil fundar el drama sobre el prefacio y defender el uno con el otro. Prefiere tener menos habilidad y más franqueza. Quiere ser el primero en reconocer la flojedad del lazo que liga el prólogo al drama. Su primer proyecto, que no llevó a cabo, fue dar al público la obra sola; *el demonio sin los cuernos,* como decía Iriarte. Después de haber terminado el drama, a ruegos de algunos amigos, probablemente ciegos, se determinó a publicar el prefacio, a trazar el mapa del viaje poético que acababa de hacer, a darse razón de las adquisiciones buenas o malas que aportaba, y de los nuevos aspectos bajo los que el dominio del arte se había presentado a su espíritu.

Debe tenerse en cuenta, contra él, el dictamen, o sea reproche, que un crítico alemán le ha dirigido, de haber tratado de escribir una poética para su poesía. A pesar de este reproche, debemos contestar que el autor tuvo más intención de deshacer que de hacer poéticas. Después de todo, ¿no será mejor escribir poéticas después de haber escrito poesía, que poesía después de haber escrito una poética? Pero no, no se trata de esto; el autor no tiene talento creador, ni la pretensión de establecer sistemas. «Los sistemas, dice espiritualmente Voltaire, son como los ratones que pasan por veinte agujeros, pero que al fin encuentran dos o tres en donde no pueden entrar.» Esto hubiera sido emprender un trabajo inútil y superior a sus fuerzas.

El autor pleitea, por el contrario, por conseguir la libertad del arte contra el despotismo de los sistemas, de los códigos y de las reglas. Tie-

ne por costumbre seguir a la ventura el asunto que escoge por inspiración y cambiar de molde cada vez que cambia de composición; huye sobre todo del dogmatismo en las artes. No quiera Dios que aspire nunca a ser de esos románticos o clásicos que escriben sus obras según uno de los dos sistemas, que se condenan para siempre a que su talento no tenga más que una forma y a no seguir otras leyes que las de su organización y las de su naturaleza. La obra artificial de semejantes hombres, por mucho talento que tengan, no existe para el arte; es una teoría, pero no una poesía.

Después de haber indicado en todo lo que precede cuál ha sido, según nuestra opinión, el origen del drama, cuál es su carácter y cuál debe ser su estilo, ha llegado el momento de descender de esas cumbres generales del arte al caso particular que nos hizo subir hasta ellas. Sólo nos resta enterar al lector de nuestra obra,

de Cromwell, y como éste no es un asunto que nos complace, sólo diremos de él unas cuantas palabras.

Oliverio Cromwell pertenece al número de los personajes históricos que, siendo muy célebres, son poco conocidos. La mayor parte de sus biógrafos, algunos de ellos historiadores, han dejado incompleta su gran figura, como si no se hubieran atrevido a reunir todos los rasgos del colosal prototipo de la reforma religiosa y de la revolución política de Inglaterra. Casi todos se han concretado a reproducir con mayores dimensiones el sencillo y siniestro perfil que de él trazó Bossuet, bajo su punto de vista monárquico y católico, desde su púlpito de obispo, que se apoyaba en el trono de Luis XIV.

Como todo el mundo, el autor de este libro daba crédito a la susodicha biografía, y el nombre de Cromwell sólo despertaba en él la idea sumaria de un regicida fanático y de un gran

capitán. Pero estudiando la crónica y hojeando a la ventura las memorias inglesas del siglo XVII, empezó a notar que se desarrollaba ante sus ojos un Cromwell enteramente nuevo, que no era únicamente el Cromwell militar y político de Bossuet, sino un ser complejo, heterogénco, múltiple, compuesto de elementos contradictorios, bueno y malo, lleno de genio y de pequeñez; una especie de Tiberio-Daudin, tirano de Europa y juguete de su familia; regicida, que humillaba a los embajadores de los reyes, y al que torturaba su hija; austero y sombrío en sus costumbres, pero entreteniéndose con cuatro bufones que tenía a su lado; que escribía malos versos; que era sobrio, sencillo y frugal; soldado grosero y político sutil; hábil en las argucias teológicas; orador pesado, difuso y oscuro, pero que sabía hablar al alma a los que quería seducir; hipócrita y fanático; visionario dominado por fantasmas desde su niñez; que

creía en los astrólogos y los proscribía; excesivamente desconfiado, siempre amenazador y rara vez sanguinario; rígido observador de las prescripciones puritanas; brusco y desdeñoso con sus familiares, acariciando a los sectarios que temía, engañando sus remordimientos con sutilezas; grotesco y sublime; en una palabra, siendo uno de esos hombres cuadrados por la base, como les llamaba Napoleón.

El autor de este drama, al encontrarse con este raro y chocante conjunto, conoció que la silueta apasionada de Bossuet era insuficiente. Empezó a dar vueltas alrededor de esta elevada figura, y le acometió la ardiente tentación de pintar al gigante bajo todas sus fases y bajo todos sus aspectos. La materia era abundante. Tras de pintar al hombre de guerra y al hombre de Estado, faltaba dibujar aún al teólogo, al pedante, al mal poeta, al visionario, al bufón, al padre, al marido, al hombre Proteo, en una palabra, al

Cromwell doble; *homo et vir*.

Sobre todo hay en su vida una época en que carácter tan singular se desarrolla bajo todas sus formas. No es esta época, como pudiera creerse al primer golpe de vista, la del proceso de Carlos I, a pesar de palpitar en ella un interés sombrío y terrible, sino la época en que el ambicioso trató de recoger el fruto de la muerte del rey; fue el momento en que Cromwell había llegado a una altura que hubiera sido para cualquier otro la cumbre posible de la fortuna; cuando era dueño de Inglaterra, en la que sus mil facciones enmudecían; cuando era dueño de Escocia y de Irlanda, y árbitro de Europa por su armada, por su ejército y por su diplomacia; cuando trató de realizar el primer sueño de su infancia y el último móvil de su vida, el de proclamarse rey. La historia no ha ocultado jamás tan alta enseñanza en un drama tan alto. El Protector obliga al principio a que se lo supli-

quen; y la augusta tarea empieza por las peticiones que en este sentido le dirigen las comunidades, las ciudades y los condados, a las que sigue un *bill* del Parlamento. Cromwell, que es el autor anónimo de esta farsa, aparece descontento de estas peticiones, y después de avanzar la mano hacia el cetro la retira, y se le ve aproximarse oblicuamente hacia el trono, a él, que ha tenido valor para barrer la dinastía. Al fin se decide bruscamente; ordena que empavesen a Westminster y que en dicho palacio levanten un estrado: encargan la corona a un platero y llegan a fijar el día de la ceremonia, que tuvo un desenlace extraño. El día señalado, ante el pueblo, la milicia y los comunes, en la gran sala de Westminster, sobre el estrado, del que quería descender rey, sobresaltado de súbito parece despertar: al contemplar la corona pregunta si sueña y qué es lo que significa aquella ceremonia, y pronunciando un discurso

que dura tres horas, rehúsa admitir la dignidad real. ¿Fue que sus espías le avisaron de que se fraguaban dos conspiraciones combinadas, la de los caballeros y la de los puritanos, que debían estallar aquel mismo día? ¿Fue que la revolución se produjo en él al oír los murmullos del pueblo, que se indignó al ver que el regicida iba a escalar el trono? ¿Fue sólo sagacidad de genio, instinto prudente de una ambición desenfrenada, que comprende que un paso más cambia de repente la posición y la grandeza de un hombre, y no se atreve a exponerse a la impopularidad? ¿Fue todo esto a la vez? Esto es lo que no pone en claro ninguno de los documentos contemporáneos; y de ese modo dejan en completa libertad al poeta y hacen ganar al drama, que puede ocupar los huecos que deja la historia. Por lo que acabamos de decir puede comprenderse que el drama debe ser inmenso y único, desarrollándolo en la hora decisiva, en la

gran peripecia de vida de Cromwell. Cromwell íntegro juega en esta comedia que se representa entre Inglaterra y él.

Este es el hombre y esta es la época que hemos intentado bosquejar.

El autor se ha dejado arrastrar por el placer infantil de tocar todas las teclas de ese gran clavicordio; otros más hábiles hubieran podido sacar de él más elevadas y más profundas armonías, pero no de esas armonías que halagan al oído, sino de esas armonías que agitan al hombre, como si cada cuerda del clavicordio se ligase a una fibra del corazón. El autor ha cedido al deseo de pintar los fanatismos, las supersticiones, las enfermedades de las religiones en ciertas épocas y de amontonar debajo y alrededor de Cromwell toda aquella corte, todo aquel pueblo y todo aquel mundo, haciendo de él la unidad que imprima la impulsión al drama. El autor ha querido pintar la doble conspiración

que tramaron dos partidos que se aborrecían, que se ligaron para derribar al hombre que les molestaba, pero que se unieron sin confundirse; ha querido describir el partido puritano, fanático, sombrío y desinteresado, que tomó por jefe a un hombre demasiado pequeño para representar tan gran papel, al egoísta y pusilánime Lambert; y al partido de los caballeros, aturdido, alegre y poco escrupuloso, pero capaz de sacrificarse, que tenía por jefe al hombre que, exceptuando su abnegación, le podía representar menos, al probo y severo Ormond. El autor ha querido describir a aquellos embajadores tan humildes delante de aquel soldado de fortuna, y a aquella corte extraña, en la que se mezclaban los aventureros y los grandes señores, y los cuatro bufones que el desdeñoso olvido de la historia permite crear, y la familia del Protector, de la que cada miembro es una plaga para él. El autor describe, además, a Thurloe, que fue el

Achates del Protector; al rabino judío Israel-Ben-Manassé, espía, usurero y astrólogo, vil por dos partes y sublime por la tercera; al caprichoso Rochester, ridículo y espiritual, elegante y crapuloso, jurando sin cesar, siempre enamorado y siempre borracho, de lo que se vanagloriaba con el obispo Burnet, mal poeta y buen gentilhombre, jugándose la cabeza y sin cuidarse de ganar la partida con tal de divertirse; y al salvaje Carr, tan característico y tan fanático. Finalmente, el autor dibuja las siluetas de los fanáticos de todas clases: Harrison, fanático pilluelo; Barebone, comerciante fanático; Syndercomb, homicida; Agustín Garland, asesino lacrimoso y devoto; al bravo coronel Overton, hombre de letras algo declamador; al austero y rígido Ludlow y al célebre Milton.

No indicaremos aquí a ninguno de los personajes de último orden, a pesar de que cada uno de ellos tiene su vida real y su individualidad

marcada, y a pesar de que todos contribuyeron a la seducción que ejerció en la imaginación del autor esta vasta escena de la historia, de cuya escena sacó el drama. Lo escribió en verso porque así le pareció conveniente. Se verá, cuando se lea, qué poco se acordaba el autor de su obra al escribir este prefacio, comprendiendo el desinterés con que combatía el dogma de las unidades. La acción del drama no sale de Londres; empieza el 25 de junio de 1657, a las tres horas de la madrugada, y termina el 26 al mediodía, por lo que se ve que casi lo ha encerrado en la prescripción clásica tal como la desean los profesores de poesía. Pero no es por el permiso de Aristóteles, sino por el permiso de la historia, por lo que el autor ha agrupado así su drama, y porque teniendo un interés igual, prefiere concentrar el asunto a desparramarlo.

Es evidente que este drama, con sus grandes proporciones, no puede caber en las represen-

taciones escénicas; es demasiado largo. Sin embargo, se conoce en todas sus partes que ha sido escrito para representarse. Al adelantar en la concepción de su plan, el autor reconoció la imposibilidad de que se admitiese en el teatro esta reproducción fiel de una época, dado el estado excepcional en que nuestro teatro se encuentra, entre la Caribdis académica y el Scila administrativo, entre los jurados literarios y la censura política. Era preciso elegir entre la tragedia artificiosa, cazurra, falsa, pero que pudiera representarse, o el drama insolentemente verdadero y que tuviera que desterrarse de la escena: el autor se decidió por lo segundo; por esto, desesperando de verlo jamás en escena, el autor se entregó a las fantasías de la composición y al placer de desarrollar en grandes proporciones todo el argumento que el drama requería, y ya que el drama no puede aparecer en el teatro, desea que tenga la ventaja de que

sea lo más completo posible bajo el punto de vista histórico.

Por otra parte, los comités de lectura sólo son un obstáculo de segundo orden. Si alguna vez la censura dramática comprende que la inocente y exacta imagen de Cromwell y de su tiempo están tomados fuera de nuestra época y les permite llegar hasta el teatro, sólo en ese caso el autor podría extraer del drama otro drama que se aventuraría a representar y que quizá lo silbarían.

Hasta entonces continuará estando alejado del teatro, pues siempre abandonará demasiado pronto su querido y casto retiro por las agitaciones del nuevo mundo. Quiera Dios que no se arrepienta jamás de haber expuesto la virgen oscuridad de su nombre y de su persona a los escollos, a las borrascas y a las tempestades del parterre, y sobre todo a las miserables intrigas de bastidores; a haber entrado en la atmósfera

variable, tempestuosa, en la que dogmatiza la ignorancia, en la que silba la envidia, en la que se arrastran las cábalas, en la que se desconoce con frecuencia la probidad del talento, en la que el noble candor del genio está algunas veces fuera de su sitio, en la que la medianía consigue rebajar a su nivel a superioridades que la ofuscan, en la que se encuentran muchos pigmeos por cada gigante y muchas nulidades para encontrar un Talma.

Suceda lo que suceda, el autor cree que debe advertir de antemano que el menor número de personajes que pudiera ponerse en un drama extraído del Cromwell siempre ocuparían el tiempo de una larga representación. Es difícil establecer un teatro romántico de otro modo. Porque si se pretende escribir tragedias de otra manera que las tragedias en que intervienen uno o dos personajes, tipos abstractos de una idea puramente metafísica, que se pasean so-

lamente en un fondo sin profundidad que ocupan los confidentes, encargados de llenar los vacíos de una acción sencilla, uniforme y monótona, es poco una noche entera para desarrollar bajo todas sus fases a un hombre extraordinario y toda una época de crisis; al primero con su carácter, con su genio que se acopla a éste, con las creencias que les dominan a los dos, con las pasiones que vienen a destruir las creencias, el carácter y el genio, y acompañado del cortejo innumerable de hombres de todas clases que agentes diversos hacen revolotear a su alrededor; y luego, para pintar la época con sus costumbres, sus leyes, sus modas, su espíritu, sus supersticiones, sus acontecimientos y su pueblo. Compréndese, en efecto, que semejante cuadro debe ser gigantesco; porque en vez de satisfacerse con la pintura de una individualidad, como se satisface el drama abstracto de la antigua escuela, deben presentarse veinte, cua-

renta, cincuenta individualidades, todas de relieve y con todas sus proporciones. Intervendrán multitud de personajes en el drama; ¿y no sería injusto acortarle dos horas de duración, para conceder las dos horas restantes a la ópera cómica o a la farsa?

Esperamos, pues, que no tardarán en Francia a acostumbrarse a consagrar una noche entera a la representación de un solo drama. En Inglaterra y en Alemania se ponen en escena dramas que duran seis horas. Los griegos, de los que tanto hemos hablado, llegaban algunas veces hasta hacer representar doce o dieciséis piezas cada día. En los pueblos amigos de los espectáculos, la atención es más viva de lo que se cree. *El casamiento de Fígaro,* que constituye el nudo de la gran trilogía de Beaumarchais, llena toda una noche y no ha cansado nunca a nadie. Beaumarchais era digno de aventurar el primer paso hacia ese adelanto del arte moderno, al

que es imposible desarrollar en dos horas el invencible interés que resulta de una acción vasta, verdadera y multiforme. Es un error creer, como algunos creen, que el espectáculo compuesto de una sola obra dramática sería monótono y parecería largo: al contrario, perdería su longitud y monotonía actual.

Al terminar el autor lo que ha tratado de exponer al público, ignora cómo acogerá la crítica su drama y estas ideas sumarias, desprovistas de sus corolarios y de sus ramificaciones y recogidas al paso y con la prisa de concluir. Indudablemente parecerán a los discípulos de La Harpe descaradas o extrañas; pero si por ventura, desnudas y francas como las presenta, pueden contribuir a encarrilar por el verdadero camino al público que ha alcanzado ya esmerada educación, y al que tan notables escritos de crítica o de aplicación, en libros o en periódicos, han madurado bastante para comprender el

arte, que siga esta impulsión, sin ocuparse de si la da un hombre desconocido, una voz sin autoridad y una obra de poco mérito. Soy una campana de cobre que llama a los pueblos a que acudan al verdadero templo a rezar al verdadero Dios.

Existe hoy aún el antiguo régimen literario, como existe el antiguo régimen político. El último siglo pesa todavía sobre el actual y le oprime sobre todo con la crítica. Se encuentran aún, por ejemplo, hombres vivos que os repiten la definición que del gusto dio Voltaire: El gusto en la poesía no es otra cosa que lo que son los adornos para las mujeres.» Definido así el gusto, es una coquetería. Definición chocante que pinta maravillosamente la poesía llena de afeites, recamada y empolvada, del siglo XVIII y su literatura con guardainfante llena de dijes y adornos; que ofrece el admirable resumen de la época en que hasta los mayores genios, es-

tando en contacto con ella, se convirtieron en pequeños, al menos por una parte; de una época en la que Montesquieu pudo y debió escribir el *Templo de Guido,* Voltaire el *Templo del Gusto* y Juan Jacobo el *Adivino de la aldea.*

El gusto es la razón del genio; esto es lo que establecerá bien pronto una crítica poderosa, franca y sabia, la crítica del siglo que empieza a hacer brotar vigorosos retoños en las viejas y secas ramas de la escuela antigua. Esta crítica joven es grave como la otra era frívola, es erudita como la otra era ignorante, y ha creado órganos autorizados y hasta nos sorprende algunas veces poniendo en hojas volantes excelentes artículos que emanan de ella. Esta crítica, uniéndose a todo lo que encuentra superior en las letras, nos librará de dos azotes, del clasicismo caduco y del falso romanticismo. Porque el genio moderno ha producido ya su sombra, su parásito, su clásico, que se hombrea con él,

que se viste con sus colores, que toma su librea y que, semejante al discípulo del brujo, pone en juego, diciendo palabras que ha aprendido de memoria, elementos de acción cuyo secreto ignora.

Pero lo que es preciso destruir antes que todo es el gusto anticuado y falso, del que hay que quitar el orín a la literatura actual. Es en vano que la roa y la empañe. Está hablando una generación joven, severa y poderosa, que no lo comprende ya. La cola del siglo XVIII se arrastra aún en el siglo XIX; mas no somos nosotros, los jóvenes que hemos conocido a Bonaparte, los que la llevamos.

Nos acercamos al momento en que ha de prevalecer la crítica nueva, establecida sobre base ancha, sólida y profunda, y se comprenderá bien pronto que debe juzgarse a los escritores, no según las reglas y los géneros, que están fuera de la naturaleza y del arte, sino según los

principios inmutables del arte y según las leyes especiales de su organización personal. La razón de todos se avergonzará de aquella crítica que se ensañó contra Corneille y contra Racine y que rehabilitó risiblemente a Milton. La crítica de una obra se colocará bajo el punto de vista del autor y examinará el asunto con los mismos ojos que éste. Se abandonará, y así lo dice Chateaubriand, «la crítica mezquina de los defectos por la grandiosa y fecunda de las bellezas». Es hora ya de que los espíritus discretos cojan el hilo que liga con frecuencia lo que, según nuestro capricho particular, llamamos defecto a lo que llamamos belleza. Los defectos son con frecuencia la condición nativa, necesaria y fatal de las cualidades.

Scit genius natale comes qui temperat astrum.

No hay medalla que no tenga su reverso, ni talento al que su propia luz no haga sombra, ni humo sin fuego. La originalidad se compone de

todo eso. El genio es necesariamente desigual; no hay altas montañas sin profundos precipicios. Igualad el monte con el valle y sólo os resultará una estepa, una banda, la llanura de los Sablons en vez de los Alpes, en la que sólo volarán alondras, pero no águilas.

Además, hay que tomar en cuenta la parte del tiempo, del clima y de las influencias locales. La Biblia y Homero nos chocan algunas veces por sus mismas sublimidades. ¿Quién se atreverá a rechazarles una palabra? Nuestra misma debilidad se incomoda con frecuencia de los atrevimientos inspirados del genio, por no poder abarcar los objetos con su vasta inteligencia.

Además de todo esto se encuentran faltas que sólo toman raíces en las obras magistrales, porque sólo hay ciertos genios capaces de ciertos defectos. Se reprocha a Shakespeare que abuse de la metafísica, que abuse de su talento, de escenas parásitas, de obscenidades, de los ultra-

jes mitológicos tan de moda en su época, de la extravagancia, de la oscuridad y de las esperanzas del estilo; pero la encina, ese árbol gigante, tiene aspecto grandioso, ramas nudosas, follaje sombrío, la corteza áspera y ruda, pero siempre es la encina.

El autor de este libro conoce como el que más los muchos y groseros defectos que tienen sus obras; si rara vez los corrige, es porque le repugna volver a repasarlas; además, que ninguna de ellas lo merece. El trabajo que perdería borrando las imperfecciones de sus libros, prefiere emplearlo en despojar su espíritu de defectos. Su método consiste en corregir una obra con otra. Entretanto, de cualquier modo que se trate a su libro se compromete a no defenderle ni en todo ni en parte.

Si su drama es malo, ¿por qué se ha de empeñar en que sea bueno? Si es bueno, ¿por qué le ha de defender? El tiempo hará justicia al libro.

El éxito del momento sólo es importante para el editor. Si despierta la cólera de la crítica la publicación de este ensayo, el autor la dejará que pase. ¿Qué ha de replicarle? El autor no es de los que hablan, como dice el poeta castellano,

Por la boca de su herida.

Una palabra para concluir. Habrán notado los lectores, que en esta carrera larga a través de cuestiones tan diversas, el autor se ha abstenido generalmente de apoyar su opinión personal en textos y citas autorizadas, pero no ha sido por carecer de ellas. «Si el poeta establece cosas imposibles según las reglas del arte, indudablemente comete una falta, pero cesa de ser falta cuando por ese medio llega al fin que se propuso, porque encontró lo que buscaba.»

«Toman por galimatías todo lo que la debilidad de sus conocimientos no les permite comprender. Tratan sobre todo de ridículos los sitios maravillosos de los que el poeta, con la idea de

entrar mejor en la razón, sale, si puede decirse así, de la misma razón. El precepto que establece por regla no seguir algunas veces las reglas, es un misterio del arte que no es fácil hacer comprender a los hombres que carecen de gusto literario y que una especie de capricho del espíritu hace insensibles a lo que llama la atención ordinariamente a los hombres.» ¿Quién dice lo primero? Aristóteles. ¿Quién dice lo segundo? Boileau. Por esas dos muestras puede comprender cualquiera que el autor del drama hubiera podido, como cualquier otro, acorazarse con nombres ilustres y refugiarse detrás de reputaciones consolidadas. Pero ha abandonado este modo de argumentar a los que lo consideran invencible, universal y soberano; en cuanto a él, prefiere razones a autoridades, y le gustan más las armas que las insignias.

Víctor Hugo.

PERSONAJES

OLIVERIO CROMWELL.

ELISABETH BOURCHIER.

MISTRESS FLETWOOD.

LADY FALCONBRIDGE.

LADY CLEYPOLE.

THURLOE.

LORD BROGHILL.

WHITELOCKE, *comisario de los sellos.*

EL CONDE DE CARLISLE .

STOUPE, *secretario de Estado.*

EL SARGENTO MAYNARD.

LAMBERT, *teniente general.*

JOYCE, *Coronel.*

HARRISON, *Mayor general.*

LUDLOW, *teniente general.*

OVERTON, *coronel.*

PRIDE, *coronel.*

WILDMAN, *mayor*.

BAREBONE, *adornista*

LADY FRANCISCA.

RICARDO CROMWELL.

FLETWOOD, *teniente coronel*.

DESBOROUGH, *mayor general*.

EL CONDE DE WARWICK.

M. WILLIAM LENTHALL.

CORONEL JEPHSON.

EL CORONEL GRACE.

WALLER.

SIR CARLOS WOLSELEY.

PIERPOINT.

GARLAND, *Miembro del Parlamento.*

PLINLIMMON, *Miembro del Parlamento.*

VIS-POUR-RESSUSCITER-JEROBOAN-D

ÉMER.

LOUEZ-DIEU-PIMPLETON.

MORT-AU-PÉCHÉ-PALMER.

SYNDERCOMB, *soldado*.

LORD ORMOND.

WILMOT, LORD ROCHESTER.

LORD DROGHEDA.

LORD ROSEBERRY.

LORD CLIFFORD.

SIR PETERS DOWNIE.

SEDLEY.

DAVENANT.

EL DOCTOR JENKINS.

SIR RICARDO WILLIS.

EL DUQUE DE CRÉQUI, *embajador de Francia.*

MANCINI.

D. LUIS DE CÁRDENAS, *embajador español.*

FILIPPI, *enviado de Cristina de Suecia.*

Tres enviados de Vaudois.

Seis enviados de las Provincias Unidas.

SIR WILLIAM MURRAY.

JUAN MILTON.

CARR.

MANASSÉ-BEN-ISRAEL.

TRICK Bufón de Cromwell

GIRAFF " " "

GRAMADOCH " " "

ELESPURU " " "

LA SEÑORA GUGGLIGOY

HANNIBAL SESTREAD, *Primo del el rey de Dinamarca*

EL LORD CORREGIDOR.

EL ORADOR DEL PARLAMENTO.

EL ABOGADO DEL PARLAMENTO

EL UJIER DE LA CIUDAD.

EL SUPREMO SHÉRIF.

EL CAMPEÓN DE INGLATERRA.

EL DOCTOR LOCKYER.

El pregonero público, señores y gentiles hombres, trabajadores, guardias de corps y del Protector, arqueros, alabarderos, partesanos, pajes heraldos, miembros del Parlamento, hombres y mujeres del pueblo.

Londres, 1657.



Acto primero

Los conjurados

La taberna de las tres grullas

Mesas, sillas groseras de madera. -Puerta al fondo del teatro que da a una plaza. -Interior de una casa vieja de la Edad Media.

Escena I

LORD ORMOND, con *traje de puritano, esto es, con el cabello rapado, con el sombrero alto y de alas anchas, con ropilla de paño negro, calzones de sarga negra y botas altas.* LORD BROGHILL, *vestido de caballero elegante, sombrero con plumas, con calzones y ropilla de satín acuchillados y con borceguíes.*

LORD BROGHILL, *entra por la puerta del fondo, que deja entreabierta y que permite ver la plaza y las casas alumbradas por el día, que amanece. Viene leyendo atentamente una carta.* LORD ORMOND está *sentado delante de una mesa en un rincón oscuro.*

BROGHILL.-«Mañana, 25 de junio de 1657, la persona que lord Broghill buscaba en otro tiempo le espera al amanecer en la taberna de las «Tres Grullas». Ésta es la taberna; aquí fue donde se escondió, dentro del mismo Londres,

Carlos, cuando se vio solo y abandonado de Dios y defendía la cabeza, después de defender la corona, para huir de Cromwell. ¿Pero quién me enviará este billete que recibí ayer? Esta letra...

ORMOND.- *(Acercándosele.)* ¡Dios guarde a lord Broghill!

BROGHILL.-¿Quién eres tú que a esta hora me haces abandonar el palacio para venir a este tabuco desierto? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién te envía? (Yo he visto a este hombre en alguna parte.)

ORMOND.-¡Lord Broghill!

BROGHILL.-Respóndeme, que a los ganapanes como tú se les hace gran honor tratándoseles bien como te trato yo.

ORMOND.-Esas palabras no son dignas de un senador popular ni de un amigo de Cromwell.

BROGHILL.-Cromwell es un antiguo purita-

no, que si le hubieses despertado tan temprano como a mí, te hubiera hecho colgar de una horca para que nunca te se hubiera vuelto a ocurrir semejante idea.

ORMOND.-(No espero despertarle, espero dormirle.)

BROGHILL.-Cromwell al fin va a asegurarse en el trono y sabrá castigar a la canalla insolente.

ORMOND.-Su trono es un tajo y su púrpura es sangrienta. Yo veo esto, y vos, servidor tránsfuga de los Stuardos, vos lo habéis olvidado.

BROGHILL.-Esa mirada... esa voz... ¿Quién sois?

ORMOND.-Acordaos, milord, de las guerras de Irlanda; en ellas los dos servíamos al rey.

BROGHILL-¡Eres mi antiguo amigo el conde de Ormond! ¡Eres tú! ¡Tú en Londres! ¡Y la víspera del mismo día en que Cromwell, triun-

fante, va a elevarse a la dignidad real! ¡Han puesto a precio tu cabeza! ¡Si te conociesen...! ¿Qué vienes a hacer aquí, desgraciado?

ORMOND.-A cumplir mi deber.

BROGHILL.-Te disfraza completamente ese traje... ¡Qué cambiado estás!

ORMOND.-Menos que tú, que doblas las rodillas ante Cromwell y que te arrastras a los pies de un infame regicida. Yo cambié de traje, pero tú has cambiado de alma. ¡Tú, que tan grande eras en los combates! Has subido muy alto para caer muy bajo.

BROGHILL.-Te compadecía vencido, te reverenciaba proscripto, pero ese lenguaje...

ORMOND.-Es severo, pero justo. Óyeme, que todo puede aún repararse. Sírveme...

BROGHILL.-¿Acerca de Cromwell? Sí; corro a implorar tu perdón...; puedo salvarte la vida.

ORMOND.-¡Detente! Pídeme primero que proteja tu cabeza; porque tu protector, tu rey,

Cromwell, está más cerca de perderla que yo.

BROGHILL.-¿Qué estás diciendo?

ORMOND.-Escúchame. Cromwell, devorado por la tristeza, cansado de los títulos mezquinos de protector y de alteza, quiere subir las gradas del trono y que los reyes le llamen majestad. Pretende apoderarse de la sangrienta herencia de Carlos I; pues bien, heredará su trono y su tumba. El orgulloso rey regicida sentirá muy pronto el peso de la corona, verá muy pronto que aplasta algunas veces las cabezas que ciñe.

BROGHILL.-¿Qué quieres decir?

ORMOND.-Que mañana, a la hora en que se abra el palacio de Westminster para ese rey, que el infierno va a consagrar, en las mismas gradas del trono que va a usurpar, nuestras espadas le harán caer ensangrentado.

BROGHILL.-¡Insensato! El ejército le adora, y es imposible traspasar sus filas espesas de ala-

barderos, de heraldos, de maceros, de mosqueteros negros y de coraceros rojos.

ORMOND.-Los tenemos de nuestra parte.

BROGHILL.-¿Fundas tu loca esperanza en unir en un mismo bando a los caballeros y a los puritanos?

ORMOND.-Verán tus propios ojos aquí dentro de poco a los partidarios del rey confundidos con los partidarios del Parlamento. A los sombríos puritanos los arrastra el fanatismo, y no quieren a Cromwell, como no quieren a Carlos. Su jefe Lambert, que es rival de Oliverio, se ha unido a nosotros y pretende reemplazar a Cromwell; pero eso ya lo trataremos más tarde. El oro de España y de Flandes nos proporciona muchísimos aliados; en una palabra, la partida es nuestra y vamos a jugar los dados.

BROGHILL.-Tened presente que Cromwell es muy diestro y que os jugáis la cabeza.

ORMOND.-Nuestra sublevación es de éxito

seguro. Rochester es el emisario que nos traerá aquí ahora mismo la voluntad secreta del rey y que vendrá con Sedley, Jenkins, Clifford y Davenant. A esta cita asistirán también Carr, Harrison, Ricardo Willis...

BROGHILL.-Ésos están en la cárcel, son enemigos que Cromwell tiene encerrados en la Torre de Londres.

ORMOND.-Una palabra va a confundirte. Ligados a la misma causa, pero por motivos diferentes, para derribar a Oliverio contamos entre nuestras filas al carcelero de la Torre, a Barksthead el regicida, que la esperanza de alcanzar el perdón le hizo afiliarse a nuestro bando. Ya ves que la rebelión está bien tramada, la red bien tendida, y caerá en ella. Unánimes los partidos, han cruzado sus abismos bajo el trono que él levanta. Por eso yo llego ahora del continente. Quisiera salvarte, milord, y por eso te pregunto en nombre de Carlos II mi se-

ñor: ¿quieres vivir siendo leal o morir siendo traidor?

BROGHILL-¿Qué es lo que pretendes?

ORMOND.-Que vuelvas a alistarte bajo la bandera real.

BROGHILL.-He sido vasallo tan digno y tan leal como tú; defendiendo a Carlos I, en nuestras guerras civiles tomé por asalto castillos y defendí ciudades, y vine a parar por mi destino cruel de soldado de los Stuardos a cortesano de Cromwell. Deja que siga su triste suerte este desgraciado tránsfuga, y a tu vez escúchame: quiero que seas mi juez. Durante la guerra con el Parlamento vine a Londres a armar un regimiento, escondiéndome como tú hoy, porque estaba proscrito. Un día vino a visitarme un desconocido; era Cromwell. Mi vida estaba en su poder, él me salvó, y por él olvidé mi deber. Se apoderó de mí, y muy pronto, como él, me convertí en rebelde y en sacrílego, apoyé a sus

republicanos, y a pesar de ser enviado del rey, le combatí. Después Cromwell me nombró par, teniente general de artillería, lord de su corte y de su Consejo privado. De modo que habiendo recibido tantos favores de su mano, si cae debo caer con él, y no puedo, a pesar de ser rebelde a mi rey legítimo y de que el afecto me ligue a su causa, volver a sus banderas sin cometer una traición.

ORMOND.-Rompiendo con nosotros el yugo que nos oprime, probarás que te arrepientes.

BROGHILL.-Me arrepentiría cometiendo un nuevo crimen. No puedo ser cómplice de tu fatal secreto, pero sí que puedo ser discreto confidente. Debo, permaneciendo neutral en la lucha, sufrir vuestro triunfo o dulcificar vuestra caída, y sea quien sea el vencedor, o perecer con Cromwell o inclinarle a que os perdone.

ORMOND.-¡Debes callar y no obrar! De ese modo serás pérfido con Cromwell, sin servir a

tu verdadero señor. Sé sincero amigo o sincero enemigo; no seas traidor ni fiel a medias. Antes que eso, denúnciame.

BROGHILL.-Conde, si no estuvieras proscripto me darías explicación de esa palabra.

ORMOND.-Perdóname, milord, que soy un soldado veterano, que he servido veinte años fielmente al rey, y casi todos mis servicios, casi todos mis combates los llevo escritos en mi cuerpo con grandes cicatrices. Mi cabeza ha blanqueado bajo el casco y mi cuerpo ha envejecido dentro de la armadura. He luchado con los únicos brazos que podían en el mundo derribar o sostener el trono de Inglaterra, y vi caer ese trono destrozado en los campamentos. Pero al fin, voy a alcanzar el objeto de todas mis fatigas, porque Cromwell va a sucumbir; pero para amargar mi alegría, para emponzoñar mi gloria, ¿ha de matar mi triunfo a un amigo antiguo y querido? Acuérdate que juntos los dos hemos

mojado en la misma sangre nuestras espadas y hemos aspirado el polvo de los mismos combates. Por segunda y por última vez te pregunto: ¿quieres vivir siendo leal o morir siendo traidor? Reflexiona: para contestar te concedo una hora. *(Escribe algunas palabras en un papel, que presenta a Broghill.)* Aquí tienes mi nombre fingido y las señas de mi secreta guarida.

BROGIIILL.- *(Rechazando el papel.)* No me lo digas, no quiero saberlo; ya sé demasiado. Largo tiempo la misma tienda nos cobijó en los campamentos; no lo ignoro, pero hoy es preciso que siga cada uno el camino que le traza su suerte. No he de ser delator ni cómplice, y olvidaré todo lo que me has dicho. ¿Pero estás seguro de que triunfará la sublevación? Nada se escapa a las miradas de Cromwell; vigila la Europa; su ojo todo lo espía y su mano todo lo envuelve, y cuando tu brazo busque donde herirle, quizá ya tenga cogido el hilo que impi-

da mover tu brazo. ¡Tiembla, Ormond!

ORMOND.-Te ruego que me dejes y que va-

yas a besar las manos al dictador.

(Lord Broghill sale y cierra tras sí la puerta del

fondo.)

Escena II

LORD ORMOND, *solo*

ORMOND.-No pensemos más en él.

(Se sienta y se queda pensativo. óyese una voz que gradualmente se aproxima y que canta con música alegre la balada siguiente):

Un soldado de faz dura,
una noche de facción,
paró a un paje de ojos vivos,
paje que andaba veloz.
-¿Dónde vais, hermoso paje,
a estas horas tan gentil
por las calles tan desiertas,
con casaca de satín?
-Buen soldado, la zimarra
que yo llevo verte evita,
que escondo espada y guitarra
porque yo voy a una cita.
Compañía es silenciosa

que lleva el paje celoso;

guitarra para la esposa

y espada para el esposo.

(Llaman a la puerta del fondo. Después la voz continúa):

Pero el centinela duda,

y al mirar que el paje corre

respondiole con voz ruda

desde lo alto de la torre:

-No andes ni un palmo de tierra,

que no me engañas, traidor;

vas a una cita de guerra

y no a una cita de amor.

(Llaman a la puerta más fuerte.)

ORMOND.- *(Levantándose para abrir.)* ¿Quién

será el que canta? O será algún bufón o Roches-

ter. *(Abre la puerta y mira hacia la calle.)* Es el

mismo.

(Entra lord Rochester muy alegre, con un lápiz y

con un papel en la mano.)

Escena III

LORD ORMOND *y* LORD ROCHESTER *vestido*

de caballero muy elegante y cargado de

dijes y de cintajos; viene envuelto en una capa de

puritano, de paño gris, y lleva gran sombrero. Su

gorro negro oculta mal sus cabellos blondos, de los

que un bucle sale por detrás de las orejas, siguiendo la moda de los caballeros jóvenes de aquella época.

ROCHESTER.- *(Saludando.)* Dispensadme mi-

lord conde; estaba escribiendo una canción. ¿Os

gusta?

Un soldado de faz dura,

una noche de facción...

Ésta es música francesa, que me han enseñado

en París.

ORMOND.-Me gusta, pero temo que el sol-

dado no arreste al paje.

ROCHESTER.-Hubierais preferido que hubie-

ra dicho:

Un soldado de faz dura,

una noche de facción,

arrestó a un hermoso paje...

En lugar de decir:

Un soldado de faz dura,

una noche de facción,

paró... etc., etc.

Pero repetir la palabra *paje* le da mucha gracia.

¿No es verdad?

ORMOND.-Perdonadme, milord; carezco de

títulos para juzgar de vuestro talento.

ROCHESTER.-Al contrario; creo que sois un

juez excelente, y para probároslo, milord, voy a

leeros una composición corta que he escrito: «A

la bella Egeria...» Adivinad a quién la dedico.

ORMOND.-Milord, estos momentos no son a

propósito para bromas. *(¡Vive Dios que Carlos es*

tan loco como él cuando nos envía semejante emisa-

rio!)

ROCHESTER.-Al contrario, esto es muy serio;

se trata nada menos que de Francisca Crom-
well.

ORMOND.-¡De Francisca Cromwell!

ROCHESTER.-¡Vaya! ¡Como que estoy ena-
morado de ella!

ORMOND.-¡De la hija menor de Cromwell!

ROCHESTER.-Sí; es gentil, es encantadora, es
un ángel.

ORMOND.-¡Vive Dios! lord Rochester ena-
morado de...

ROCHESTER.-De Francisca Cromwell. Vues-
tro asombro me hace adivinar que no habéis
visto nunca su divina belleza. Tiene diecisiete
años, cabello negro, aire majestuoso, la blancu-
ra de la flor de lis, hermosas manos y hermosos
ojos. ¡Milord, es una sílfide, una ninfa, una
hada! Ayer la vi. Estaba mal peinada, pero todo
la sienta bien, todo la favorece. Me han dicho
que el mes pasado vino a Londres, que la educó
su tía lejos de Cromwell y que conserva graba-

da en el corazón la lealtad al rey.

ORMOND.-Eso es pura fábula. Pero ¿dónde

la habéis visto?

ROCHESTER.-Ayer, en Westminster; en el

banquete real que la ciudad de Londres dio a

Cromwell, a quien Dios confunda. Tenía vivos

deseos de conocer al Protector; pero cuando

dirigí la vista al estrado y vi a Francisca, tan

hermosa y tan modesta, me quedé inmóvil y

encantado, y ya no vi nada más. Al salir de allí

ni siquiera puedo decir si Cromwell para hablar

inclina o levanta la cabeza, si tiene la frente

corta o la nariz larga, si es moreno o rubio, si está triste o alegre; allí sólo vi a su hija, y desde

que la vi, os juro, milord, que estoy loco.

ORMOND.-Os creo.

ROCHESTER.-Por eso he escrito este madri-

gal; es género que está en moda.

ORMOND.-Permitidme, milord, que os diga

que aquí habéis venido a participarme si asis-

tirán a esta cita muchos gentileshombres, si hemos encontrado en Lambert un apoyo real, y no a escribir versos a la hija de Cromwell.

ROCHESTER.-Creo que puedo, sin hacer traición, estar enamorado de una joven.

ORMOND.-¿También lo estáis de su padre?

ROCHESTER.-Hacéis mal en incomodaros, porque estoy seguro que esta aventura divertiría al rey, porque enamorando a la hija de Cromwell continúo haciendo la guerra a éste. Él y yo, sin habernos encontrado nunca tuvimos los dos por querida al mismo tiempo a lady Dysert, la que para hacer cesar este escándalo, según se dice, va a casarse con lord Lauderdale.

ORMOND.-En esa materia no se debe calumniar a Cromwell, porque es casto, y no se puede negar que tiene las costumbres austeras del verdadero reformador.

ROCHESTER.- *(Riendo.)* Su autoridad oculta

muchos misterios, y ese viejo hipócrita ha probado que por más de un punto toca con la humanidad. Si os place os voy a leer el madrigal.

ORMOND.-Escuchadme, conde de Rochester; vos sois joven, pero yo soy viejo y continúo siguiendo las tradiciones de la caballería; por lo que me atrevo a deciros que los versos, que en París divierten a los badulaques, son propios de la clase media y de gentes de segunda línea. Los abogados los escriben, pero vuestros iguales se ruborizarían de ocuparse de semejante cosa. Sois noble, milord, y de la nobleza más antigua. Vuestro escudo ostenta la corona de conde y el manto de par, con esta leyenda: *Aut nunquam, aut semper*. Sé poco de latín, pero os traduciré en inglés lo que quiere decir vuestra divisa: *Servid de apoyo al rey y a los señores feudales, y no compongáis versos; esa ocupación corresponde al pueblo.* Así, pues, lord de Inglaterra, no

empañéis vuestro rango hereditario haciendo lo que desdeñaría hacer un baronnet.

ROCHESTER.-¡Vive Dios que eso es una condenación en forma! Puede ser que haya pecado, pero entre los versificadores de baja estofa tengo por cómplice a Richelieu, al cardenal poeta; y aunque soportaran los dos escudos de mi blasón el unicornio del rey y el león de Inglaterra, os juro que seguiría componiendo versos.

(Se abre la puerta del foro y aparece Davenant vestido con traje sencillo y negro, con capa grande y sombrero alto.) Venís a tiempo para variar un poco el diálogo.

Escena IV

LORD ORMOND, LORD ROCHESTER *y* DAVENANT

ROCHESTER.-Querido poeta, os esperamos para leer un madrigal.

DAVENANT.-Más grave es el asunto que aquí me trae. Dios os guarde, milord.

ORMOND.-¿Nos traéis órdenes de Alemania?

DAVENANT.-Acabo de llegar de Colonia.

ORMOND-¿Habéis visto al rey?

DAVENANT.-No, pero su majestad me ha hablado.

ORMOND.-Pues no os comprendo.

DAVENANT.-Os explicaré este misterio. Antes de autorizar mi partida de Inglaterra, Cromwell me llamó, exigiéndome palabra de honor de que no vería al rey; yo se lo prometí. Apenas llegué a Colonia, tratando de cumplir mi promesa, escribí al rey pidiéndole que me

permitiera ser introducido en su cámara a oscu-
ras.

ROCHESTER.-¡De veras! *(Riendo.)*

DAVENANT.-Su majestad me lo permitió, y
en la entrevista me honró dándome una orden
para que os la entregara; de este modo pude ser
fiel a mi doble deber, hablé al rey y no le vi.

ROCHESTER.- *(Riendo más fuerte.)* Esa es una
astucia de las mejor urdidas. Es una de las más
graciosas de vuestras comedias.

ORMOND.-¿Dónde está la orden del rey?

DAVENANT.-La llevo oculta en el fondo del
sombrero, metida en una bolsa de terciopelo,
para estar seguro de que nadie me la pueda
quitar.

(Saca del sombrero un saquito de terciopelo carmesí,
extrae de él un pergamino sellado y se lo entrega a
lord Ormond que lo recibe de rodillas y lo abre des-
pués de haberlo besado con respeto.)

ROCHESTER.-Mientras que él lee eso podéis

oír esta composición...

ORMOND.- *(Leyendo en voz alta.)* «Jacobo Butler, nuestro digno y leal conde y marqués de Ormond, es preciso introducir en White-Hall a Rochester, cerca de Cromwell.»

ROCHESTER.-¡Perfectamente! El rey quiere que seduzca a la hija de Oliverio.

ORMOND.- *(Continúa leyendo.)* «Que mezcle un narcótico en el vino que bebe cuando come; y cuando se duerma, apoderaos de él en su lecho y traédnosle vivo. Queremos juzgarle. Es nuestra voluntad que tengáis en Davenant completa confianza. -Carlos, rey.» *(Devuelve con el mismo ceremonial la carta a Davenant, el que a su vez la besa y la vuelve a meter en el saquito de terciopelo, que oculta en el sombrero.)* Eso es más fácil de decir que de hacer. ¿Cómo diablos hemos de introducir a Rochester en la cámara de Cromwell?

DAVENANT.-Conozco a un viejo doctor en

derecho que está siempre a su lado, a Juan Milton, su secretario intérprete, que está ciego, que es bastante buen clérigo, pero bastante mal poeta.

ROCHESTER.-¿Habláis de Milton, de ese amigo de los asesinos del rey que escribió el Iconoclasta y no sé qué más? ¿Del antagonista desconocido del célebre Saumaise?

DAVENANT.-Pues hoy me alegro mucho de ser amigo suyo, porque creo que al Protector le falta un capellán. Milton puede conseguir que lord Rochester consiga ese empleo.

ORMOND.-¡Rochester capellán! ¡La mascarada sería completa!

ROCHESTER.-¿Por qué milord? Yo sé representar toda clase de papeles. Hice de ladrón en la comedia *El rey leñador.* Ahora me tocará representar el papel de un doctor puritano; basta para esto con predicar a todas horas y hablar siempre del dragón, del becerro de oro, de las

flautas de Jezer y de los antros de Endor. Este es el camino seguro para entrar en la cámara de Cromwell.

DAVENANT.- *(Se sienta junto a una mesa y escribe una carta.)* Con que presentéis estas líneas mías a Milton, os aseguro, milord, que os recomendará y el diablo os tomará por capellán.

ROCHESTER-¡Veré a Francisca! *(Adelanta la mano apresuradamente para tomar la carta de Davenant.)*

DAVENANT.-Permitidme que la doble y que la cierre.

ORMOND.- *(A Rochester.) No* cometáis ninguna locura por esa joven.

ROCHESTER.-No tengáis cuidado. (¡Si pudiera entregarle el madrigal! Esto me haría adelantar mucho camino.) *(En voz alta.)* Cuando logre el empleo, ¿qué es lo que tengo que hacer?

DAVENANT.- *(Entregándole una redoma.)* Esta

redoma contiene un narcótico muy eficaz. Todas las noches Cromwell bebe hipocrás empapado con ramas de romero. Mezclad con él estos polvos y seducid a la guardia de la puerta del parque. *(Dirigiéndose a Ormond.)* Lo demás lo haremos nosotros.

ORMOND.-¿Por qué desea el rey que un golpe de mano arrebate esta noche a Cromwell, que ha de morir mañana? Hasta los suyos han jurado su muerte.

DAVENANT.-Porque el rey quiere sustraerle de los puritanos y derribar a Cromwell sin su ayuda. Además, es conveniente muchas veces tener en rehenes a un enemigo vivo.

ROCHESTER.-¿Y el dinero?

DAVENANT.-Un brick, que vendrá por el Támesis, trae una cantidad de oro, que nos trasmitirá; pero en caso de urgencia, el maldito judío Manassé nos abrirá generosamente un crédito.

ORMOND.-Está bien.

DAVENANT.-Conservemos siempre el apoyo de los puritanos; necesitamos su concurso, porque vamos a derribar una encina que tiene raíces profundas, y el viejo zorro, si burla nuestras redes, caerá entonces a los golpes de nuestros puñales.

ROCHESTER.-¡Muy bien dicho, Davenant! ¡Es propio de poetas usar metáforas sonoras! ¡Es ingenioso decir que Cromwell es a la vez encina y zorro! ¡Sois la lumbrera del Pindo inglés! Por lo tanto, maestro, reclamo vuestro permiso para...

ORMOND.-(Ya va a aparecer el madrigal.)

ROCHESTER.-Son unos versos que ayer tarde...

ORMOND.-Milord, este no es sitio para eso.

ROCHESTER.-(Estos grandes señores todos son unos estúpidos, y les molesta que un lord tenga talento.)

DAVENANT.- *(A Rochester.)* Milord, cuando Carlos II entre en Windsor Loge nos recitaréis esos versos y convidaremos a que los oigan a Vithres, a Waller y a Saint-Albans. Me permitiréis, milord, que ahora me abstenga de oírlos.

ORMOND.-Sí; conspiremos tranquilamente. *(A Davenant.)* Habéis hablado como un príncipe.

ROCHESTER.-¿No queréis, pues, oírlos?

DAVENANT.-Nos falta tiempo. Tenemos muchos puntos que discutir respecto a la sublevación.

ROCHESTER.-¿Creéis que es malo mi madrigal, porque no he escrito tragicomedias ni mascaradas?

DAVENANT.-¿Os habéis incomodado, milord?

ROCHESTER.-¡Id al diablo y dejadme en paz!

DAVENANT.-No creí que esto os ofendiera.

ORMOND.-Milord...

DAVENANT.-Pero milord...

ROCHESTER.- *(Rechazándole.)* ¡Eso es envidia!

ORMOND.-Milord, el peor de los fatuos que se pasea por París, el último pisaverde de la plaza Real, tiene menos lleno el espíritu que vos de versos ridículos.

ROCHESTER.- *(Furioso.)* Milord, no sois mi padre y vuestros cabellos grises no os librarán de mí. Ya que sois joven para hablar, somos de la misma edad y me daréis satisfacción de este ultraje.

ORMOND.-Milord, con mucho gusto. Sacad la espada, jovenzuelo, que para mí vale tanto como una caña. *(Sacan los dos los aceros.)*

DAVENANT.- *(Arrojándose entre los dos.)* Milores, ¿qué es lo que hacéis? Este no es momento ni sitio de batirse.

ROCHESTER.- *(Blandiendo la espada.)* La paz es buena, pero la guerra es mejor.

DAVENANT.- *(Esforzándose en separarlos.)*

¡Vais a mover un escándalo! *(Llaman a la puerta del foro. Sigue hablando el mismo.)* ¡Creo que llaman! *(Llaman más fuerte.)* ¡En nombre de Dios, milores! *(Los combatientes continúan.)* ¡En nombre del rey! *(Los dos adversarios se paran y bajan las espadas. Vuelven a llamar.)* ¡Todo se ha perdido! ¡Quizá acuda la guardia! *(Los dos lores envainan las espadas, se ponen los sombreros y se envuelven en las capas. Davenant va a abrir.)*

Escena V

Los mismos y CARR, *con traje de puritano*

CARR.-¿Es aquí, hermanos, donde se reúne la

Asamblea de los Santos?

DAVENANT.- *(Devolviéndole el saludo.)* Sí. *(Ba-jo a lord Ormond.)* Así se llaman a sí mismos los

condenados puritanos. *(Alto, a Carr.)* Sed bien

venido, hermano, al conventículo.

ORMOND.- *(Bajo a Rochester.)* Vuestro acceso

belicoso ha sido muy ridículo, milord. Olvidé-

mosle. Yo lo provoqué, pero seamos amigos.

ROCHESTER.- *(Inclinándose.)* Estoy a vuestras

órdenes, milord.

ORMOND.-Conde, ocupémonos sólo del rey,

cuyo servicio exige que se unan nuestras ma-

nos.

ROCHESTER.-Marqués, este deber es para mí

una dicha.

CARR.- *(Juntando las manos sobre el pecho y ele-*

vando los ojos al cielo.) Hermanos, continuad. Cuando llego al sermón, ya sé que soy el convidado menos digno al santo banquete y que nadie debe molestarse cuando yo llego. Comprendo perfectamente que el ruido que oí desde fuera lo produjo un combate espiritual.

ROCHESTER.-(Diablo.)

CARR.-Estoy acostumbrado a esas luchas, podéis continuarlas, porque esos combates nutren el espíritu.

ROCHESTER.- *(A Devenant.)* Con el...

DAVENANT.- *(A Rochester.)* ¡Silencio, milord!

CARR.-Dios ha dicho: *Recorred el mundo y predicad mi palabra.*

ROCHESTER.-(Con él aprenderé mi papel de capellán.)

CARR.-Merecí la cólera del Parlamento largo, y hace siete años que me tienen cerrado en la Torre, llorando por nuestras libertades, que Cromwell hizo desaparecer. Esta madrugada

entró el carcelero en mi calabozo y me dijo: «Os esperan en la taberna de las *Tres Grullas.* Israel convoca allí sus tribus para destruir a Cromwell; acude allí.» Salí de la prisión y vine aquí, como en los tiempos antiguos Jacob llegó a Mesopotamia. Mi alma espera vuestras palabras de miel, como la tierra seca espera el rocío del cielo; la maldición me mancha y me envuelve; purificadme, pues, hermanos, con el hisopo.

ROCHESTER.- *(Bajo a Davenant.)* ¡Qué jerigonza tan sombría!

DAVENANT.- *(Bajo a Rochester.)* Eso es el Apocalipsis.

CARR.-Mi alma desea luz.

ROCHESTER.-(Pues haced pasar el eclipse.)

DAVENANT.- *(A lord Ormond.)* ¿Este tipo es independiente de la especie ordinaria?

ORMOND.- *(A Davenant.)* No; es milenario. Cree que durante mil años van a encargarse los santos de gobernar solos, y los santos son sus

amigos.

CARR.-He sufrido mucho, hermanos míos. Me han olvidado mucho tiempo en la cárcel, y cautivo lloraba por Inglaterra como el pelícano cerca del lago solitario; el fuego del pecado marchitó mi frente y secó mi brazo, pero al fin el Señor se compadeció de mí, sacándome de la prisión, y afilando mi espada en la piedra del Templo, va a herir a Cromwell y echar de Sion la desolación y la perdición. Entre vosotros pongo mi ropa virginal; guiad mis pasos por el estrecho sendero y que glorifique vuestro recto corazón la llegada de los mil años. Los santos que Dios protege van a gobernar el mundo; vosotros seréis los santos.

ROCHESTER.-Eso es hacernos demasiado honor.

CARR.-Y como Dios no me inspire seré mudo, porque deseo oír el maná celeste que mane de vuestros labios. ¿Sobre qué texto teníais la

controversia?

ROCHESTER.-¿Cuándo entrasteis? La controversia era sobre unos versos, sobre un madrigal..., pero primero bebamos. ¿Tenéis sed?

CARR.-Jamás tengo sed ni hambre.

ROCHESTER.-No importa. ¡Eh! ¡Camarero! ¡Camarero! Tráenos vino.

(El camarero arregla una mesa con brocs y vasijas de estaño. Carr y Rochester se sientan a dicha mesa. Carr se pone vino el primero y ofrece el vaso a Rochester, que continúa hablando.) Gracias. Preguntabais qué texto estábamos discutiendo y yo os contesté que era un madrigal.

CARR.-¿Un madrigal?

ROCHESTER.-Sí.

CARR.-¿Qué es un madrigal?

ROCHESTER.-Es... un salmo.

CARR.-Pues entonces leédmelo.

ROCHESTER.-Me diréis después lo que os parezca. «A la bella Egeria...» Debo advertiros

que se llama Francisca la persona a quien lo
dedico, pero como este nombre es muy vulgar,
creo que no debe usarse en la poesía. Hecha es
a salvedad, voy a leeros mi amoroso epigrama
(Rochester lee lo siguiente):
Enciéndese mi alma en vuestros ojos,
en los que el Dios Cupido
llamea con su fuego abrasador;
son como dos espejos que concentran
la llama que ha encendido,
y que quema mi ardiente corazón.
¿Qué os parece?
(Carr, que oye primero con atención y después con sombrío disgusto, se levanta furioso y derriba la mesa.)
CARR-¡Demonios! ¡Infierno! ¡Condenación!
Perdónenme el cielo y los santos si juro, pero
no puedo ver a sangre fría que se desborda ante
mis ojos el torrente de la impudicia. ¡Huye de
mí, edomita! ¡Huye, amalecita! ¡Huye, madiani-

ta!

ROCHESTER.- *(Riendo.)* (¡Este tipo es más divertido que Ormond!)

CARR.- *(Indignado.)* Tú, como Satanás, me has llevado a lo alto de la montaña, y me has dicho: -Tú, que sales de un ayuno austero y que tienes sed, toma; ahí tienes a tu disposición toda la tierra.

ROCHESTER.-Perdonad; sólo os he ofrecido un vaso de vino.

CARR.-¡Yo que le oía como a un espíritu celeste! Y él, en vez de los tesoros puros de un corazón casto y sereno, me ha hecho ver una llaga.

ROCHESTER.-¿Un madrigal es una llaga?

CARR.-Una llaga espantosa, en la que se ve el papismo, el amor, el episcopado, la voluptuosidad y el cisma. Una úlcera incurable, en la que Moloc-Cupido vierte a Astarté y sus vicios.

ROCHESTER.-Perdonadme otra vez; no es

Astarté, es la ninfa Egeria.

ORMOND.-Sois un par de locos.

CARR.-No, estos hombres no son santos.

ROCHESTER.-¿Por fin lo conoces?

CARR.¡Esto es un club de demonios, un sábado de papistas! ¡Éstos son caballeros! Salgamos.

ROCHESTER.-Adiós, querido.

CARR.- *(Dirigiéndose hacia la puerta.)* ¡Mis pies caminan sobre carbones encendidos!

Escena VI

Los mismos, el coronel JOYCE, *el mayor general*

HARRISON, *el adornista* BAREBONE, *el*

teniente general LUDLOW, *el coronel* OVERTON,

el coronel PRIDE, *el soldado* SINDERCOMB, *el*

mayor WILDMAN, *los diputados* GARLAND *y*

PLINLIMMON *y otros puritanos.*

(Entran procesionalmente, envueltos en las capas.) JOYCE.- *(Deteniendo a Carr.)* ¿Qué haces? ¿Te

vas cuando yo llego?

CARR-¡Nos han engañado! ¡No entres en

Nínive! ¡Sal de este lugar maldito! ¡Estos son

caballeros, no son santos!

JOYCE.- *(Bajo a Carr.)* Pero necesitamos a estos

caballeros; sus brazos nos defienden, son nues-

tros aliados.

CARR.-No debemos aliarnos con los hijos de

Belial.

JOYCE.-No seas necio y permanece aquí.

CARR.- *(Resignándose.)* Pues bien; me quedaré para preservaros de su contacto funesto.

(Los tres caballeros se han sentado a una mesa de la derecha del teatro. Los puritanos, agrupados a la izquierda, hablan entre ellos en voz baja y lanzan de vez en cuando miradas de odio a los caballeros.)

ORMOND.- *(En voz baja a Davenant.)* Tarda en venir el perezoso Lambert.

ROCHESTER.- *(Bajo a los otros dos.)* Los santos parece que están sombríos y recelosos; están inquietos, y eso que no somos más que tres.

(Mirando hacia la puerta del fondo, que se abre.) Pero ya nos llegan de refuerzo Sedley, Rosebe-rry, lord Drogheda y Clifford.

ORMOND.-Y el ilustre Jenkins, consejero del tirano y cuya virtud persigue porque la teme.

Escena VII

Los mismos, SEDLEY, LORD DROGHEDA,

LORD ROSEBERRY, SIR PETERS DOWNIE

y CLIFFORD; *el doctor* JENKINS *va vestido de*

negro y entra con otros realistas. Todos se saludan.

ROSEBERRY.-¡Rochester! ¡Ormond! ¡Dave-

nant!

ORMOND.-Decid nuestros nombres en voz

más baja.

ROSEBERRY.-No había visto a esos cuervos.

ORMOND.-Cuidad, milord, de no servirles

un día de pasto.

CLIFFORD.-Aquí ya están las mesas en tierra;

veo que hay dos vasos en vez de tres. ¿Quién

ayuna de vosotros? Reparemos este desorden.

(Levanta la mesa y llama al mozo dé la taberna, que

saca brocs de cerveza y de vino. Los caballeros jóve-

nes se sientan a beber. Sigue hablando el mismo.)

Tengo hambre y sed.

CARR.-(Estos malditos paganos siempre tie-

nen hambre y sed.)

Escena VIII

Los mismos y SIR RICARDO WILLIS, *con barba blanca y aspecto de enfermo.*

ORMOND.-¡Sir Ricardo Willis!

(Los caballeros se levantan y van a su encuentro; anda con dificultad. Roseberry y Rochester le ofrecen el brazo y le ayudan.)

WILLIS.-Vengo arrastrándome hasta vosotros libre de mis cadenas. Aquí me tenéis débil y moribundo por las persecuciones con que me ha atormentado Cromwell. Pero no soy digno de compasión, si ya cerca de la tumba, a la que él me conduce, mi débil brazo puede desasirse de sus hierros y contribuir a restablecer el trono legítimo, y si el cielo me permite que las últimas gotas de sangre que me quedan las derrame por el rey.

ORMOND.-¡Sublime lealtad!

ROCHESTER.-¡Abnegación venerable!

WILLIS.-Soy el más insignificante entre vosotros, pero tengo el honor de ser el servidor del rey más perseguido. ¿Qué esperamos ya?

ORMOND.-A Lambert, que no ha venido aún.

WILLIS.- *(A Ormond.)* ¿Quiénes son esos sectarios?

ORMOND.-Aquellos son los parlamentarios Plinlimmon y Ludlow, aquel otro Carr, y el de más allá Barebone, adornista.

WILLIS.-No le conozco.

DAVENANT.-Barebone es gran enemigo del poder tiránico. Él proscribe la cabeza de Cromwell coronado y sus manos trabajan para la obra de la coronación; trabajan en loor de Dios por las pompas del diablo.

WILLIS.-¿Quiénes son esos otros?

ORMOND.-Los tres regicidas Harrison, Overton y Garland.

CLIFFORD.-¿Cuál de los tres es Satanás?

ORMOND.-Silencio, milord, que allí está de-

clamando el raptor del rey, Joyce.

ROSEBERRY.-¡Raza infame!

Escena IX

Los mismos y el teniente general LAMBERT

ORMOND.-¡Ya está aquí Lambert!

CARR.-(Incomprensible misterio.)

LAMBERT.-¡Salud a los antiguos amigos de la antigua Inglaterra!

ORMOND.- *(A los que están a su lado.)* Se acerca el momento de dar el gran golpe; concluyamos de sellar nuestra alianza. *(Avanza hacia Lambert, que viene a su encuentro.)* Jesús crucificado...

LAMBERT.- *(Interrumpiéndole.)* Por la salvación de los hombres. Estamos dispuestos.

ORMOND.-Dispongo de trescientos gentileshombres, y a mi lado están sus jefes. ¿Cuándo le derribamos?

LAMBERT.-¿Cuándo será rey?

ORMOND.-Mañana.

LAMBERT.-Pues mañana.

ORMOND.-Está dicho.

LAMBERT.-Está dicho.

ORMOND.-¿A qué hora?

LAMBERT.-Al mediodía.

ORMOND.-¿En qué sitio?

LAMBERT.-En Westminster.

ORMOND.-Queda pactada nuestra alianza.

LAMBERT.-Nuestra alianza leal. *(Se estrechan ambos la mano. Después de una pausa, Lambert dice aparte.)* (Mía será la corona. Después que me sirváis como yo quiera, el cadalso de Capell no está tan carcomido que no pueda soportar aún un tajo para colocar tu cabeza.)

ORMOND.-(Se cree subir al trono y sube a la horca.)

(Lambert cruza los brazos sobre el pecho y dirige las miradas al cielo. Los puritanos toman actitud de éxtasis y de plegaria. Los caballeros están sentados a la mesa; los jóvenes beben alegremente. Ormond, Willis, Davenant y Jenkins parece que sean los úni-

cos que oigan la arenga de Lambert.)

LAMBERT.-¡Piadosos amigos! Ha llegado el caso de que, desconociendo el derecho y la voluntad del pueblo, un hombre que se llama a sí mismo protector de Inglaterra quiere arrogarse el título hereditario de los reyes. Por eso acudimos a preguntaros si conviene castigar su orgullo impudente, y si creéis que debemos vengar con nuestras espadas la usurpación y dictar contra él sentencia de muerte.

TODOS.- *(Menos Carr y Harrison.)* ¡Muera Oliverio Cromwell!

LOS PURITANOS.-¡Exterminemos al traidor!

LOS CABALLEROS.-¡Muera el usurpador!

OVERTON.-¡Que no sea rey!

LAMBERT.-¡Que no sea tirano!

HARRISON.-Permitidme que humildemente os exponga un escrúpulo. Puede que nuestro opresor sea instrumento del cielo, porque aunque es tirano, es de alma independiente; y

quizá sea el que Daniel proclama, cuando dice en su profecía: *Los santos tomarán el reino del mundo y le poseerán.*

LUDLOW.-El texto es formal, pero el mismo profeta debe tranquilizaros, general; porque Daniel dice en otra parte: *Por mis designios el reino será entregado al pueblo de los santos.* Nadie debe, pues, cogerlo antes de que se le dé.

JOYCE.-Y el pueblo de los santos somos nosotros.

HARRISON.-Me confío a vuestra sabiduría; pero aunque me creo vencido, no me convenzo completamente de que los textos citados encierren el sentido que decís, y sobre estas cuestiones, prohibidas a los profanos, conferenciaré con vosotros algún día. Nos asesoraremos, para decidirlas, de amigos piadosos, que han profundizado estas materias y que con su inteligencia puedan iluminaros.

LUDLOW.-Con mucho gusto; nos reuniremos

si queréis el viernes.

JOYCE.- *(Indicando a Lambert un grupo de puritanos que se ha quedado aislado en un rincón del foro.)* Allá hay tres conjurados más, que están indignados de llegar un poco tarde a trabajar en la viña; pero que son santos trabajadores que quieren presentarse a vos, sabiendo que está escrito: *El mismo salario corresponde a todos.*

LAMBERT.-Decidles que se acerquen. *(Un grupo de tres hombres avanza hacia Lambert.)* ¿Cómo os llamáis, hermanos?

CONJURADO 1.º-Aunque tramen contra vosotros todo lo que pueda tramarse, load a Dios. Pimpleton.

CONJURADO 2.º-Muerte al pecado, Palmer.

CONJURADO 3.º-Vives para resucitar. Jeroboan dÉmer.

ROCHESTER.- *(Bajo a lord Roseberry.)* ¿Qué dicen?

ROSEBERRY.- *(Bajo a Rochester.)* Tienen la

risible costumbre de envolver, sus nombres en un versículo de la Biblia.

LAMBERT.- *(Con una Biblia abierta en la mano.)* ¿Juráis?

CONJURADO 1.º-¡Jurar nosotros!

CONJURADO 2.º-¡Nosotros no juramos!

CONJURADO 3.º-No.

LAMBERT.-Pues bien; prometed, poniendo la mano sobre el Santo Libro, inmolar a Cromwell.

LOS TRES.- *(Con la mano sobre la Biblia.)* Eso sí.

LAMBERT.-¿Prometéis prestarnos vuestro apoyo, callar y obrar?

LOS TRES.-Lo prometemos.

LAMBERT.-Entonces sed bien venidos.

(Los tres conjurados se colocan entre los puritanos.)

LAMBERT.-(Mañana, o pierdo la cabeza o alcanzo la corona.)

SYNDECOMB.- *(Al grupo de los conjurados.)*

¡Muera Oliverio Cromwell!

CARR.-Hermanos, cuando perezca Cromwell, cuando derribéis ese Baal que adoran de rodillas, ¿qué haréis después?

LUDLOW.-Hay que pensarlo.

ORMOND.-(Yo ya lo sé.)

LAMBERT.-Crearemos un Consejo, compuesto todo lo más de diez miembros... (Y que tenga un jefe.)

HARRISON.-Son pocos diez miembros, general Lambert. Debe constar de setenta, como el sanedrín hebreo. Ese número es sagrado.

JOYCE.-Un Consejo compuesto de oficiales.

HARRISON.-Compuesto de setenta miembros, creedme.

CARR.-Antes de pasar adelante, oídme: ¿estáis seguros de que Cromwell piensa en ser rey?

OVERTON.-Tan seguros, que mañana un Parlamento servil adornará su cabeza con la insignia real.

TODOS.- *(Menos Carr.)* Muera el ambicioso.

HARRISON.-No comprendo qué ideas lleva Cromwell arriesgándose a dar ese salto. Preciso es que esté loco para desear el trono, cuando no quedan ya fincas de la corona. Vendieron a Hamton-Court en beneficio del Tesoro; han destruido a Woodstock y han desamueblado a Windsor.

SYNDERCOMB.-¡Que muera el usurpador!

LAMBERT.-Ha colmado la medida de sus crímenes y debe morir.

DROGHEDA.-Drogheda humea aún con la sangre de sus víctimas.

CONJURADO 1.º-Abre su corazón a los hijos de Gomorra y de Tyro.

ORMOND.-Se ha empapado las manos con sangre del rey mártir.

HARRISON.-Sin respetar los derechos que hemos adquirido por medio de tantas guerras, hace que los caballeros le entreguemos nuestros

dominios.

CONJURADO 2.º-Ayer, en el impuro banquete que le dio la ciudad, al cumplimentarle, recibió la espada y después la devolvió.

LAMBERT.-Tiene ínfulas de rey.

JOYCE.-Ha perdido la Inglaterra.

JENKINS.-Juzga, tasa, absuelve y condena sin apelación.

WILLIS.-Hizo asesinar a Hamilton, a lord Capell y a lord Holland.

BAREBONE.-Lleva descaradamente la casaca de seda.

CONJURADO 3.º-Tolera, en menoscabo de la Santa Escritura, que se celebren los ritos del papismo.

DAVENANT.-Ha profanado las tumbas en Westminster.

LUDLOW.-¡Es sacrílego!

LOS PURITANOS.-¡Es idólatra!

JOYCE.-No haya perdón para él.

SYNDERCOMB.- *(Sacando un puñal.)* ¡Que muera!

TODOS.- *(Agitando los puñales.)* Exterminemos al tirano y a su raza.

(En este momento llaman violentamente a la puerta de la taberna. Los conjurados callan. Momentos de terror y de sorpresa. Llaman otra vez.)

ORMOND.-¿Quién es?

LAMBERT.-¡El diablo!

UNA VOZ.- *(Desde fuera.)* Soy un amigo.

ORMOND.-¿Qué es lo que quieres?

LA VOZ.-Os digo que soy un amigo; abridme.

ORMOND.-¿Quién eres?

LA VOZ.-Ricardo Cromwell.

TODOS LOS CONJURADOS.-¡Ricardo Cromwell!

ORMOND.-¡El hijo del Protector!

LAMBERT.-Se ha descubierto nuestra sublevación.

ROSEBERRY.-Es preciso abrir.

(Abre y entra Ricardo Cromwell.)

Escena X

Los mismos y RICARDO CROMWELL *vestido de caballero. Cuando entra, todos los puritanos se desembozan y se quitan los sombreros.*

RICARDO.-No he visto nunca tabuco tan bien guardado; ni que fuera una fortaleza. Buenos días, caballeros. ¿Por quién brindáis? Unid a vuestro brindis el mío.

CLIFFORD.-Querido Ricardo estábamos aquí diciendo...

ROCHESTER.- *(Riendo.)* Que el cielo os bendiga.

RICARDO.-¿Os ocupabais de mí? Os doy las gracias.

BAREBONE.-(Que el infierno apague su fuego en tu garganta.)

RICARDO.-¿No os molesto?

ROSEBERRY.-¡Vos. Al contrario.... tenemos a gran dicha veros entre nosotros. ¿Os trae aquí

algún asunto?

RICARDO.-Me trae aquí el mismo motivo que a vosotros.

CARR.-(¿Estará metido en el complot?)

WILLIS.-(¡Ricardo Cromwell también!)

RICARDO.- *(Levantando la voz.)* Sedley, Roseberry, Downie, Clifford, os acuso de ser unos felones.

ROSEBERRY.- *(Asustado.)* ¡Qué decís!

CLIFFORD.- *(Turbado.)* Querido Ricardo...

RICARDO.-Oídme hasta el fin; después os justificaréis si os es posible.

ROSEBERRY.-(Nos ha descubierto.)

RICARDO.-Hace cerca de diez años que somos amigos, siendo comunes entre nosotros la caza, los bailes, los placeres y hasta los pesares, todo, la bolsa y las queridas. Aunque mi apellido simboliza un partido contrario, como un hermano siempre he vivido entre vosotros, y a pesar de vivir siempre de acuerdo, ocultáis un

secreto a Ricardo.

ROSEBERRY.-(Todo se ha perdido.)

RICARDO.-Interrogad a vuestra conciencia y ella os contestará que habéis procedido infamemente conmigo.

ROSEBERRY.-ES verdad: de vuestra amistad hemos recibido grandes pruebas; pero...

RICARDO.-Correspondéis a esa amistad haciendo traición.

LAMBERT.-(¿Traición?)

CLIFFORD.-(¡Traición!)

CARR.-(¿Qué significa esto?)

RICARDO.-Me hacéis la traición de venir aquí a beber sin decírmelo.

ROSEBERRY.- *(Respiro.)* Creed, querido Ricardo...

RICARDO.-Es delito de alta traición venir aquí a beber sin avisármelo. ¿Qué os he hecho para que me tratéis así? Ya sabéis que duelos, festines alegres y dar cintarazos, son cosas que

me placen; ¿en qué os he faltado?

SEDLEY.-En nada.

RICARDO.-Es preciso que me lo digáis.

ROSEBERRY.-¡Ricardo!

RICARDO.-Sin duda me hacéis la justicia de creer que odio a estos puritanos malditos tanto como vosotros.

BAREBONE.-¡Como nosotros!

RICARDO.-Como os lo digo. No es posible soportar a esos estúpidos sectarios, que con comentarios sangrientos ensucian los libros santos y predican las alabanzas de Dios, y después del sermón se dedican al juego.

CARR.- *(Entre dientes.)* Los santos no juegan, eso es mentira.

RICARDO.-Iba a copiarles dirigiéndoles una jeremiada, pero estad tranquilos; no diré ya nada más. Para probaros, amigos míos, que no temo comprometerme con vosotros, y hasta qué punto uno mi causa a vuestra causa. *(Llena*

un vaso de vino y lo lleva a sus labios.) ¡Brindo a la salud del rey Carlos!

LOS CONJURADOS.- *(Sorprendidos.)* ¡A la salud del rey!

RICARDO.-Estando aquí sólo nosotros, ¿por qué os sobresaltáis?

WILLIS.-(Es muy imprudente el hijo de Cromwell sí está comprometido en la sublevación.)

(Oyese el sonido de una trompeta a la parte de fuera. Reina en la escena otro silencio de asombro y de inquietud.)

UNA VOZ.- *(Desde fuera.)* ¡En nombre del Parlamento, abrid la taberna!

(Movimiento de terror entre los conjurados.)

ROCHESTER.- *(A Davenant.)* Nos cogieron en la cueva como a Caco.

LAMBERT.- *(Bajo a Joyce.)* Cromwell viene a arrestarnos.

JOYCE.-Sin duda lo sabe todo.

OVERTON.-Pues bien, nos abriremos paso
con las espadas.
LAMBERT.-Habrán tomado la plaza las tro-
pas.
(Óyese otra vez el sonido de la trompeta.)
RICARDO.-¡Diablo! ¡Venir a incomodarnos
ahora!
LA VOZ.- *(Desde fuera.)* ¡En nombre del Par-
lamento, abrid la taberna!
BAREBONE.-Obedezcamos. *(Va a abrir.)*
LAMBERT.-(No tengo ya segura la cabeza
sobre los hombros.)
(Barebone abre la puerta de la taberna, que debe ser muy grande, para que a través de ella se vea el mercado de vinos lleno de gente. En medio de él se ve al Pregonero rodeado de cuatro guardias de la ciudad, de uniforme y con picas, y detrás de éstos una escolta de arqueros y de alabarderos. El Pregonero lleva una trompeta en una mano y un pergamino desplegado en la otra.)

Escena XI

Dichos, el PREGONERO, *guardias de la ciudad, arqueros, alabarderos y pueblo.*

PREGONERO.- *(Después de tocar la trompeta.)* ¡Silencio y oíd!: «De parte de su alteza Oliverio Cromwell, lord Protector de Inglaterra, a todos los habitantes, vasallos civiles y militares, hacemos saber: Que con la idea de que se manifieste el deseo del Señor, respecto a la moción que ha hecho a la Cámara el honorable miembro el caballero Pack, para saber si se debe nombrar rey al susodicho lord Protector, y sobre todo para salvar al pueblo instruido y prudente de los males que le presagia el último eclipse e implorar la clemencia de Dios, los comunes, en sesión del Parlamento de Londres, siguiendo los consejos de doctores que el pueblo venera, han decidido que se celebre hoy un ayuno extraordinario, y aconsejan a los vecinos

que hagan examen de conciencia de sus crímenes, errores y pecados.»

UN GUARDIA DE LA CIUDAD.-Amén.

PREGÓN.-¡Dios bendiga al pueblo de Inglaterra!

EL JEFE DE LOS ARQUEROS.-Para el cumplimiento del *bill* parlamentario, mandamos a vivanderos y taberneros que cierren en este mismo instante las tiendas y las tabernas, porque son sitios impuros en los que no se observa el ayuno.

LAMBERT.- *(A los demás conjurados.)* Pues hasta mañana. Es preciso separarnos ahora.

GARLAND.-¿Dónde nos reuniremos?

BAREBONE.-Mañana, en la gran sala de Westminster, donde os introduciré yo antes de la hora fatal, cerca del trono, que yo he tapizado.

OVERTON.-Bien; separémonos sin ruido, pero sin misterio.

PREGÓN.-¡Dios bendiga al pueblo de Inglate-

rra!

RICARDO.-Tiene poca gracia que nos echen

así de un festín alegre. Se conoce que milord mi

padre no es ya joven; yo no querría ocupar un

trono si me impusieran un ayuno.

(Salen de la escena todos los conjurados.)

Acto segundo

Los espías

Sala de las banquetas en White-Hall

En el fondo se ve la puerta vidriera por la que salió

Carlos I para ir al cadalso. A la derecha

un gran sillón gótico, cerca de una mesa con tapete

de terciopelo de oro, en el que se distinguen aún las

iniciales C. R. (Carolus Rex). -En el momento de

levantarse el telón ocupan el teatro dos grupos nu-

merosos de cortesanos, vestidos de gala, que conver-

san en voz baja. Delante del grupo están los embaja-

dores de España y de Francia con toda su comitiva.

El embajador de España está a la izquierda, rodeado

de pajes y de escuderos, de alcaldes de corte y de alguaciles, en medio de los que un heraldo del Consejo de Castilla lleva sobre un almohadón de terciopelo negro el collar de la Orden del Toisón de Oro. El embajador de Francia está a la derecha, cercado de pajes y de gentileshombres; tiene cerca de él a MANCINI, *y detrás dos gentileshombres que llevan en dos almohadones de terciopelo azul, el uno una magnífica espada con el puño de oro cincelado y el otro una carta de la que pende un gran sello con cera roja; cuatro pajes del cardenal Mazarino sostienen un gran rollo forrado de tafetán engomado. El embajador de España va vestido de caballero del Toisón de Oro; su séquito de satín negro y de terciopelo. El embajador de Francia va vestido de caballero de Saint-Esprit; su séquito lleva uniformes variados. Detrás de los dos grupos principales están los enviados de Suecia, del Piamonte y de Holanda, notables por sus diferentes trajes. En el fondo se ve un grupo de señores ingleses, entre los que llama la atención,*

por su traje de brocado de oro y el de los dos pajes que le siguen, HANNIBAL SESTHEAD, *joven señor dinamarqués. Dos centinelas puritanos, con el mosquete y la alabarda al hombro, se pasean de parte a parte por la gran puerta gótica que hay en el fondo de la sala.*

Escena I

El duque de CRÉQUI *, embajador de Francia;* MANCINI, *Sobrino del cardenal Mazarino, y su séquito;* D. LUIS DE CÁRDENAS, *embajador de España, y su séquito;* FILIPPI *, enviado de Cristina, y su acompañamiento; tres diputados de Vaudois, seis enviados de la República holandesa*; HANNIBAL SESTHEAD *, primo del rey de Dinamarca, y sus dos pajes; señores y gentileshombres ingleses; dos centinelas.*

DON LUIS DE CÁRDENAS.-Paje, ¿qué hora es?

PAJE.-Las doce.

D. LUIS.-¡Vive Dios, que hace ya dos horas

que Cromwell me está haciendo esperar!

PAJE.-Excelentísimo señor, es porque está

celebrando consejo para...

D. LUIS.-Nadie os pregunta. (¿Cómo tomará

mi mensaje el Protector?)

CRÉQUI.- *(A Mancini.)* ¿Qué sala es ésta?

MANCINI.-Monseñor, es la sala de las ban-

quetas, en la que se recibe a los embajadores.

(La gran puerta del fondo se abre de par en par.)

UN UJIER.- *(Anunciando en alta voz.)* Su alteza

el milord Protector de Inglaterra.

(Todos los asistentes se descubren e inclinan con

respeto. Entra Cromwell, con la cabeza cubierta.)

Escena II

Dichos, CROMWELL *, con sencillo traje militar,*

con casaca de búfalo, gran tahalí bordado

con sus armas, del que pende una espada larga;

WHITELOCKE, *lord comisario del sello, con larga*

toga de satín negro rodeada de armiño y con gran

peluca; el conde de CARLISLE, *capitán de la guar-*

dia del Protector, con su uniforme particular; STOUPE, *secretario de Estado para los negocios extranjeros. Durante toda la escena, el conde de* CARLISLE *está detrás del sillón del Protector, de pie y con la espada desnuda.* WHITELOCKE *a su derecha y* STOUPE *a su izquierda con un libro abierto en la mano. Cuando entra* CROMWELL, *los asistentes se forman en dos filas y permanecen inclinados hasta que el Protector llega a su sillón.*

CROMWELL.- *(Ante el sillón.)* ¡Paz y salud a los corazones de buena voluntad! Doy audiencia en nombre del pueblo inglés a cada uno de los diputados que a mí se dirigen. *(Se sienta y se quita el sombrero.)* Duque de Créqui, hablad. *(Créquí con Mancini y su acompañamiento se acercan hasta Cromwell, haciéndole las mismas reverencias que a un rey. Los demás asistentes se retiran al fondo de la sala.)*

CRÉQUI.-Monseñor, la alianza que os asegura el apoyo del rey Cristianísimo va a estre-

charse hoy con nuevos lazos. El señor Mancini os va a leer la carta que su eminente tío dirige a vuestra alteza. *(Mancini se aproxima al Protector, dobla una rodilla y le presenta sobre el almohadón la carta del cardenal. Cromwell rompe el sobre y se la entrega a Mancini, diciéndole)*: Leed la carta del cardenal Mazarino.

MANCINI.- *(Leyendo.)* «A su Alteza el Protector de la República de Inglaterra.

»Monseñor:

»La parte gloriosa que el ejército de vuestra Alteza ha tomado en la guerra actual de Francia contra España, el útil socorro que ha prestado al ejército del rey mi señor en las campañas de Flandes, redoblan la gratitud de su majestad hacia un aliado tan poderoso como vos y que le ayuda tan eficazmente a reprimir la soberbia de la Casa de Austria. Por eso el rey ha querido enviar como embajador extraordinario en vuestra corte al duque de Créqui, encargado por su

majestad de participar a vuestra Alteza que la plaza fuerte de Mardike, que recientemente hemos tomado, queda a disposición de los generales de la República de Inglaterra, esperando que Dunkerque, que poseéis aún, se nos entregue, según los tratados estipulados. El duque de Créqui lleva además la comisión de entregar a vuestra Alteza una espada de oro, que el rey de Francia os envía como testimonio de su estimación y de su amistad. M. de Mancini depositará a los pies de vuestra Alteza un pequeño presente, que me atrevo a añadir al del rey; consiste en una tapicería de la nueva manufactura real llamada de los Gobelinos. Deseo que esta muestra de mi adhesión sea agradable a vuestra Alteza. A no haber estado enfermo en Calais, hubiera yo mismo pasado a Inglaterra a rendir mis respetos a uno de los más grandes hombres actuales. No pudiendo tener este honor, envío a la persona de mi más

próximo parentesco para que exprese a vuestra Alteza la veneración que le profeso, y que estoy resuelto a mantener, entre el Protector y mi rey, amistad eterna.

»Soy de vuestra Alteza con entusiasmo obediente y respetuoso servidor,

Julio Mazarino

«Cardenal de la Santa Iglesia Romana.»

(Mancini, haciendo una profunda reverencia, entrega la carta a Cromwell, que se la pasa a Stoupe. A una señal del duque de Créqui, los pajes que llevan librea real depositan sobre la mesa de Cromwell el almohadón que contiene la espada de oro; y a otra orden de Mancini, los pajes que llevan la librea de Mazarino desenrollan a los pies del Protector un rico tapiz de los Gobelinos.)

CROMWELL.-De los ricos presentes que me envía dad las gracias a su eminencia, y decid al rey que la Inglaterra será siempre hermana de la Francia. *(Bajo a Whitelocke.)* El cardenal, que

me adula y se arrodilla ante mí, llamándome en alta voz *grande hombre,* dice en voz baja que soy un *loco afortunado. (Volviéndose bruscamente hacia los enviados de Vaudois.)* ¿Qué es lo que deseáis vosotros?

ENVIADO 1.º-Con gran tristeza venimos a pedir que nos socorra vuestra alteza.

CROMWELL.-¿Quién sois?

ENVIADO 1.º-Diputados de los Vaudois.

CROMWELL.-¡Ah! *(Con benevolencia.)*

ENVIADO 1.º-Tiránicas leyes pesan sobre nosotros; nuestro príncipe es romano y nosotros somos calvinistas, y a sangre y fuego pretende que nuestras ciudades piensen como él. El país, afligido, nos envía para que remediéis semejantes males.

CROMWELL.- *(Con indignación.)* ¿Quién se atreve a oprimiros?

ENVIADO 1.º-El duque de Saboya.

CROMWELL.- *(A1 duque de Créqui.)* Señor

embajador de Francia, ya lo oís. Decid al cardenal de parte mía, que por el afecto que me profesa que trate de terminar el conflicto de que es víctima ese pueblo. La Francia tiene gran influencia sobre ese duque serenísimo; que le haga ceder. Es contrario al precepto divino oprimir por medio de la fe; por otra parte, yo sigo las doctrinas de Calvino. De todos modos contad conmigo, Vaudois. ¿Cómo os llamáis? *(Al enviado sueco.)*

ENVIADO.-Filippi; soy hijo de Terracina y vengo a depositar a los pies de un héroe este presente que le manda la reina Cristina. *(Deposita ante Cromwell un cofre pequeño con muelles de acero, y le entrega una carta que el protector pasa a Stoupe. Bajo a Cromwell.)* La carta de la reina os dirá por qué orden y por quién Monaldeschi fue asesinado en Fontainebleau.

CROMWELL.-Por orden de la reina, que quiso vengarse de su antiguo amante.

ENVIADO.-Mazarino permitió que mi reina ultrajada exterminase a ese hombre en el seno mismo de la Francia.

CROMWELL.-(Se le dio hospitalidad para que le asesinaran.)

ENVIADO.-Mi reina, que por su voluntad se separa del trono, solicita un asilo cerca del gran Protector.

CROMWELL.- *(Sorprendido y disgustado.)* ¿Cerca de mí? No hay aquí palacio digno de una reina.

D. LUIS.-(Pronto lo habrá para un rey.)

CROMWELL.-Que se quede en Francia. Es funesto el aire de Londres para los reyes caídos. (No quiero en mis dominios una reina de tan malas costumbres.) ¿Qué más queréis?

FILIPPI.-Para terminar mi misión, deseo que vuestra alteza se sirva abrir ese cofrecillo.

CROMWELL.-¿Qué encierra?

FILIPPI.-Abridle, monseñor.

CROMWELL.-¿Qué misterio es ése?

FILIPPI.-Aquí está la llave. *(Presentándole una llave de oro.)*

CROMWELL.-Dadme.

(Toma la llave; Filippi pone el cofrecillo sobre la mesa; Cromwell se dispone a abrirlo, pero Whitelocke se lo impide.)

WHITELOCKE.- *(Bajo a Cromwell.)* Deteneos, milord; puede encerrar el cofre uno de esos venenos sutiles de la alquimia o rayos del infierno; no es la primera vez que un traidor ha asesinado de ese modo a su víctima. Tenéis enemigos, y ese hombre mira traidoramente; temedle. Al abrir ese cofre podéis aspirar la muerte.

CROMWELL.- *(Bajo a Whitelocke.).* En lo posible cabe, y ya que lo creéis así abridle vos mismo.

WHITELOCKE.- *(Espantado y balbuceando.)* Mi abnegación por vos es grande, pero...

CROMWELL.- *(Sonriendo.)* (Le conozco y voy a acabar de juzgarle.)

WHITELOCKE.-(Se necesita valor para ser cortesano, porque hay que elegir entre la muerte o la desgracia, que es también otra clase de muerte... Muramos, pues.) *(Abre el Cofrecillo con las precauciones del hombre que espera una explosión violenta, y después de haberlo abierto, grita)*: ¡Una corona!

CROMWELL.- *(Asombrado.)* ¡Una corona!

(Whitelocke la saca del cofrecillo.)

CROMWELL.- *(Frunciendo el entrecejo.)* ¿Qué quiere decir esto?

FILIPPI.-Señor...

CROMWELL.-¿Es de oro de ley?

FILIPPI.-No debe dudarlo vuestra alteza.

CROMWELL.- *(A Whitelocke.)* Pues bien, hacedla fundir y entregadla en metal al hospital de Londres. No puedo hacer mejor uso de esas joyas, de esos adornos de mujer y de esos dijes

reales.

D. LUIS.-(Quizá se obstine en permanecer siendo Protector.)

MANCINI.- *(Bajo al duque de Créqui.)* Podría en cambio enviar a Cristina una cabeza de rey.

CRÉQUI.- *(Bajo a Mancini.)* En efecto, ese presente uniría más al vasallo regicida y a la reina asesina.

CROMWELL.- *(Despidiendo a Filippi bruscamente.)* Adiós, señor sueco, natural de Terracina. Flamencos, ¿qué esperáis? Las treguas han terminado ya.

EL JEFE DE LOS ENVIADOS HOLANDESES.-Los Estados generales de las provincias unidas, libres como vos y como vos protestantes, os demandan la paz.

CROMWELL.- *(Con rudeza.)* Ya no es hora. El Parlamento de esta República cree que vuestra política es demasiado mundana y no quiere firmar tratados de fraternidad con aliados tan

vanos y tan carnales. *(Con un gesto despide a los flamencos, que se retiran. Entonces Cromwell parece ver a* D. LUIS DE CÁRDENAS *y le dice)*: ¡Buenos días, señor embajador de España! ¡No os había visto!...

D. LUIS.-¡Dios guarde a vuestra alteza! Por asuntos de alto interés de Estado venimos a solicitar de vos una entrevista secreta. Nos separan las guerras de Flandes, pero el Rey Católico puede entenderse con vos, y para manifestaros el afecto que os profesa, ofrece a vuestra alteza el Toisón de Oro.

(Los pajes que llevan dicha insignia se aproximan a Cromwell.)

CROMWELL.- *(Levantándose indignado.)* ¿Por quién me tomáis? ¿Creéis que el jefe austero de los antiguos republicanos de la antigua Inglaterra es capaz, por sostener vanidades, de manchar su corazón con un símbolo pagano? ¿Colgaría del cuello del vencedor de Sodoma un

ídolo griego junto al rosario de Roma? ¡Lejos de mí esas tentaciones, esas pompas y ese collar!

D. LUIS.- *(Es un herético.)* El Rey Católico es el primero que os reconoció por jefe de la República.

CROMWELL.-¡Ofrecerme el Toisón de Oro! Dejo a los idólatras sus sacerdotes cristianos y sus templos teatros, y que busquen en el infierno sus dioses y su tesoro, y que encuentren allí el Toisón, que es el becerro de oro. Pero a mí no se me ultraja en vano. De mi cólera no pudo sustraer a su hermano don Luis, el enviado portugués, ¿y vuestro señor se atrevería a insultarme en la cara por medio de su embajador? Esto sería una injuria demasiado solemne. Partid.

D. LUIS.-Pues bien, guerra, y guerra eterna.

(Sale con todo su acompañamiento.)

MANCINI.- *(Bajo al duque de Créqui.)* Ha insultado al embajador castellano.

CRÉQUI.- *(A Mancini.) Hubiera* yo deseado recibir esa afrenta.

CROMWELL.- *(Bajo a Stoupe.)* Me era conveniente romper esta conferencia con España ante los enviados de Francia; pero seguid a don Luis de Cárdenas, tratad de apaciguarle y procurad averiguar qué es lo que viene a proponerme.

(Stoupe sale.)

(Se abre la gran puerta del fondo de par en par y un ujier anuncia):

-¡Milady Protectora!

CROMWELL.-(¡Ah, Dios mío! ¡Es mi mujer!) Dejadnos solos, señores.

(Salen todos por la puerta de un lado; el conde de Carlisle y Whitelocke acompañan ceremoniosamente al embajador de Francia. Entran por la puerta del foro Elisabeth Bourchier, mujer de Cromwell. Mistress Fletwood, lady Falconbridge, lady Cleypole, lady Francisca y sus hijas.)

Escena III

CROMWELL, ELISABETH BOURCHIER, MISTRESS FLETWOOD, *vestidas de negro, la última con la sencillez puritana;* LADY FALCONBRIDGE *, vestida con gran riqueza y elegancia;* LADY CLEYPOLE, *tapada, como persona enferma, y* LADY FRANCISCA, *muy joven, vestida de blanco y con velo.*

CROMWELL.-Parece que estuvieras sufriendo; ¿no has dormido esta noche?

ELISABETH.-Apenas he cerrado los ojos; decididamente me fastidia el fausto. La cámara de la reina donde me acuesto es demasiado grande. El lecho blasonado que perteneció a los Estuardos y a los Tudores, con su dosel de tela de plata y con sus cuatro pilares de oro; la alta balaustrada, que me retiene cautiva en el real estrado; los muebles de terciopelo, las lámparas de plata sobredorada, todo esto me produce el

efecto de un ensueño que no me deja dormir. Además, es muy difícil andar por este palacio: me confunde andar por tantas habitaciones y corredores; me pierdo en este inmenso White-Hall y estoy mal sentada en el real sillón.

CROMWELL.-Veo que no puedes soportar la fortuna; todos los días te quejas.

ELISABETH.-Siento que te sepa mal, pero te confieso que a vivir en el palacio de los reyes prefiriera vivir en la casa donde ha nacido la familia. Echo de menos los felices tiempos en que íbamos desde el amanecer a pasear por el jardín y por el parque, dejando a los niños que jugasen en la pradera, los tiempos en que tú y yo después nos entrábamos en la cervecería.

CROMWELL.-¡Milady!

ELISABETH.-¡Felices tiempos aquellos en los que Cromwell no era nada, en los que yo vivía tranquila y dormía bien!

CROMWELL.-Acostúmbrate a no tener esos

deseos tan ordinarios.

ELISABETH.-¿Y por qué, si he nacido con ellos? He pasado mi infancia lejos de la grandeza, y no me puedo acostumbrar al aire de la corte; estos vestidos con cola no me dejan andar. Estuve hipocondriaca en el banquete que dio el lord Corregidor, porque tuve que pasar por el fastidio de comer con la ciudad de Londres. Tú también parecías estar fastidiado. ¿Te acuerdas qué alegremente cenábamos en otro tiempo en nuestro hogar?

CROMWELL.-Pero mi nuevo rango...

ELISABETH.-Recuerda que tu grandeza incierta y efímera entristeció los últimos días de tu pobre madre, y que la condujeron al sepulcro, más que los años, los disgustos y los sobresaltos. Calculando los peligros que te rodeaban, mientras ascendías, tu pobre madre medía la altura de tu caída; y cada vez que abatías a tus rivales y Londres solemnizaba tus nuevos

triunfos, si llegaba a sus oídos el ruido sordo de los cañones y de las aclamaciones del pueblo, se despertaba sobresaltada y temblorosa, exclamando: ¡Gran Dios! ¡Si habrá muerto mi hijo!

CROMWELL.-Ahora duerme mi madre en el panteón de los reyes.

ELISABETH.-¡Vaya una satisfacción! ¿Se duerme allí mejor el sueño eterno? ¿Sabe ella acaso si tus despojos mortales reposarán al lado de los suyos? ¡Quiera Dios que esto suceda muy tarde!

LADY CLEYPOLE.- *(Con voz débil.)* Padre mío, yo os precederé en el lecho mortuorio.

CROMWELL.-¡Siempre tienes esos lúgubres pensamientos!

CLEYPOLE.-Porque mis fuerzas debilitadas se extinguen; me hace falta tomar el sol y respirar el aire del campo; para mí, este palacio sombrío es semejante a un sepulcro. En sus largos corredores y en sus vastas salas reinan

los temblores que producen el miedo y las noches glaciales. Aquí moriré muy pronto.

CROMWELL.- *(Besándola en la frente.)* Calla, hija mía, calla, que no tardaremos en volver a nuestros hermosos valles: hoy es necesario que permanezca aquí algún tiempo.

MISTRESS FLETWOOD.- *(Alegremente.)* Sed sincero, padre mío, ¿no es cierto que queréis subir al trono, que deseáis ser rey? Mi marido lo estorbará.

CROMWELL.-¿Quién? ¿Mi yerno?

FLETWOOD.-Sí, no quiere andar por caminos oblicuos, y dice que una República no debe tener rey; en esto yo me uniré con él contra vos.

CROMWELL.-¡Tú! ¡Mi hija!

LADY FALCONBRIDGE.-Verdaderamente no comprendo cómo piensa mi hermana; mi padre es libre y si alcanza el trono será para nosotras. ¿Por qué no ha de ser rey? ¿Por qué no hemos de gozar del placer embriagador de

ser altezas reales y princesas de la sangre?

FLETWOOD.-A mí no me halaga la vanidad, y sólo me preocupo de la salvación del alma.

FALCONBRIDGE.-Pues a mí me gusta mucho la corte, y no veo por qué, siendo mi esposo lord, no ha de ser rey mi padre.

FLETWOOD.-Hermana mía, el orgullo de Eva perdió al primer hombre.

FALCONBRIDGE.-(Bien se ve en su modo de pensar que no es gentilhombre su esposo.)

CROMWELL.- *(Impaciente.)* ¡Callaos las dos! De vuestra hermana más joven mitad la modestia, la calina y la dulzura. ¿En qué estás pensando, Francisca?

LADY FRANCISCA.-Me desespera, padre mío, el aspecto de estos sitios venerables. Me educó vuestra hermana, a cuyo lado he pasado toda la vida, enseñándome a reverenciar a los que se destierra para siempre, y desde que vivo entre estas paredes sombrías creo ver constan-

temente vagar por ellas tristes sombras.

CROMWELL.-¿De quién son esas sombras?

FRANCISCA.-De los Stuardos.

CROMWELL.-(¡Siempre ese nombre reso-

nando en mis oídos!)

FRANCISCA.-¡Aquí murió el rey mártir!

CROMWELL.-¡Hija mía!

FRANCISCA.- *(Señalando a la ventana del fon-*

do.) Padre mío, ¿no es aquella la puerta-vidriera

por donde Carlos I salió la última vez de Whi-

te-Hall? ¡Ah! ¡Thurloe!

Escena IV

Dichos, THURLOE *con una cartera en la mano; traje de puritano.*

THURLOE.- *(Inclinándose.)* Esto corre prisa, milord.

CROMWELL.-Dispénseme vuestra alteza; quisiera quedarme solo.

ELISABETH.-¿Con quién hablas?

CROMWELL.-Con vuestra alteza.

ELISABETH.-Perdóname, Cromwell; me olvido siempre de que estoy tan alta y no puedo acostumbrarme a títulos prestados, ni a ser milady Protectora.

(Se va con sus hijas.)

Escena V

CROMWELL, *y* THURLOE; *mientras éste extiende sobre la mesa los papeles de la cartera, aquél queda absorbido unos momentos, hasta que al fin rompe el silencio con esfuerzo.*

CROMWELL.-¡No soy dichoso, Thurloe!

THURLOE.-Pues esas señoras adoran a vuestra alteza.

CROMWELL.-¡Cinco mujeres! Prefiriera gobernar por medio de decretos absolutos cinco ciudades, cinco condados o cinco reinos.

THURLOE.-¡Pero si vos gobernáis la Inglaterra y la Europa!...

CROMWELL.-¡Estar casado con una plebeya el dueño del mundo! Soy un esclavo.

THURLOE.-Milord, porque queréis.

CROMWELL.-No. De mi destino está roto el equilibrio; la Europa está a una parte, pero mi mujer está a la otra.

THURLOE.-Si pudiera, como vos, cambiar de posición, una mujer no...

CROMWELL.- *(Con severidad.)* Sois muy atrevido haciendo esa suposición.

THURLOE.- *(Intimidado.)* Lo que he dicho es que...

CROMWELL.-Basta. Dejemos ese asunto. ¿Qué tenéis que comunicarme?

(Se sienta en el sillón.)

THURLOE.- *(Tomando uno de los papeles.)* Escocia. El gran Preboste quiere rendirse, y todo el Norte se somete al Protector.

CROMWELL.-Adelante.

THURLOE.-Flandes. Los españoles se disponen a capitular, y entregarán Dunkerque muy pronto al Protector.

CROMWELL.-Seguid.

THURLOE.-Londres. Acaban de entrar en el Támesis doce bajeles grandes, cargados de millones que Blake cogió a tres galeotes portugue-

ses.

CROMWELL.-Seguid.

THURLOE.-El duque de Holstein envía al Protector ocho caballos grises.

CROMWELL.-Continuad.

THURLOE.-Los catedráticos de Oxford, que fueron vuestros émulos, os nombran canciller de la Universidad, y aquí tenéis el diploma.

CROMWELL.-¿Qué más?

THURLOE.- *(Con una carta en la mano e inquieto.)* Milord, me advierten por bajo mano que mañana piensan asesinar a vuestra alteza.

CROMWELL.-¿Qué más?

THURLOE.-Hay una conspiración tramada por los jefes puritanos unidos a los caballeros.

CROMWELL.-Seguid.

THURLOE.-¿No deseáis saber ningún detalle sobre esto?

CROMWELL.-Será alguna fábula. Terminemos el despacho.

THURLOE.-El mariscal de la Dieta de Polonia...

CROMWELL.- *(Interrumpiéndole.)* ¿De Colonia no hemos recibido cartas?

THURLOE.- *(Buscando entre los despachos.)* Una nada más.

CROMWELL.-¿De quién?

THURLOE.-De Manning, vuestro agente cerca de Carlos.

CROMWELL.-Dádmela. *(Toma la carta y rompe precipitadamente el sobre.)* Está fechada del 5. ¡Tiene veinte días de fecha! ¡Qué poco activos son mis mensajeros! *(Lee la carta y dice leyéndola)*: ¡Ah, señor Davenant! ¡La astucia es delicada! La entrevista de noche y a oscuras... Capituláis con vuestro juramento... ¡Para eso es preciso ser papista! «Irá el real mensaje oculto en el sombrero...» ¡Prudente precaución! Thurloe, participa al señor Davenant que deseo verle. Habita en la *Sirena,* cerca del puente de Lon-

dres. *(Thurloe sale para ejecutar esta orden.)* Vamos a ver cuál de los dos será más astuto. No os valdrán vuestras arterías; porque en la oscuridad donde os ocultáis sé yo encender una luz para conocer a los traidores. *(Entra Thurloe.)* Continuemos. ¿Has visto al embajador de España?

THURLOE.-Milord, os ofrece entregaros Calais, si en a guerra empeñada socorréis a Dunkerque sin retardo.

CROMWELL.- *(Reflexionando.)* La Francia me ofrece a Dunkerque y la España a Calais; pero lo que quita algo de valor a su común oferta es que Dunkerque pertenece a España y Calais a Francia. Cada uno de sus dos reyes me da a elegir una ciudad del reino vecino, y para que yo la prefiera en este debate, me da en hipoteca una conquista por hacer. Con el rey de Francia debo quedar acorde; no tengo por qué hacerle traición. El otro ofrece menos todavía.

THURLOE.-Como los Vaudois, los oprimidos protestantes de Nimes reclaman vuestro apoyo magnánimo.

CROMWELL.-Escribid al cardenal-ministro en su favor, no hay que esperar que sea tolerante.

THURLOE.-Devereux acaba de tomar por asalto a Armagh la católica, en Irlanda, y he aquí la carta evangélica del capellán Paters sobre este acontecimiento: «Dios se ha mostrado clemente con el ejército de Israel. Por fin nos hemos apoderado de Armagh. El hierro y las llamas han exterminado hasta a los viejos, las mujeres y los niños; han perecido lo menos dos mil; la sangre corre por todas partes, y yo vengo de la iglesia de dar gracias a Dios.»

CROMWELL.- *(Con entusiasmo.)* ¡Peters es un gran santo!

THURLOE.-¿Debemos perdonar a los que queden de aquella raza?

CROMWELL.-No; no haya perdón para los papistas. En Armagh hay un sitial vacante en el coro; démoselo a Peters.

THURLOE.-El emperador desea saber por qué aprestáis nuevos y grandes armamentos.

CROMWELL.-Que nos deje hacer la guerra y que guarde para sí las fiestas. ¿Qué pretende de mí el emperador con su cámara áulica y su águila de dos cabezas? ¿Pretende asustarme? ¿Cree que tengo miedo al buen emperador germano, porque los días solemnes empuña un globo de madera pintada que llama mundo? ¡Bah! Es rayo que nunca hiere, aunque siempre gruñe.

THURLOE.-El coronel Titus, encarcelado por haber escrito un libelo...

CROMWELL.-¿Qué quiere?

THURLOE.-Milord, conseguir su libertad. Hace ya nueve meses que está encerrado en un calabozo horrible.

CROMWELL.-¡Nueve meses! No puede ser.

THURLOE.-Se le encerró en octubre, y estamos en junio; contad, milord.

CROMWELL.-Sí..., eso es.

THURLOE.-El pobre hombre ha permanecido allí durante todo este tiempo solo, desnudo y helado.

CROMWELL.-¡Nueve meses! ¡Cómo se pasa el tiempo! *(Pausa.)* Decidme, ¿qué hace el comité secreto del Parlamento respecto al proyecto presentado?

THURLOE.-Están contra vos Pirretoy, Goffe, Pride, Nicholas, y sobre todo Garland.

CROMWELL.- *(Con cólera.)* ¡El regicida!

THURLOE.-Pero lucharán en vano contra la corriente; la mayoría vota con nosotros, y siguiendo a lord Pembroke, que sabe sobrenadar en todas las épocas, la corona os pertenece de derecho. Únicamente el coronel Birck, aunque se inclina a la mayoría, fundado en un vano

escrúpulo en la Biblia, mantiene indecisa a la Cámara.

CROMWELL.-Le deben algo en la oficina del impuesto sobre bebidas, y pagándole se le quitará el escrúpulo, si el cajero no se equivoca a su favor.

THURLOE.-Jage está excitado contra vos, porque dice que sois ambicioso.

CROMWELL.-Pues le nombraré jefe de policía.

THURLOE.-Lo demás corre de mi cuenta, si se digna milord dejar este asunto a mi cargo. En nombre del Parlamento os suplicarán hoy encarecidamente que aceptéis la corona.

CROMWELL.-¡Ah! ¡Por fin empuñaré el cetro!

THURLOE.-Hace ya tiempo, milord, que reináis.

CROMWELL.-No, no; poseo la autoridad, pero me falta el nombre. ¡Te sonríes, Thurloe!

No sabes qué vacío abre en el corazón la avidez de la ambición; no sabes cómo ella desafía al dolor, al trabajo, al peligro, a todo, por conseguir un objeto que parece pueril. Es triste poseer la fortuna incompleta; además, no sé qué brillo, en el que el cielo se refleja, rodea a los reyes desde los tiempos antiguos. Son palabras mágicas las palabras rey y majestad. Ser árbitro del mundo sin ser rey, poseer el poder sin el título, es faltar algo; el imperio y el rango deben ser una misma cosa. No sabes qué sentimiento da cuando se ha salido de la muchedumbre y se palpa el acontecimiento, no sentir algo encima de la cabeza; no será más que una palabra, pero entonces esa palabra lo es todo.

CROMWELL, *que se* ha *abandonado hasta posar familiarmente el codo en el hombro de* THURLOE, *se vuelve como despertándose con sobresalto y que se abre lentamente una pequeña puerta secreta en uno de los tapices de la sala*. MANASSÉ-BEN-ISRAEL

se para en el umbral.

Escena VI

Dichos y MANASSÉ-BEN-ISRAEL; *éste es un*

viejo rabino judío, que sale vestido como los

de su raza; lleva barba blanca.

MANASSÉ.-¡Que el Señor Dios os guíe hasta

el fin de vuestro camino!

CROMWELL.-Es el judío Manassé. *(A Thur-*

loe.) Despachad todo eso. *(Thurloe se sienta en la*

mesa y Cromwell *se aproxima al rabino, diciéndole en voz baja)*: ¿Qué quieres?

MANASSÉ.-Os traigo noticias importantes.

Una embarcación sueca, cargada de dinero, que

trae para los partidarios de los reyes excluidos

del trono, señor, acaba de entrar en el Támesis.

CROMWELL.-¡El pabellón es neutral! Si pue-

do confiscar todo lo que trae, recibirás por tu

mediación la mitad del botín.

MANASSÉ.-El navío os pertenece, señor, sólo

deseo que en caso de necesidad me preste ayu-

da la fuerza.

CROMWELL.- *(Escribiendo algunas palabras en un papel que entrega al rabino.)* Aquí tienes un verdadero talismán; corre y vuelve pronto a darme cuenta de sus efectos.

MANASSÉ.-Tengo que daros otra noticia, señor.

CROMWELL-¿Qué noticia?

MANASSÉ.-Sé que vuestro hijo Ricardo conspira con los caballeros.

CROMWELL.-¿Cómo lo sabes?

MANASSÉ.-Me ha pagado las deudas de Clifford; esto me lo prueba.

CROMWELL.- *(Riendo.)* Tú lo ves todo al través del dinero; mi hijo es ligero y tiene relaciones locas. Pero nada más.

MANASSÉ.-Pagan sin contar las monedas, eso es mucho.

CROMWELL.-Vamos, vete.

MANASSÉ.-Perdón, señor, pero ya que tengo

el honor de serviros algunas veces, quisiera como recompensa que hicierais abrir nuestras sinagogas y revocar la ley que rige contra los astrólogos.

CROMWELL.- *(Despidiéndole con un ademán.)* Ya veremos.

MANASSÉ.- *(Inclinándose hasta el suelo.)* Os beso los pies. (¡Viles cristianos!)

CROMWELL.-Vive tranquilo. (¡Judío inmundo, digno de la horca!)

MANASSÉ *sale por la puerta secreta, que cierra tras él.*

Escena VII

CROMWELL *y* THURLOE

THURLOE.-¿Haréis ahora caso de lo que os digo, milord? Ese navío extranjero, ese dinero que viene a repartir entre los descontentos, la delación del judío, todo está acorde con lo que antes os dije. Abrid los ojos.

CROMWELL.-¿Sobre qué?

THURLOE.-Sobre los infames complots cuya trama me denuncia un fiel aviso. Me estremece lo poco que sabemos de ellos.

CROMWELL.-Si cada vez que llegan a mis oídos avisos semejantes ocupara el pensamiento en descubrir la trama denunciada, no tendría tiempo para otra cosa ni de día ni de noche.

THURLOE.-Es alarmante el caso actual, milord.

CROMWELL.-Cállate, Thurloe, y avergüénzate de tu miedo. Sé que para muchos mi yugo es tiránico, y que ciertos generales no querrán que sea mañana rey el que hasta hoy es su igual, pero tengo al ejército de mi parte. En cuanto al dinero que me denunció el judío, le tomaré como un regalo que me envía el buen Carlos, y que viene a propósito en estos instantes para pagar los gastos de mi coronación. Estáte tranquilo. Piensa que esas falsas noticias, que tantas veces han llegado a nuestros oídos, son ardides

de los descontentos, que, viéndose reducidos a la impotencia, las inventan para asustarnos. *(Óyese ruido de pasos.)* Aquí vienen los cortesanos con aspecto alegre. Voy a tomar un poco el aire. Thurloe, entreténlos un momento. *(Vase por la puerta secreta.)*

Escena VIII

THURLOE, WHITELOCKE, WALLER, *poeta de la época; el alguacil* MAYNARD, JEPHSON, *el coronel* GRACE, WILLIAM MURRAY, WILLIAM LENTHALL, LORD BROGHILL *y* CARR.

CARR *llega el último y se para en el fondo, arrojando a su alrededor miradas escandalizadas, mientras los otros hablan sin verle.*

WHITELOCKE.- *(A Thurloe.)* ¿Su alteza está ausente?

THURLOE.-Sí, milord.

LENTHALL.-Vengo a recordarle mis derechos

MAYNARD.-Vengo al palacio por un asunto urgente.

JEPHSON.-Importante negocio me trae aquí.

MURRAY.-En el memorial que a milord entrego solicito un empleo en su futura corte.

WALLER.-Tengo por costumbre no importunar a su alteza, pero...

CARR.- *(Con voz fuerte y con los ojos fijos en la bóveda.)* ¡Esto es una nueva Sodoma!

Todos se vuelven sorprendidos y contemplan a CARR *, que se ha quedado inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.*

MURRAY.-¿Quién será este extraño animal?

CARR.- *(Con gravedad.)* Comprendo que el hombre venga disfrazado a este antro, en el que Baal enseña la cara desnuda, en el que se encuentran lobos, histriones, falsos profetas, buitres, dragones de mil cabezas, serpientes aladas y basiliscos que llevan por cola un dardo de fuego.

WALLER.- *(Riendo.)* Si ésos son nuestros retratos, os damos las gracias.

CARR.- *(Animándose.)* ¡Convidados de Satanás! La manzana encierra ceniza; comed. El pueblo ha muerto: ¡vampiros de Israel, comeos

su carne, la carne de los santos elegidos! ¡Reíd, bocas del infierno!

WALLER.- *(Riendo.)* Me gusta su urbanidad.

TODOS.-¡Echémosle fuera!

LENTHALL.-Buen hombre, idos, porque si entra su alteza...

CARR.-No saldré yo, que saldréis vosotros.

WHITELOCKE.-Es un santo.

WALLER.-Es un loco.

CARR.-¡Llamáis locura a mi sabiduría!

BROGHILL.-Pensad en que va a venir su alteza.

CARR.-Le estoy esperando.

BROGHILL.-¿Queréis decirnos para qué?

CARR.-Porque tengo que hablarle.

BROGHILL.-Enteradme de vuestros deseos y yo se los comunicaré; tengo mucho crédito con su alteza... soy lord Broghill.

CARR.- *(Amargamente.)* ¡Qué cambiando está Oliverio! El republicano viejo tiene que ir a la

cola de su cortejo y un caballero como Broghill tiene que protegerle!

THURLOE.- *(Que ha estado contemplando a* CARR *mucho rato.)* (No me es desconocido este hombre; no es claro lo que dice, pero, por loco que sea, parece que más que en Bedlam debe estar en la Torre de Londres. Vamos a buscar a milord.) *(Se va.)*

Escena IX

Los mismos menos THURLOE

BROGHILL.-Podremos responder por vos,

pero...

CARR.- *(Sonriendo con tristeza.)* Podréis responder, como en Sion el diablo salió fiador por el Hijo del hombre.

WHITELOCKE.-¡Es intratable!

WALLER.-¡Es incurable!

TODOS.-Echémosle de aquí.

CARR.-¡Atrás!, es indispensable que yo hable con el hombre que se transformó ante nuestros soldados de Judas. Macabeo en Judas Iscariote. Antes que el fuego del cielo abrase a Sodoma, soy el ángel enviado para advertir a Loth.

WALLER.- *(Riendo.)* Di, ¿los ángeles del Señor van rapados como tú?

JEPHSON.- *(Riendo.)* Veo que vas subiendo en grado, porque de hombre te has transformado

en ángel.

MURRAY.- *(Empujando a Carr.)* Vamos,

márchate fuera.

JEPHSON.-¡Fuera!

MAYNARD.-¡Fuera!

TODOS.-¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí!

CARR.- *(Gravemente.)* Es en vano que os em-

peñéis en que salga.

MAYNARD.-Si milord os ve os volverá a en-

cerrar en la Torre.

MURRAY.-Ése no es traje para presentarse en

la corte.

LENTHALL.-Poco se respetaría milord si se

dignase hablarte.

TODOS.-¡Fuera!

CARR.-¡Oh Sabaot, por tu causa lucho con

Leviathán!

Entra CROMWELL *con* THURLOE. *Todos se*

descubren y se inclinan. CARR *se pone el sombrero*

en la cabeza y vuelve a adoptar su actitud austera y

estática.

CROMWELL.- *(Viendo a* CARR *con sorpresa.)* ¡Es Carr el independiente! ¡Salid! *(A todos los demás.)* (Extraño misterio.)

Todos, asombrados, salen haciendo una reverencia profunda. CARR *permanece impasible.*

WALLER.- *(A los demás.)* Ya nos lo había predicho. Dejemos a Loth con el ángel.

Escena X

CARR *y* CROMWELL

CROMWELL.-El Parlamento largo os hizo encarcelar; ¿quién os hizo salir de la prisión?

CARR.- *(Tranquilo.)* ¡La traición!

CROMWELL.-¿Qué decís?

CARR.-Sí; yo ofendí a los santos de la suprema Asamblea y tu ley nos proscribió a todos; yo por ellos fui culpable, y ellos por ti son inocentes.

CROMWELL.-Pues aprobáis la sentencia que pesa sobre vos, ¿quién quebró vuestros hierros?

CARR.-La traición, que hacia un nuevo crimen, ciego me arrastraba, pero vi la red a tiempo.

CROMWELL.-¿Qué decís?

CARR.-Que Baal renace.

CROMWELL.-Explicaos.

CARR.- *(Sentándose en el gran sillón.)* Escucha.

Se trama una gran sublevación... Siéntate,
Cromwell, cúbrete y sobre todo no me interrumpas.

CROMWELL.-(En otra ocasión me pagarías cara tu insolencia.)

CARR.-Aunque Oliverio Cromwell no cuente sus crímenes, aunque no le causen remordimiento las víctimas que sin cesar encadena, aunque...

CROMWELL.- *(Levantándose indignado.)* ¡Carr!...

CARR. No me interrumpas. *(Oliverio se sienta con aire de resignación forzada.)* Aunque Oliverio habite en la tierra de Egipto con el morabita, con el babilonio, con el pagano o el arriano; aunque él lo haga todo para sí y nada para Israel; aunque rechace a los santos y aunque adore a Dagón, Astarot y Elini y la antigua serpiente sea su mejor amiga; a pesar de tantos delitos, no creo que Dios tenga el corazón tan duro y el

alma tan negra que dé al pueblo inglés, tan lleno ya de miserias, la mayor de sus dichas, Cromwell, tu muerte.

CROMWELL.- *(Retrocediendo.)* ¡Mi muerte dices!

CARR.-No cesas de interrumpirme: ten buena fe; deja que por un momento no te embriague el incienso de la bajeza y hablemos sin incomodarnos. Convén conmigo en que tu muerte sería una gran felicidad.

CROMWELL.- *(Colérico.)* ¡Temerario!

CARR.- *(Imperturbable.)* Tan convencido estoy de ello, hermano, que con ese objeto llevo siempre un puñal, esperando que llegue ese día.

Saca un puñal y se lo enseña al Protector.

CROMWELL.-¡Asesino! ¡Hola! *(Por fortuna llevo la coraza.)*

CARR.-No tiembles, Cromwell, y no llames a nadie, que cuando se va a matar a un tirano no

se le enseña antes el puñal. Vive tranquilo; tu hora no ha sonado aún. Por el contrario, vengo a arrebatar una cabeza condenada a muerte de un acero vengador menos puro que el mío.

CROMWELL.-(¿Qué es lo que me irá a descubrir?)

CARR.-Vuelve a sentarte.

CROMWELL.- *(Vuelve a sentarse y dice aparte.)* (Tendré paciencia para oírle hasta el fin.)

CARR.-Escucha. Te amenaza una sublevación, y debes comprender que si sólo te amenazase a ti no perdería el tiempo en enterarte; pero aquí se trata de salvar a Israel, y si te salvo de paso, tanto peor.

CROMWELL.-¿Pero existe esa conspiración? ¿Sabes dónde se reúnen los conjurados?

CARR.-Salgo ahora de la reunión.

CROMWELL.-¿Quién te ha abierto la puerta de la Torre de Londres?

CARR.-¡Tiembla! Barksthead.

CROMWELL.-¡Me fue traidor! Firmó, sin embargo, el decreto de muerte del rey.

CARR.-Lo ha comprado la esperanza de conseguir el perdón.

CROMWELL.-¿Restableciendo en el trono a Carlos II?

CARR.- Escucha. Cuando al amanecer llegué a la reunión de los conjurados, creí que se trataba en primer lugar de emancipar al pueblo, dándote la muerte...

CROMWELL.-¿Eso creías?

CARR.-Después que se trataría de devolver todo su poder al Parlamento único, que le quitó tu inicuo despotismo. Pero apenas entré vi a un filisteo, con casaca de terciopelo acuchillada de satín, que conversaba con otros dos. El jefe de los confabulados vino a leerme breves madrigales y bulas.

CROMWELL.-¿Madrigales?

CARR.-Así se llaman los salmos paganos.

Pronto entraron los santos, los ciudadanos religiosos; pero fascinados por extraños encantos, estaban en connivencia con los demonios que allí se confundían con los ángeles. Los demonios exclamaban: ¡Muera Cromwell! Pero en voz baja se decían: Aprovechándonos de sus sangrientos debates, haremos que Babilonia suceda a Gomorra, los techos de madera de cedro a los techos de sicomoro, la piedra al ladrillo, el yugo al freno y el cetro de hierro a la vara de bronce.

CROMWELL.-¿Quiere decir que Carlos II suceda a Cromwell?

CARR.-Éste es su deseo; pero Jacob no quiere que con su propia espada inmolen el buey sin darle su parte, ni que se derribe a Cromwell en provecho de Stuardo, porque entre dos desgracias, debe temerse la peor. Por malvado que seas, prefiero tu imperio al de un Stuardo, que es un Herodes, un príncipe corrompido, un

muérdago parásito de la antigua encina arrancada. Desenmascaremos, pues, estos dos complots.

CROMWELL.-(Thurloe no se equivocaba.) ¿Luego los dos partidos del rey y del Parlamento se han coligado contra mí? ¿Quiénes son los jefes del partido realista?

CARR.-¿Crees que me han dado la nota? Me tiene eso sin cuidado; pero sin embargo, si me acuerdo te los iré diciendo; Rochester..., lord Ormond...

CROMWELL.-¿Estás seguro?¡Han entrado en Londres! *(Escribe esos nombres en un papel y dice a* CARR:) A ver si recuerdas los demás; haz un esfuerzo.

CARR.-Sedley...

CROMWELL.-Bien. *(Escribiendo.)*

CARR.-Drogheda, Roseberry, Clifford...

CROMWELL.-¡Liberticidas! ¿Y los jefes populares?

CARR-Eso no; no te delataría nuestros santos si me ofrecieras mil siclos de oro por cada uno; aunque dieras la orden a un eunuco de que ensayara el filo de su sable en mi garganta; no, eso no; aunque tú me enviaras como a Daniel a la cueva de los leones.

CROMWELL.-Cálmate.

CARR.-Eso no; aunque tú me dieras los campos de Tebas y los que están detrás y el Tiger y el Líbano y la ciudad de Tyro; eso no, aunque me hicieras coronel de tu ejército.

CROMWELL.-Carr, querido Carr, somos dos antiguos amigos, somos como dos señales que Dios ha puesto en el mismo campo, y te has portado conmigo tan fraternalmente, que me libras de inminentes peligros; eso nunca lo olvidaré. El salvador de Cromwell...

CARR.- *(Bruscamente.)* ¡No me injuries! Carr sólo salva a Israel.

CROMWELL.-(¡Tener que acariciar a quien

me hiere, estando a mi altura y a mi edad!) Sólo soy un gusano.

CARR.-Es verdad; para el Eterno sólo eres un gusano como Atila, pero para nosotros eres una serpiente. ¿No deseas ser rey?

CROMWELL.- *(Casi llorando.)* ¡Qué mal me conoces! Me cubre la púrpura, pero tengo ulcerado el corazón. ¡Compadéceme!

CARR.- *(Con risa amarga.)* Eres un Nemrod que tomas el aspecto de Job.

CROMWELL.-Siento en el alma merecer de los santos esos reproches.

CARR.-El Señor Dios te castiga por medio de tus parientes cercanos.

CROMWELL.- *(Sorprendido.)* ¿Qué quieres decir?

CARR.-Que puedes añadir otro nombre a la lista que acabo de darte. Pero no; ¿por qué revelártelo? El vicio castiga al crimen.

CROMWELL.-Dime, por Dios, quién es; por

semejante servicio pídeme todo lo que quieras.

CARR.- *(Como herido por una idea súbita.)* ¡De veras! ¿Me cumplirás tu promesa?

CROMWELL.-Mi palabra vale tanto como un juramento.

CARR.-Pues voy a revelártelo.

CROMWELL.-(Que se les adule o que se les pague, todos los republicanos son lo mismo en el fondo, y su virtud es cera que al sol se funde.) ¿Qué desea mi hermano? ¿Un título heráldico? ¿Un grado? ¿Un dominio? ¿Qué quieres? Pide.

CARR.-Que abdiques.

CROMWELL.-(¡Es incorregible!) No siendo rey, no puedo abdicar.

CARR.-Eso es un subterfugio para faltar a tu promesa.

CROMWELL.-No...

CARR.-Estás titubeando.

CROMWELL.- *(Suspirando.)* ¡Ay de mi! No

sabes qué violencia tengo que hacerme para conservar el poder; el poder es una cruz.

CARR.-Tú no te enmiendas, Cromwell. Creo que es mas difícil que un camello pase por el ojo de la aguja, que un rico y que un poderoso entren por la puerta de los cielos.

CROMWELL.-(¡Fanático!)

CARR.-(¡Hipócrita!) Con palabras capciosas no me convencerás.

CROMWELL.- *(Con aire contrito.)* Convengo contigo, hermano, que mi poder es injusto y arbitrario; pero no hay nadie en Judá, en Gad ni en Issachar a quien apure tanto como a mi. Odio las vanidades; pero no debo rechazar bruscamente la autoridad suprema, que mi pueblo adora, antes de la hora que vengan a reinar en nuestras aldeas los veinticuatro Viejos y los cuatro animales. Ve y consulta con Saint-John y Selden, que son jurisconsultos, jueces en materia de leyes y en materia de cultos docto-

res, y proponles que tracen un plan de gobierno que me permita salir de él pronto. ¿Te satisface esta idea?

CARR.-No mucho. Los doctores que invocas pronuncian a veces un oráculo equívoco; pero de todos modos, yo sí que quiero dejarte completamente satisfecho.

CROMWELL.-Dime, pues, el nombre de ese pariente enemigo. ¿Cómo se llama?

CARR.-Ricardo Cromwell.

CROMWELL.- *(Dolorosamente sorprendido.)*-¡Mi hijo!

CARR.-Tu hijo. ¿Estás contento, Cromwell?

CROMWELL.- *(Absorbido en un estupor profundo.)* (El vicio y la blasfemia le han llevado lentamente hasta el parricidio. ¡Castigo del cielo! Asesiné a mi rey; mi hijo matará a su padre.)

CARR.-La víbora engendra víboras. Es muy cruel ver que nuestro hijo es un felón y encontrar un Absalón no siendo un David. En cuanto

a haber muerto a Carlos, que tú crees que es un crimen, es el único acto santo, virtuoso y legítimo que puede absolverte de todos tus pecados.

CROMWELL.- *(Abstraído.)* (Sólo creía que Ricardo era frívolo y ligero, pero nunca pude pensar que llegara a desear mi muerte.) ¿Es cierto, hermano, lo que me has dicho? ¿Mi hijo...?

CARR.-Asistió a la reunión de los conjurados esta mañana.

CROMWELL.-¿Dónde se ha celebrado esa reunión?

CARR.-En la taberna de las Tres Grullas.

CROMWELL.-¿Y qué dijo allí?

CARR.-Muchas cosas que yo no recuerdo; rió mucho, loqueó, juró haber pagado las deudas de Clifford...

CROMWELL.-(No me engañó el judío.)

CARR.-También brindó a la salud de Hero-

des.

CROMWELL.-¿De qué Herodes?

CARR.-Y a la salud de Baltasar.

CROMWELL.-¿Cómo?

CARR.-Y a la salud de Faraón.

CROMWELL.-¿Quieres explicarte?

CARR.-Y a la salud del Anticristo, al que
llamó rey de Escocia, o sea Carlos II.

CROMWELL.- *(Pensativo.)* (¡Brindar a su salud
es brindar a mi muerte!) Mi hijo es un parricida
loco, y no sé si un día, sobre su frente pálida, se
escribirá *Caín* o *Sardanápalo*.

CARR.-Las dos cosas.

*(Entra Thurloe, que se aproxima con aire misterio-
so a Cromwell.)*

THURLOE.- *(En voz baja a Cromwell.)* Milord
Ricardo Willis os está esperando.

CROMWELL.- *(En voz baja a Thurloe.)* Él me
aclarará todo esto.

THURLOE.-¿Los gentileshombres que están

agrupados a la puerta, pueden entrar?

CROMWELL.-Sí, ya que es necesario que yo salga. (Repongámonos; sienta siempre bien estar serenos. Si mi corazón es de carne, que sea mi rostro de cobre.) *(Entran los cortesanos conducidos por Thurloe. Saludan a Cromwell, que les hace un signo con la mano y se dirige a Carr.)* Gracias, hermano; sed de los nuestros, y yo os pondré delante de los demás.

(Sale con Thurloe.)

CARR.- *(Que permanece en el proscenio.)* ¡Así es como él abdica! ¡Condenado usurpador!

Escena XI

CARR, WHITELOCKE, WALLER, MAYNARD, JEPHSON, GRACE, SIR WILLIAM MURRAY, M. WILLIAM LENTHALL, *y* LORD BROGHILL.

MURRAY.-Ya habéis visto como su alteza ha hablado con ese hombre: es muy bondadoso con él.

LENTHALL.-¡Y hasta se ha dignado sonreírle!

CARR.-(¡Se atreve a ultrajarme!)

JEPHSON.-¡Qué distinción!

WALLER.-Debe ser algún favorito suyo.

MURRAY.-Todo ha sido para él.

LENTHALL.-Se conoce que ese hombre tiene crédito. *(Aproximándose a Carr y haciéndole muchas reverencias.)* ¿Milord, os dignaréis como gran favor decir por mí, que soy buen ciudadano, a quien vos sabéis, esas palabras tan opor-

tunas que pronunciáis? Tengo derecho a ser lord y...

CARR.-Yo he colgado mi arpa de la rama del sauce y ya no canto los cantares de mi país a los babilónicos que nos han invadido.

(Todos se le acercan.)

MURRAY.-Protegedme, milord. Pues que van a proclamarle rey, creo que puedo serle muy útil. Soy noble escocés. He disfrutado de gran favor siendo niño cerca del príncipe de Gales, y cada vez que éste se hacía acreedor a un castigo, yo gozaba del privilegio de recibir los golpes que merecía el príncipe.

WALLER.-Milord, yo soy Waller, y he escrito ditirambos sobre los galeotos que cogieron al marqués español.

JEPHSON.-Caballero, decidle a su alteza que yo soy el coronel Jephson. Mi madre era condesa, y quisiera ser admitido en la Cámara de los Pares.

CARR.-¡Id al hospital de locos!

GRACE.- *(Riendo.)* Es buen sitio para un poeta;

haced que me lleven allí.

JEPHSON.-Yo soy el primero que en el Par-

lamento ofrecí hacer rey a Oliverio...

MURRAY.-Y yo...

CARR.-¡Israel os confunda!

Escena XII

Los mismos menos CARR; *en seguida* THURLOE

WALLER.-Decididamente está loco.

MURRAY.-Loco de remate

LENTHALL.-¿Cómo conseguirá su alteza que sea afable?

(Entra Thurloe.)

THURLOE.-Por orden expresa de milord Protector os digo que no puede recibiros hoy. *(Salen todos. Al marcharse dice el coronel Jephson):* ¡Cromwell recibe a ese estúpido y no nos recibe a nosotros!

(En el momento que queda sola la sala, se abre la puerta secreta y aparece Cromwell, que mira con precaución a todas partes.)

Escena XIII

CROMWELL *y* RICARDO WILLIS

CROMWELL.-Ya se han marchado, salid.

(Ricardo Willis aparece envuelto en una capa y cubierto con un sombrero que le tapa la cara; no conserva el aspecto de sufrimiento, anda con ligereza y tiene la voz clara.) ¡Ya no lo puedo dudar! Mi hijo Ricardo...

WILLIS.-Ha brindado por la salud de Carlos II, y este brindis les ha parecido temerario a los demás sublevados.

CROMWELL.-¡Es un ingrato! Cuando pudiera sucederme en el trono... Repetidme los nombres de los puritanos.

WILLIS.-El primero de todos es Lambert.

CROMWELL.-La conspiración, pues, tiene por jefe a un cobarde; el imperio lo conquistan menos los genios que la casualidad. Han reinado muchos Vitelios por cada César. Seguid.

WILLIS.-Ludlow.

CROMWELL.-Buen hombre, que no hará carrera.

WILLIS.-Syndercomb, Barebone.

(A medida que Willis los nombra, Cromwell los lee en una lista que tiene desplegada.)

CROMWELL.-Ése es mi tapicero, si la memoria no me es infiel. Un necio.

WILLIS.-Joyce.

CROMWELL.-Un adulador.

WILLIS.-Overton.

CROMWELL.-¡Vaya un talento!

WILLIS.-Harrison.

CROMWELL.-Un ladrón.

WILLIS.-Widman.

CROMWELL.-Un loco.

WILLIS.-Un individuo llamado Carr.

CROMWELL.-Ya le conozco.

WILLIS.-Garland, Plinlimmon y Barksthead, uno de los verdugos del rey.

CROMWELL.- *(Como despertando sobresaltado.)* ¿Sabéis con quién estáis hablando?

WILLIS.-Perdonadme, milord, esta antigua costumbre, que adquirí sirviendo a la otra raza. Esto no debe ofender a vuestra majestad.

CROMWELL.-Basta. ¿Están en esta lista los nombres de todos los jefes puritanos?

WILLIS.-Sí, milord.

CROMWELL-¿Y los jefes de los caballeros?

WILLIS.-Vuestra alteza me permitió que me callara sus nombres. Son antiguos amigos a los que sentiría mucho perder; además, yo los vigilo, y en caso de necesidad no se escaparían.

CROMWELL.-Bien. (Todos los cobardes tienen escrúpulos.) Os permito que respetéis el secreto acerca de vuestros compañeros. (Porque sé quiénes son.)

WILLIS.-Espero, milord, que no reciban la muerte por castigo, porque esto sería un remordimiento para mí. Les presto inmenso ser-

vicio excitando sobre ellos vuestra clemencia.

CROMWELL.-Vuestros gajes ascienden a doscientas libras. (Éste es el precio de la sangre de los tuyos que me entregas.) Tomad, esto es lo estipulado.

(Abriendo su portamonedas y entregándole un papel.)

WILLIS.-¿Pagadero en la caja secreta?

CROMWELL.-Sí. ¿Habéis visto a Davenant después que vino del continente?

WILLIS.-No, alteza.

CROMWELL.-Trae una letra misteriosa para Ormond.

WILLIS.-No vi que nadie entregara ninguna carta al marqués, y yo estaba cerca de él. No creo que Davenant estuviese entre los conjurados.

CROMWELL.-(Ya le veré yo mismo.)

(Rochester, en traje de sacerdote puritano, aparece en el fondo.)

Escena XIV

Dichos y ROCHESTER

ROCHESTER.-(Ya estoy aquí. Veremos si represento bien mi papel. Voy a volver a ver a Francisca.) *(Ve a Cromwell y a Willis, que están absorbidos en su secreta conversación.)* (Cromwell y Willis hablando en secreto.)

CROMWELL.- *(A Willis.)* Volved a encerraros en la Torre de Londres para evitar sospechas.

ROCHESTER.-(¡Qué Oigo!)

WILLIS.-Vuestra majestad ya sabe que puede contar conmigo para todo.

ROCHESTER.- *(Sin haber sido visto.)* (¡Que puede contar con él para todo! ¡Estoy asombrado!)

CROMWELL.- *(A Willis.)* Cuidemos de que no os vean los centinelas, porque si os vieran nos descubrirían.

(Se van por la puerta secreta.)

ROCHESTER.- *(Solo.)* ¡Buenos amigos tiene el rey Carlos! Vienen aquí a delatarnos y a conspirar contra nosotros en el palacio de Cromwell; su audacia es increíble. Vuelve uno de los dos; sea el que sea voy a ocultarme.

(Se oculta detrás de uno de los pilares de la sala. Entra Cromwell.)

Escena XV

CROMWELL *y* ROCHESTER

CROMWELL.-El hombre propone y Dios dispone: creí haber llegado tranquilamente al puerto y estar al abrigo de las olas, y de repente me veo envuelto en el mar alborotado de las sublevaciones. Afrontemos, pues, la última tempestad, dándoles el último golpe que los aterre. Rompamos todo lo que se me resista. El pueblo necesita rey.

ROCHESTER.- *(Detrás del pilar.)* (No encontraré otro realista tan ardiente como él.)

CROMWELL.-¡Que mueran todos!

ROCHESTER.-(¡Todos! Al menos perdona a tu hija Francisca.)

CROMWELL.- *(Se acerca a la ventana de Carlos I)* El aire libre y la luz del sol quizá me tranquilicen.

ROCHESTER.-(Parece que esté en su casa.)

(Cromwell trata de abrir la ventana, que se resiste.)

CROMWELL.-¡No quiere abrirse; la cerradura está oxidada, quizá por la sangre de Stuardo!... ¡Desde aquí voló al cielo! Quizá si fuera rey la abriría más fácilmente. Si deben expiarse todos los crímenes, debo temblar. Fue un atentado impío: jamás frente tan noble se apoyó en el dosel real; Carlos I fue justo y bueno... ¿pero podía yo impedir el furor del pueblo? Mortificaciones, vigilias y rezos, todo lo empleé para salvar a la víctima; todo en vano... el cielo había decretado su muerte... Siento remordimientos. ¿Qué pensarán de nosotros los que han muerto ya?

ROCHESTER.-(El remordimiento le perturba la razón.)

CROMWELL.-¡Desconocidos males nos revela el crimen! ¡Por volverte a la vida, Carlos, vertería cien veces mi sangre!

ROCHESTER.-(Voy a salir de mi escondite y a

asustarlo.) *(Avanzando bruscamente hacia Crom-well.)* ¿Qué hacéis aquí?

CROMWELL.- *(Asombrado.)* ¿A quién habláis?

ROCHESTER.-A vos. (Representemos el pa-pel.) ¿Sabéis, buen hombre, dónde estáis?

CROMWELL.-¿Tú sabes a quién hablas?

ROCHESTER.-Yo sé a quién hablo.

CROMWELL.-¿Será algún asesino pagado por el rey Carlos?) *(Saca del pecho una pistola y apunta a Rochester.)* No te acerques.

ROCHESTER.-(¡Diablo! Seamos prudentes, que vive muy prevenido.) No vengo a perde-ros, al contrario, vengo a daros un buen conse-jo. Estáis diciendo palabras muy sediciosas.

CROMWELL.-¿Yo?

ROCHESTER.-Vos. Salid, señor, o pido soco-rro.

CROMWELL.-(Debe ser un loco.) ¿Quién eres tú para hablarme de esa manera?

ROCHESTER.-Pensad que estáis en casa de

milord Protector.

CROMWELL.-¿Quién eres tú?

ROCHESTER.-Soy el último servidor de su alteza; soy su capellán.

CROMWELL.-¡Mientes! ¡Tú no eres mi capellán! ¡Debía arrastrarte a mis pies de rodillas, miserable impostor!

ROCHESTER.-Milord, altera... perdonadme. Mi equivocación nace de tener gran odio a vuestros enemigos, de palabras mal entendidas.

CROMWELL.-¿Mas por qué mentir?

ROCHESTER-Sacrificarme por vos era mi sueño de oro, y por eso me atreví a solicitar en vuestra casa el empleo de capellán.

CROMWELL.-¿Cómo te llamas?

ROCHESTER.-(¡Maldita memoria! ¡No me acuerdo ya cuál es mi nombre de santo!) Es un nombre desconocido...

CROMWELL.-No importa; el manantial puede saltar del fondo de un pozo.

(Rochester mete la mano en el bolsillo, saca una carta y se la presenta a Cromwell, haciendo una profunda reverencia.)

ROCHESTER.-Esta carta, milord, os enterará de quién soy.

CROMWELL.-¿De quién es la carta?

ROCHESTER.-Del señor Juan Milton.

CROMWELL.-Hombre ilustre y digno, que es lástima que esté ciego. *(Lee algunas líneas.)* Te llamas Obededom.

ROCHESTER.-Eso es. (¡Vive Dios, qué nombre! Davenant me ha bautizado de tal modo que no se puede pronunciar mi nombre sin hacer muecas.)

CROMWELL.-Un santo de gran importancia, como es Milton, os recomienda. (Aunque parece que tenga por mí gran adhesión, es prudente desconfiar.) Debo, sin embargo, someteros a una prueba y haceros sufrir un examen sobre la fe, antes de nombraros mi capellán.

ROCHESTER.- *(Inclinándose.)* Amén. (Llegó el momento crítico.)

CROMWELL.-Contestadme a estas preguntas. ¿En qué mes empezó Salomón la construcción del templo?

ROCHESTER.-En el mes de Zio, segundo del año sagrado.

CROMWELL.-¿Cuándo lo acabó?

ROCHESTER.-En el mes de Bul.

CROMWELL.-¿Dónde tuvo Tharé los tres hijos?

ROCHESTER.-En Ur, en Caldea.

CROMWELL.-¿Quién vendrá a reformar el mundo degradado?

ROCHESTER.-Los santos, que reinarán mil años completos.

CROMWELL-¿Quién cumple mejor con los santos deberes?

ROCHESTER.-Todo creyente nace con la gracia suficiente, y puede predicar presentándose

en el púlpito, con tal que sepa, en lugar de decir, A, B, C, decir: *Aleph, Beth y Ghimel.*

CROMWELL.-Muy bien. Continuad.

ROCHESTER.- *(Con entusiasmo.)* El Señor se aparece a todos en espíritu, y cada uno puede, sin ser sacerdote, ministro ni doctor, haber recibido de las alturas un rayo creador. Sin la fe el hombre se arrastra, pero con su lámpara se alumbra el alma. El alma es un santuario y todo hombre es un sacerdote. Al hogar común aportad vuestros rayos; los profetas predicaban en las plazas públicas y el templo santo tenía las ventanas oblicuas. (Consiento que me ahorquen si entiendo una palabra de lo que acabo de decir.)

CROMWELL.- *(Es un anabaptista.)* Basta. Fundáis en base falsa vuestro edificio; pero de esto ya volveremos a hablar. Ahora contestadme a la última pregunta. Según los santos discursos, ¿debe llevarse el cabello largo o corto?

ROCHESTER.-Corto, muy corto.

CROMWELL.-¿De dónde deducís eso?

ROCHESTER.-De que llevar cabellera es una vanidad, y Absalón fue ahorcado por llevar el cabello largo.

CROMWELL.-Sí, pero mataron a Sansón en cuanto le cortaron el pelo.

ROCHESTER.- *(Mordiéndose los labios.)* (¡Diablo!)

CROMWELL.-Para aclarar todo lo que sea posible este punto grave, voy a buscar la Biblia. *(Vase.)*

Escena XVI

ROCHESTER Solo

ROCHESTER.-No he sostenido mal el asalto; aunque es puritano no es tonto, y temo... Ese predicador soldado, ese bandolero patriarca, para que no le sorprendan, va siempre armado hasta los dientes, dentro de su propio palacio, va armado siempre con buenas pistolas y con dilemas religiosos para haceros frente de dos maneras.

Escena XVII

LORD ROCHESTER y RICARDO CROMWELL

ROCHESTER.- *(Viendo entrar a Ricardo.)* (¡Ricardo Cromwell! Si me reconoce soy perdido.)

RICARDO.- *(Examinándolo.)* (Me parece que he visto esa cara en alguna parte... Estoy seguro.)

ROCHESTER.-(¡Mal presagio!)

RICARDO.-(Este hombre no es un doctor puritano; entre los caballeros estaba con nosotros bebiendo esta mañana; ya adivino quién es.)

ROCHESTER.-(¡Cómo me mira!)

RICARDO.-(Indudablemente es algún espía de mi padre que viene a palacio a darle cuenta de mis actos. Procuraré atraérmelo para evitar que estalle la tempestad. Llevo algunas monedas de oro en la bolsa...)

(Metiéndose la mano en la bolsa.)

ROCHESTER.-(Se prepara para atacarme. ¿Me sacará también alguna pistola?)

(Ricardo se aproxima a Rochester, risueño.)

RICARDO.-Buenos días, caballero.

ROCHESTER.-Milord, que el cielo os guarde. Soy un miembro desconocido del clero militante, que rezaré a Dios por vos.

RICARDO.-Sin embargo, yo os he visto en otra parte no rezar, sino jurar como un carretero.

ROCHESTER.-¡Os engañáis, milord! ¡Jurar yo!...

RICARDO.-Sí, por San Jorge y por San Pablo.

ROCHESTER.-No, no.

RICARDO.-Juradme que no habéis jurado.

ROCHESTER-¡Yo!...

RICARDO.-No sois lo que aparentáis ser; tras la mascarilla del santo se ven los ojos del traidor.

ROCHESTER.-(Soy perdido.) Milord...

RICARDO.-Lo sé todo... Pero tomad y no me denunciéis.

(Presentándole unas monedas.)

ROCHESTER.-(¿Qué es lo que dice? ¿Qué es lo que hace?)

RICARDO.-A mí me complace la vida aventurera, tengo amigos en todas partes y esta mañana he estado bebiendo con los caballeros, lo mismo que vos, señor puritano; ¿qué sacaréis de ir a relatar a mi padre que su hijo estuvo bebiendo en una taberna y que por un trago de mal vino me haga una mala chanza?

ROCHESTER.-(Me he salvado.)

RICARDO.-En seguida he conocido que erais uno de sus espías.

ROCHESTER.-(Debo representar muy mal mi papel de santo, porque éste me toma por espía y el otro me tomó por ladrón.) Milord, me hacéis demasiado honor.

RICARDO.-Prometedme no decirle al Protector dónde me habéis visto esta mañana.

ROCHESTER.-Os lo prometo.

RICARDO.- *(Presentándole una gran bolsa bordada con sus armas.)* Tomad, pues, esta bolsa, que soy rico y no soy ingrato.

ROCHESTER.- *(La toma después de vacilar un momento y dice aparte)*: (¡Bah! ¡Éste siempre es un recurso! Cuando se conspira es menester dinero; además, la avaricia sienta bien a mi disfraz.) Milord es muy generoso...

RICARDO.-Bébetela a mi salud.

ROCHESTER.-(Esto termina mejor de lo que yo creía.)

RICARDO.-¿Cuánto vienes a ganar en tu oficio, sin contar con la horca?...

ROCHESTER.-Un pobre doctor puritano...

RICARDO.-No como sacerdote, sino como espía.

ROCHESTER.-No merezco esa calificación...

RICARDO.-La filosofía adopta todos los estados y no debe haber ninguno que la ruborice.

ROCHESTER.-Milord...

Escena XVIII

Los mismos y CROMWELL

CROMWELL.- *(Con una Biblia abierta en la mano.)* Escuchad, doctor Obededom, este versículo de la Biblia sobre Dabir, rey de Edom... *(Interrumpiéndose al ver a su hijo.)* ¡Ah! *(A Rochester.)* Salid.

ROCHESTER.-(Ya se incomodó. El pedagogo se ha convertido en tirano.) *(Vase.)*

Escena XIX

RICARDO *y* OLIVERIO CROMWELL

OLIVERIO *se aproxima a su hijo, se cruza de brazos y le mira fijamente.*

RICARDO.-Padre mío... ¿qué tenéis? ¿Qué os han hecho? ¿Qué teméis? ¿Qué puede entristeceros cuando todos son felices? Mañana, regocijando los espectros de los antiguos reyes, muere la República, legándoos tres reinos; mañana vuestra grandeza se aumentará en el trono, y las salvas de los cañones y el volteo de las campanas dirán al mundo que Oliverio es rey. ¿Qué os falta? Secundan vuestros deseos Londres, Inglaterra, la Europa, vuestra familia entera, y si oso yo nombrarme, padre y señor mío, debo deciros que me inspira menos cuidado vuestra felicidad que vuestra salud y...

CROMWELL.- *(Que no ha dejado de mirar a su hijo fijamente.)* ¿Cómo está el rey Carlos Stuar-

do?

RICARDO.- *(Aterrado.)* ¡Milord!

CROMWELL.-Procurad otra vez elegir mejor vuestros emisarios.

RICARDO.-Quiero morir antes mil veces y ser el hombre más vil si...

CROMWELL.- *(Interrumpiéndole.)* ¿Sirven buen vino en la taberna de las Tres Grullas?

RICARDO.-(¡Todo se lo ha referido el condenado espía!) Yo os juro, milord...

CROMWELL.-Os habéis turbado; y no creo que sea ningún delito juntarse con algunos amigos para beber cerveza. Sin duda brindaríais a mi salud...

RICARDO.-Milord, creedme, hemos tenido una inocente reunión...

CROMWELL.- *(Con voz de trueno.)* ¡Sois un infame! Con otros caballeros, mi hijo esta mañana bebió parte de mi sangre en un vergonzo-

so festín.

RICARDO.-¡Padre mío!

CROMWELL.-¡Beber con los paganos que yo aborrezco a la salud de Carlos, y en un día de ayuno!

RICARDO.-Os juro que yo no lo sabía.

CROMWELL.-Guarda tus juramentos para tu rey futuro, y no vengas, traidor, a presentar ante mis ojos tu parricidio, agravado con blasfemias. El vino fatal turbó tu cerebro y bebiste veneno a la salud de Carlos; pero mi venganza muda vigilaba tu crimen, y aunque eres mi hijo, serás mi víctima. Abrasaré el árbol para quemar su fruto. *(Vase.)*

Escena XX

RICARDO *solo*

RICARDO.-¡Por beber un vaso de vino tanto ruido! ¡Ah! Pero beberlo en un día de ayuno es ser sacrílego, traidor, blasfemo y parricida. Vale mucho más, aunque el banquete sea excelente, ayunar con los santos que beber con los locos. Esta verdad no la he comprendido yo hasta ahora. Mi padre no tiene el juicio completo.

Escena XXI

RICARDO Y ROCHESTER

ROCHESTER.-(Ricardo parece que esté tras-
tornado.)

RICARDO.-(¡Ah, es el espía! Voy a atraparle.)
(Avanza amenazando a Rochester.) ¡Gracias a Dios
que te encuentro, traidor!

ROCHESTER.-¿Por qué lo decís, milord?

RICARDO.-¿Aún tratas de ocultarme tu per-
fidia? He visto a mi padre y lo sabe todo. ¿Qué
me contestas a eso?

ROCHESTER.-(¡Diablo! Entonces es verdad
que hay entre los nuestros un espía que sirve a
Cromwell.)

RICARDO.-(Parece que se burla de mí.) Esta
vez no te escaparás, porque ya he descubierto
tu traición. Mi padre está furioso.

ROCHESTER.-(Dejemos el fingimiento y se-
pamos qué es esto.) Ya sabéis quién soy, pode-

mos batirnos; los dos tenemos razones para ello. Fijad hora, sitio y arma: a vuestra elección lo dejo. Soy un campeón digno de vos.

RICARDO.-¡Ricardo Cromwell batirse con un espía! ¡Con traje eclesiástico me hablas de batirme! ¡Después de pagarte me vendes traidoramente!

ROCHESTER.-(¿Qué está diciendo?)

RICARDO.-Pues bien, antes vuélveme el dinero.

ROCHESTER.-(¡Diablo! Ya envié la bolsa a lord Ormond.)

RICARDO.-¡Vuélveme el dinero, miserable!

ROCHESTER.-(¿Y cómo?) La suma no vale la pena...

RICARDO.-¿No? Pues tus huesos y tu carne me la van a pagar cara. *(Tira mano de la espada.)* Venga la bolsa.

(Se arroja sobre Rochester con la espada desenvainada.)

ROCHESTER.-(¡Diablo! ¡Me va a matar! *(Re-*

trocediendo.)

Escena XXII

Los mismos y el conde de CARLISLE, *con cuatro alabarderos.* RICARDO *se para. El conde le hace una profunda reverencia.*

CARLISLE.-Milord Ricardo Cromwell, en nombre del Protector entregadme la espada.

RICARDO.- *(Entregándola.)* Se ocupaba en castigar a un traidor; habéis venido un instante demasiado pronto.

ROCHESTER.-(¡Dichosa casualidad! ¡Dios ha salvado a Antíoco de las manos de Eleazar!)

CARLISLE.-Dignaos entrar en vuestro aposento, en cuya puerta tengo la orden de colocar dos arqueros de centinela.

RICARDO.- *(A Rochester.)* Me sucede esto porque me hiciste traición.

ROCHESTER.-(Pues no lo entiendo; no sé qué culpa puedo tener en la prisión de Ricardo.)

RICARDO.- *(Al conde.)* Desconfiad de este

hombre, que tiene dos caras; no me quejaría de él si le hubiera podido pagar como yo deseaba.

ROCHESTER.-(Estas son las consecuencias de haberse disfrazado de puritano.)

(Ricardo vase rodeado de los alabarderos.)

Escena XXIII

El conde de CARLISLE, LORD ROCHESTER *y* THURLOE

THURLOE.- *(A lord Rochester.)* Su alteza, apreciando vuestra docta facundia, os nombra capellán de su casa. Le diréis la oración de la mañana y la de la tarde, predicaréis sobre cualquier texto a los centinelas de su habitación, bendeciréis los platos que se saquen a su mesa y el hipocrás que bebe su alteza por la noche.

(Rochester se inclina y dice aparte):

ROCHESTER.-(Muy bien; a eso vengo aquí.)

THURLOE.-Estos son los deberes de vuestro cargo.

ROCHESTER.-Los cumpliré fielmente.

THURLOE.- *(Entregándole un pergamino al conde Carlisle.)* Conde, mañana estallará una sublevación en Westminster.

ROCHESTER.-(No lo saben todo.)

THURLOE.-Arrestad a lord Rochester.

ROCHESTER.-(Cuando le encontréis.)

THURLOE.-Y a lord Ormond.



ROCHESTER.-(Acabo de avisarle, y ya habrá cambiado de nombre y de escondrijo.)

THURLOE.-A los demás les vigilaremos de cerca, y ellos mismos vendrán a caer en nuestras redes.

Escena XXIV

ROCHESTER Solo

ROCHESTER.-Nuestra estratagema descom-
pondrá ese plan, y esta misma noche sorpren-
deremos a Cromwell. Todo va bien. Aunque
nos han hecho traición a medias, conduzcamos
la acción a su desenlace.

Acto tercero

Los bufones

La cámara pintada de White-Hall

A la derecha un gran sillón dorado, que se eleva sobre escalones cubiertos con tapices de los Gobelinos. Un semicírculo de taburetes frente al sillón; cerca de él una gran mesa con tapete de terciopelo y una silla de tijera.

Escena I

Los cuatro bufones de CROMWELL: TRICK, *primer bufón, va vestido de amarillo y de negro, con gorra del mismo color con sonajas de oro, y lleva las armas del Protector bordadas en oro en el pecho;* GIRAFF, *segundo bufón, va de amarillo y rojo, con cascabeles de plata y con las armas del Protector bordadas en plata en el pecho;* GRAMADOCH, *tercer bufón y porta-cola de su alteza, va de rojo y negro y con cascabeles de oro, con las armas del Protector en el pecho bordadas en oro;* ELESPURU, *cuarto bufón, traje completamente negro, sombrero también negro con tres cuernos, llevando una campanilla de plata en cada uno y con las armas del Protector, en plata. Los cuatro ciñen una espada pequeña, con gran puño y con lámina de madera;* TRICK *lleva además una muñeca en un palo.*

ELESPURU.- *(Cantando.)*

«Oíd, oíd, buenas al-

mas, por qué en el mundo me encuentro:

en otros días estuve

viajando por el infierno:

Lucifer y Satanás,

diablos de grandes cuernos,

a morir me condenaron

asado como un carnero

y a arrojarme entre las llamas

con sus tridentes de hierro.

Ya se quemaba mi ropa,

ya estaba caliente el cuerpo,

cuando Satanás, mirándome,

entre enfadado y risueño,

por un mono me tomó

y me libró del infierno:

por eso ahora en la tierra

entre vosotros me encuentro.»

GIRAFF.-¿Crees tú que Satanás te ha dejado?

¿No estás en poder de Cromwell?

GRAMADOCH.-Para ser diablo no se necesi-

ta tener cuernos. Si todos los diablos los tuvieran, el infierno sería tan grande que no tendría límites.

ELESPURU.-Haciendo diablo a Cromwell sospechas de su esposa Elisabeth.

GRAMADOCH.-Pues oíd; los franceses han inventado esta canción:

«Dícese que en París
entran los sueños
por dos puertas distintas: por la puerta
que es de marfil se van a los amantes;
por la de cuerno a los maridos llegan.»

Cromwell me hace llevar su cola, pero su mujer le hace llevar los cuernos.

TRICK.-Por tus habladurías infames merecías ser racimo de horca. Me declaro campeón de la Protectora y defiendo su honor y el de Cromwell. Garantizo la buena conducta de ella... porque es muy fea.

GRAMADOCH.-Es verdad, y confieso que lo

que dije sólo fue una broma; cuando no tenemos nada que decir, decimos cualquier cosa.

TRICK.-¿Sabéis que aquí pasan lances muy chocantes?

GIRAFF.-¡Vaya! Cromwell se quiere proclamar rey, Satán quiere hacerse Dios.

GRAMADOCH.-Sí, pero se dice que hay dos sublevaciones que quieren impedirlo.

ELESPURU.-El ejército está descontento y el pueblo murmura.

TRICK.-Si cambia su armadura por el traje real, los puñales de sus enemigos llegarán con más facilidad a su corazón.

GIRAFF.-A mí me gusta que haya jaleo y desorden; y sería incapaz de excitar a los perros y a los lobos a que se mordiesen, y quisiera ver a los caballeros jugando a la pelota con las cabezas de los puritanos.

TRICK-¿Y qué me decís del nuevo capellán que nos acaba de bendecir mirándonos malig-

namente?

ELESPURU.-¡Qué sé yo!

GRAMADOCH.-Me parece el diablo predicador.

TRICK.-A mí también.

GRAMADOCH.-Oíd por qué lo digo. He visto al capellán dar vueltas por el parque y hablar con los soldados de la guardia, bajo el pretexto de predicarles sobre algún texto de la Biblia. Luego les ha hecho beber, les ha dado dinero, y rodeándole todos, les dijo: «Hasta la noche. Será la consigna para entrar: Colonia y White-Hall.»

GIRAFF.-Será algún agente de Carlos.

ELESPURU.-Más creo que sea agente de Cromwell, si he de juzgar por las injurias que vomitó contra él el hijo de nuestro señor: Ricardo está encarcelado por delaciones de ese traidor.

GIRAFF.- *(Riendo.)* Ya lo sé; van a condenar a

Ricardo porque quería matar a su padre. ¡Esto es muy divertido!

TRICK.-Pues yo sé aún algo más risible que eso.

GRAMADOCH.-¿De veras?

GIRAFF.-No es posible.

TRICK.- *(Sacando un rollo de pergamino atado con una cinta de color de rosa.)* Pues vais a verlo.

ELESPURU.-¿Eso qué es?

TRICK.-Un pergamino que desde el bolsillo del capellán ha saltado a mi mano.

GRAMADOCH.-Será algún sermón. Se conoce que ese capellán es tan loco como nosotros, cuando ata un sermón con una cinta de color de rosa.

Lee rápidamente el pergamino desplegado y se echa a reír; GIRAFF y ELESPURU *lo leen también y se ríen aún más fuerte;* TRICK *se ríe más que todos.*

ELESPURU.-¡Hermoso sermón! «A la bella Egeria.»

GIRAFF.- *(Leyendo.)*

«Enciéndese mi alma en

vuestros ojos,

en los que el dios Cupido

llamea con su fuego abrasador...»

GRAMADOCH.-«Son como dos espejos que

concentran.»

TRICK.-«La llama que ha encendido y que

quema mi ardiente corazón.»

Los cuatro se ríen a carcajadas.

ELESPURU.-¿Esos versos han caído del bolsi-

llo del puritano?

TRICK.-Sí.

GRAMADOCH.-Pues ya sé a quién van diri-

gidos: ¿conocéis a la señora Guggligoy, la due-

ña de lady Francisca?

TRICK.-Sí... ¿y qué?

GRAMADOCH.-Yo vi que el capellán le

hablaba al oído y que le entregaba una bolsa.

TRICK.-¿Y que le contestó la vieja?

GRAMADOCH.-La vieja le dijo: -Hermano joven, esta noche estaréis solo con ella.

ELESPURU.-¿Qué significa todo esto?

GIRAFF.-No lo sé, pero es muy gracioso.

GRAMADOCH.-Cromwell, que cree someterlo todo a su registro, haría muy bien algunas veces de enterarse de nosotros. Si le avisásemos de lo que hace el capellán...

GIRAFF.-¿Avisarle? Eso no nos corresponde a nosotros; él nos toma y nos paga para divertirle y para nada más; nosotros nada tenemos que ver con que fuercen sus puertas o con que roben a sus hijas.

GRAMADOCH.-Es verdad.

ELESPURU.-Dices bien.

TRICK.-Cada cual a su negocio; él reina y nosotros hacemos reír. Aunque le descuarticen, aunque le quemen o le desuellen, sólo puede exigir de nosotros que le divirtamos.

GRAMADOCH.-Además, ese falso capellán

es de nuestra familia; los locos y los enamorados tienen gran parentesco.

TRICK.-Pero conspira, y esto sí que debemos impedirlo, porque si reinase Carlos II, nos ahorcaría a los cuatro.

ELESPURU.-¿Por qué había de ahorcar a unos pobres bufones?

TRICK.-Aunque no fuera más que por vernos hacer gestos en la horca.

GIRAFF.-Sois muy inocentes si creéis eso. Estad tranquilos, que si Carlos llega a reinar necesitará bufones, y aquí estamos nosotros ya. No encontrará en el mundo otros que posean nuestro arte tan profundamente, porque los demás son bufones por instinto, pero nosotros lo somos por principios. Los bufones se han salvado siempre de todos los desastres, y para envejecer en el mundo es preciso ser bufón; ser locos es ser sabios.

TRICK.-Después de todo, Cromwell me fasti-

dia, y se dice que Carlos tiene el genio más alegre.

ELESPURU.-Es porque está fatigado el ojo de águila del tirano, y nosotros sabemos lo que él ignora, y tenemos ante la vista el hilo que él no ve aún.

GRAMADOCH.-Mejor dirías que somos sus bufones, pero que él es nuestro loco. Nos cree sus juguetes y nuestro juguete es él. ¿Nos asusta alguna vez cuando lanza su voz de trueno o sus miradas terribles, que hacen temblar a los reyes? Cuando acaba de rezar, de predicar o de proscribir, ¿el hipócrita puede mirarnos sin que excitemos su risa? Su política sorda y sus designios profundos engañan al mundo entero, exceptuando a sus cuatro bufones. Su reinado, tan funesto para los pueblos que sacude, es, mirado desde nuestro punto de vista, un necio drama que representa. Miramos y vemos pasar ante nuestros ojos veinte actores, por turno,

serenos, tristes o alegres, y nosotros, escondidos en la oscuridad, filósofos espectadores y mudos, aplaudimos las peripecias o nos reímos de las catástrofes. Dejemos que Carlos y Cromwell luchen ciegamente y se destrocen para divertirnos, ya que sólo nosotros poseemos la clave del extraño enigma. No digamos nada a nuestro señor.

ELESPURU.-Es verdad; que se las componga como pueda.

GIRAFF.-Callemos y riamos.

TRICK.-Satanás crea a los tiranos para que diviertan a los bufones; y mientras el déspota hace temblar al universo, para nosotros el cetro de Cromwell es una muñeca de palo.

Escena II

Dichos y CROMWELL, JUAN MILTON, *con traje negro, cabello blanco y largo, con solideo; lleva colgada al cuello la cadena de secretario del Consejo, y sale apoyándose en un paje que lleva la librea del Protector;* WHITELOCKE, PIERPOINT, THURLOE, LORD ROCHESTER *y* HANNIBAL SESTHEAD.

CROMWELL.-Me alegro que estén aquí los cuatro bufones, porque ya es hora de que nos distraigamos un rato.

Entra THURLOE.

THURLOE.-Milord, en la sala del Trono el Parlamento espera...

CROMWELL.-¡Que espere!

THURLOE.- *(Bajo al Protector.)* Va a presentaros la humilde exposición del pueblo, que pide que el Protector se digne ser rey.

CROMWELL.- *(Con alegría.)* ¡Entonces ya es

cosa segura! Le recibiré luego, después que celebre Consejo; antes quiero ver los caballos grises que el Holstein me envía. Entretenles tú entretanto. *(Vase Thurloe.)* Ya que estamos solos, deseo reírme unos instantes, doctor; os presento a mis cuatro bufones. Cuando estamos contentos tienen delicioso humor y todos escribimos versos. Todos, menos mi viejo amigo Milton.

MILTON.- *(Con despecho.)* ¿Viejo me llamáis, milord? Si me lo permitís, os diré que tengo nueve años menos que vos.

CROMWELL.-Os lo permito.

MILTON.-Vos habéis nacido en el año noventa y nueve y yo en el seiscientos ocho.

CROMWELL.-Tenéis buena memoria.

MILTON.-Soy hijo de un notario, que era *aldeman en* su ciudad natal.

CROMWELL.-Lo sé, y sé también, Milton, que sois gran teólogo y buen poeta, aunque

inferior a Vithers y a Doune.

MILTON.-(¡Inferior! Es dura la calificación..., pero el porvenir me juzgará de otro modo.)

CROMWELL.-Es una obra buena vuestra *Iconoclasta*, pero es malo vuestro diablo *Leviathán.*

MILTON.- *(Indignado.)* (Cromwell se ríe de él por celos.)

ROCHESTER.-Señor Milton, no comprendéis bien lo que es poesía; tenéis talento, pero os falta gusto. Los franceses son nuestros maestros en todo. Estudiad a Racan, leed sus poesías pastoriles.

MILTON.-¿Qué significa esa jerga en los labios de un santo?

ROCHESTER.-Fue una broma mía, Milton.

MILTON.-Broma necia.

CROMWELL.-Vamos, señores, es preciso divertirnos un poco. Bufones, decidnos alguna gracia; y, sino vos, sir Hannibal de Sesthead.

SESTHEAD.-Señor, excusadme; yo no soy

bufón, soy primo de un rey, y de un rey de la antigua raza, que gobierna la Dinamarca por derecho secular.

CROMWELL.- *(Mordiéndose los labios.)* (¡Trata de ultrajarme!) ¡Vamos! ¡Reíos! ¡Reíos! *(A los bufones.)*

LOS BUFONES.-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! *(Riendo.)*

CROMWELL.-(¡Me parece sardónica su risa!) Callaos. Para disipar mi fastidio, Trick, haz que nos traigan cerveza y una pipa.

TRICK.-¡Ah! Milord quiere fumar.

Sale y vuelve un momento después, seguido por dos criados que traen una mesa cargada de pipas y de brocs.

CROMWELL.-Esto disipará mi mal humor y quizá me alegre. (¡Engañado por mi hijo!)

Una pausa. CROMWELL parece *entregado a pensamientos* dolorosos. *Los asistentes guardan silencio. Sólo* ROCHESTER *y los bufones observan la fisonomía siniestra del Protector. De repente*

CROMWELL, *apercibiéndose de la actitud embarazosa de sus familiares, sale de su abstracción y se dirige a los bufones.*

¿Habéis escrito algunos versos después de los que yo escribí respondiendo al soneto del coronel Liburne?

TRICK.-Nuestra musa es esquiva; sin embargo, algo ha parido.

Presenta al Protector el pergamino rollado.

CROMWELL.-Lee.

TRICK.- *(Leyendo.)* Madrigal.

«A la bella Egeria...»

ROCHESTER.-(¡Diablo! Mi madrigal.)

Se precipita sobre TRICK *y le arranca el pergamino.*

Milord, no puedo dejar que se desborde ese torrente de impudicia. Huye de aquí, edomita, impuro madianita... (No me acuerdo de la otra clasificación que termina en ita... Esos demonios me los han sacado de la faltriquera.)

CROMWELL.- *(A Rochester.)* Comprendo que os indignen esos versos; pero aquí no estamos en la iglesia, y deseo leer lo que os escandaliza. Dadme ese madrigal.

ROCHESTER.-Es un canto perverso.

CROMWELL.-¡Te repito que me lo entregues!

ROCHESTER.-Pero Milord...

CROMWELL.- *(Con imperio.)* Obedece.

(CROMWELL *, que lo lee en voz baja y se lo vuelve, diciéndole:)* Esos versos son muy malos.

ROCHESTER.-(¡Mientes, regicida! ¡Qué entiende él de juzgar versos!...)

CROMWELL.-Ese madrigal es estúpido.

ROCHESTER.-Mi lord, están condenados los que escriben tales cosas, pero esos versos están bien escritos.

TRICK.- *(Bajo a los otros bufones.)* (Sin ninguna duda él es el autor.) A pesar de haberlos yo rimado, comprendo que Apolo tomaría por un

crimen cada uno de esos versos. ¡Tan malos me parecen!

ROCHESTER.- *(Indignado.)* (¡Burlaos a vuestra vez, monos del leopardo, loros del buitre!)

CROMWELL.-Doctor, no es de vuestra incumbencia juzgar ese madrigal, galantemente soporífero.

ROCHESTER *se lo mete en el bolsillo.*

ROCHESTER.-(Francisca le encontrará mejor.).

TRICK.-Es bastante bueno para haberlo escrito yo.

ROCHESTER-¡Tú!

Entra el CONDE DE CARLISLE.

TRICK.-(¡Vaya al diablo lord Carlisle, que viene a estorbarnos!)

ROCHESTER.-(¡Gracias a Dios!)

CROMWELL *se lleva precipitadamente a* LORD CARLISLE a *un rincón del teatro y le pregunta:*

CROMWELL.-¿Y lord Ormond?

CARLISLE.-No vive ya en aquella casa.

CROMWELL.-¿Y Rochester?

CARLISLE.-Se esconde y no le hemos podido encontrar.

CROMWELL.-¿Y Ricardo?

CARLISLE.-Lo niega todo. El tormento podrá arrancarle la confesión.

CROMWELL.-Me respondéis con la cabeza de que no se le toque ni un solo cabello; me causan horror los suplicios; no quiero torturar a mi hijo. .; el tormento para sus cómplices. ¿Y Lambert?

CARLISLE.-Se ha fortificado en su casa de campo con mucha gente.

CROMWELL.-Todos se me escapan; pero... (no se me escapará la corona).

CARLISLE.-Alrededor de Westminster se apiña la multitud, y el pueblo y los soldados no quieren que os nombre rey el Parlamento.

CROMWELL.-¡Pesad lo que decís, milord!

CARLISLE.-Dispénseme vuestra alteza si le digo la verdad.

CROMWELL.-(Todo va mal.) Os be dicho que me divirtáis. *(Bajo a* CARLISLE.) Milord, doblad la guardia alrededor de palacio. *(Se va Carlisle.)* (¡Me ahogo de cólera!)

THURLOE.-Milord, la secta de los *ranters*, que el Espíritu Santo ilumina, quiere consultarnos sobre un punto de fe, y están ahí.

CROMWELL.-Que entren. *(Thurloe vase.)* (Si yo fuera rey los arrojaría de aquí, pero un jefe popular tiene que mimar a la muchedumbre.)

THURLOE *entra acompañando a los ranters, que vienen vestidos de negro con medias azules, con grandes zapatos grises y grandes sombreros del mismo color, que rematan en una cruz pequeña y blanca, y que ellos conservan en la cabeza.*

EL JEFE DE LA DIPUTACIÓN.-Oliverio, capitán y juez de Sion; los santos, después de reunirse en Londres en congregación, conociendo

que tu ciencia es un vaso que se derrama, te preguntan por mediación nuestra si se deben quemar o colgar los que no hablan como San Juan hablaba, y dicen *Siboleth* en vez de *Schiboleth*.

CROMWELL.- *(Meditando.)* La cuestión es grave y debe madurarse. Pronunciar *Siboleth* es una idolatría, es un crimen que merece la muerte, pero todo crimen debe tener el doble objeto de castigar el cuerpo y de salvar el alma. Luego hay que decidir qué es más a propósito, si la cuerda o el fuego, para reconciliar al pecador con Dios. El fuego purifica...

ROCHESTER.-(Y la cuerda ahoga.)

CROMWELL.-Daniel se purificó en el brillante triángulo, pero el cadalso tiene una ventaja, y es la de que la cruz sirvió de horca. La cuestión es difícil, y me parece este punto uno de los más sutiles y delicados. Decidid por nosotros, doctor. *(A Rochester.)*

ROCHESTER.-(Obra como Pilatos.)

CROMWELL.-Es otro Cromwell. *(Señalándose-*

lo a los ranters.)

ROCHESTER.-Vuestra alteza me honra de-

masiado.

EL JEFE.-¿Os decidís por la cuerda o por el

fuego?

ROCHESTER.- *(Con autoridad.)* Por la horca.

EL JEFE.-¿Por qué por la horca?

ROCHESTER.-¿Por qué?...; porque se sube a

ella por medio de una escala..., y Dios hizo ver

en sueños a su fiel pastor que al cielo se sube

también por medio de una escala. (Apenas

puedo contener la risa que me causan estos

mentecatos.)

CROMWELL.-¡Es verdaderamente docto!

EL JEFE.-Pues bien; los ahorcaremos.

Vanse los ranters.

CROMWELL.-Estoy satisfecho de vos.

ROCHESTER.-Milord me honra demasiado.

GIRAFF.- *(A los otros bufones.)* Compañeros,

ninguno de nosotros lo hubiera hecho mejor.

Entra THURLOE.

THURLOE.- *(A Cromwell.)* El Consejo priva-

do...

CROMWELL.-Bien.

THURLOE.-Desea...

CROMWELL.-Ya lo sé, que entre.

TRICK.- *(A sus compañeros.)* Bufones, cedamos

el sitio a los magos.

A un gesto de CROMWELL *se van los bufones*, LORD ROCHESTER, *y* HANNIBAL SESTHEAD, *y los dos criados se llevan la mesa.* THUR-

LOE *introduce al Consejo privado, que avanza en*

dos filas, y cada uno de sus miembros se coloca de

pie delante de un taburete, mientras que CROM-

WELL *sube a su gran sillón, y* MILTON, *conduci-*

do por el paje, se aproxima a la silla de tijera. WHI-

TELOCKE, STOUPE *y* LORD CARLISLE *ocupan*

sus sitios respectivos cerca del Protector y sobre las

escalones del estrado.

Escena III

CROMWELL, *el* CONDE DE WARWICK *, el*

teniente general FLETWOOD, *yerno de*

Cromwell; el CONDE DE CARLISLE, LORD

BROGHILL, *el mayor general* DESBOROUGH,

cuñado de CROMWELL; WHITELOCKE, SIR

CHARLES WOLSELEY, M. WILLIAM LEN-

THALL, PIERPOINT, THURLOE, STOUPE *y*

MILTON.

Cada uno de estos personajes lleva el traje particular de su comisión.
CROMWELL *se sienta y se cubre;*

los demás se sientan, pero permanecen descubiertos.

CROMWELL.-Señores consejeros de mi go-

bierno, antes de abrir la sesión recemos un ins-

tante. *(Se arrodilla; los consejeros le imitan. Des-*

pués de algunos instantes de meditación, el Protec-

tor se levanta y se sienta; todos siguen su ejemplo.)

Señores, carezco de méritos para gobernar, pe-

ro el Señor, al que irrita mi resistencia, inspira

al Parlamento la idea de aumentar mis deberes, oprimiéndome más con un poder mayor. Por eso he querido reunirnos para conferenciar. ¿Urge desde luego elegir rey? Si urge, ¿debo ser yo el elegido? Decidme vuestra opinión sobre estos dos puntos. Yo hablo francamente, y vosotros debéis con igual franqueza exponer vuestro criterio, por turno, según el rango que ocupáis. El conde de Warwick es el que ocupa el rango más eminente entre vosotros, y debe empezar. Señor Milton, escuchad.

EL CONDE DE WARWICK.- *(Levantándose.)* Milord, no hay nadie que iguale a vuestra fe, a vuestro talento, a vuestro firme carácter, y para aumentar aún vuestro estado personal, descendéis por la línea materna de los Warwicks. Vuestro noble escudo soporta el mismo yelmo, y como es preciso elegir un rey que nos gobierne, nadie puede contar con vuestros méritos y condiciones. Un Rich puede reinar tan bien

como un Stuardo.

Se sienta.

CROMWELL.-Hablad, Fletwood.

FLETWOOD.-Milord, voto por la República, ya que nos impulsáis a que hablemos con franqueza. La República levantó el cadalso de Stuardo, y por ella nos hemos batido; ella debe ser nuestra bandera. Dejemos a Dios que lleve únicamente corona. No quiero que haya Oliverio I ni Carlos II; no quiero ningún rey.

CROMWELL.-¡Sois un niño! Hablad, Carlisle.

CARLISLE.-Mi lord, vuestra frente triunfante está pidiendo la corona.

Se sienta.

CROMWELL.-A vos os toca, Broghill.

BROGHILL.-Milord, me atrevo a pediros que sea secreto lo que yo propongo. (O he de ser consejero de Cromwell o confidente de Carlos; he de ser traidor si callo y traidor si hablo.)

CROMWELL.-¿Por qué motivo?

BROGHILL.-Por razón de Estado

CROMWELL *le hace señal de que se aproxime.*

STOUPE, THURLOE, WHITELOCKE y CARLISLE *se alejan del Protector*.

BROGHILL.- *(Bajo a Cromwell.)* ¿No sería posible estipular un tratado con Carlos proponiéndole concederle la mano de vuestra hija?

CROMWELL.- *(Asombrado.)* ¿Qué hija?

BROGHILL.-Lady Francisca.

CROMWELL.-¿Y su familia real?

BROGHILL.-Os vais a consagrar rey y de esta manera los dos seréis reyes.

CROMWELL.-¿Y el 30 de enero?

BROGHILL.-En cambio le dais un padre.

CROMWELL.-Se lo puedo dar, pero no devolvérselo.

BROGHILL.-Él olvidará...

CROMWELL.-¿Mi crimen? No puede comprenderlo. No sabe el fin que me propuse, y es demasiado disoluto para perdonarme. Esa es

una idea loca, Broghill. *(Se vuelve a su sitio.)*

Hablad, Desborough.

DESBOROUGH.-Milord, estáis acariciando un designio temerario, porque no queremos sufrir la afrenta de tener otra monarquía. ¡Abajo todos los reyes!

CROMWELL.-Estáis luchando contra una mera palabra, contra un nombre. Si el pueblo desea tener rey, ¿por qué no concedérselo? Es nombre que proscribe vuestro orgullo fantástico, ¿qué es para un soldado? Un penacho añadido a su casco. Hablad, Whitelocke.

WHITELOCKE.-Milord, suceda lo que suceda, no deben existir pueblos sin leyes, ni sin monarca. Al rey se le llamó en todos tiempos *Legislator. Lator,* significa portador; *legis*, de la ley; de lo que yo deduzco que un príncipe es para la ley lo que Adán es para Eva; luego, si el rey es de los reyes padre y jefe, no debe haber pueblos sin rey, Milord, resignaos a reinar. -

Dixi.

CROMWELL.-Hablad, Wolseley.

WOLSELEY.-Milord, francamente me atrevo a desengañar a vuestra alteza. El jefe de un pueblo libre es, según dice el profeta, *Tanquam in medio positus*. Ese jefe, en cualquier silla que se siente, es *major singulis*, *minor universis*; luego el título de rey rompe nuestro privilegio; *rex violat legem. (Se sienta.)*

CROMWELL.-Hablad, Pierpoint.

PIERPOINT.-El pueblo de Inglaterra, cuyo Parlamento superior se llama imperial, posee el derecho inmemorial, glorioso y santo, de tener por jefe a un rey; su dignidad así lo exige. Vuestra alteza debe aceptar este título que le apesadumbra.

CROMWELL.-Hablad, Lenthall.

LENTHALL.-Milord, el Parlamento preside a la nación y en él radica la suprema autoridad. Manda, pues, a los grandes y a los pequeños. Si

el Parlamento os proclama rey, debéis, según el Derecho romano y según el Decálogo, obedecer y reinar.

THURLOE.- *(Bajo a Cromwell.)* El Parlamento sigue esperando a vuestra alteza...

CROMWELL.-¡Silencio!

THURLOE.-Pero...

CROMWELL.-Antes de aceptar quiero meditarlo bien.

FLET.- *(Levantándose.)* Milord, me atrevo a suplicaros que por vuestro honor renunciéis..

CROMWELL.- *(Despidiéndoles a todos con la mano.)* Id todos a rogar al señor que me inspire una resolución acertada.

Los miembros del Parlamento salen con lentitud y procesionalmente. MILTON, *que va el último, se detiene en el umbral de la puerta, los deja salir, y encamina a su guía hacia* CROMWELL *, que ha descendido del sillón y está en el proscenio.*

Escena IV

CROMWELL Y MILTON

MILTON.-Mírame, Cromwell. Veo que tus ojos se inflaman y que vas a decirme por qué me atrevo a hablarte sin obtener tu venia. Pero mi sitio es extraño en tu Consejo de sabios: si alguno me buscara entre ellos, diría: «Ese mudo es Milton.» Ese es el papel que aquí desempeño. De este modo, yo, que haré aprender al mundo mis versos, en el Consejo de Cromwell soy el único que no tengo voz. Pero ser ciego y mudo es para mi demasiado. Te va a perder el sueño de la fatal diadema, hermano, y me quedo a pleitear por ti contra ti mismo. Quieres ser rey, Cromwell, y te dices: «Sólo por mí ha vencido el pueblo; yo he sido el que le ha llevado a los combates, por mí dirige sus súplicas, por mí vierte su sangre, por mí encuentra alivios: debo reinar, así será dichoso, porque después de tanto sufrir, ha cambiado de rey y ha renovado sus cadenas.» Este pensamiento me hace ruborizar.

Desde hace quince años, revuelto el pueblo, goza en provecho tuyo de la libertad; sus grandes intereses sólo han sido para ti un negocio y la muerte del rey una herencia. Aunque te digo esto, no creas que trato de rebajarte, no; nadie puede eclipsarte: poderoso por el pensamiento y poderoso por la espada, fuiste tan grande, que en ti yo creí encontrar el ideal del héroe que soñé; y en todo Israel nadie te ha querido tanto y nadie te ha colocado a tanta altura. ¡Y por un vano título, por una palabra tan vacía como sonora, el apóstol, el héroe, el santo quiere deshonrarse! En tus designios profundos, ¿qué es lo que pretendes? ¡La púrpura, andrajo vil; el cetro, pueril juguete! Te ha arrojado la tempestad a la cumbre del Estado, y como tu suerte te embriaga, quieres adornar la cabeza con el resplandor de la aureola de los reyes, que para tu pueblo se ha desvanecido. ¡Oh, viejo!, ¿qué has hecho de tus virtudes juveniles? Te

dices a ti mismo: «Es muy agradable, después de haber combatido, dormirse en el trono, rodeado de homenajes, ser rey, mandar en Westminster, rezar en Temple-Bar, atravesar, seguido de un cortejo, por entre la multitud servil y llevar florones alrededor de la cimera. ¿Pero todo son glorias, Cromwell? Acuérdate de Carlos I y no te atrevas a recoger en su sangre la corona ni a edificarte con su cadalso un trono. ¿Te atreves a ser rey? ¿No piensas, no temes que llegue un día en que, enlutado con el crespón, este mismo White-Hall, donde brilla tu grandeza, abra otra vez su ventana fatal? ¿Te sonríes? Mucha fe tienes en tu estrella. Acuérdate de Carlos Stuardo. Cuando iba a morir, cuando el hacha estaba preparada, un verdugo encubierto hizo caer su cabeza; y a pesar de ser rey, delante de su pueblo murió sin que nadie le socorriera, sin saber siquiera quién puso fin a sus días. Por su camino tú marchas a tu perdi-

ción, y un velo igual oscurece tu fortuna: teme que ella no se parezca al espectro enmascarado que sobre el cadalso aparece cuando suena su hora. Este es el desenlace terrible de los sueños del orgullo, Cromwell. Sólo por un lado el trono es abordable y se sube por él; por el otro se desciende a la tumba. Permanece siendo Cromwell.

CROMWELL.-Me habla de un modo singular mi intérprete secretario; sois demasiado poeta para pertenecer al Consejo de Estado. En el ardor de ese transporte lírico olvidasteis que soy *alteza y milord*; aunque mi humildad sufre en adornarse con ese título frívolo, el Pueblo por quien reino y por quien me inmolo se empeña en que lo use, y ya que me resigno a usarlo resignaos vos también.

MILTON *se levanta y se va.*

Tiene razón en el fondo, pero me ha importunado recordándome a Carlos ..., comparándo-

me con él... Pero se equivoca. .; los reyes como Oliverio no mueren de ese modo; se les da de puñaladas, pero no se les juzga. Sin embargo, Milton me ha dejado inquieto.

Escena V

CROMWELL *y* LADY FRANCISCA

CROMWELL.- *(A1 ver entrar a su hija.)* ¡Ven, hija mía! Ángel con figura humana, siempre acudes a mi lado cuando el instinto te dice que yo sufro, y me quedo tranquilo cada vez que te veo. Tus ojos vivos y brillantes, tu voz pura y tierna tienen para mí tal encanto, que me hacen rejuvenecer. Abrázame. Te quiero más que a tus hermanas.

FRANCISCA.- *(Abrazando a su padre.)* ¿Conque es verdad, padre mío, que pensáis en la restauración del trono?

CROMWELL.-En eso pienso.

FRANCISCA.-Ese día feliz, Inglaterra os deberá la felicidad.

CROMWELL.-Su felicidad es lo único que me desvela.

FRANCISCA.-¡Qué contenta estará vuestra querida hermana cuando vea sentarse en el trono, después de un paréntesis de ocho años, a Carlos Stuardo!

CROMWELL.- *(Asombrado.)* ¡A Carlos!

FRANCISCA.-¡Qué bueno sois!

CROMWELL.-Ningún Stuardo se sentará en él.

FRANCISCA.- *(Sorprendida.)* ¿Pues quién? ¡Un Borbón! Pero no, los Borbones no tienen derecho al trono de Inglaterra.

CROMWELL.-No lo tienen.

FRANCISCA.-¿Pues quién ha de empuñar el cetro hereditario?

CROMWELL.-Los tiempos nuevos necesitan razas nuevas. ¿No se te ha ocurrido que puede ocupar ese sitio...?

FRANCISCA. ¿Quién?

CROMWELL.-Por ejemplo..., tu padre.

FRANCISCA.-¡Castígueme el cielo si tal cosa me ha ocurrido! Nunca pensé en injuriaros creyéndoos usurpador y perjuro.

CROMWELL.-Hija mía.... me juzgas con demasiada severidad.

FRANCISCA.-Estáis revestido de un poder pasajero por la desgracia de los tiempos; pero apoderaros de la corona, hacer causa común con sus verdugos y reinar porque él es cadáver, eso es indigno.

CROMWELL.-¿Sabes tú quién causó su muerte?

FRANCISCA.-No lo sé; educada en la soledad desde mis años más tiernos, sufrí los males de la patria, pero no los he estudiado.

CROMWELL.-¿No te han leído jamás el proceso del rey, la lista de los representantes, la de los jueces?...

FRANCISCA.-¿La de los regicidas?

CROMWELL.-Sí, Francisca, la de los regici-
das.
FRANCISCA.-Nadie me dijo quiénes eran
aquellos pérfidos, y yo maldecía su crimen,
pero ignoraba sus nombres. No se habla de
ellos en el sitio donde yo me he educado.
CROMWELL.-¿Mi hermana no te ha hablado
nunca de mí?
FRANCISCA.-Padre mío, al contrario, me
enseñó a que os quisiera.
CROMWELL.-Lo creo..., pero ¿odias a los que
condenaron al rey Carlos?
FRANCISCA.-Con todo mi corazón.
CROMWELL.-¿A todos?
FRANCISCA.-A todos.
CROMWELL.-(¡Ah! ¡Mi hijo me hace traición
y mi hija me maldice!)
FRANCISCA.-Todos son de la raza de Caín.
CROMWELL.-(¿Debo permanecer en mi
idea? ¿Debo apoderarme de la corona? El mun-

do enmudecería a los pies del trono en el que yo me sentase; pero ¿qué dirá Francisca? Su angelical corazón sabría con sobresalto que fui regicida y que me atrevo a ser rey. La enviaré al rincón oscuro donde se ha educado; sacrificaré mi alegría para llegar a la meta de mi destino, privándome en mis últimos años de verla y de acariciarla. Pero no quiero entristecer, no quiero desengañar al único ser que quizá me ama, renunciando al poder, al único ser que en el mundo cree en mi inocencia. Que sea dichosa y que no participe de mi suerte; seré rey sin que ella lo sepa.) Conserva puro siempre el corazón, hija mía. *(Vase.)*

FRANCISCA.- *(Siguiéndole con la vista.)* ¿Qué tiene? ¡En sus ojos brilla una lágrima! ¡Gran cariño me profesa mi padre!

Escena VI

LADY FRANCISCA, LORD ROCHESTER *y la señora* GUGGLIGOY

GUGGLIGOY.- *(A Rochester.)* Entrad, que está sola.

ROCHESTER.-(Los doblones tienen mucho poder, gracias a ellos he comprado a la dueña, y gracias a ellos he comprado también a los soldados, que están cansados de servir a Cromwell, y con uno de ellos mandé a decir a lord Ormond que esta noche encontrará abierta la puerta del parque. Ahora vamos a hablar a Francisca; para conseguir lo que propongo tengo secretos soberanos, puedo sembrar doblones de oro y madrigales. Probemos.)

Avanza hacia LADY FRANCISCA, *que no le ve y que parece concentrada en profunda abstracción. La señora* GUGGLIGOY, *contemplando una bolsa que tiene en la mano.*

GUGGLIGOY.-¡Pesa mucho! Es bravo y hermoso gentilhombre, y por el amor se atreve a disfrazarse así; a su edad todos son locos. Es un Amadís de Gaula. Pero no me ha dicho ni una palabra. Me ha dado dinero y nada más.) Caballero... *(A Rochester.)*

ROCHESTER.-¿Qué?

GUGGLIGOY.-Oídme un instante.

ROCHESTER.-¿Qué queréis?

GUGGLIGOY.- *(Sonriéndole.)* ¿No tenéis nada más que decirme?

ROCHESTER.-(¡Diablo! Le di bastante dinero.... pero las viejas quieren oír palabras dulces..) Os diría muchas cosas si no fuera tan apremiante el objeto que aquí me trae.

GUGGLIGOY.-Ya lo creo; sólo tenéis ojos para una mujer.

ROCHESTER.-No; pero debo elegir y...

GUGGLIGOY.- *(Suspirando.)* ¡Ay!

ROCHESTER.-¿Estáis sufriendo?

GUGGLIGOY.-Es que tengo remordimientos: estoy encargada de custodiar a la hija de su alteza y...

ROCHESTER.-En vuestros tiernos años habréis sido capaz, señora, de hacer infiel a Galaor y a Esplandián inconstante.

GUGGLIGOY.-Pero soy culpable... Además, pueden sorprenderos... Os aseguro que me acometen escrúpulos; siento escalofríos que me hielan. *(Coge las manos de Rochester.)*

ROCHESTER.-Tenéis manos de terciopelo.

GUGGLIGOY.-Dejadme.

ROCHESTER.-Marte hubiera abandonado a Venus si os hubiera visto.

GUGGLIGOY.-Sólo consiento que un marido me hable así.

ROCHESTER.-(Vejestorio del diablo.) Dejadme un instante hablar con Francisca, y después de esta entrevista querida mía. Por mi fe de caballero os prometo daros una cosa. (Un pase

para entrar en la casa de locos.)

GUGGLIGOY.-Bueno; os espero.

ROCHESTER.-¡Gracias a Dios!

GUGGLIGOY.-Sed discreto y, suceda lo que suceda, no me nombréis jarnás, porque me quemarían viva.

ROCHESTER.-Estad tranquila... y marchaos a pasear un poco.

Escena VII

LADY FRANCISCA *y* ROCHESTER

ROCHESTER.-(Ya estoy libre de la vieja.

Avancemos.) ¡Mis... milady...!

FRANCISCA.- *(Volviéndose asustada.)* ¡Caballe-

ro!

ROCHESTER.-(Sus ojos me turban.)

FRANCISCA.- *(Sonriendo.)* ¡Ah! ¡Es el ca-

pellán!

ROCHESTER.-(¡Disfraz maldito! Aunque

adquiera el aire más galante del mundo, sólo

verá en mí un pedante puritano.)

FRANCISCA.-Dadme vuestra bendición.

¿Sobre qué texto vais a predicar?

ROCHESTER.-Sobre la pasión.

FRANCISCA.-Aprecio como es debido el celo

que desplegáis, y me presento ante vos como

humilde pecadora. Mi padre...

ROCHESTER.-(¡Su padre! No sospecha de

mí.) Escuchadme, hija mía.

FRANCISCA.-Os escucho con respeto.

ROCHESTER.-Debo manifestaros que denota poca caridad causar los estragos que causáis.

FRANCISCA.- *(Admirada.)* ¡Yo!

ROCHESTER.-Cada una de vuestras miradas hace cien desgraciados.

FRANCISCA.-¡Os equivocáis, os equivocáis!

ROCHESTER.-Os digo la verdad.

FRANCISCA.-No os comprendo.

ROCHESTER.-Ante vos tenéis una de vuestras víctimas.

FRANCISCA.-¡Vos! ¿Qué os he hecho? Corro a decirle a mi padre...

ROCHESTER.- *(Deteniéndola.)* No debe remorderos la conciencia, porque estáis inocente del daño que causáis.

FRANCISCA.-Si os he hecho daño sin saberlo, quiero repararlo.

ROCHESTER.- *(Poniéndose la mano en el co-*

razón.) ¡Aquí!

FRANCISCA.-Es hasta un deber.

ROCHESTER.-¡Qué oigo! ¿Correspondéis a mis deseos? Me hacéis feliz, adorable princesa.

(Trata de coger la mano de Francisca, que ésta retira.)

FRANCISCA.-No soy princesa...; sólo sé adorar a Dios... ¡Me asustáis!

(Quiere retirarse.)

ROCHESTER.- *(Reteniéndola.)* Francisca, no te vayas.

FRANCISCA.-¡Me tutea! ¿Estáis enfermo de la cabeza?

ROCHESTER.-No, estoy enfermo del corazón.

FRANCISCA.-¡Pobre hombre!

ROCHESTER.-(Intentemos el asalto. Me compadece... puede amarme.) ¡Ah, devolvedme la vida!

FRANCISCA.-Sí, veo que necesitáis un médico, porque indudablemente tenéis calentura.

ROCHESTER.-Hace cuatro años que os sigo...

(Mintamos, que esto siempre es conveniente.)

FRANCISCA.-¿Pero qué es lo que deseáis?

ROCHESTER.-Morir: sólo vuestros ojos que me han herido me pueden curar.

FRANCISCA.- *(Retrocediendo.)* Sus miradas me asustan.

ROCHESTER.- *(Juntando las manos con aire de súplica.)* ¡Mi reina, mi deidad, mi ninfa, mi sirena!

FRANCISCA.- *(Asustada.)* ¿A qué vienen todos esos nombres? Me llamo Francisca.

ROCHESTER.-Siento por vos pasión indecible, y cubierto con este disfraz, el amor me atrae a vuestros pies; soy un caballero y no un druida. ¡Ojalá pudiera ofreceros el cetro del Indostán! Teniendo esos ojos tan dulces no debéis ser ingrata con quien os profesa tierno amor desde hace doce años. ¡Cruel! Huís y no me respondéis. Decid una sola palabra, prince-

sa, a vuestro feliz vasallo, y del amor más constante seréis el celestial objeto.

FRANCISCA.- *(Abriendo los ojos asombrada.)* ¿Qué es lo que está diciendo?

ROCHESTER.-¡Ingrata! *(Reteniendo a Francisca, que quiere marcharse.)* ¡Permaneced aquí o voy a ahogarme en el Eúfrates!

FRANCISCA.- *(Riéndose.)* ¡En el Eúfrates!

ROCHESTER.-O para completar vuestros designios, tomad mi espada y atravesadme el corazón. *(Lleva la mano al cinto y no encuentra la espada.)* (No la llevo. Pero a falta de acero tengo el madrigal. Dios me condene si con él no la enternezco.) En estos versos veréis lo que sufre mi corazón y las lágrimas que he derramado; tomad, leedlos y así podréis juzgar del amor que me abrasa.

(Se arrodilla ante lady Francisca. Ésta arroja al suelo el pergamino y retrocede con dignidad.)

FRANCISCA.-Os comprendo, caballero. Sois

un imprudente, que habéis tenido la audacia de introduciros por medio de ese disfraz en el palacio de mi padre.

ROCHESTER.-(Es durilla de pelar.)

FRANCISCA.-¡Levantaos!

ROCHESTER.-Quiero permanecer a vuestros pies.

FRANCISCA.-Yo haré que terminen vuestros insolentes propósitos.

Escena VIII

Los mismos y CROMWELL

CROMWELL.- *(Viendo a Rochester a los pies de Francisca.)* (¿El santo arrodillado a los pies de mi hija?)

ROCHESTER.- *(A terrado y sin cambiar de postura.)* (¡Diablo! ¡Cromwell! ¡Me pescó! ¡Ya me veo muerto y ahorcado!)

CROMWELL.-¡Muy bien, señor capellán!

FRANCISCA.- *(Aparte a Cromwell.)* Sed indulgente con el que está loco.

CROMWELL.- *(Con embarazo.)* ¡No habéis contado con mi venganza!

FRANCISCA.-(Mi padre va a hacer matar a este desgraciado.)

CROMWELL.-¡Es ridículo atreverse a enamorarse de mi hija! Francisca, veo que sufres...

FRANCISCA.- *(Con embarazo.)* Padre mío, perdonadle porque no me hablaba a mí este

caballero.

CROMWELL.-Pues dime, ¿de quién te habla-

ba arrodillado a tus pies?

FRANCISCA.-Imploraba mi intercesión para

coronar sus amores pidiéndome la mano de

una de las damas de mi servidumbre.

ROCHESTER.- *(Asombrado y poniéndose en pie.)*

¡Qué dice!

CROMWELL.-¿De quién os pedía la mano?

FRANCISCA.-De la señora Guggligoy.

ROCHESTER.-(¡Ah, traidora!)

CROMWELL.- *(Dulcificándose.)* Eso es diferen-

te.

ROCHESTER.-(¡O la dueña o la horca! ¡A lo

menos me dejarán elegir!)

CROMWELL.- *(A Rochester.)* ¿Por qué no me

lo confesasteis! De todos modos, ya que aún

tenéis inclinaciones a la carne...

ROCHESTER.-(¡A la carnel ¡Si no tiene más

que piel y huesos!...)

CROMWELL.-Os complaceré. Siento que no os atrevierais a hablarme; estoy satisfecho de vos y os entregaré la mano que solicitáis.

ROCHESTER.-(¡Me lucí!)

CROMWELL.-(Creía que tenía mejor gusto.) Os casaré con ella.

ROCHESTER.- *(Inclinándose.)* Milord es demasiado bueno.

Escena IX

Los mismos y la señora GUGGLIGOY

GUGGLIGOY.-(¡El padre y los amantes juntos. Todo se ha perdido!)

CROMWELL.- *(Viéndola llegar.)* ¿Sois vos, señora?

GUGGLIGOY.-(¡Tiemblo!)

CROMWELL.-Íbamos a reclamar vuestra presencia.

GUGGLIGOY.-¡Mi presencia!

CROMWELL.-¿Sabéis que os ama el capellán?

GUGGLIGOY.-(¡Dios!)

CROMWELL.-¿Correspondéis a su pasión?

GUGGLIGOY.-Milord, os aseguro que yo no sé nada... (¡No me ha guardado el secreto!)

CROMWELL.-Lo sé todo.

ROCHESTER.-(La transición es imprevista y ruda.)

GUGGLIGOY.- *(Arrojándose a los pies de Cromwell.)* ¡Milord, perdón!...

CROMWELL.- *(Levantándola.)* (Se hace la gazmoña.) El doctor es uno de mis más íntimos amigos, y sólo siente afectos lícitos.

GUGGLIGOY.-¿Puedo aspirar a que me ame?

CROMWELL.-Os ama ya.

GUGGLIGOY.-¡A mí!

CROMWELL.-Preguntádselo.

ROCHESTER.- *(Embarazado.)* Convengo en que...

GUGGLIGOY.-¿Estáis enamorado de mí?

ROCHESTER.-(Quisiera estar en el infierno.) Señora...

CROMWELL.-No tengáis inconveniente en declarar vuestro amor, os lo permito. Referidla que acabáis de pedir su mano a mi hija y que os he encontrado arrodillado a sus pies.

GUGGLIGOY.-¡Luego me amáis!

ROCHESTER.-No puedo decir lo contrario. (Tengo que estar enamorado de ella bajo pena de muerte.) Os amo.

GUGGLIGOY.- *(Haciendo monadas.)* ¡Eso es increíble!

ROCHESTER.-Convengo en ello.

GUGGLIGOY.-¿Y queréis ser mi esposo?

ROCHESTER.-No digo tanto...

GUGGLIGOY.- *(Llorando.)* ¡Qué afrenta! ¡Qué concupiscencia!...

CROMWELL.- *(A Rochester.)* Apaciguadla, decidle que la queréis por mujer.

ROCHESTER.-Consiento, consiento... (en ahorcarme).

CROMWELL.-Este asunto es de los que no se

deben diferir, y os complaceré a los dos muy pronto.

ROCHESTER.-Pero...

CROMWELL.-El amor siempre tiene prisa. ¡Hola! *(Llamando.)*

(Entran tres mosqueteros.)

ROCHESTER.-(¡Será capaz de casarme!)

CROMWELL.- *(A uno de los mosqueteros.)* Dile a Cham Biblecham que case en seguida, ante el Libro de la Fe, al doctor Obededom y a la señora Guggligoy. Seguidles. *(A Rochester.)* Cham es anabaptista, como vos.

ROCHESTER.-(Gracias por la atención que me tiene.)

FRANCISCA.-(¡Lo han atrapado!)

ROCHESTER.-(Buena partida me ha jugado Francisca. A pesar de eso aún la amo.)

GUGGLIGOY.- *(A Rochester.)* Vamos, amor mío, vamos.

ROCHESTER.-(No hay más remedio que se-

guir a esta Sibila al infierno del himeneo.)

(Se van Rochester, Guggligoy y los mosqueteros.)

CROMWELL.- *(A lady Francisca.)* Os dejo, que voy a oír el sermón de Lockyer, que va a tratar de Roma y de los sacerdotes de Ammón.

Escena X

LADY FRANCISCA *sola*

FRANCISCA.-Mi pobre caballero hacía triste figura; pero le he castigado con dureza. Estoy arrepentida...; sin embargo, ¿qué tenía yo que hacer? Mi padre le hubiera castigado aún con más severidad. *(Viendo el pergamino que está rollado en el suelo.)* Ahí está su carta amorosa, sus versos... ¿Qué me dirá en ellos? Me sabe mal leerlos, pero tampoco veo inconveniente, después de haberle castigado. *(Coge el pergamino, lo desenrolla y lee.)* Leamos: «Milord... ¡Qué hombre tan extraño! Antes me llamaba princesa, ninfa, reina, ángel, y aquí me llama milord. ¡Está loco1 *(Continúa leyendo.)* «Todo va bien...» ¿Qué es lo que va bien?, veamos. «A medianoche, presentaos a la puerta del parque.» Me ama; ¿si querrá robarme? «Toda la guardia tengo seducida: tienen la consigna. El éxito es se-

guro. Vos diréis COLONIA, y ellos responderán lo demás. Gracias a la ayuda que os prestarán, podréis apoderaros al fin de Cromwell, que yo habré adormecido ya. El capellán del diablo.» ¡Qué es lo que acabo de leer! ¡No es de mí, es de mi padre de quien trata de apoderarse el malvado! *(Examinando con atención el pergamino.)* Va dirigido «A Bloum, en el Strand, hotel del Ratón.» El traidor, por equivocación me ha entregado esta carta en vez del madrigal. Advirtamos a mi padre del complot infernal que le amenaza. Alguien viene... Salgo de aquí... No quiero volverme a encontrar con el asesino.

Escena XI

DAVENANT; *en seguida* ROCHESTER

DAVENANT.-El Protector me ha llamado; ¿qué querrá? *(Entra Rochester.)* Ahí viene un santo... Algún puritano favorito.

ROCHESTER.-(¡Esto es hecho! ¡Estoy ya casado!) ¡Hola, Davenant!

DAVENANT.-(Sabe mi nombre.) Caballero... ¡Ah! ¡Si es milord Rochester!

ROCHESTER.-¡Chist! ¡Chist!

DAVENANT.-Vais tan bien disfrazado de capellán, que aunque fuerais casado, vuestra mujer no os conocería.

ROCHESTER.- *(Suspirando.)* (¡Pluguiera al cielo!) Davenant, no me gastéis bromas.

DAVENANT.-Es la primera vez que veo que no os gusta que se gasten bromas sobre los maridos.

ROCRESTER.-(Porque no se puede a un

tiempo reírse de ellos y casarse.) Querido poeta, ¿qué casualidad os trae a nuestra casa?

DANVENANT.- *(Riendo.)* ¿A vuestra casa? Pronto os habéis aclimatado en este palacio. ¿Os encontráis bien aquí?

ROCHESTER.-Muy bien. Protegido por Milton, me aprecia Cromwell, y a su modo me colma de favores. Además, ya sabréis que he llegado muy a tiempo. Un traidor, un espía, escondido entre nuestros partidarios, se lo reveló todo, pero gracias a mi habilidad, he podido conseguir que lord Ormond se oculte en Strand y yo en las mismas habitaciones de Cromwell.

DAVENANT.-Willis quiere desollar a ese falso espía, y le hemos encargado que lo busque.

ROCHESTER.-Por fortuna tenemos dispuesta la contramina. Llevo encima vuestra redoma y esta noche todo terminará.

DAVENANT.-¿Cromwell ignora el último

complot que hemos tramado?

ROCHESTER.-Sí, le hemos urdido entre tres.

DAVENANT.-¿Contamos con la guardia?

ROCHESTER.-Sí.

DAVENANT.-Pues eso era difícil de lograr.

ROCHESTER.-La virtud de los puritanos

muere, y ya el oro conquista a los santos.

DAVENANT.-¿No sospecha de mí Crom-

well?

ROCHESTER.-No.

Escena XII

Dichos y la señora GUGGLIGOY

GUGGLIGOY.-¿Huís ya de vuestra esposa?

DAVENANT.- *(Retrocediendo.)* ¿A quién le dice?

GUGGLIGOY.-¡Me quejo, me lamento, lloro y no venís! ¡Y me abandonáis!

ROCHESTER.- *(Volviendo la cara.)* ¡Qué horribles muecas hace!

DAVENANT.- *(Bajo a Rochester.)* ¿Quién es ese espectro?

ROCHESTER.- *(Bajo.)* Es mi mujer.

DAVENANT.- *(Riéndose.)* ¿Vuestra mujer?

ROCHESTER.-Palabra de honor. Escribidme un epitalamio.

DAVENANT.-¿Tenéis ganas de chancearos?

ROCHESTER.-Nada de eso; lo que digo tiene muy poca gracia.

GUGGLIGOY.-¡Traidor! ¡Así guardáis vues-

tros juramentos!...

DAVENANT.-Os felicito por vuestra buena suerte.

ROCHESTER.-Callad y no me afrentéis.

GUGGLIGOY.-Mis lloros son superfluos, porque no hace caso de mí.

DAVENANT.-Mientras solloza, explicadme...

ROCHESTER.-Cromwell me la entrega y la dota, por pura bondad.

GUGGLIGOY.- *(Tirándole de la manga a su marido)* ¡Querido esposo!...

DAVENANT.-Explicadme...

ROCHESTER.-Después lo sabréis todo.

GUGGLIGOY.-¿Con quién habláis en voz baja?

ROCHESTER.-Dejadme hablar con quien quiera. *(La rechaza.)*

GUGGLIGOY.-(¡Los infames todos son lo mismo! Tiernos para sus amadas y duros para sus mujeres; gatos antes de la boda y tigres

después. ¡Abandonar así a su esposa!...)

ROCHESTER.-Os participo, señora, que he hecho voto de castidad.

GUGGLIGOY.-¿Qué decís?

ROCHESTER.-Que he renunciado a las malditas voluptuosidades.

GUGGLIGOY.-¡Me arroja sin compasión del lecho conyugal!

ROCHESTER.-Quedaos en él, que yo soy el que me arrojo.

GUGGLIGOY.- *(Furiosa.)* ¡Qué ultraje! ¡Serpiente, monstruo, pérfido! ¡Teme mi rabia!...

ROCHESTER.- *(Huyendo.)* No me atraparás.

(Se va.)

Escena XIII

CROMWELL *lleva el pergamino de* ROCHESTER *en la mano; entra sin ver a* DAVENANT *y sin que éste le vea*.

CROMWELL.-¡Otra nueva red en la que iba a caer! Pretendían extenderla en mi propio palacio; si la casualidad no se la descubre a mi hija, hubiera caído en sus manos. ¿Quién había de prever semejante golpe de audacia y de delirio, no siendo insensato como ellos? Cuanto más repaso esta carta, más sorprendido estoy. ¡Venid a cortejar la hija para destronar al padre! ¡Tender la red al león hasta su misma madriguera y jugar cerca de sus garras con sus leoncillos! Si no fueran locos creería que eran necios. *El capellán del diablo...* Es un traidor disfrazado y un jefe de los caballeros. Galantea a Francisca y a mí me predica como apóstol; ha seducido a mis soldados. Veo que nadie me

quiere. He trazado ya un plan. Sólo he sorprendido la mitad de la consigna, pero esperaré a lord Ormond y a los episcopales.

(Davenant llega hasta el proscenio y ve a Cromwell.)

DAVENANT.-(¡Es Cromwell!) Milord...

CROMWELL.- *(Sorprendido agradablemente.)* Llegáis a tiempo.

DAVENANT.-Siempre dispuesto a servir a vuestra alteza.

CROMWELL.- *(Sonriendo.)* ¿Seguís viviendo en la Sirena?

DAVENANT.-Sí milord.

CROMWELL.-Es un buen sitio. ¿Estáis bien de salud?

DAVENANT.-Muy bien.

CROMWELL.-¿Habéis hecho un buen viaje?

DAVENANT.-Sí, milord.

CROMWELL.-Os habéis ausentado por placer o por algún negocio...

DAVENANT.-Por recobrar la salud.

CROMWELL.-¿Dónde habéis estado?

DAVENANT.-En el norte de Francia...

CROMWELL.-Dicen que son mucho más hermosas las orillas del Rin. Toda mi vida he tenido grandes deseos de visitarlas. ¿Las habéis visitado alguna vez?

DAVENANT.- *(Turbado)* Sí.

CROMWELL.-¿Habéis estado en Mayenza, en Francfort y en Colonia?

DAVENANT.-Sí, milord.

CROMWELL.-Colonia es una gran ciudad;. es el país de San Bruno y de Cornelio Agripa.

DAVENANT.-También he estado en Brema y en Spa.

CROMWELL.-No paséis adelante; permanezcamos en Colonia. ¿De qué siglo es su Universidad?

DAVENANT.-Del siglo catorce.

CROMWELL.-Debe ser interesante para un

hombre instruido Habréis visto al pasar... la catedral. Su puerta lateral es admirable. ¿Os habéis fijado en ella?

DAVENANT.-Sí milord, pero su conjunto es de mal gusto. (Sabe de todo y de nada.)

CROMWELL.-Es fácil de decir que tiene mal gusto, pero es un edificio admirable, y aunque antiguo, no habría templo que le sobrepujara si no le manchara el culto egipciaco. *(Pausa.)* ¿No habéis visto nada más en esa ciudad?

DAVENANT.-No, milord.

CROMWELL.-¿No habéis visitado por casualidad a cierto sujeto que se llama Stuardo?

DAVENANT.-Os juro, milord, que no le he visitado.

CROMWELL.-Os creo; sé de positivo que no habéis tenido el honor de ver al rey. Gastáis sombrero de forma singular: dispensadme esta familiaridad que voy a permitirme; ¿queréis cambiarlo por el mío?

DAVENANT.-(Lo sabe todo.) Milord...

CROMWELL.-¡Dádmele! *(Le arranca el sombrero.)* Muchas gracias. *(Registra precipitadamente el sombrero, saca de él el despacho real lo despliega y lo lee con avidez. Entrecorta la lectura con exclamaciones de triunfo.)* ¡Muy bien! ¡El capellán del diablo es Rochester!... El complot no estaba mal tramado. Suponen que es fácil hacerme cerrar los ojos, engañarme, narcotizarme, prenderme; más vale así. *(Entra Thurloe.)* Thurloe, que encierren en seguida al señor en la Torre de Londres. *(Thurloe sale y vuelve acompañado de seis mosqueteros puritanos, entre los que se coloca sin resistencia. Davenant consternado.)* Carlos os ha peinado y yo os doy habitación. ¡Que os proteja el cielo!

DAVENANT.-(¡Siniestro desenlace!)

(Se va con los mosqueteros.)

THURLOE.-Milord, el Parlamento, al que un santo ministro hizo una exhortación por orden

vuestra, os trae diferentes *bills* para que los sancionéis, y entre ellos el decreto que os confiere la corona.

CROMWELL.-Que pase adelante. *(Thurloe vase.)* (En su plan tenebroso los va a perder, su propio artificio, y voy a cogerles en las redes que ellos me han tendido. Ahora que todo está dentro de mi mano, puedo aplastarlo todo. ¡Dios me protege! Ya llega el Parlamento.),

(El Parlamento, conducido por Thurloe, entra con traje de ceremonia. A la cabeza de los miembros va el Orador. Cromwell sube a su sillón protectoral, y el Parlamento se para con gravedad cerca de él y delante de los taburetes.)

Escena XIV

CROMWELL, *el Parlamento, el* CONDE DE

CARLISLE, WHITELOCKE, STOUPE y

THURLOE.

A una señal de CROMWELL, CARLISLE y

THURLOE *se acercan al Protector.*

CROMWELL.- *(Bajo a Carlisle.)* Arrestad al

instante a los soldados que están de guardia

esta noche en la puerta del parque. *(Lord Carlis-*

le se inclina y se va.) Lleva esto en seguida a Bloum, en Strand: ahí verás dónde vive lord

Ormond. (A *Thurloe, entregándole el pergamino de*

Rochester.) Para que se realicen mejor mis dese-

os, que te acompañe sir Ricardo Willis.

THURLOE.-Está bien, milord. *(Toma el perga-*

mino y se va) Ahora, señores, podéis hablar. *(Al*

Parlamento.)

EL ORADOR DEL PARLAMENTO.-Milord,

os traernos los *bills* de la Cámara; dignaos san-

cionar estas leyes.

CROMWELL.-Veámoslas.

ORADOR.-Abogado del Parlamento, cumplid vuestro deber.

EL ABOGADO.-El día 25 de junio del año noveno de la libertad que disfrutamos, por la gracia de Dios, ha votado el Parlamento los siguientes *bills: -Primo*. Considerando que imprudentemente se puede pecar como pecó Noé, comiendo el fruto de la viña, y jurar sin voluntad maligna por los santos, el Parlamento cree, deseando dulcificar en este punto la legislación, que debemos concretarnos a castigar con misericordia a los borrachos con la pena de azotes, y a los que juren, con la cuerda.

CROMWELL.-Eso es poco. El que blasfema de nuestro Dios puede equipararse con los asesinos y hasta con los histriones; ¿por qué castigarle menos? Esas leyes son transitorias, por lo que las consentimos.

ABOGADO.- *(Leyendo.) Secundo*. Para celebrar las victorias que acaba de conseguir nuestro almirante Roberto Blake, decretamos un día de ayuno general. La Cámara, después de consultar los Libros Santos, le regala un diamante de valor de quinientas libras, y prescribe además que sus hazañas se inmortalicen en sus procesos verbales.

CROMWELL.-Consentimos esa ley.

(Entra Thurloe y se coloca cerca del Protector, diciéndole):

THURLOE.-Cumplí la orden de vuestra alteza.

ABOGADO.- *Tertio.* Como los tumultos que excitan en York ocultos malévolos causan sobresalto en los corazones ingleses, el Parlamento acuerda, para poner sin dilación a los rebeldes de York fuera de la ley civil, lanzar un *quo warranto*.

CROMWELL.- *(Bajo a Thurloe.)* Veinte solda-

dos los compondrían mejor que un *quo warranto*; ya arreglaré yo eso. *(En voz alta.)* Consentimos.

ABOGADO.- *Cuarto*. La humilde petición que el Parlamento dirige al héroe de Sion. Considerando que es antigua costumbre que cierre un rey todo debate doméstico; que hasta el mismo Dios, después de dictar leyes a su pueblo, cambió el púlpito en trono y a los jueces en reyes, y después de haber oído a los oradores que hablaron en pro y en contra, el Parlamento ha acordado que el pueblo necesita por jefe a un solo individuo, y que milord Protector, a quien antiguos títulos hacen acreedor a esta honra, acepte la corona de Inglaterra a título hereditario.

CROMWELL.-Bien; lo pensaré.

ORADOR-¡Qué Oigo!

WHITELOCKE.- *(Bajo a Thurloe.)* ¿Qué dice? ¿Rehúsa?

THURLOE.-Vacila; teme algún peligro.

CROMWELL.-Ahora idos en paz a implorar

del Señor lo más conveniente para Inglaterra.

Escena XV

CROMWELL *y* THURLOE

THURLOE.-(Se ha operado en él un cambio radical.)

CROMWELL.-(Hasta mañana que no conozcan el engaño de mi artificio.)

THURLOE.-Milord, ya es tarde y necesitáis descansar.

CROMWELL.-Sí, pero no tengo sueño.

THURLOE.-Milord, ¿Dónde os acostáis esta noche?

CROMWELL.-Que me pongan aquí una cama.

THURLOE.-¿En la cámara pintada, donde los jueces de Carlos?...

CROMWELL.-Obedeced. Además, si en estos sombríos sitios sale algún espectro, no me verá.

(Thurloe sale y vuelve acompañado de criados que traen una cama y dos bujías. Dejan la cama prepa-

rada en un rincón del teatro y se van.) Esa cama no es para mí.

THURLOE.-¿Qué secreto?...

CROMWELL.-Haced lo que os digo, que después todo lo sabréis.

THURLOE.-Perdonadme, milord, que me atreva a deciros, por si os amenaza algún peligro, ¿quién ha de ocupar vuestro sitio en el lecho?

CROMWELL.-¡Silencio! (Tarda en venir el capellán.) *(Paseándose a grandes pasos por el proscenio.)* Están muy contentos porque creen apoderarse de mí, y Ormond se ríe por una parte y Rochester por la otra. ¡Infelices! ¡Creen que están cavando mi tumba! *(Se para ante la mesa en la que arden las dos bujías.)* ¿Para qué tanta luz? Basta con una sola, *(Apaga una de las bujías.)* Con la misma facilidad se extingue la vida de un enemigo: de un solo soplo.

Escena XVI

Los mismos, ROCHESTER *y un* PAJE

(El paje lleva en la mano un plato y un vaso.)

ROCHESTER.-(El vaso está lleno y es preciso que para que duerma bien; he dejado vacía la redoma.) *(Toma el plato y el vaso de manos del paje y se adelanta hacia Cromwell.)* Milord... bebed este licor que acabo de bendecir.

CROMWELL.- *(Irónicamente.)* ¡Vos lo habéis bendecido!

ROCHESTER.-Sí.

CROMWELL.-Muy bien; me fortalecerá, pues, este brebaje.

ROCHESTER.-Sí, milord; es un hipocrás que tiene la virtud de hacer dormir tranquilamente.

CROMWELL.-Entonces... bebedlo vos mismo.

(Cromwell toma el vaso y se lo presenta bruscamente.)

ROCHESTER.- *(Retrocediendo con espanto.)* ¡Mi-

lord!... (¡Diablo!)

CROMWELL.- *(Sonriendo irónicamente.)* ¿Vaciláis? Tendréis que acostumbraros a disfrutar de mis bondades. Tomad, doctor. Dominad ese respeto que os turba y bebed. Deseo que recaigan en vos vuestras mismas bendiciones.

ROCHESTER.-(¡Me aplastó!) Pero, milord...

CROMWELL.-Os digo que bebáis.

ROCHESTER.-(Aquí ha sucedido algo extraño.) os juro...

CROMWELL.-Bebed y después ya juraréis; no os hagáis de rogar.

ROCHESTER.-(Apuremos el cáliz.) *(Bebe.)*

CROMWELL.- *(Riendo.)* ¿Le encontráis buen sabor?...

ROCHESTER.- *(Dejando el vaso sobre la mesa.)* (Que Dios salve al rey, que yo ya me he salvado de la señora Guggligoy libre ya de ella, que haga que haga Cromwell lo que quiera de mí; ¡pero estoy bostezando!... Pronto empiezo.)

Se sienta.

THURLOE.- *(A Cromwell.)* ¿Es un veneno lo que ha bebido?

CROMWELL.-Lo ignoro; ya lo sabremos.

ROCHESTER.- *(Bostezando.)* (Estoy aturdido y mareado; después de representar todo el día una comedia, de ayunar, de rezar, de predicar y de jurar, es muy triste tener que dormirse justamente en el momento de la catástrofe .*(Vuelve a bostezar.)* Y quiera Dios que no me despierte en la horca, en compañía de lord Ormond. ¡Redoma infernal! Se me va la cabeza... Buenas noches, señor Cromwell. ¡Dios salve al rey!)

(Le cae la cabeza sobre el pecho y se queda dormido.)

CROMWELL.-Está ya dormido o muerto; Thurloe, llevémosle a la cama.

(Se llevan a Rochester y le depositan en el lecho sin que se despierte. Se oye llamar a una puerta que da a uno de los corredores laterales de la cámara pintada.)

TRURLOE.- *(Con inquietud.)* Llaman a aquella

puerta.

CROMWELL.-Abre, que sé quién es.

THURLOE.- *(Abriendo la puerta.)* ¡El rabino!

Escena XVII

Los mismos y MANASSÉ-BEN-ISRAEL

CROMWELL.-¿Qué nuevas me trae el judío?

(Manassé se acerca a Cromwell con aire misterioso y le dice en voz baja):

MANASSÉ.-Dinero.

CROMWELL.- *(A Thurloe.)* Sal, pero no te alejes de aquí.

(Vase Thurloe.)

MANASSÉ.-Me he apoderado del bric, y vengo a traer su parte a monseñor.

(Le presenta un pesado saco que lleva escondido.)

CROMWELL.-¿Esa es mi parte?

MANASSÉ.-Es decir, vuestra parte... a cuenta.

CROMWELL.-Bien. *(Toma el saco y le deja sobre la mesa que hay cerca de él.)* ¿Qué sabes de noticias?

MANASSÉ.-Sólo sé que se dice en Londres que van a ahorcar un astrólogo en Douvre.

CROMWELL.-Bien hecho. ¿Pero tú también eres astrólogo?

MANASSÉ.-No hay que levantar falsos testimonios, dijo el Decálogo; pero entiendo el libro que oscureció el demonio, el libro que deletreaba Zoroastro y que leía Salomón. Sí, sé leer en el libro del cielo vuestras fortunas y vuestros desastres.

CROMWELL.-(¡Destino singular es el de vigilar a los hombres y a los astros y ser astrólogo en las alturas y espía en la tierra!)

(Manassé se acerca a una ventana abierta que hay en el fondo de la sala, al través de la que se entrevó el cielo estrellado.)

MANASSÉ.-¡Callad! Precisamente en este momento veo cerca de Escorpión...

CROMWELL.-¿Qué ves?

MANASSÉ.-Vuestra estrella. Ante mí vuestro porvenir puede desgarrar el velo.

CROMWELL.- *(Estremeciéndose.)*

¡Mientes,

anciano!

MANASSÉ.- *(Con gravedad.)* Si miento, que

cierre la muerte estos ojos, a los que las estrellas

responden.

CROMWELL.- *(Pensativo.)* (¿Será verdad?

¡Quién sabe! Estamos rodeados de misterios,

pero ya que estamos aquí solos y sin testigos,

quiero hacer la prueba.) Judío.

MANASSÉ.-¡Señor!

CROMWELL.-Si es cierto que los rayos divi-

nos de los astros iluminan tu alma con su clari-

dad mística y dotan a tus ojos de visión proféti-

ca...

MANASSÉ.- *(Arrodillándose.)* ¿Qué mandáis a

vuestro servidor? Dispuesto estoy a complace-

ros.

CROMWELL.- *(Bajando la voz.)* Revélame el

porvenir.

MANASSÉ.- *(Levantándose e irguiéndose.)* ¿Has-

ta esas alturas te atreves a levantar tus miradas? ¿Deseas penetrar en el cielo, que es palacio de gloria, tenebroso santuario y ardiente laboratorio, en el que vela Jehová, que no mueve nunca el inmutable quicio y el eterno compás? ¡Penetrar en los tres elementos, en la llama, en el éter y en la onda, triple velo de los cielos, y conocer qué soles son letras de fuego en los que brilla en el fondo de la noche la tierra de Dios! ¡Tú, tú leer en el porvenir! preocupado siempre de un cuidado terrenal, ¿qué has hecho para conseguirlo? Mira mi frente arrugada y seca; tengo la edad de Tobías. He pasado todos mis años sin apartar los ojos un instante de ese otro mundo, día por día, hora por hora. Pero para ti, para tus miradas, las constelaciones sólo son un fuego sin luz; porque tú no has visto, absorto en el trabajo ardiente de la gran obra, blanquear tu barba y caérsete los cabellos. Porque tú...

CROMWELL.- *(Interrumpiéndole con impacien-*

cia.) Basta; te pago para que me sirvas.

MANASSÉ.-Estás en un error: el hombre puede esclavizarse a un hombre mientras vive de una vida incompleta, y así, mientras la carne cubra mi esqueleto, pueden mis ojos secundar tus planes ambiciosos; pero ¿cuándo te he prometido espiar a los cielos?

CROMWELL.-(No es hipócrita el que así habla; tiene fe en su ciencia.) Dime si mi planeta es próspero o adverso. Obedece.

MANASSÉ.-No puedo.

CROMWELL.-Te lo mando.

MANASSÉ.-¿Me lo mandas?

CROMWELL.- *(Llevándose la mano al puñal.)* Si no hablas, esto te hará callar.

MANASSÉ.- *(Después de vacilar.)* ¿No te estremecerás si durante el misterio mezclo el cielo con el infierno y el Talmud con el Corán?

CROMWELL.-No.

MANASSÉ.-Pues el espíritu cede al acero y el

mago al tirano.

CROMWELL.-Revela a mi alma asombrada el secreto de mi vida y de mi destino. Pero antes escucha: siendo niño tuve una visión. Fui lanzado de mi medianía a la última clase social, y, siendo ambicioso, me vi privado de ocupar en Oxford ningún rango. Entré en mi humilde aposento con el corazón indignado, llorando de rabia y maldiciendo mi suerte. Anocheció, y estaba velando cerca de la cama cuando de repente me helé el soplo de una boca, y con turbación mortal, oí cerca de mí una voz que me decía: *Honor al rey Cromwell*. Esta voz lejana participaba al mismo tiempo del acento de la amenaza y del acento de la queja. En la oscuridad, pálido y aterrado, me levanté mirando y buscando a quien me hablaba. Era una cabeza cortada, envuelta en la oscuridad y lívida, entre deslucidos resplandores, pero en cuya frente pálida relucía una aureola... de color de sangre.

Me contemplaba con risa cruel, y seguía murmurando en voz baja: *Honor al rey Cromwell*. Di un paso y la visión se disipó, sin dejar en mí otro vestigio que mi corazón helado para siempre. ¿No es verdad que esto es horrible, Manassé? Muchos años después, un día nebuloso y frío, un día de invierno, en medio de una inquieta multitud, volví a ver la fatal cabeza, pero entonces estaba muda y colgaba de la mano del verdugo.

MANASSÉ.- *(Pensativo.)*

Verdaderamente...

Ezequiel y el yerno de Jethró tuvieron visiones menos espantosas; ni siquiera la iguala la de Baltasar.

CROMWELL.-No, no existe visión tan espantosa.

MANASSÉ.-Quizá... los espectros que yo recuerdo se vengaban del pasado; pero el tuyo del porvenir. No podrás dormir.

CROMWELL.-No.

MANASSÉ.-No podrás, porque si esa visión te hubiera acometido en la vigilia, sólo sería un sueño. Tu espectro es el único que yo no he visto salir de las tumbas. ¿Qué olor dejó al desvanecerse?

CROMWELL.-Eso nada me importa; lo que quiero es que me expliques la visión. ¿Fue una ilusión mía? ¿Fue una realidad? *¡Honor al rey Cromwell!* ¿Debo ser rey? Desgarra el velo de mi destino.

MANASSÉ.- *(Mirando al cielo por la ventana.)* Sí, aquella es su estrella; la reconocería desde el cenit hasta el nadir, está fija: al contemplarla parece que crezca y que se abrillante, pero, sin embargo, tiene una mancha en su centro.

CROMWELL.- *(Impaciente.)* Ya has estudiado bastante los astros; dime si seré rey.

MANASSÉ.-Hijo mío, quisiera halagarte, pero no se puede mentir al firmamento. No debo

ocultarte que tu astro, en su marcha elíptica, no forma el triángulo místico con la estrella Jod y con la estrella Ziain.

CROMWELL.-¿Qué me importa ese triángulo? Explícame el oráculo de la cabeza cortada y dime si ha de llegar el día en que sea rey.

MANASSÉ.-No, como no suceda un milagro.

CROMWELL.- *(Descontento y bruscamente.)* ¿Qué entiendes tú por milagro?

MANASSÉ.-Lo que es milagro.

CROMWELL.-¿Acaso yo no soy un milagro vivo?

MANASSÉ.-Quizá...

CROMWELL.-Entonces me anunciáis que ocuparé el trono.

MANASSÉ.-No; no puedo cambiar las respuestas del cielo.

CROMWELL.-¿Entonces mi visión ha sido una burla? Los astrólogos sois unos impostores, que en beneficio vuestro explotáis a los plane-

tas.

MANASSÉ.- *(Gravemente.)* Hijo mío, dame la mano y no blasfemes.

(Cromwell, subyugado por la autoridad del astrólogo le presenta la mano, que se la examina sin dejar de contemplarle. Después de una pausa dice Manassé.)

MANASSÉ.-Te amenaza un peligro.

CROMWELL.-¿Qué peligro?

MANASSÉ.-El de morir; si quieres ser rey tu muerte es segura.

CROMWELL.-¡Segura!

MANASSÉ.-Recibirás la herida en el corazón.

CROMWELL.-¿Cuándo?

MANASSÉ.-Mañana.

CROMWELL.-¡Mientes!

MANASSÉ.-Te digo la verdad..., pero alguien nos escucha. *(En este momento Rochester se vuelve durmiendo y lanza un suspiro. Manassé se acerca a la cama.)* ¡Oh! Se ha disipado el encanto del orá-

culo, porque hay quien lo ha oído.

CROMWELL.-¿Crees que Rochester pudo oírnos?

MANASSÉ.-Sin duda.

CROMWELL.-Pues es preciso que muera.

(Cromwell saca el puñal y se acerca a Rochester, que continúa dormido.)

MANASSÉ.-¡Mátale! No pudieras hacer mejor acción. (Que inmole un cristiano a otro.)

CROMWELL.-Si ha oído lo que hemos hablado debe morir.... pero no lo ha oído... Duerme. *(Baja el puñal que había levantado para herir a Rochester.)* Además, es día de ayuno. En día de vigilia ni debo cometer un crimen, ni escuchar a un adivino. *(Arroja al suelo el puñal.)* Vete, judío. *(Llamando.)* ¡Thurloe!

(Sale Thurloe.)

THURLOE.-Milord...

MANASSÉ.-Señor...

CROMWELL.-Te he dicho que te vayas.

MANASSÉ.-Algún vértigo debe turbar su espíritu.

CROMWELL.- *(Al judío, en voz baja.)* Morirás si dices una palabra de lo que aquí ha pasado. Vete. *(El judío se prosterna y vase.)* ¡Thurloe, sálvame de ese judío, sálvame de mí mismo!

TRURLOE.- *(Inquieto.)* ¿Qué es lo que tenéis, milord?

CROMWELL.-¿Yo? Nada. Thurloe, te quiero mucho.

THURLOE-¡Estáis perturbado!

CROMWELL.-¿Qué?, ¿te he dicho algo?

THURLOE.-Sí, habéis hablado de...

CROMWELL-¡De nada! Calla y sígueme.

THURLOE-¡Dios mío, qué pálido estáis!

CROMWELL.- *(Sonriendo amargamente.)* Es porque refleja en mí el resplandor sepulcral de esa luz. Ven, te necesito.

(Thurloe sigue a Cromwell, y se para al pasar por delante de la cama de Rochester.)

THURLOE.-¡Mirad cómo duerme!

CROMWELL.-Sí.... con un sueño profundo...

parecido al sueño de la muerte.

Acto cuarto

El centinela

La poterna del parque de White-Hall

A la derecha del teatro un gran grupo de árboles; en el fondo y por encima de ellos se destaca en la oscuridad la fachada gótica del palacio. A la izquierda la poterna del parque, con pequeña puerta ojiva llena de esculturas. Ha cerrado la noche.

Escena I

CROMWELL *disfrazado de soldado, con mosquete, coraza de búfalo, sombrero con alas anchas y de forma cónica y con grandes botas. Se pasea a lo largo por delante de la poterna, como soldado que está de guardia. Al levantarse el telón se oye este grito de un centinela. «¡Alerta! ¡Alerta!»*

CROMWELL-¡Alerta! ¡Alerta! *(Un tercer centinela responde lo mismo desde más lejos. Descansando el mosquete en tierra.)* Sí, velad, que también vela por todos Cromwell, que ocupa este sitio, porque desea él mismo abrir la puerta a sus enemigos. *(Se oye ruido de pasos y de voces lejanas.)* Oigo ruido, pero no pueden ser ellos, porque no son aún las doce de la noche; será algún transeúnte. *(óyese un canto, cada vez más próximo)*:

«No andes de noche entre riscos
si vas buscando fortuna,

porque caer es muy fácil

cuando la noche es oscura.»

Ese que canta es uno de mis bufones. Debe ser

Elespuru.

Escena II

CROMWELL, TRICK, GIRAFF, ELESPURU *y* GRAMADOCH

Los bufones, guiados por GRAMADOCH, *entran en escena con precaución y a tientas; éste los conduce a un banco de césped que hay entre los árboles.*

GRAMADOCH.-Ocultémonos aquí.

CROMWELL.-(Son mis bufones.) *(Sin verles.)*

(Los cuatro bufones se sientan en el banco.)

GRAMADOCH.-En este sitio debe concentrarse la acción del drama. Desde aquí lo veremos todo.

TRICK.-¿Lo veremos? Para verlo en esta oscuridad sería preciso tener ojos de gato.

ELESPURU.-Pero si los autores nos descubrieran, nos harían pagar muy caras estas localidades.

GRAMADOCH.-Llegamos a tiempo; aún no

ha empezado la función.

GIRAFF.-¡Queréis callar!

Todos se callan y se quedan inmóviles.

CROMWELL.-¡La noche está muy fría! Se acerca ya la hora en que los espectros salen de las tumbas y enseñan con la mano roja de sangre su herida incurable al asesino... ¡Ese maldito judío ha hecho aparecer a mi imaginación horribles visiones, que me han dejado un recuerdo funesto; me ha trastornado y tiemblo!...

(La campana del reloj de palacio empieza a dar lentamente las doce.)

¡Las doce!... ¡Ya llega el instante esperado! ¡Esa campana parece que toque a muerto! ¡Ella marcó la última hora de un mártir! ¡Estoy solo y sobresaltado! ¡Voy a invocar a los santos!

(Se oye ruido de pasos por detrás de los árboles.)

(¡Ah! Ya estoy tranquilo! ¡Aquí están mis asesinos!)

Escena III

Dichos, ORMOND, DROGHEDA, ROSEBERRY, CLIFFORD, *el doctor* JENKINS, SEDLEY, PETERS DOWNIE, WILLIAM MURRAY.

Los caballeros entran sigilosamente llevando al frente a ORMOND *y a* ROSEBERRY. *Se habla en voz baja.* CROMWELL *se pone el mosquete al hombro y se coloca bajo la ojiva de la poterna.*

ROSEBERRY.-Aquí es.

ORMOND.-Sí, aquí es; reconozco el sitio.

CROMWELL.-(Ellos son.)

PETERS.-Wilmont debía esperarnos aquí.

DROGHEDA.-Tiene que cumplir con los deberes de su cargo.

ORMOND.-Ya que ha impedido el éxito del complot, y ya que le retienen en otra parte, me felicito de ello.

CROMWELL.-(Yo también.)

ORMOND.-Tiemblo siempre delante de Wilmont. ., pero vamos a concluir.

CROMWELL.-(Concluir, esa es la palabra.)

ORMOND.-Rochester ha llevado su locura hasta el extremo de querer galantear a una de las hijas de Cromwell.

CROMWELL.-(¡Insolente!)

ORMOND.-Ha escrito para ella un madrigal, echándola de poeta, y olvidando lo que se me debe por mi edad y por mi rango, me lo quiso leer; recibí como debía esta afrenta, y cuando yo estaba esperando un aviso importante, llega a mis manos una carta, la abro impaciente y encuentro dentro del sobre el madrigal dedicado a la hija del Protector.

ROSEBERRY.-Milord, veo que os persigue por todas partes Rochester.

ORMOND.-Después de haber recibido los indicados versos, me envió él mismo otro mensaje y su aviso, que es el que nos reúne aquí en

este momento; esta vez no llegó a mis manos por medio de un pergamino atado con una cinta de color de rosa. ¡Ved ese loco a lo que nos expone!

CLIFFORD.-Semejantes chanzas son indignas.

ORMOND.-Entregó el mensaje a Willis, pero podía haber caído en manos desleales.

ROSEBERRY.-Entonces estábamos perdidos.

SEDLEY.-Tampoco ha acudido Davenant.

ORMOND.-Davenant es un poeta, un saltimbanqui, y quizá se haya escondido.

PETERS.-A propósito; nuestro amigo Ricardo, el hijo del intruso, está encarcelado. Un pérfido...

DROGHEDA-¡Pobre Ricardo!

CROMWELL.-(¡Pobre parricida!)

SEDLEY.-Su padre ha averiguado que brindó a la salud del rey.

CROMWELL.-(¡Traidor!)

ORMOND.-No perdamos el tiempo hablando

inútilmente. Empecemos. Acerquémonos al soldado.

(Se aproxima hacia Cromwell y éste le presenta el mosquete.)

CROMWELL.-¿Quién vive?

ORMOND.- *(Bajo a Cromwell.)* Hermano mío,

COLONIA.

CROMWELL.-(¡No sé el final de la consigna! ¿Qué haré?)

ORMOND.-COLONIA.

CROMWELL.-(No sé qué responder.)

ORMOND, *asombrado del silencio del centinela, retrocede con desconfianza.*

ROSEBERRY.-¿Qué es eso?

ORMOND.-Que el centinela no responde a la consigna.

ROSEBERRY.-¿Se habrá enterado Cromwell de nuestra trama y habrá cambiado la guardia?

ORMOND.-En estas ocasiones hay que aventurarse, por que retroceder es perderlo todo.

Avancemos.

CROMWELL.-¿Quién vive?

ORMOND.-COLONIA.

CROMWELL.-(¿Cómo conseguiría engañar-
les?)

ORMOND.-El centinela no quiere responder.

CLIFFORD.-Pues bien, matemos al centinela.

JENKINS.-¡Lanzar un alma a Dios sin rezar
por ella!

CLIFORD.-¿Eso qué importa?

ORMOND.-Pero importa no herir a un hom-
bre por la espalda.

CLIFFORD.-Es preciso pasar, milord.

TODOS.- *(Bajo a Ormond.)* Sí, matemos al sol-
dado.

JENKINS.-¡Enviarle a su juez de ese modo!

TODOS.- *(Bajo a Jenkins.)* Es preciso que mue-
ra.

CROMWELL.-(¿Qué es lo que están dicien-
do?)

(Los caballeros sacan los puñales y avanzan hacia Cromwell; William Murray los detiene.)

MURRAY.-Creo que estáis en un error, estoy seguro que este hombre es de los nuestros. Si no lo fuese, al vernos agrupados hace ya tiempo que hubiera dado la voz de alarma. Quizá dándole algunos doblones le desarmemos; se calla porque quiere ser mejor pagado. Vale más que compremos otro salvoconducto que darle de puñaladas.

ROSEBERRY.-William tiene razón.

CLIFFORD.-Pues bien, tratad de comprarle.

PETERS.-Desgraciadamente tenemos pocos fondos.

SEDLEY.-Porque Cromwell ha sido un ladrón, que ha escamoteado nuestro brick como si fuera un buque contrabandista. ¡Y pretende sentarse en el trono inglés ese jefe de bandoleros!

ORMOND.-El avaro rabino Manassé me

prestó una cantidad, pero ya la hemos gastado.

¡Ah! Ahora recuerdo que Rochester me entregó

una bolsa. Aquí la tengo.

(La saca del bolsillo y la enseña a los caballeros.)

ROSEBERRY.-¡Excelente recurso!

CROMWELL.-(Parece que están celebrando

consejo; se encuentran tan embarazados como

yo; ellos quieren entrar y yo quiero que entren,

pero ni ellos ni yo sabemos cómo.)

MURRAY.-Obremos con habilidad.

CROMWELL.- *(A Murray, que se le acerca.)*

¿Quién vive?

MURRAY.-Hermano, un santo.

CROMWELL.-(¡Hipócrita!)

MURRAY.-(Hablemos su lenguaje a los evan-

gelistas.) Hermano, Sion tenía arqueros en la

torre que vigilaban de día y de noche, como

vigiláis vos.

CROMWELL.-Gracias.

MURRAY.-La noche está fría, los pájaros

duermen en sus nidos, los bueyes en sus establos, todo duerme; sólo vos vigiláis.

CROMWELL.-Cumplo con mi obligación.

MURRAY.-Estaríais mejor acostado en una buena cama.

CROMWELL.-(¡Ojalá pudiera estar!)

MURRAY.-Os heláis de frío, mientras que vuestro jefe Cromwell, duerme profundamente.

CROMWELL.-¿Crees que duerme Cromwell?

MURRAY.-Estoy seguro; por vos disfruta tranquilo y apacible sueño; os sacrificáis por él, y él ni siquiera sabrá vuestro nombre.

CROMWELL.-Sin duda.

MURRAY.-Sois muy cándido.

CROMWELL.-(Y tú eres muy astuto.)

MURRAY.-Consagráis vuestra vida a Cromwell, derramaréis por él vuestra sangre gota a gota, y nada le importará ni vuestra vida ni vuestra muerte. No tenéis que esperar ninguna recompensa, continuaréis siendo soldado,

mientras él permanecerá siendo gran capitán.

Para poseer palacios, carruajes de corte, cortesanos, guardias y criados, ¿qué es Cromwell?

Un soldado no más.

CROMWELL.-Nada más.

MURRAY.-Entonces, ¿por qué le servís tan humildemente?

CROMWELL.-No le sirvo.

MURRAY.-(Ha caído en mis redes.) Podíais muy bien ocupar su sitio y no servirle como soldado; ¿qué paga obtenéis por tan ardua ocupación?

CROMWELL.-No me paga.

MURRAY.-¡No os paga! Es criminal olvidarse de los soldados veteranos. Os compadezco.

CROMWELL.-(¡Me compadece!)

MURRAY.-¡Haceros servir sin salario!

¡Cromwell es un tirano! La cólera me ahoga.

Quiero aliviar vuestra suerte y vengaros.

CROMWELL.-¡Vengarme!

MURRAY.-De Cromwell.

CROMWELL.-¡De Cromwell!

MURRAY.- *(Bajo al oído de Cromwell.)* Abridnos la poterna; dejad que Judit corte la cabeza a Holofernes.

CROMWELL.-Para ser Judit tenéis la barba demasiado negra.

MURRAY.-Dejadnos llegar hasta el aposento donde Cromwell duerme y no os arrepentiréis.

CROMWELL.-¿No me arrepentiré?

MURRAY.-¿Qué te importa que cinco o seis vivos pasen por esa puerta? Aprovéchate de la fortuna que en estos momentos te cae llovida del cielo.

CROMWELL.-¡Llovida del cielo!

MURRAY.- *(Entregándole una bolsa.)* Toma a cuenta. Tu única ocupación consistirá en contestar WHITE-HALL al que te diga COLONIA.

CROMWELL.-(¡Ah! La palabra es WHITE-HALL.)

MURRAY.-Toma y guárdate este dinero. Nosotros pagamos en el acto.

CROMWELL.-(También yo pago.) *(Tomando la bolsa.)* Muchas gracias.

MURRAY.-Vigilarás aquí hasta que te avisemos.

CROMWELL.-Vigilaré.

MURRAY.-Muy bien. Eres un bravo.

CROMWELL.-A propósito; ¿qué pensáis hacer de Cromwell cuando os apoderéis de él?

MURRAY.-Desde luego supongo que le mataremos... y nada más.

CROMWELL.-Eso es poco.

MURRAY.-Nos satisfaremos con que muera con rapidez; no somos crueles.

CROMWELL.-(Ni yo tampoco lo seré.)

MURRAY.-¿Convenidos?

CROMWELL.-Convenidos.

(Murray se acerca a los caballeros que le esperan en el otro extremo del teatro.)

MURRAY.-Venid pronto; he pagado al levita y podemos entrar en el santuario.

ORMOND.-¿Es cosa ya convenida?

MURRAY.-Sí.

ORMOND.-Pues vamos.

(Los caballeros, formados de dos en dos, avanzan hacia Cromwell, que les presenta el mosquete.)

CROMWELL.-¿Quién vive?

ORMOND.-COLONIA.

CROMWELL.-WHITE-HALL. Pasad.

ORMOND.-Está bien. Murray, quedaos aquí para vigilar a ese hombre. ¿Dónde encontraremos al Protector?

CROMWELL.-En la sala que se llama cámara pintada.

ORMOND.- *(A Cromwell.)* Nos favorece la oscuridad de la noche; pero, sin embargo, vigilad.

CROMWELL.-Confiad en mí. Pasad.

ORMOND.- *(Con alegría.)* (Al fin voy a alcan-

zar el objeto que me propuse toda la vida, voy a conseguir el triunfo y a apoderarme de Cromwell.)

CROMWELL.- *(Siguiéndole con la vista.)* (A veces lo que se pide al cielo lo concede el infierno.)

(Ormond entra en la poterna por la que ya todos los caballeros han pasado, excepto William Murray.)

Escena IV

CROMWELL, WILLIAM MURRAY *y los cuatro bufones ocultos*

CROMWELL.-(¡Ya están dentro!)

MURRAY.-(Por fin lo conseguimos.) ¿Concebís hermano, que el Protector disponga de los reyes, como César en Roma, por haber ganado algunos combates, porque con palabras de efecto, con sermones y con farsas ha sabido atraerse a la muchedumbre y que se prosterne ante él el mundo entero, que la debía silbar?

CROMWELL.-Tenéis razón.

MURRAY.-Es un rústico que apenas sabe saludar, y que se hace servir reinando como un capataz que da su consigna y estableciendo un gobierno absoluto y despreciativo.... pero sé que está próxima su caída.

CROMWELL.-¿Y entonces habéis pensado en el derecho legítimo de los Stuardos?

MURRAY.-Este derecho, la rusticidad de Cromwell y la influencia de los amigos me hicieron entrar en la sublevación. El derecho al trono de Carlos es indudable.

CROMWELL.-Desde luego.

MURRAY.-¡Y Cromwell osa oponérsele, y camina lentamente hacia el trono! Pero es un fantasma vano que se disipará en cuanto le toquemos.

CROMWELL.- *(Con ironía.)* ¡Es un ídolo con la cabeza de oro y los pies de cera, y pretende ser rey! No sabe siquiera desbaratar una rebelión, ni prever una estratagema, y es tan necio que a estas horas se dejará sorprender en su mismo lecho. (¡Imbécil!)

MURRAY.-¡Cree que reinar es fácil! ¡Ser rey él! Nadie querría ser su cortesano.

CROMWELL.-Tenéis razón.

MURRAY.-Servirá para fabricar cerveza, pero para nada más; su nombre de fabricante no

equivale al nombre de poeta de Milton.

CROMWELL.-(¡Insolente!)

MURRAY.-¡Y pretende ser un grande hombre, un tirano, un héroe, y gobernar el mundo! Porque es afortunado se cree un Capeto, un Moisés o un César.

CROMWELL.-(¡Miserable traidor!)

MURRAY.-Nos estáis prestando un gran servicio, y cuando saldemos la cuenta general, no os olvidaré y os ascenderé a cabo. *(Vase.)*

CROMWELL.-(El enano desafía al gigante y la avecilla al águila.) *(Riendo.)*

Escena V

CROMWELL *y* MANASSÉ

MANASSÉ *entra con precaución y llevando en la mano una linterna sorda.*

MANASSÉ.-(Los puritanos, los caballeros, Cromwell y Carlos II, todos son cristianos.)

CROMWELL.- *(Viendo a Manassé.)* (¿Qué vendrá a hacer aquí ese judío? ¿Saldrá de alguna tumba?)

MANASSÉ.-Me es igual que sucumba cualquiera de los dos partidos rivales; de todos modos correrá a ríos la sangre cristiana. Que Ormond acabe con Oliverio, o que Oliverio acabe con Ormond, aquí se verificará el desenlace del drama y yo deseo presenciarlo. Las apariencias están contra Cromwell...

CROMWELL.-(¡Traidor!)

MANASSÉ.- *(Elevando los ojos al cielo.)* Todos están contra él, menos las estrellas del firma-

mento. Parece próxima su muerte, y sin embargo, su planeta brilla aún en el cenit con luz pura y limpia; y combinando con él las líneas de su mano; sólo veo un peligro real para Cromwell..., mañana...

CROMWELL.-(¿Qué peligro mañana? ¿Qué dice?)

MANASSÉ.-Pero de todos modos, o ha de perecer Ormond o Cromwell.-¡Hermosa está la noche!

CROMWELL.-(Tras el cortesano lenguaraz, el judío impío.)

MANASSÉ.- *(Mirando al cielo con el anteojo.)* Mientras llegan nuestros conjurados, estudiemos las curvas que describen los satélites de He en la órbita de Than. Golpeemos el umbral de la puerta con el santo martillo. (La línea se recurva en cuernos de carnero.)

(Se oye el grito de un centinela lejano.)

¡Alerta! ¡Alerta!

CROMWELL.-(Me interrumpen en estos momentos y tengo que repetir el grito.) ¡Alerta! ¡Alerta!

MANASSÉ.- *(Al oír la voz se vuelve sobresaltado.)* (¡Dios de Jacob! ¡No había visto al centinela!) ¡Buenas noches, señor soldado!

CROMWELL.-(El grito de alerta le intimidó; lo siento, porque me hubiera revelado...) Buenas noches, judío.

MANASSÉ.-¿Os ha apostado aquí lord Ormond?

CROMWELL.-Extraño que un hijo de los profetas me lo pregunte.

MANASSÉ.-¿Pero he acertado?

CROMWELL.-Sí.

MANASSÉ.-Me alegraré de vuestro triunfo, y si Cromwell sucumbe os felicitaré.

CROMWELL.-Muchas gracias.

MANASSÉ-¡Qué felicidad sería para nosotros que resultase el poder de los antiguos reyes!

CROMWELL-¡Ah!...

MANASSÉ.-Si llega ese caso, adelantaréis mucho en la carrera.

CROMWELL.-Sí, me ascenderán a cabo.

MANASSÉ.-¡Buena graduación! Un cabo manda a cuatro hombres, y además lleva galones.

CROMWELL.-Sí, es una buena graduación.

MANASSÉ.-Me alegro que la caída de Cromwell labre vuestra fortuna.

CROMWELL.-(¡Pérfido!)

MANASSÉ.-Es una vergüenza que el Protector saque cuentas de todo; no puedo sufrir a los fabricantes coronados; su corta inteligencia no sale de un círculo muy limitado; no dan brillantes festines ni fiestas suntuosas, ni hacen nunca empréstitos. De este modo no puede prosperar el comercio. Si, por ejemplo, os apoderáis de un brick sueco, os registran los bolsillos, os miran los dedos, y en cambio de los peligros que

arrostráis para acometer esa empresa, os dan todo lo más las tres cuartas partes del botín.

CROMWELL.-Eso es desollaros vivo.

MANASSÉ.-Son unos reyes tacaños que no saben distinguir los besantes de los zequíes.

CROMWELL.-Eso es una iniquidad.

MANASSÉ.-Eso es matar la industria.

CROMWELL.-(Muchas máscaras ocultan el rostro odioso del judío; voy a arrancárselas todas.) Judío, ¿quieres decirme la buenaventura?

MANASSÉ.-¿Queréis que os descubra vuestra futura grandeza?

CROMWELL.-Sí, lo deseo.

MANASSÉ.-Pues os voy a predecir vuestro horóscopo. Haré lo que en latín llamamos una experiencia *in anima vili*. (Puedo burlarme en latín en las narices de este ignorante.) Dadme la mano. *(Examinando con la linterna la mano que Cromwell le presenta.)* ¡Qué mano! ¡Dios de Jacob, soy muerto!

(Cae arrodillado a los pies de Cromwell.)

CROMWELL.- *(Sonriendo.)* ¿Qué haces, judío? ¿Te ha mordido el diablo?

MANASSÉ.-¡Soy muerto!

CROMWELL.-¿Es que me conoces, rabino?

MANASSÉ.- *(Con voz débil.)* Esa es la mano que gobierna al mundo, la reconozco; en sus líneas el cielo no ha escrito otro nombre que el de Cromwell. ¡Vuestro planeta no me engañó!

CROMWELL.-Judío, eres un miserable, y yo podía a mi vez hacer en ti con mi puñal una experiencia *in anima vili*, pero no quiero aplastar a un gusano. Levántate. *(Manassé se levanta y Cromwell le indica un banco de piedra cerca de la puerta.)* Siéntate ahí. *(El judío se sienta aterrado.)* ¡Siéntate y calla! Si pronuncias una sola palabra, ya no te levantarás del banco. *(El judío deja caer la cabeza sobre el pecho.)* ¡Ponerse a las órdenes de Ormond! La muerte que le hace caer entre mis redes mezcla esta ave nocturna con

aquellas aves de presa. *(Se pasea, dejando escapar de vez en cuando algunas palabras.)* Para ellos mis únicos crímenes son saludar mal y no contar bastante bien, pero no me echan en cara ni a Carlos I ni la Carta inglesa. ¿Pero qué me pesa en el bolsillo? *(Saca la bolsa que le entregó Murray.)* ¡Ah! ¡Es el precio de mi sangre! No recordaba ya que me han pagado los sublevados para asesinarme. *(Toma la linterna de Manassé, mira la bolsa a su luz y retrocede con horror.)* ¡Gran Dios! ¡El nombre de mi hijo está bordado en la bolsa! No me equivoco; he aquí su escudo: ésta es la prueba más patente de su traición. ¡Ha entregado su oro para comprar mi cabeza *(Arroja disgustado la bolsa al suelo.)* Sus prodigalidades han llegado hasta el parricidio... Oigo pasos.... alguien viene.

Escena VI

Dichos y RICARDO CROMWELL

RICARDO.- *(Avanzando lentamente hacia el proscenio.)* Está muy oscura la noche.

CROMWELL.-(¡Parece la voz de mi hijo!)

RICARDO.-¡Gracias a Dios y al centinela que he comprado estoy libre!

CROMWELL.-(¡Qué oigo!)

RICARDO.-Me cuesta caro, pero no quiero ser ingrato.

CROMWELL.-(¡No quieres ser ingrato con el villano que te deja libre para que asesines a tu padre!)

RICARDO.-Mi padre debe estar durmiendo. .

CROMWELL.-(Está muy despierto.)

RICARDO.-Y no sabrá nada. ¿Qué dirá mañana cuando no encuentre el pájaro en la jaula? Le ahogará la rabia.

(Riendo.)

CROMWELL.-(Voy a castigarle por mi misma mano.) *(Tira del puñal y da un paso hacia Ricardo, pero después se para arrepentido.)* (¡Es mi hijo!...)

RICARDO.-Cómo se reirán mañana los caballeros del chasco que yo le doy. Creo que mi padre me hubiera perdonado, pero huyendo me libro de su cólera.

CROMWELL.-(¡No te escaparás, traidor!) *(Avanza otra vez hacia él y se vuelve a arrepentir.)* (¡Es mi primogénito y Dios me le concedió en un día de felicidad; es la sangre de mi sangre!. .. ¡Ay de mí!)

RICARDO.-¡Esta vez no burlará nuestras redes; mi padre es un tirano!

CROMWELL.-(Esa palabra me decide: el parricida deja de ser hijo.) *(Avanza por detrás de él con el puñal levantado, pero el ruido de pasos que oye bajo la poterna le detiene y le hace volver a ocupar el sitio del centinela.)* (¡Oigo ruido por las escaleras! Será Ormond que vuelve con los ca-

balleros; veamos, al encontrarse mi hijo entre

ellos, hasta dónde llega su perfidia; después...

ya desenlazaremos la tragedia.)

(Entran los caballeros, con las espadas en la mano,

trayendo a lord Rochester adormecido y envuelto

con un pañuelo que le tapa la cara.)

Escena VII

Dichos, ORMOND, CLIFFORD, DROGHEDA, ROSEBERRY, PETERS DOWNIE, WILLIAM MURRAY, SEDLEY *, el doctor* JENKINS *y* ROCHESTER.

Cuando entran los caballeros, CROMWELL *ha ocupado ya su sitio y* RICARDO *se vuelve hacia ellos con asombro.*

RICARDO.-(Estos hombres parecen sospechosos; ocultémonos.)

(Se esconde entre los árboles.)

MURRAY.-El Protector no gasta siquiera lecho de brocado; en una pobre mesa espiraba una bujía solitaria y su aposento estaba muy oscuro. Merced a su letargo, ni siquiera se movió cuando nos apoderamos de él; le hemos tapado la cabeza silenciosamente, y aquí os lo traemos.

CROMWELL.-(¡A mí!...)

RICARDO.-(¿Qué será esto?)

CLIFFORD.-¡Victoria! ¡Ya está en nuestro po-

der!

RICARDO.-(¿Qué es lo que dice?)

PETERS.-Hemos conseguido lo más difícil. La

noche es muy oscura; no perdamos tiempo...

Marchémonos de aquí.

A DROGHEDA, ROSEBERRY, SEDLEY *y*

CLIFFORD *, que han traído al prisionero dormido y*

que se han parado.

ROSEBERRY.-Eso es cómodo para los que no

van cargados.

SEDLEY.-Necesitamos descansar un momen-

to.

RICARDO.-(¡Me parece conocer esas voces!)

ORMOND.-Nos hemos apoderado de Crom-

well para darle el castigo solemne que merece

su crimen; ha caído en nuestras manos ese colo-

so de la gloria que se creía un dios. Antes todo

huía delante de él; ahora aquí está sin defensa y

sin refugio. Todos tus crímenes, que cubría la diadema, pesarán en la balanza de la justicia de un modo terrible en tu última hora. Poderoso te aborrecía y abatido te compadezco. Hubiera querido vencerte combatiendo; pero apoderarme de ti sin vencerte es obtener el triunfo sin luchar. Es preciso resignarse a que los puñales sustituyan a las espadas.

RICARDO.-(Me interesa oír y callar.)

CROMWELL.-(Aprecio a lord Ormond; veo en él nobleza; el corazón del verdadero soldado siempre es leal.)

PETERS.-Vámonos; estamos perdiendo el tiempo.

DROGHEDA.-Esperad un instante; pesa como si fuera un cadáver.

SEDLEY.-Es incómoda de llevar a cualquier parte esta carga. ¿Qué hacemos?

CLIFFORD.-Matémosle aquí y todo ha terminado.

DROGHEDA.-Eso es.

SEDLEY.-Sí; es lo más breve.

RICARDO.-(Esto es un consejo de demonios.)

MANASSÉ.-(Este espectáculo amengua mi

desgracia.)

CLIFFORD.- *(Blandiendo la espada.)* ¿Termina-

mos con él?

JENKINS.- *(Deteniendo el brazo de Clifford.)* Matarle sin que se le juzgue, sin testigos, sin que

pronuncie su veredicto el jurado, es cometer un

asesinato. Defiendo a la ley y no defiendo a

Cromwell, que aunque no se le ha juzgado, a

mis ojos es criminal, porque ha desobedecido a

las leyes de Inglaterra. Creo que para hacer

brillar más la majestad sagrada, se debe separar

la cabeza del tronco del felón; pero para eso

hay que seguir los trámites legales. No podéis

condenarle así; porque no podéis ser a la vez

acusadores y testigos, jueces y verdugos.

CROMWELL.-(Reconozco en Jenkins al ma-

gistrado íntegro.)

CLIFFORD.-¿A qué vienen todas esas triquiñuelas?

DROGHEDA.-Doctor, dejaos de fórmulas.

MURRAY.-Esos son discursos tontos.

CLIFFORD.-Mi daga es juez y juzga sin apelación. ¡Matémosle!

CROMWELL.-(¡Que le maten!)

TODOS.-Matémosle.

JENKINS.-Protesto.

CLIFFORD.- *(Rechazándole.)* Protestad todo lo que queráis.

ORMOND.-Deteneos un instante, lord Clifford; el doctor tiene razón, y yo soy de su dictamen. La orden expresa del rey nos manda que le remitamos vivo el Protector, y debemos obedecer esa orden.

CLIFFORD.-Milord, cuando se ha desenvainado la espada, se debe herir; quizá no podamos disponer más que de este minuto, y debe-

mos aprovecharle. ¡Ya que Cromwell está en nuestro poder, que muera!

TODOS.-(Menos Ormond y Jenkins.) ¡Que muera!

RICARDO.-(¡Cielos, quieren matar a mi padre!) *(Se lanza en medio de los caballeros.)* ¡Deteneos, asesinos!

TODOS.-¡Gran Dios, Ricardo Cromwell!

CROMWELL.-(¿Qué intenta hacer?)

RICARDO.-Deteneos; si verdaderamente sois amigos míos, escuchadme.

MURRAY.-¡Diablo!

RICARDO.-Perdonad a mi padre.

SEDLEY.-¿Perdonó él a Carlos I?

RICARDO.-Aunque cometiera ese crimen, yo no tengo la culpa y no debo ser la víctima; hiriéndole a él me herís a mí.

CROMWELL.-(¡No es el Ricardo que yo creía!)

ROSEBERRY.-Os queremos como a un her-

mano, pero este afecto no debe impedir que cumplamos con nuestro deber.

RICARDO.-Os juro que no mataréis a mi padre.

CROMWELL.-(¡Me defiende! ¡Qué felicidad! ¡Juzgué mal a mi hijo!)

RICARDO.-¿Para llegar a este crimen hicisteis sentar a Ricardo a vuestra mesa? Hemos sido compañeros de diversiones y de placeres, he tenido la bolsa abierta siempre para satisfacer vuestros deseos; pues bien, comparad ahora lo que hice por vosotros con la manera como queréis pagarme.

JENKINS.- *(A Ricardo.)* ¡Bravo, valiente joven! Pero haced valer además el vicio radical del acto que quieren poner en práctica; este vicio es que carecen de derecho, por lo que me opongo con vos...

RICARDO.- *(Juntando las manos de los caballeros.)* ¡Amigos míos!...

CROMWELL.-(Juzgué injustamente a mi hijo, porque él sólo conocía de la negra trama la parte que consistía en beber.)

ORMOND.-Vuestro padre, caballero, sostenía una partida arriesgada, en la que todos nos jugábamos la cabeza; él la ha perdido.

RICARDO.-¡Sois capaces de asesinarle ante mi vista! *(Gritando con fuerza.)* ¡A mí, soldados!

MURRAY.-Los soldados están de nuestra parte.

RICARDO.-Pues bien; yo le defenderé contra todos vosotros. *(Se lleva la mano al cinto y se encuentra sin espada.)* ¿Por qué, padre mío, me desarmaste?...

CROMWELL.-(¡Pobre Ricardo!)

ORMOND.-Os compadezco, caballero, pero creedme, retiraos. Dejad obrar a los agentes del rey.

RICARDO.-¡Retirarme jamás! Me mataréis abrazado a su cuerpo.

(Se lanza sobre Rochester adormecido y le aprieta estrechamente con sus brazos.)

CROMWELL.-(Pobre hijo mío! Sería muy cruel que le matasen por defenderme.)

ROSEBERRY.-Pero, Ricardo...

RICARDO.- *(Que continúa abrazado a Rochester.)* No me separo de aquí. O le salvo, o nos matáis a los dos.

(Los caballeros tratan de desasir a Ricardo de Rochester; durante el debate Cromwell espía todos los movimientos de los caballeros como disponiéndose a socorrerle. Manassé levanta la cabeza y observa sus movimientos sin decir una palabra. Lord Rochester se despierta sobresaltado y lucha a su vez para desasirse de Ricardo.)

ROCHESTER.-¡Diablo! ¡Me estáis estrangulando!

(Todos se quedan petrificados.)

ORMOND.-¡Gran Dios!

(Rochester se arranca el pañuelo que le cubre el

rostro y Cromwell le dirige al mismo tiempo a la cara la luz de una linterna sorda.)

RICARDO.-¡El espía!

TODOS.-¡Lord Rochester!

ROCHESTER.- *(A Ricardo.)* ¿Vos erais mi verdugo? Me queríais estrangular con tanta fuerza, que parecía que creíais que mi cuerpo tenía dos almas.

ORMOND.- *(Consternado.)* ¡Rochester!

ROCHESTER.- *(Medio dormido aún y tocándose el pañuelo que lleva al cuello.)* Por aquí se conoce que ha pasado la cuerda, pero no veo la horca por ninguna parte; sin duda me colgaron de algún clavo oxidado.

ORMOND.-¿Dónde está, pues, Cromwell?

CROMWELL.- *(Acercándose y con voz de trueno.)* Aquí. ¡Fuera de las tiendas, Jacob! ¡Fuera de las tiendas, Israel!

(Al lanzar estos gritos, los caballeros, asombrados, se vuelven, y ven que ocupa el fondo del teatro mul-

titud de soldados con antorchas, que han salido de todos los puntos del jardín y de todas las puertas del palacio. Entre ellos están Thurloe y lord Carlisle. Todas las ventanas de White-Hall se iluminan súbitamente, y en todas ellas aparecen soldados armados. La figura de Cromwell con la espada en la mano se destaca en el centro de la escena.)

Escena VIII

Dichos, C ARLISLE, THURLOE *, mosqueteros, partesaneros, gentileshombres y guardias de corps de* CROMWELL.

MURRAY.- *(Espantado.)* ¡Cromwell! ¡Soldados! ¡Luces! ¡Somos perdidos!

LOS CABALLEROS.-¡Traición!

ORMOND.- *(Mirando alternativamente a lord Rochester y al Protector.)* ¡Cromwell y Rochester!

ROCHESTER.- *(Frotándose los ojos.)* ¿Me habrán ahorcado ya y estaré en el infierno? Ese palacio que echa llamas, esos espectros, esos ejércitos de demonios, que sacuden antorchas inflamadas.... sí, sí, estoy en el infierno, y aquí está Satanás, que se parece a Cromwell.

CROMWELL.- *(Señalando los caballeros al conde Carlisle y a Thurloe.)* ¡Prendedles!

Varios soldados se precipitan sobre los caballeros y

se apoderan de sus espadas, sin dejarles tiempo para que se resistan. Ormond rompe la espada en la rodilla, diciendo:

ORMOND.-Mi acero no se rinde.

RICARDO.-(Por haberme escapado de la prisión quizá mi padre me vuelva a castigar.)

ORMOND.-Hemos caído en una red fatal.

ROCHESTER.- *(A los caballeros.)* Nuestros buenos proyectos nos han salido muy mal, y Cromwell ha puesto en nuestro vino agua del Cocyto.

CROMWELL.-(No conocía a lord Ormond. A mi pesar le miro con respeto.)

ORMOND.-Nos ha engañado con astucia y con audacia.

CROMWELL.-(únicamente él se atreve a mirarme cara a cara. Es un noble adversario, que recibió un mandato y quería obedecerle. Hablémosle.) *(Se aproxima a Ormond, le contempla y dice:)* ¿Cómo te llamas?

ORMOND.-Bloum. (No quiero que me co-

nozca.)

CROMWELL.-(Por orgullo oculta su verdade-

ro nombre.) ¿Qué eres?

ORMOND.-Un vasallo rebelado contra ti en

favor de la antigua Inglaterra y de Carlos II.

CROMWELL.-¿Qué idea tienes de mí?

ORMOND.-¿De ti?

CROMWELL.-De mí.

ORMOND.-Lo que yo pienso de ti sólo se

dice con la punta de la espada.

CROMWELL.-Lo que tiene el defecto de que

al puñal algunas veces replica el cadalso.

ORMOND.-¡Qué me importa!

CROMWELL.- *(Cruzando los brazos.)* ¿Luego te

guió hasta mí la sed de sangre?

ORMOND.-Venía a castigar al regicida.

CROMWELL.-¡A castigar! ¿Con qué derecho?

ORMOND.-Con el derecho del Talión; cabeza

por cabeza.

CROMWELL.-¿Y te atreviste a penetrar en el antro del león?

ORMOND.-En el antro del tigre.

CROMWELL.-En el mismo aposento del Protector.

ORMOND.-En el aposento del regicida.

CROMWELL.-Yo solo he cargado siempre con la culpa; nunca recordáis que el pueblo rechazó el subsidio ilegal que le impuso el rey; si yo fui severo, Carlos fue imprudente; su caída fue un bien para la patria y su muerte fue sólo un desgraciado detalle.

ORMOND.-No me engañará tu hipocresía.

CROMWELL.-Vemos este punto de distinto modo.

ORMOND.-La historia te guardará el sitio detrás de Ravaillac.

CROMWELL.-El odio no te deja ver claro. Cromwell no es un Ravaillac; ni se puede comparar la mano que dirige al mundo con la mano

vulgar del asesino, ni el hacha del pueblo con el puñal del sicario. Se llega al mismo punto desde el infierno y desde el cielo, y la sangre que mancha a Caín engrandece a Samuel.

ORMOND.-Ravaillac hizo lo mismo que tú; como tú causó la muerte de un rey justo.

CROMWELL.-Le hirió demasiado bajo; a los reyes se les debe herir en la cabeza.

ORMOND.-Alejaos de mí, ya que habéis atentado a la majestad de un rey.

CROMWELL.-La sangre todo lo mancha y todo lo purifica. (Dejemos a este incurable.) Aquí está también el doctor Jenkins, y entre estos insensatos.

JENKINS.-Tenéis razón para decírmelo.

CROMWELL.-Preferisteis a mis favores participar con los sublevados de un castigo ejemplar.

JENKINS.-Milord, debo advertiros que si podéis vengaros de nosotros, no nos podéis

castigar. Es preciso definir bien las palabras

Tiranus non judex. El tirano no es juez. Si por delaciones de un traidor o de un tránsfuga hab-

éis sido el más hábil en la lucha, si contáis con

la fuerza, nosotros contamos con el derecho.

Podéis sustraernos violentamente a las leyes,

pero si morimos, nuestra muerte será arbitraria

y sólo de hecho.

CROMWELL.-Pues bien; preparaos a subir a

la horca. *(Pausa. Cromwell, después de un momen-*

to de meditación, cruza los brazos y se dirige son-

riendo a los caballeros.) Meditabais proyectos

temerarios, y si no acierto a descubrir vuestra

trama os apoderáis de mí en mi propio lecho y

me arrebatáis la vida. Confieso que vuestros

planes eran excelentes: me gusta el valor y me

place la audacia; y aunque vuestros planes fra-

casaron, no dejan de parecerme excelentes. Po-

seídos de entusiasmo y de una idea tenaz, ca-

minabais con osadía, con paso firme y recto, sin

titubear, sin palidecer y sin temblar; fuisteis enemigos temibles y adversarios dignos de mí; no debo, pues, abatiros con el desprecio, y aprecio tanto vuestro valor, que no puedo perdonaros. La estimación que os profeso quiero que sea pública, y os la voy a atestiguar haciéndoos ir a todos al cadalso. Dentro de pocas horas, cuando el naciente día derrame su primera luz, subiréis a la horca. ¡Fuera de aquí!

(Los guardias y lord Carlisle a la cabeza se llevan a los primeros. Cromwell se queda unos instantes pensativo; después se vuelve con viveza hacia Thurloe y dice:) Que lo preparen todo en Westminster. (Ya soy rey.)

(Entra en White-Hall por la poterna, y Thurloe, después de saludarle, vase por el parque.)

Escena IX

Los cuatro bufones. En cuanto salen los demás,

GRAMADOCH *asoma la cabeza fuera del escondite, mira con precaución, y al ver que el teatro está desierto, hace señas de que le sigan a los demás bufones, que aparecen riendo.*

GRAMADOCH.-¿Qué decís de esto?

GIRAFF.-Que estoy muerto de risa.

ELESPURU.-Es una escena del otro mundo lo que hemos presenciado.

TRICK.-Inaudita, loca y bufona.

GIRAFF.-Es espectáculo asombroso y alegre ver desnudo a Cromwell; ver el fuego sin humo y a Belcebú sin máscara.

GRAMADOCH.-Entre todos los actores del drama fantástico, veamos cuál es el más loco y vamos a premiarle.

TRICK.-Es Murray el más loco, porque despreciando a Cromwell, de un brinco salta desde

éste a Carlos, y torna una veleta por bandera.

GIRAFF.-No lo creas; es Ricardo, es ese hijo de Belial, que por amor a su padre quiere morir con Rochester.

TRICK.-Hubiera sido gracioso que cuando Cromwell se encendió en ira hubiera matado a Ricardo.

GIRAFF.-Sí; pero entonces el drama hubiera terminado.

TRICK.-¡Hubiera sido una lástima!

GRAMADOCH.-¿De modo que concedéis a Ricardo la muñeca de honor, que es la palma de nuestro arte?

ELESPURU.-No; yo prefiero el candor doctoral de Jenkins.

TRICK.-¿No os pareció también muy divertido que Ormond diera a Cromwell lecciones de moral?

GIRAFF.-Pues el judío es un papel muy interesante. Es muy notable ese rabino espía, usu-

rero y nigromante, que meditando siempre en la belleza del dinero, estudia los astros con su linterna.

ELESPURU.-Es un animal anfibio y extraño en los dos campos; al verle me pareció un murciélago que da vueltas al anochecer sobre una tumba.

GIRAFF.-Es tan exacta esa comparación, que indudablemente Cromwell le clavará como un espantajo sobre cualquier cruz.

TRICK.-El Protector castigará la jactancia de todos los caballeros, porque su horca tiene muchas cuerdas.

GRAMADOCH.-Sin embargo, Cromwell es el más loco de todos. Todavía quiere ser rey y la muerte está llamando a su puerta.

GIRAFF.-¿Qué es lo que dices?

TRICK.-¿Qué es lo que sabes?

GRAMADOCH.-Os lo diré más tarde.

ELESPURU.-Dilo ahora.

GRAMADOCH.-El misterio consiste en que a pesar de ser todo favorable para Cromwell, si da el paso que intenta, caerá en el precipicio donde le espera la muerte. Asistid a su coronación y os reiréis mucho. Cromwell es indudablemente más loco que todos los enanos que aplasta su paso de gigante.

TRICK.-Para dar fin al certamen hay que convenir en que los más locos, contando en este número a Cromwell, somos nosotros. Somos insensatos perdiendo un tiempo precioso que pudiéramos emplear en no hacer nada, en



dormir, en distraer nuestro fastidio cantando o en mirar cómo la luna se refleja en el fondo del pozo.

Acto quinto

Los trabajadores

La sala grande de westminster

A la izquierda, hacia el fondo, la puerta grande de la sala, vista oblicuamente. En el fondo gradas semicirculares que se levantan a inmensa altura. Grandes colgaduras de tapicería tapan los huecos de los pilares góticos alrededor de toda la sala, dejando sólo descubiertos los capiteles y las cornisas.-A la derecha se ve una pendiente revestida de tablas que figuran los escalones del estrado del trono. Muchos obreros se ocupan en trabajar allí cuando se levanta el telón; unos acaban de clavar las planchas de los escalones, otros de cubrirlos con rico tapiz de terciopelo de escarlata con franjas de oro, y otros se ocupan en levantar encima del estrado un dosel de la misma tela y del mismo color, que tiene grabadas las armas de CROMWELL.-Frente a frente del trono un púlpito. Varias tribunas alrededor de la gran sala. Son las tres de la madrugada; empieza a amanecer y la luz del alba proyecta, a través de los vidrios y de la puerta entreabierta, rayos horizontales, que hacen palidecer la claridad de muchas

lámparas de cobre de cinco picos, que alumbran a los trabajadores que están terminando la faena.

Escena I

Los trabajadores

EL JEFE DE LOS TRABAJADORES.-¡Vamos! Terminemos pronto. El dosel es demasiado ancho. *(A un trabajador que está de pie y con una Biblia en la mano.)* Hermano, leed y edificadnos.

EL TRABAJADOR.- *(Leyendo.)* «El santo templo tenía el artesón de cedro y el techo de abeto. Salomón lo construyó de espacio en espacio, en terrenos de cinco palmos, con estacas de madera de cuatro caras, cubriendo con láminas de oro su obra inmortal y colocando en el oráculo, al lado del altar, dos querubines de pie y con las alas abiertas.»

TRABAJADOR 1.º-Pues nosotros hemos hecho más que Salomón; dicho rey, para dejar terminados sus trabajos, empleó mil siete años en edificar el templo y quince en edificar el palacio: a nosotros no nos han dado más que una

hora para arreglar con suntuosidad esta gran sala.

EL JEFE.-Bien dicho, Enoch. *(A otro trabajador.)* Tomad; esta escalera es mejor. Bien... Hay que cuidarse mucho para colocar bien el trono donde se ha de sentar el Protector.

TRABAJADOR 2.º-¿Es hoy la ceremonia?

EL JEFE.-Sí. No os apresuréis demasiado, no nos suceda lo que aquella noche...

ENOCH.-¿Qué noche?

EL JEFE.-¿No os acordáis? Hace ya ocho años. Era una noche fría y oscura, la del 29 al 30 de enero, en la que también trabajábamos para milord Oliverio.

TRABAJADOR 2.º-¿No fue la noche en que levantamos el cadalso para el rey Carlos I?

EL JEFE.-Sí, Thom.

ENOCH.-¡Ah! Ya recuerdo. Apoyamos el cadalso en el palacio; no hicimos una construcción grosera como las que se destinan para col-

gar rabinos o para quemar brujos, sino un cadalso negro, bien edificado, como correspondía en aquella ocasión.

EL JEFE.-Y sólido, capaz de sostener a todos los hijos de Herodes; en él podía morir cualquiera sin temor de que se viniera abajo.

THOM.- *(Qué está en el estrado.)* Menos sólido es este trono; el que sube en él tiembla.

ENOCH.-El cadalso costó más de construir.

EL TRABAJADOR.- *(Que tiene la Biblia en la mano.)* No se acabó de construir aquella noche; y a aquel cadalso hay que unir este teatro. *(Señalando al trono.)* Aquí nos domina Cromwell desde más altura, y concluye la obra empezada hace ocho años; este trono completa aquel cadalso.

THOM.-Nahum, el Inspirado, lo ve todo con profundidad.

NAHUM.-Catafalco por catafalco, prefiero el otro: ayer le tocó el turno a Carlos, hoy nos toca

a nosotros; en el catafalco negro Cromwell inmoló al rey y en el catafalco de púrpura va a matar al pueblo.

EL JEFE.-¡Silencio! No habléis de ese modo, que pueden oíros.

NAHUM.-¡Qué me importa! Quisiera que me oyera Cromwell, y que si trata de proclamarse rey caiga, y que caiga maldito; y yo, que soy pobre y miserable, le predigo la muerte.

EL JEFE.- *(¡Imprudente!) (A Enoch.)* Sólo nos falta colocar en el estrado el gran sillón real. Ayúdame, compañero.

(Los dos suben los escalones cargados con el gran sillón, lleno de dorados y revestido de terciopelo de color de escarlata, y le colocan en medio del estrado.)

THOM.-¡Hermoso sillón! Sentado en él estará Cromwell como un rey.

ENOCH.-La noche que me estabais recordando, yo mismo preparé para Carlos un hermoso tajo de encina provisto de grapones y de doble

cadena, casi nuevo; sólo había servido para lord Strafford.

TRABAJADOR 3.º-Recuerdo que vinieron a rogarnos que no diésemos tan fuertes martillazos.

EL JEFE.-Fue el coronel de servicio, que nos dijo que tanto ruido no dejaba dormir al reo.

NAHUM.-¡Lo extraño es que durmiese!

ENOCH.-Me pagaron muy bien los trabajos de aquellas noches; con el dinero que me dieron tuvimos para vivir dos semanas mis diez hijos y yo.

TRABAJADOR 4.º-Ahora veremos si Cromwell se porta con nobleza y paga el trono tanto como pagó el cadalso.

THOM.-Este trabajo sólo es bueno para el tapicero Barebone, que es el encargado de poner los cortinajes, los sillones y los brocados, y que nos escamoteará las tres cuartas partes del salario.

NAHUM.-Es un vendedor del templo, que pone un pie en el infierno y el otro en el cielo.

THOM.-¡Silencio! Nos arrojaría de aquí si supiera que le tratamos como él trata a su señor. Aquí está. Punto en boca.

Escena II

Los mismos y BAREBONE

BAREBONE.-Bien, muy bien; estoy contento de vosotros. Veo que habéis terminado. (Voy a despedirles.) Podéis marcharos, queridos hermanos; oponeos siempre al espíritu tentador y amad a vuestro prójimo, aunque sea perverso. *(Llama al jefe del taller, que se acerca a él, mientras los trabajadores recogen sus herramientas y se llevan las lámparas y las escaleras.)* Oíd; es preciso que terminéis en seguida la coraza de búfalo de Toledo que estáis construyendo para milord Protector. *(Se inclina hacia el jefe del taller y le dice al oído)*: Sin que nadie se entere, del cuero que os sobre haced vainas para los puñales de los

santos, nuestros amigos.

Escena III

BAREBONE *solo, contemplando el trono*

BAREBONE.-Por fin ha logrado que se le construyera el trono; por fin se levanta ante mi vista el execrable edificio en el que Cromwell nos ofrece a Nemrod en sacrificio, en el que se transforma en rey el jefe tan popular, en el que va a cambiar de piel la serpiente rejuvenecida. Debe estar muy contento de mí, porque para parodiar bien a la majestad real, nada falta a ese trono abominable, a ese vergonzoso teatro, a ese altar inmundo, en el que he amontonado todas las magnificencias que he podido. Pero ya llegan aquí mis amigos los santos.

(Entran los puritanos conjurados, llevando a Lambert al frente.)

Escena IV

BAREBONE, LAMBERT, JOYCE, OVERTON, PLINLIMMON, HARRISON, WILDMAN, LUDLOW, SYNDERCOMB, PIMPLETON, PALMER, GARLAND, PRIDE, JEROBOÁN, OÉMER *y otros conjurados puritanos.*

LAMBERT.- *(Señalando el trono a sus compañeros.)* Ya lo veis, hermanos; Cromwell, insistiendo en sus designios, prosigue en su obra de reprobación. Todo lo tiene dispuesto en Westminster; el estrado y el dosel y las gradas, en las que un Parlamento vil va a faltar a su juramento, postrado a los pies de Oliverio. Aprovechemos para obrar los instantes que nos quedan; juzguemos al que va a proclamarse rey, ya que su crimen es tan patente que estáis mirando el trono que se ha erigido.

OVERTON.-Lo que estamos viendo es un cadalso; si sube al trono será para caer de más

altura. Él mismo marca su última hora. La pompa que evoca debe ser la pompa fúnebre de su tumba, y nuestros puñales deben arrojar su cadáver a la sombra no vengada de Stuardo. Ese déspota hipócrita desentierra en beneficio suyo la monarquía proscripta, y por arrebatar a Carlos el sangriento cetro, escarba en su sepulcro para robar a la tumba su corona. La muerte de Cromwell debe servir de escarmiento, y si más tarde alguno se atreve a imitarle, que tenia el que lo intente que la púrpura real se convierta en mortaja.

LAMBERT.-(Va demasiado lejos.)

OVERTON-¡Anatema contra él!

TODOS.-¡Anatema!

JOYCE.-Cuando desenvainemos la espada debemos volverla a la vaina humeando y ensangrentada hasta el puño por segunda vez con la sangre de un rey.

PRIDE.-Vino a buscar su sepulcro en West-

minster, siendo el sacerdote supremo de su secta infiel, condenada al infierno; quiso además ser el ídolo; pues bien, para celebrar su fiesta, inmolémosle sobre su mismo altar.

GARLAND.- *(Fijando la vista en los primeros rayos del sol naciente.)* Jamás brilló ante mí sol tan hermoso; jamás sentí tanto orgullo ni alegría en andar por el camino que el Señor me traza; ni cuando Strafford dobló la cabeza por nuestra voluntad entre la espada y el tajo. Ni cuando murió Land, prelado que desde su templo, en el que renacía Bethel, volvió hacia el Oriente el sacrílego altar; ni cuando Stuardo, orgulloso con sus antiguos derechos, tomaba por rayos de Dios los florones de los reyes, y soberbio se arrodilló ante el hacha del pueblo. Cada uno de ellos creyó, según está escrito, bajo su forma humana inmolar al Anticristo, pero veo hoy que Sion, triunfante, hiere en Cromwell al fatal Sicofanta, y desde las gradas

del trono mal asegurado le vuelven a hundir en el Tophet, de donde Satanás lo vomitó.

SYNDERCOMB.-¡Buena puñalada daremos hoy!

PRIDE.-Gran honor será para los que pelean en nombre del Señor.

BAREBONE.-(Los veo decididos a manchar-me el trono de sangre; perdería mucho y no lo puedo consentir.) Cuanto decís tiene para mí la dulzura del ámbar, hermanos míos, y aunque soy el último miembro de la comunidad, escu-chadme. Veo que queréis asesinar a Cromwell. ¿Es esto lícito? ¿No prohíbe el Todopoderoso herir y derramar sangre? Si sobre este punto dudáis de lo que os digo, abrid el Génesis y leed el capítulo nueve y el libro de los Núme-ros, capítulo treinta y cinco.

(Los puritanos se sorprenden y se indignan.)

JOYCE.-¿Quién se atreve a hablar así?

LUDLOW.-¿Os habéis vendido, Barebone?

GARLAND.-¿Queréis que perdonemos al Anticristo?

BAREBONE.- *(Balbuciente.)* No he dicho eso...

SYNDERCOMB.-¿Seréis un hermano traidor?

HARRISON.-No somos bandidos ni asesinos a los que se debe condenar.

OVERTON.-Matar no es asesinar. Ante el altar en que brilla una llama pura, el impuro macho cabrío se transforma en víctima sagrada y el carnicero en sacrificador. Samuel, matando a Agac, y nosotros al Protector, representamos a los ministros del pueblo y del Altísimo.

JOYCE.- *(A Barebone.)* Vuestras miradas siniestras me están indicando que tratáis de salvar a Cromwell.

BAREBONE.-¡Gran Dios, yo proteger a Atila!

GARLAND.-¿Pues de qué nace la compasión que os inspira?

BAREBONE.-De que derramar su sangre es violar la ley.

SYNDERCOMB.-Y tendréis que teñir entonces la púrpura.

PRIDE.-Barebone está loco.

LUDLOW.-El escrúpulo disfraza la traición.

BAREBONE.-¿Eso creéis?. . *(Asustado.)*

SYNDERCOMB.- *(Furioso.)* ¡Silencio!

PRIDE.-No reconozco a Barebone. Quizá un demonio ha adoptado su fisonomía para socorrer a Ammón.

GARLAND.-Puede ser, porque esta noche he tenido un mal sueño.

SYNDERCOMB.- *(Sacando la daga.)* Sometamos su magia a la prueba de la espada.

BAREBONE.-Pero al menos oídme.

LAMBERT.-Habla.

BAREBONE.-Hermanos míos, no trato de salvarle de la muerte, que es muy justa; pero podemos matarle sin cometer un sacrilegio; por ejemplo, a golpes, estrangulándole o envenenándole.

SYNDERCOMB.- *(Envainando la daga.)* Eso es otra cosa.

GARLAND.-Yo lo había comprendido mal.

WILDMAN.-Veo que por fin piensas razonablemente.

OVERTON.-Aunque sea grave falta derramar la sangre, no tenemos tiempo para matarle de otro modo.

BAREBONE.-Pues matadle como queráis... (aunque me cueste caro).

HARRISON.-Hermanos míos, demos gracias al Señor porque nos salva de que nos presten apoyo los caballeros; su ayuda hubiera empañado nuestra gloria; en esto se ve patente que el Señor reserva al triunfo para nosotros solos, pues Él es el que entrega lord Ormond a Cromwell, y Cromwell a los santos.

TODOS.- *(Agitando los puñales.)* ¡Bendito sea el Señor!

LAMBERT.-Pensad en que el tiempo se pasa,

y que ahora mismo la multitud invadirá este sitio y pueden sorprendernos.

OVERTON.- *(Bajo a Joyce.)* (Lambert siempre tiene miedo.)

LAMBERT.-No debe hacernos dormir nuestra halagüeña esperanza; debemos apresurarnos a concluir.

SYNDERCOMB.-Pues librémonos de Cromwell.

LAMBERT-¿Pero cuándo y cómo?

OVERTON.-Como espectadores curiosos presenciaremos la ceremonia, pero teniendo en la mano siempre el mango del puñal. Oiremos los discursos que se pronuncien, y cuando Cromwell reciba, sentado en el trono, la púrpura que le presente Warwick, el acero que le presente el lord Corregidor, los sellos de manos de Whitelocke, la Biblia de manos de Widdrington, y cuando tome la corona de manos de Lambert, ese debe ser nuestro instante decisivo. Entonces

le rodeamos, y cuando en su frente luzca la impura diadema, nos lanzamos sobre él.

TODOS.-¡Sí, Sí!

LAMBERT.-¿Quién le herirá el primero?

SYNDERCOMB.-Yo.

PRIDE.-Yo.

WILDMAN.-Yo.

OVERTON.-Ese honor me pertenece.

GARLAND.-Yo le reclamo también, porque para que el golpe sea más seguro he bendecido la hoja del puñal.

HARRISON.-Debo yo herirle el primero, porque le debe mi daga un golpe por cada uno de los cien nombres del Señor, y hace quince días que mi brazo se está ejercitando en herir a un Cromwell de cera.

LUDLOW.-La gloria de ser el primero en esta ocasión es grande, y yo concibo que todos la deseemos; pero es muy oportuno en tan críticos instantes que todos nos sacrifiquemos por el

público interés. Imitadme; yo renuncio a este honor y se lo confiero al general Lambert.

LAMBERT.-(¡Nadie le pedía esa generosidad!)

PRIDE.-Tiene razón Ludlow.

SYNDERCOMB.-Creo lo mismo.

LAMBERT.- *(Balbuceando.)* Hermanos míos, tanto honor me sirve de consuelo en mis aflicciones... (No debo renunciar.)

WILDMAN.-Vais a tener la dicha de hacer caer a Cromwell.

GARLAND.-Vais a tener a Satanás a los pies como el Arcángel.

LAMBERT.- *(Turbado.)* Me confunde tanto honor...

OVERTON.- *(Bajo a Joyce.)* Observad qué pálido está.

JOYCE.- *(Bajo a Overton.)* Es un cobarde.

LAMBERT.-Vuestra elección me llena de alegría, pero...

SYNDERCOMB.-Vuestro papel será tan fácil como brillante. En este sillón se sentará Cromwell. *(Sube al estrado y le indica a Lambert el sitio que debe ocupar cerca del trono.)* Vos os colocaréis aquí.

LAMBERT.-(Ya no lo puedo impedir.)

SYNDERCOMB.-Y desde aquí, sin esfuerzo, sólo separando su manto, al entregarle la corona, le hundís el puñal en el corazón. Os envidio.

LAMBERT.- *(A Syndercomb.)* Como buen hermano, os cedo el sitio de honor, si queréis admitirlo.

LUDLOW.-No; sois necesario para desempeñar ese papel. Tenéis que presentarle la corona, y nadie puede colocarse tan bien como vos para herirle; encargar esto a cualquiera de los demás sería arriesgarlo todo.

LAMBERT.-Pero yo soy el menos digno...

OVERTON.-¡Qué es eso! ¿Vaciláis?

LAMBERT.-No, no, yo lo heriré.

TODOS.- *(Agitando los puñales.)* ¡Muera el amalecita! ¡Muera Oliverio Cromwell!

BAREBONE.-Os suplico, hermanos míos, que me hagáis un favor. Cuando libertéis a Israel de un rey falso, cuando deis de puñaladas a Cromwell, no me manchéis el trono; el terciopelo ése es muy caro y vale diez piastras cada ana. *(Nueva explosión de indignación entre los conjurados.)*

SYNDERCOMB.-¡Es un vil publicano!

PRIDE.-¡Es un avaro!

GARLAND.-¡Creo oír hablar a Nabucodonosor!

WILDMAND.-¿Has aprendido la parábola del mal rico?

LUDLOW.-Al sacrificar la vida no debe pensarse en el óbolo.

BAREBONE.-Permitidme que yo me explique: no soy rebelde a Dios ni traidor a la república por tener cuidado de los bienes que del

cielo he recibido; desde la base del trono hasta

lo alto del dosel tiene diez codos de altura; ¿no

he de temer que se me estropee cuando esto es

todo lo que yo poseo?

HARRISON.- *(Contemplando el trono.)* Verda-

deramente es precioso y yo no me había fijado

en él: las bellotas son de oro puro, y sólo ese sillón de brocado vale mil jacobos.

BAREBONE.-Lo menos.

SYNDERCOMB.-El Dios que nos protege,

hermanos, concede a sus santos los bienes del

mundo. El trono nos pertenece si Cromwell

muere en él, y repartiremos entre todos sus

despojos.

BAREBONE.-¡Eso no! ¡Cielos, el brocado de

oro y los cortinajes de seda!

OVERTON.-Matémosle primero; después ya

nos ocuparemos de lo demás.

TODOS.-¡Amén!

BAREBONE.-(¡Estos santos son piratas y

quieren saquearme!)

OVERTON.-Hermanos, esperando que Israel ataque cuerpo a cuerpo al rey de Babilonia sentado en el trono, y enarbolen nuestras manos contra Oliverio I el estandarte donde haremos revivir el arpa y la palmera, seis de los nuestros se apostarán en la sala de guardias.

TODOS.-¡Bien!

OVERTON.-Doce de vosotros, ocultando los puñales, se agruparán en las gradas del vestíbulo; cuatro en las Aides; otros cuatro en el patio de las Tuteles. Los demás se diseminarán por todas las capillas de los Plantagenet, de los Stuardo y de los Tudor, defendiendo las escaleras e impidiendo el paso por los corredores. Y pierda o gane Oliverio podremos cerrarle o abrirnos el paso, y atizando la cólera de la multitud que llenará el palacio, apresurar la erupción del volcán popular.

TODOS.-Sí, que le devore.

LAMBERT.-Hermanos, la hora ha llegado;

salgamos. (¿Cómo le daré el golpe?)

LUDLOW.-Salgamos.

(Todos los conjurados, menos Barebone, salen procesionalmente lo mismo que entraron. En el momento de llegar Lambert a la puerta de la sala, Overton le retiene por el brazo.)

Escena V

LAMBERT, OVERTON *y* BAREBONE

(Oculta a Barebone a la vista de sus dos compañeros

el estrado del trono.)

OVERTON.-¿Milord general?

LAMBERT.-¿Qué queréis?

OVERTON.-Deciros una palabra.

LAMBERT.-Decídmela.

(Overton se lleva a Lambert hasta el proscenio.)

OVERTON.-¿Tenéis seguridad en el pulso?

LAMBERT.-¡Lo dudáis!

OVERTON-Lo dudo.

LAMBERT.- *(Con altivez.)* Os atrevéis...

OVERTON.-Escuchadme. Para derribar a

Cromwell fía Israel la espada a vuestra mano;

sois el elegido para cortar el nudo del drama

terrible. Recibisteis, sin embargo, sobresaltado

un honor que yo hubiera pagado al precio de

mi sangre y hubierais deseado no ser el elegido;

os conozco a fondo y sé que sois ambicioso y cobarde. *(Lambert hace un gesto de indignación y Overton le detiene.)* Dejadme concluir; he descubierto vuestros planes, que disfrazabais mal. Sé cuáles son vuestros designios; deseáis en la rebelión común desarrollar vuestra ambición, y contáis con nosotros para aseguraros el triunfo. Vuestro orgullo imagina que un enano ridículo puede reemplazar a un gigante; en una palabra, deseáis ser el heredero de Cromwell. Pero, milord, este peso es excesivo para vuestras fuerzas. Vuestra ceguedad os hace creer que el pueblo está de vuestra parte y os secunda, como si se hubiera visto alguna vez en la historia del mundo que cuando oprime el yugo a hombres libres, pese menos un tirano por ser más pequeño.

LAMBERT.- *(Furioso.)* ¡Coronel Overton, me daréis satisfacción de semejante injuria!

OVERTON.-Más tarde os la daré como quer-

áis. En este momento, por desagradable que os sea, deseo que oigáis de mis labios la voz ruda de la verdad. No sois rey todavía para tener aduladores; por lo que, sin preocuparme de vuestros sueños imperiales, he aquí lo que el deber me obliga a deciros: Tenéis que herir y os hace temblar el papel que debéis desempeñar en el drama; pero entre los espectadores que os rodeen, yo estaré cerca de vos. Si vuestra mano titubea, si cuando Cromwell se ciñe en su frente la corona no le dais de puñaladas, yo seré más rápido que vos. ¿Veis este acero? *(Enseñándole la daga a Lambert.)* Pues antes de penetrar en su corazón penetrará en el vuestro. *(Lambert retrocede con estupor y con cólera.)* Ahora podéis elegir entre las dos cobardías. *(Vase.)*

Escena VI

LAMBERT *y* BAREBONE *, siempre en un rincón del teatro.*

LAMBERT.- *(Temblando de rabia y siguiendo con la vista a Overton hasta que desaparece.)* ¡Insolente! ¡Oíd! ¡Oíd! ¡Me ha ruborizado y no le castigué! ¡Me ha humillado el traidor! Me persigue la desgracia desde que conspiro; cada vez me lanza más lejos del objeto de mis aspiraciones, y me amenaza con perderlo todo en la hora de la victoria. Retroceder es caer en el abismo; avanzar es caer en el volcán; caer en las manos de Overton o en las de Cromwell, ser víctima o ser verdugo. No tengo más remedio que herirle de muerte... Pero matar a Cromwell entre los suyos, a Cromwell que me ha colmado de honores, es una negra ingratitud.

BAREBONE.- *(Pensativo.)* (¡Escamotearme un capital que es suficiente para fundar una ban-

ca!...)

LAMBERT-Ambición fatal, me has hecho volar a demasiada altura; mis pies iban tanteando el trono y tropiezan con el tajo. Alguien viene... Acude ya la multitud; voy a vestirme para la ceremonia.

BAREBONE.-(¡Esos falsos hermanos envidian mis bienes!)

(Se va, absorbido siempre en su mismo pensamiento.)

Escena VII

TRICK, GIRAFF, ELESPURU *y después* GRA-

MADOCH

Los tres bufones llegan a la puerta principal y aún

ven a BAREBONE *que se va.*

TRICK.-¡Mira, mira a Barebone con la cabeza

baja!

GIRAFF.-No, no está contento.

ELESPURU.-Es un tonto fanático.

TRICK.-Un Jeremías mercader.

ELESPURU.-Él ha arreglado todo esto para

Cromwell.

TRICK.-Le roba.

GIRAFF.-Hace más, le asesina.

TRICK.-Calma en él su sed de oro y de san-

gre, y le quiere robar al mismo tiempo la bolsa

y la vida.

ELESPURU.-Eso no nos importa.

GIRAFF.-¿Dónde nos colocamos?

TRICK.-En esta tribuna.

ELESPURU.-Bien pensado; aquí hay sitio para todos.

(Los tres bufones pasan por detrás dé la tapicería y suben a la tribuna.)

TRICK.-Se está bien aquí.

GIRAFF.-Veremos bien la función.

ELESPURU.- *(Extendiéndose en un almohadón y bostezando.)* Buen sitio para dormir. Hemos sido muy necios, Trick, en estar velando esta noche y recibiendo la humedad de los árboles por ver desarrollarse al aire libre el drama escena tras escena, y corriendo el peligro de pillar un reumatismo.

TRICK.-Cromwell nos va a indemnizar con su coronación, pues Gramadoch nos ha prometido que tendrá raro desenlace.

GIRAFF.-Ahora mismo le veremos radiante de gloria, llevando la cola de Cromwell y empuñando la vara de marfil.

ELESPURU.-¡Vaya una gloria! Yo no soy más que un bufón y desdeñaría llevar la cola al rey Cromwell.

GIRAFF.-Por más que Gramadoch quiera tener aspecto noble, será siempre un bufón.

TRICK.-¿Sabréis decirme por qué Cromwell quiere que le lleven la cola?

ELESPURU.-Para impedir que el manto real arrastre por el barro y barra la sala.

TRICK.-Comprendo el motivo y me parece natural; pero ¿quién impedirá que le arrastre a Cromwell?

GIRAFF.-Ya lo hubiera impedido lord Ormond.

ELESPURU.-Si Cromwell no le hubiera enviado al infierno, con los pies desnudos, con la cuerda al cuello, a hacer penitencia.

GIRAFF.-¡Pobre hombre! ¿Le han ahorcado ya?

TRICK.-No.

GIRAFF.-Me alegro, porque así, cuando hayamos visto terminar este drama fastidioso, quizá lleguemos a tiempo de verle ahorcar. ¡Es preciso divertirse!

TRICK.-Pues si eso es lo que te acomoda, quizá veamos algo de eso dentro de este palacio, porque me parece que la muerte también tiene papel en el drama. Me dice mi instinto que Cromwell camina directamente a su perdición, porque su suerte fabulosa le ha abandonado. Vengo de recorrer todo Londres y sé que se han coligado contra él todos los partidos; todos le amenazan.

ELESPURU.-¿Y el pueblo?

TRICK.-Está a la expectativa. Se parece al leopardo que espera cuando ve dos lobos que luchan, y deja que se maten ambos, convencido de que él devorará al que quede vivo. En una palabra, creo que la mina está cargada y que estallará bajo los pies de Oliverio.

GIRAFF.- *(Alegre.)* Gran algazara vamos a mover los locos y los santos; ellos blandirán las espadas y nosotros aplaudiremos.

TRICK.-A propósito, señores, me ocurre una idea. Cuando Gramadoch, que sólo tiene un codo de altura, sostenga gravemente la cola del manto de Cromwell ante todo el Parlamento, y en el momento más solemne, vamos a provocar su risa haciéndole muecas.

ELESPURU.-Bien pensado.

GIRAFF.-Sí, Sí.

TRICK.-¡Pero... qué veo!, aquí viene.

GIRAFF.- *(A Gramadoch.)* ¿Cómo es que vienes aquí sin vestirte para la ceremonia?

GRAMADOCH.-Para dar más brillo a la corte del nuevo rey, el hijo de lord Roberts se ha apoderado de mi empleo, y viendo que un gran señor quiere ser mi compañero, me resigno a ser hoy portacola honorario.

ELESPURU.-¡El hijo de un lord llevar la capa

de Oliverio! Nuestra vergüenza constituye su gloria y se digna envidiarte. Sube aquí, que quiero abrazarte, porque eres la honra de los bufones.

(Gramadoch sube a la tribuna y sus camaradas le abrazan.)

GIRAFF.-Nuestra alegría no era completa porque faltabas tú.

TRICK.-Sí, cuanto más bufones hay más nos reímos, como dijo el otro; es preferible que estemos los cuatro juntos.

GRAMADOCH.-Yo también lo prefiero. Pero aquí viene Milton. La suma ya está completa.

Escena VIII

MILTON, acompañado por su guía, avanza lentamente y contempla el trono; está abatido por sombría desesperación.

MILTON.-Esto es hecho. Apuremos el cáliz, aceptemos el suplicio con todos sus tormentos; veamos cómo se proclama rey. El teatro está ya dispuesto, y antes de que el día termine descenderá a la tumba o se elevará al trono.

TRICK.- *(Bajo a Gramadoch.)* El chantre de Satanás canta bastante bien en el púlpito.

GRAMADOCH.- *(Bajo a Trick.)* No predica mal para no haberse ceñido la mitra.

MILTON.-Es desconsolador tener que odiar al arcángel mortal, que en un altar hubiera yo colocado. ¡Me ha mecido en un falaz error el hombre en quien yo adoraba la verdad!... Vengo a decirte adiós para siempre, rey fatal, que te rebelas contra el pueblo y contra Dios. Apodé-

rate, pues, del realismo de César y del duque de Guisa, que los que te doran la corona están afilando los puñales.

(Se retira a un rincón del teatro, al lado opuesto de donde están los bufones, y se queda allí inmóvil.)

Escena IX

Dichos, hombres y mujeres del pueblo; luego WILLIS, *después* OVERTON, SYNDERCOMB *y los conjurados puritanos.*

(Llega la gente del pueblo tumultuosamente, y una voz dice desde dentro):

¡Por aquí!

MILTON.- *(A su paje.)* ¿Quién viene?

EL PAJE.-Gente del pueblo.

MILTON.- *(Amargamente.)* ¡Ah, sí! ¡El pueblo!...

HOMBRE 1.º-Todavía no están aquí los guardias.

HOMBRE 2.º-Hemos llegado los primeros.

HOMBRE 3.º-Ocupemos los mejores sitios.

(Se colocan cerca del trono. Entra Ricardo Willis envuelto en la capa.)

TRICK.-Mirad entre la multitud aquel hombre que mira bizco; es el espía Willis.

(Entran Overton y Syndercomb, y se confunden con el grupo de los espectadores.)

HOMBRE 1.º-La ceremonia será magnífica.

HOMBRE 2.º-Soberbia.

HOMBRE 3.º-Oliverio sabe hacer bien las cosas.

MUJER 1.ª-El trono es de oro macizo.

MUJER 2.ª-Las franjas son preciosas.

MUJER 3ª-Tendremos mucha alegría y muchas fiestas.

MUJER 1ª-En vez de predicadores monótonos tendremos bailes.

MUJER 2.ª-Y carreras de caballos.

MUJER 3.ª-Y representaciones teatrales.

(Un soldado viejo, inmóvil hasta entonces, da un paso hacia las mujeres y grita con voz tonante):

SOLDADO.-¡Mujeres, callad!

HOMBRE 1.º-¿Qué dice ese soldado?

HOMBRE 2.º-¿Qué tiene que reprochar a nuestras esposas?

SOLDADO.- *(A los hombres.)* ¡Mujeres, callad!

LOS HOMBRES.-¿Nosotros mujeres?

SOLDADO.-Sí, sois peores que ellas.

OVERTON.- *(Tocando en el hombro al soldado.)* Sin duda os han colmado de injusticias, veterano; sin duda, después de muchos años de servicio, os han quitado el empleo.

SOLDADO.-Tenéis razón.

OVERTON.- *(A la multitud.)* Amigos, el soldado dice bien; no es oportuno reír cuando el pueblo de Israel llora; cuando un hombre, oprimiendo a los que le han protegido, viene a imponer un trono al pueblo; cuando todo empeora las desgracias que la Inglaterra sufre.

HOMBRE 1.º-Eso es verdad; pero ese soldado habla con demasiada dureza.

(La multitud aumenta poco a poco.-Entra el trabajador Nahum)

OVERTON.-Hermanos míos, perdonad a ese noble mártir, que habla con el corazón lacerado,

y dejad que mezcle su amarga queja a los gritos de nuestra pobre madre la patria, que está sufriendo ahora el alumbramiento de un rey.

HOMBRE 3.º-No sé por qué la palabra rey me hace daño.

HOMBRE 2.º-Lo que yo no comprendía, ese señor acaba de explicármelo.

Nahum.-Un rey es un tirano.

HOMBRE 2.º-¡Viva la República!

OVERTON.-Y un rey como Cromwell, falaz y opresor. ¿Qué era ayer?

SOLDADO.-Un soldado,

UN COMERCIANTE.-Un cervecero.

HOMBRE 3.º-No podremos impedir que se verifique esta fiesta horrible.

HOMBRE 1.º¡Atreverse Cromwell a usurpar la corona!

NAHUM.-En él es una impiedad querer ser rey.

HOMBRE 2.º-Un crimen.

HOMBRE 1.º-Además, está proscripta la monarquía.

OVERTON.-Todo el pueblo tiene derecho a ese trono.

HOMBRE 1.º-¿Por qué le había de tener él solo?

OVERTON.-Porque el infierno le marca el camino que debe seguir, y resucita a los reyes y los abusos antiguos y nos quiere aplastar con el peso de un trono abominable.

MUJER 1.ª-Se dice que ha hecho pacto con el diablo.

MUJER 2.ª-Se cuenta que de noche le relucen los ojos.

MUJER 3.ª-Se refiere que tiene tres filas de dientes en la boca.

(Van entrando poco a poco los conjurados puritanos, menos Lambert. Se estrechan la mano cuando se encuentran y se confunden silenciosamente con la multitud.)

NAHUM.-Él es el monstruo que anunció San Juan.

HOMBRE 2.º-Es la bestia del Apocalipsis.

OVERTON.-Al fin tendremos que ir a la puerta de su palacio a pedir limosna.

NAHUM.-No es el trono lo que necesita Cromwell; le hace falta la horca de Amán y la cruz de Barrabás.

SYNDERCOMB.-¡Muera Cromwell!

WILLIS.- *(Entre la multitud.)* ¡Muera! ¡Muera el usurpador!

MILTON.-Hablad más bajo. *(A la multitud.)*

SOLDADO.-No queremos.

NAHUM.-Las sentencias de Dios se proclaman en voz alta.

OVERTON.- *(Al soldado.)* ¡Silencio! *(Dice esto al ver que entra un destacamento de soldados del regimiento de Cromwell, con uniforme rojo, con coraza y mosquetes.)* Vienen a poner la guardia; ahora ya es preciso hablar con tiento.

(Los soldados empujan hacia atrás al pueblo por las dos partes de la sala.)

EL JEFE DEL DESTACAMENTO.-¡Plaza a los coraceros del león de Inglaterra! Haceos hacia atrás.

HOMBRE 1.º(Se conoce en su aire altivo que pertenece al regimiento del Protector.)

EL JEFE.-¡Soldados! Ya que el Espíritu Santo nos reúne, roguemos todos a Dios por nuestro general.

OVERTON.-¿Por vuestro general? Decid por vuestro rey.

EL JEFE.-¿Quién se atreve a insultarle?

OVERTON.-Yo.

EL JEFE.-Pues vos mentís.

OVERTON.-Digo la verdad.

EL JEFE.-¡Ya se guardará Cromwell de ser rey!

OVERTON.-Lo va a ser ahora mismo.

EL JEFE.-¿Quién lo ha dicho?

OVERTON.-Mirad.

(Entra el Campeón de Inglaterra, a caballo, armado de todas armas y flanqueado por cuatro alabarderos, que llevan delante de él una bandera que tiene bordadas las armas del Protector.)

Escena X

Dichos y el Campeón de Inglaterra

SOLDADO.- *(Bajo a Overton.)* Oigamos lo que va a decir.

EL CAMPEÓN.- *(Parando el caballo delante del trono.)* ¡Hosanna! Os hablo en nombre del Dios vivo. El ilustre Parlamento, después de implorar durante mucho tiempo por medio de plegarias la inspiración del Espíritu Santo para poner fin a los males que afligen al pueblo y a la fe, se apoya en Oliverio Cromwell y le proclama rey.

(Murmullos entre la multitud.)

TRICK.-Ya se indignan los cantores de salmos.

CAMPEÓN.-Si se encuentra en Londres o en sus tres reinos cualquier hombre joven o viejo, plebeyo o caballero, que se atreva a disputar su derecho a Oliverio Cromwell, yo, que soy el campeón de Inglaterra, le desafío a daga, a

hacha, a sable o a cimitarra, y le inmolaré sin cuartel y sin piedad, colgando su escudo de las crines de mi caballo. Si ese hombre se encuentra aquí, que venga y que hable y que sostenga su derecho con la punta de la espada. Vosotros todos sois testigos de que yo, limpio de todo pecado, le arrojo el guante, que quito de mi mano derecha.

(El Campeón arroja su guantelete ante el pueblo, saca la espada y la blande por encima de la cabeza.)

EL PORTA-ESTANDARTE Y LOS ALABARDEROS DEL CAMPEÓN.-Hosanna

(Silencio de estupor en el pueblo. Todas las miradas se dirigen al guantelete.)

CAMPEÓN.-¿Nadie contesta?

OVERTON.-(Si no fuera conveniente callar...)

MILTON.-¿Por qué arrojar un solo guante, campeón de Inglaterra? Vuestro señor debió arrojar tantos guantes cuantos vasallos cree tener.

(Movimiento de aprobación en la multitud.)

CAMPEÓN.-¿Quién contesta? ¡Ah, es aquel ciego! Alejaos de aquí, buen hombre.

(Los soldados hacen retroceder a Milton.)

MILTON.- *(Retrocediendo.)* Es una desgracia ser ciego.

CAMPEÓN.-Estoy esperando. ¿Nadie me contesta?

SOLDADO.-(Es arrogante y necio.)

SYNDERCOMB.- *(Bajo a Overton.)* No sé qué mano me detiene que no le castigo.

OVERTON.- *(Bajo a Syndercomb.)* Es indispensable tener prudencia.

GRAMADOCH.-(Esos locos van a embrollar la partida si recogen el guante. El drama no tiene desenlace, es preciso impedirlo.)

TRICK.-¿Y Cómo?

CAMPEÓN.-¿Ninguno me responde?

GRAMADOCH.- *(Saltando de la tribuna a la sala.)* Sí, yo.

(Sorpresa en la multitud.)

CAMPEÓN.- *(Asombrado.)* ¿Tú recoges el guante?

GRAMADOCH.- *(Levantándolo del suelo.)* Sí.

CAMPEÓN.-¿Quién eres tú?

GRAMADOCH.-Un hombre que vive de hacer muecas, como tú. Nuestras dos máscaras son engañadoras; mis gestos hacen reír y los tuyos causan miedo.

CAMPEÓN.-Tienes aire de pillastre.

GRAMADOCH.-Como tú.

CAMPEÓN.-¡Ah! Es un bufón. *(Con desprecio.)*

GRAMADOCH.-Precisamente. Por gusto y por sistema pertenezco a la corte, por mi cualidad de bufón, como tú has dicho.

MILTON-¿Qué significa esta parodia?

(Los otros tres bufones se ríen a carcajadas en la tribuna.)

GRAMADOCH.-Vamos a batirnos.

CAMPEÓN.-¡Infeliz payaso, márchate o

mando que te azoten!

GRAMADOCH.-No me trates con tanto desdén, que tú eres un maniquí como yo, pero menos alegre. Cromwell nos paga a los dos para que hagamos ruido, para que tu voz sea una campana y la mía un cascabel; yo soy un porta-cola, pero tú eres su porta-voz.

CAMPEÓN.-¿Qué arma eliges?

GRAMADOCH.-¿Yo? Este sable de madera. *(Lo desenvaina y lo agita en el aire.)* No necesito más arma que ésta para batirme con un guerrero de paja. ¡En guardia, capitán!

CAMPEÓN.- *(Señalando a Gramadoch.)* ¡Prended a ese bufón!

(Los guardias se apoderan de Gramadoch.)

GRAMADOCH.- *(Debatiéndose para no dejarse coger y riendo.)* ¡Estoy en mi derecho! ¡El cobarde me hace prender porque me tiene miedo

(Los tres bufones aplauden y se ríen a carcajadas.)

CAMPEÓN.-No habiéndome disputado na-

die el derecho que quiero hacer constar, más que un ciego y un bufón, delante de todo el mundo proclamo a Oliverio Cromwell rey de Inglaterra.

ALABARDEROS.-¡Dios salve a Oliverio rey!

(Profundo silencio en la multitud y en la tropa.)

CAMPEÓN.-Pasemos adelante.

(Vase lentamente con su cortejo.)

Escena XI

Los mismos menos el CAMPEÓN DE INGLATE-
RRA y sus *alabarderos.*

VARIAS VOCES DE LA MUCHEDUMBRE.-
¿Eso es que ya va a salir de White-Hall? -Me
parece que sí. *(Se oyen voltear las campanas y*
cañonazos con intervalos iguales.) -¡Silencio! ¿Oís
las campanas y el cañón? -Sí; ya sale. -¡Gran
Dios, cuánta gente hay en la plaza! -La multi-
tud parece un hormiguero de cabezas. -En la
plaza se han alquilado los balcones muy caros. -
¡Para ver a Cromwell! ¡Para ver a un hombre de
carne y hueso! Estos babilónicos están locos. -
¡Ay! ¡Me ahogo! -Mirad, ya desemboca en la
plaza el cortejo. -¡Ah!... *(Movimiento en la mu-*
chedumbre. Todos las miradas se dirigen con avidez
hacia la puerta grande de la sala.) -¿Quién es ese
que marcha delante? -Es el mayor Skippon, es
un soldado que tiene mucha fama. -Los santos

piensan manejar mucho los puñales. -No los manejarán tan bien como en White-Hall el 30 de enero. -Si no me estuviera ahogando, iría a estrangularte. -¡Silencio! -Aquí está el lord Corregidor. *(Sale lord Corregidor con los aldermens y todos los guardias y dependientes de la ciudad. Se detienen a la izquierda de la puerta grande. Entran los tribunales en procesión y se sientan en las gradas del fondo de la sala.)* -Ahí están los barones de los tribunales con trajes de color escarlata.

UN UJIER.- *(Que aparece en el umbral de la puerta y grita.)* ¡Plaza al Parlamento! ¡Plaza! *(Entra el Parlamenta en dos filas, precedido del Orador, ante el que marchan los maceros, los ujieres y los demás dependientes de la Cámara.)* -¿Cómo se llama el orador? -Se llama Tomás Widdrington. -Parece un buen hombre. -Pues es un Judas.

OVERTON.- *(Bajo a William.)* El pueblo es rencoroso; ya veis, ni una sola voz ha gritado: ¡Dios guarde a los Comunes!

WILLIAM.- *(Bajo a Overton.)* ¡Dios confunda a todos los miembros del Parlamento! Todos están vendidos al intruso y le adoran.

TRICK.-¿Qué va a pasar aquí?

GIRAFF.-¿Qué nos importa?

ELESPURU.-Por de pronto Gramadoch ya nos ha hecho reír.

UN UJIER.- *(Desde el balcón de la gran tribuna que está enfrente del trono.)* Milady Protectora. *(Aparece la Protectora acompañada de sus cuatro hijas; se sientan en la parte delantera de la tribuna, cuyo fondo ocupan las damas de su servidumbre. En el momento que entra en escena la familia de Cromwell se opera gran movimiento y gran murmullo en la Asamblea, y todas las miradas se fijan en la tribuna.)* -La Protectora tiene aspecto de ser poco inteligente. -Es hija de un tal Boucher. -Pero en cambio ha producido una graciosa Eva. -¿Dónde está? -A su derecha. -Es lady Francisca. -¿Su hija? -Sí. -Entonces tiene seis o siete el Pro-

tector. -No, cuatro, las que están delante. -¡Qué calor hace!

(Se oye un cañonazo en la plaza, muy cerca de Westminster.)

SYNDERCOMB.- *(Bajo al grupo de los conjurados.)* ¡Ya llega!

(Segundo cañonazo. Gran murmullo en la plaza.)

OVERTON.-Cada uno a su sitio. *(A los conjurados.) (Siguen oyéndose cañonazos a intervalos iguales. El Ayuntamiento sale a recibir al Protector.)* -¡Ah! ¡Ya está ahí! -Viene solo en la carroza. -Está mirando el reloj. -El corregidor y los sherifs le salen al encuentro. -¿Sabéis cómo va vestido? -De terciopelo negro. -El corregidor le aborda. -La carroza se para. -Le dirigen una arenga y él contesta moviendo la cabeza. -La entregan un memorial, que él da a lord Broghill. -El Protector contesta a la arenga. -Es lástima que no se pueda oír lo que dice. -Se apea del carruaje. -Va a rezar a Dios en la sala

de la Cancillería. -Que se vaya a rezar al infierno. -¡Silencio! -Mirad al portaespada y después al portacola. -Y al reverendo ministro con su capa azul. -El lord corregidor, a caballo, precede a su carroza con la espada desnuda. -Ese usurpador feroz tiene el aspecto de los reyes antiguos. -¡Muera Oliverio el último! -Dejádmele ver. -Aquí está.

(Cromwell, rodeado de su séquito, aparece en el umbral de la puerta grande-Murmullo en la muchedumbre, que se descubre con respeto. -El Protector va vestido de terciopelo negro, sin espada y sin capa. -Cerca de él y delante se coloca el lord Corregidor, con la espada desnuda y levantada; detrás, también con la espada en alto, lord Carlisle. Con el séquito llegan los generales Desborough, Fletwood, Thurloe, Stoupe, los secretarios de Estado y los secretarios particulares del gabinete, Ricardo Cromwell, Hannibal Sesthead, con sus pajes dinamarqueses; multitud de generales y de coroneles, y el predicador

Lockyer. -Se coloca junto a la puerta de la derecha el grupo de grandes dignatarios que deben figurar en la ceremonia; lord Warwick lleva la púrpura real en almohadones de terciopelo rojo; lord Broghill el cetro; el general Lambert la corona; Whitelocke los sellos del Estado; un regidor, que representa al Corregidor, la espada; un abogado de los Comunes, que representa al orador del parlamento, la Biblia.)

Escena XII

CROMWELL, *su familia, su séquito y la muche-*

dumbre

En cuanto Cromwell aparece en la puerta grande,

cesan de oírse el vuelo de campanas, el

toque de clarines y los cañonazos, pero en cambio se

oyen las aclamaciones desde fuera de palacio.

VOZ AFUERA.-¡Viva el lord Protector de

Inglaterra!

OVERTON.- *(Bajo a Garland.)* Esas aclamacio-

nes son pagadas.

GARLAND.- *(Bajo a Overton.)* No tardaremos

en hacerlas callar.

(Cromwell da algunos pasos en la escena. Silencio

profundo.)

CROMWELL.-¡La paz sea con vosotros, en

nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

VARIAS VOCES.-¡Viva Cromwell!

THURLOE.- *(Bajo a Cromwell.)* El pueblo os

apoya y os idolatra.

CROMWELL.- *(Bajo a Thurloe.)* Como hoy aplaude mi elevación, mañana aplaudiría mi suplicio.

EL ORADOR DEL PARLAMENTO.-Milord, cuando Samuel ofrecía Sacrificios, por Medio de una parábola viva manifestaba al rey Saúl que era un peso excesivo para un hombre solo el gobernar un pueblo entero, por lo que Maximiliano dice con frecuencia que es muy difícil gobernar un imperio. En efecto, hay pocos mortales capaces de dirigir el paso de las naciones. El inmenso carro que arrastran los acontecimientos, cargado de hombres, rueda pesadamente, y para guiarle por escabrosos caminos se necesitan brazo fuerte y manos poderosas, por lo que es dificilísimo escoger un hábil conductor: deben elegirle dos poderes, y necesita reunir la elección del pueblo y la elección de Dios: escogido así, llegará a ser uno de

los pocos e ilustres mortales que como faros alumbran a los pueblos, cuya luz siguen desde lejos. De lo que acabo de decir se deduce que sólo un brazo poderoso y hábil es capaz de dirigir la marcha de un pueblo, y que el pueblo necesita un jefe, y el mundo un hombre; este hombre, milord, sois vos.

CROMWELL.- *(Al orador.)* Agradecido, manifiesto a todas horas mi reconocimiento al Todopoderoso, porque me ha impulsado a conseguir la grandeza y la prosperidad de Inglaterra. En Irlanda, a pesar de las discordias civiles, la fe rápidamente invade las ciudades; y la carnosidad de la úlcera papista, que quema Harry, mi teniente, la extirpa con una mano y la cauteriza con la otra. Dentro de sus murallas Roma ya no tiene ningún apóstol. En Escocia a los clans se les ha obligado a cumplir con su deber. En el exterior todo va bien. Dunkerque no tiene esperanza de salvarse, e Inglaterra, aliándose

con Francia, influye sobre España. Nuestro comercio en la India ha progresado mucho. He enviado dos escuadras a la Jamaica. El toscano está ya arrepentido, le perdonaremos; y cuando todo a nuestro alrededor esté pacificado, iremos a salvar al moscovita de las hordas del Sultán, ya que éste nos invita y ya que Dios secunda nuestros proyectos. Ya que conseguimos el favor celestial, inclinemos la frente y doblemos las rodillas; recemos para que el Espíritu Santo descienda hasta nosotros.

(Cromwell se arrodilla; todos le imitan. Momentos de silencio y de recogimiento.)

SYNDERCOMB.- *(Bajo a Overton y a Garland.)* Ahora que todos están arrodillados, con las espadas en el suelo y distraídos, ¿por qué no nos arrojamos sobre él?

GARLAND.-Ahora no. ¡Matarle cuando está rezando!

SYNDERCOMB.-¿Pues qué hacemos?

GARLAND.-Rezar también, por que Dios le pierda. Que elija Dios entre las dos oraciones.

CROMWELL.- *(Levantándose.)* ¡Vamos!

(Todos le imitan. El conde de Warwick avanza con pasos lentos y mesurados hacia el Protector, pone una rodilla en tierra y le presenta el manto real guarnecido de armiño.)

WARWICK.-Dignaos vestir esta púrpura, milord.

(Con la ayuda de Warwick, Cromwell se pone el manto real.)

OVERTON.-Se cubre ya con la mortaja.

GARLAND.-Es del color de escarlata de la prostituida Tyro.

WILDMAN.-¡Tarda mucho en caer el rayo!

(Cromwell, con la púrpura, de la que lord Robert sostiene la cola, avanza hacia el trono. El conde Warwick le precede con la espada en alto; lord Carlisle le sigue con la espada inclinada hacia el suelo.)

MILTON.- *(Con voz de trueno.)* ¡Cromwell, ay

de ti!

CROMWELL.- *(Volviéndose.)* ¿Quién habla?

MILTON.-Acuérdate de los idus de marzo.

OVERTON.- *(A Milton.)* No divulgues nues-

tros secretos.

CROMWELL.-Milton, explicaos.

MILTON.-Mane, Thecel, Phares.

(Cromwell le mira con desprecio y sube al trono.)

OVERTON.-¡Sube al trono! Respiro.

GARLAND.-Estemos alerta.

(Cromwell se sienta en el trono. Se coloca a su lado Warwick y Carlisle detrás del sillón; Thurloe y Stoupe a los lados. El lord Corregidor, seguido del Ayuntamiento, avanza hasta el pie del trono con el almohadón que sostiene la espada; sube algunos escalones, pone una rodilla en tierra y presenta la espada a Cromwell.)

CORREGIDOR.-Lord Oliverio, recibid de

nuestras manos esta espada. No en la fragua,

sino en la frente de los tiranos, un pueblo ente-

ro ha forjado este acero. La hoja tiene dos filos, para que pueda servir como espada de la justicia y como espada de la guerra. Para que a la vez, terrible en el combate y en el templo, brille en las manos del soldado y flamee en las manos de Dios. La honorable ciudad de Londres os la entrega.

(Cromwell se ciñe la espada, la desenvaina, la blande, después se la devuelve a lord Corregidor, que la envaina y se retira.)

WHITELOCKE.- *(Se aproxima a Cromwell con el mismo ceremonial.)* Milord, aquí tenéis los sellos.

(Cromwell toma los sellos; después se los devuelve a Whitelocke, que se retira. El orador del Parlamento, con los oficiales de la Cámara de los Comunes, avanza llevando la Biblia.)

ORADOR.-Milord, aquí tenéis el libro.

(Cromwell toma la Biblia, el orador se retira. El general Lambert, pálido e inquieto, se aproxima llevando la corona en un rico almohadón de terciopelo

carmesí. Overton se coloca cerca de él.)

LAMBERT.- *(Arrodillado en las gradas del estrado de Cromwell.)* Milord...

OVERTON.-(Aquí estoy yo, ¡valor!)

LAMBERT.-(¡A mi lado!) Recibid la corona...

OVERTON.- *(Sacando el puñal y en voz baja a Lambert.)* (Y la muerte.)

(Todos los conjurados que están entre la multitud llevan la mano a los puñales.)

CROMWELL.- *(Como despertándose sobresaltado.)* ¡Deteneos! ¿Qué significa esto? ¿Por qué darme la corona? ¿Quién me la da? ¿Con qué derecho vienen a confundirme con los reyes? ¿Por qué escandalizar así nuestras fiestas religiosas? ¡Coronarme a mí, que hice caer la cabeza de los reyes! Milores, amigos, hermanos, que me estáis escuchando; no he venido aquí para ceñirme la diadema, sino para que el pueblo corrobore mi título, para que rejuvenezca mi poder, para que renueve mis derechos. La es-

carlata sagrada está teñida dos veces; su púrpura pertenece al pueblo, y yo la recibí de él con lealtad, pero ni le he pedido ni quiero la corona real; que yo no daría uno solo de mis cabellos, que han blanqueado sirviendo a Inglaterra, por todos los florones de los príncipes del mundo. Quitad de mi vista y llevaos ese juguete ridículo que halaga la vanidad. Me conocen muy mal los que quieren afrentarme coronándome. He recibido de Dios lo que ellos no me pueden dar, un don imperdible, el de ser dueño de mí mismo. El que es hijo del cielo no puede dejarlo de ser: por eso el universo está envidioso de nuestras prosperidades, y el pueblo inglés es un pueblo escogido. La Europa es el humilde satélite de nuestra isla; todo cede a nuestra buena estrella: parece que el Señor nos haya dicho: «Inglaterra, sé grande y serás mí hija predilecta» El señor nos colma con abundantes bondades, y cada día que acaba, cada día que amane-

ce, añade un eslabón de oro a nuestra cadena inmensa. ¡Y me atrevería yo a ir contra Dios, que nos concede una suerte privilegiada entre todas las suertes del mundo! ¡Me atrevería a hollar el derecho del pueblo escogido posponiendo su interés al mío! ¿Creéis cogerme con el anzuelo de una vana diadema? Ingleses, yo he destrozado una corona en otro tiempo, sin haber llevado nunca ninguna, y sé bien lo que pesa. No quiero cambiar por una corte el campamento que me rodea, ni la espada por él cetro, ni el casco por la corona; ¡no soy tan niño! Construirme un trono es cavarme una tumba. Cromwell sabe que el que sube ha de caer. ¡Ah! ¡Llevaos ese símbolo execrable y odioso! Tened piedad de mí, hermanos, en vez de envidiar al Protector, porque siento ya al peso de los años debilitarse mis fuerzas y que está próximo mi fin. Hace ya mucho tiempo que estoy atado al poder; estoy viejo y cansado y necesito reposar.

Cada día suplico a la bondad divina, dándome golpes de pecho, que aparte de mi pensamiento el vano orgullo de querer ser rey, y voy a llamar, para que lea en mi alma, a un teólogo que sea lumbrera de la Iglesia para consultarle sobre este punto. Debo rendir cuentas al Altísimo de vuestra libertad, y quiero, siguiendo su ley como mi ley suprema, cumplir lo que dice el salmo doce. *(Grandes aclamaciones y aplausos. Las palabras de Cromwell han disipado poco a poco la hostilidad que el pueblo y los soldados sentían hacia él, hasta el punto de hacerles entusiasmar. Estupor en el Parlamento y en el séquito del Protector. Cromwell se levanta, y con un gesto imperioso hace callar a la multitud.)* Sobre esto roguemos al Señor con corazón humilde que nos persevere en su santa gracia. Os he hablado con el corazón en la mano, y como última súplica os pido perdón por haberos entretenido con mis palabras tanto tiempo.

(Vuélvese a sentar.-Nuevos transportes y aclamaciones del pueblo. Los conjurados puritanos, desconcertados, guardan silencio sombrío.)

OVERTON.-(¡Morirá en la cama!)

GARLAND.-(Ya que le aplauden, que le sufran.)

VARIAS VOCES.-¡Viva el Protector de Inglaterra! ¡Gloria al vencedor de Tyro!

OVERTON.-(¡Nos ha chasqueado! Alguno nos ha denunciado...)

BAREBONE.-(Este es el único medio de salvar mis intereses.)

CROMWELL.-Lambert, comeréis hoy conmigo. *(Bajo.)* ¿Por qué tembláis ya si no está a vuestro lado?

LAMBERT.-¿Quién? *(Asustado.)*

CROMWELL.-Overton. Ya sé que erais del complot.

LAMBERT.-Milord, os juro...

CROMWELL.-No juréis..

LAMBERT.-Pero si...

CROMWELL.-Tengo testigos. Erais el jefe.

LAMBERT.-¡Yo el jefe!

CROMWELL.-De nombre.... porque estabais asustado de vuestra propia audacia, y no os hubierais atrevido a clavarme el puñal frente a frente.

LAMBERT.-¡Milord!

CROMWELL.-Me han asegurado que habéis sentido de pronto grandes deseos de vivir en la soledad, por lo que me presentaréis en seguida vuestra dimisión.

(Cromwell le despide con un signo. Lambert desciende del estrado y vuelve a formar parte del séquito. Cromwell ve en aquel momento el cetro que lord Broghill ha depositado en las gradas del trono.)

CROMWELL.-¿Qué hace ahí ese cetro? Quitad de ahí esa muñeca. Para ti, bufón *(Indicando a Trick.)*

(Redoblan las aclamaciones. Entra un ujier de la

ciudad, se inclina ante el trono y se dirige a Crom-

well.)

UJIER.-Milord, el supremo Shérif.

CROMWELL.-Que entre.

(Entra el supremo Shérif.)

CROMWELL.-¿Qué tenéis que decir?

SHÉRIF.-Milord, los prisioneros, los conde-

nados a muerte...

CROMWELL.-¿Están ya ejecutados?

SHÉRIF.-Todavía no.

CROMWELL.-Me alegro.

SHÉRIF.-Hewlet levantó al amanecer la horca

en Tyburn. Antes de ser conducidos al sitio

fatal desean ser introducidos ante vuestra alte-

za. ¿Ordeno la ejecución o la retardo?

CROMWELL.-¿Qué es lo que alegan?

SHÉRIF.-Dicen que quieren hablaros.

CROMWELL.-Traedlos.

SHÉRIF.-¿Aquí, milord?

CROMWELL.-Aquí. *(A una señal de Cromwell*

el Shérif se inclina y se va.) Doctor Lockyer, habéis sido elegido para edificarnos con la palabra santa; os espero. El tiempo pasa.

(El doctor Lockyer sube con embarazo al púlpito que está enfrente del trono.)

LOCKYER.-Milord, he aquí el texto que he elegido.

CROMWELL.-Hablad, hablad.

LOCKYER.- *(Leyendo en una Biblia que tiene en la mano.)* «Un día que se reunieron los árboles para nombrar rey, dijeron al olivo: Sed nuestro monarca...»

CROMWELL.-Hermano, ¿de dónde tomáis ese texto temerario?

LOCKYER.-De la Biblia, milord.

CROMWELL.-¿De dónde?

LOCKYER.- *(Presentándole el libro.)* Del libro de los Jueces; capítulo IX, versículo VIII.

CROMWELL.-¡Callaos! Ese texto en nada se relaciona con las circunstancias. Podíais haber

encontrado otro mejor en las Sagradas Escrituras; como por ejemplo: «Maldito sea el que en su camino engaña al ciego errante o este otro: «El verdadero sabio se atreve y duda podíais tratar esas y otras cuestiones ante un pueblo instruido, piadoso y grande; estoy cansado de oír esas predicaciones de colegio; bajad de ahí.

(Nuevas aclamaciones. Lockyer, confundido, baja del púlpito y se pierde entre la multitud.-Entra un ujier de la ciudad, que se para en el umbral de la puerta grande y dice en alta voz):

UJIER.-Milord, los prisioneros.

CROMWELL.-Que entren.

(Entran los caballeros presos; lord Ormond va al frente. Les precede el supremo Shérif y vienen custodiados por arqueros y guardias del Municipio.)

Escena XIII

Los mismos, ORMOND, ROCHESTER, ROSEBERRY, CLIFFORD, DROGHEDA, PETERS DOWNIE, SEDLEY, WILLIAM MURRAY, JENKINS *y* MANASSÉ, *con las manos atadas detrás de la espalda, con los pies desnudos y con una cuerda al cuello. El supremo* SHÉRIF, *arqueros de la ciudad y guardias del Municipio.*

LOS GUARDIAS.-¡Plaza!, plaza!

(Entran los caballeros y se detienen ante el trono de CROMWELL; *Ormond y Rochester van en primera fila; conservan actitud serena, mientras que Murray y Manassé parecen aterrados.)*

CROMWELL.-¿Qué es lo que queréis? (¡Si me pidieran perdón!)

ORMOND.-Somos de hierro, y no venimos a implorar merced, favores ni perdón. Vamos a morir y hasta nos envanece el suplicio; nada es capaz de acobardarnos ni de envilecernos.

Además, no debemos esperar piedad del Protector.

CROMWELL.-¿Pues qué es lo que queréis?

ORMOND.-Saber qué camino habéis elegido para conducirnos al cielo. Nos han dicho que estamos condenados a la horca; pero. ¿sabéis lo que somos?

CROMWELL.-Bandidos condenados a muerte.

ORMOND.-Somos gentileshombres, y como vemos que lo ignoráis, venimos a enseñároslo. Los que disfrutan de nuestro rango no pueden ser condenados a la horca; de ella está libre la nobleza; por eso venimos a reclamar.

CROMWELL.-¿Es esto todo? (Me piden que les perdone la vida.)

ORMOND.-Sí, os pedimos que reflexionéis: reclamamos que en nosotros se cumpla la ley.

CROMWELL.-Entonces, ¿qué es lo que deseáis?

ORMOND.-Que se nos libre de la vergüenza de la horca y de sus indignidades y que nos corten la cabeza, ya que tenemos derecho a ser decapitados.

CROMWELL.- *(Bajo a Thurloe.)* (Estos hombres singulares no conocen el miedo, y hasta al cadalso sube con ellos el orgullo; su preocupación les sigue hasta la eternidad.) ¿Queréis que al entrar en el cielo la puerta se os abra de par en par, y pensáis que sería demasiado honor para el verdugo ahorcar a muy altos y poderosos señores? Sin embargo, en vuestras filas se encuentran algunos que pueden ser colgados, sin que sus antepasados se ruboricen, porque no los tuvieron nunca. Por ejemplo, ese judío y ese magistrado plebeyo.

JENKINS.-A mí no se me puede juzgar. Carecéis de derecho para imponerme la muerte y para castigarme con cárcel o con multa. Soy libre, y leo en la Carta normanda: *Nulus homo*

liber imprisionetur.

ROCHESTER.- *(Riendo a Sedley.)* Ahora se nos descuelga citando leyes del tiempo del rey Arturo.

CROMWELL.-He conseguido apoderarme de vosotros, jefes y cómplices, haciéndoos caer en vuestras propias redes; ha llegado la hora de castigaros, y habéis elegido mal la ocasión para pretender mis favores.

ORMOND.-No pedimos favores, milord; reclamamos un derecho de que goza la nobleza inglesa.

CROMWELL.-Habéis penetrado esta noche en mi casa, con la espada desenvainada, después de seducir a mi guardia, creyendo, sin testigos, apoderaros de mí y en mi propio lecho; si hubierais conseguido vuestro objeto, ¿qué hubierais hecho de mí?

ORMOND.-No os hubiéramos condenado a la horca.

CROMWELL.-No, porque teníais mucha prisa, y el puñal mata más pronto. Pero habéis caído en mis manos y os pregunto: ¿qué deseáis de mí?

ORMOND.-Morir como caballeros, y morir por nuestro rey.

CROMWELL.-Anciano, os vais a sentenciar vos mismo. ¿Si hubiera caído yo en vuestro poder, me hubierais perdonado?

ORMOND.-No os hubiera concedido el perdón.

CROMWELL.-Pues yo os lo concedo.

(Movimiento de sorpresa entre la multitud.)

LOS CABALLEROS.-¡Qué dice!

CROMWELL.-¡Estáis libres!

ORMOND.-Si supierais quién soy...

CROMWELL.-Eso no me importa. *(Bajo a Thurloe.)* Si dice quién es, no respondo de que el pueblo le respete. *(Se vuelve de repente hacia lord Broghill, que ha estado callando hasta entonces.)*

Lord Broghill, uno de vuestros antiguos amigos está en Londres.

(Ormond y Broghill se quedan asombrados.)

BROGHILL.-¿Quién es ese amigo, milord?

CROMWELL.-Lord Ormond.

BROGHILL.-(¡Dios mío! Si sabrá...)

CROMWELL.-Hace cinco días que está en la ciudad, y aquí tenéis un paquete que debe interesarle. *(Saca el paquete sellado que le cogió a Davenant.)* ¿Sabéis su dirección?

BROGHILL.-No, milord.

CROMWELL.-Bloum, en el Strand, Hotel del Ratón.

ORMOND.- *(Examinando el pergamino que Cromwell tiene en la mano.)* (Davenant ha sido traidor y ha entregado a Oliverio la carta del rey.)

CROMWELL.-Devolved a Ormond esto de mi parte; si esa carta hubiera caído en otras manos, le hubiera comprometido. Decidle además que

se ausente de Londres, o por mejor decir, que no vuelva, y si necesita dinero, entregádselo de mi parte.

ROSEBERRY.- *(Bajo a Ormond.)* ¡Sois muy feliz! ¡Si quisiera pagarme mis deudas!...

ROCHESTER.- *(Bajo a Ormond.)* Me encanta su proceder delicado; os libra de la afrenta de que pronunciéis aquí vuestro nombre.

CROMWELL.-¡Milord Rochester!

ROCHESTER.-¿Qué dice vuestra alteza?

CROMWELL.-Que os concedo la gracia de que os vayáis al infierno. Mi docto capellán, permitidme que os aleje de nosotros. Gracias a una fuerte multa impuesta, es caro jurar en Inglaterra; y como vos no podéis dejar de jurar, si os quedarais aquí os arruinaríais muy pronto.

ROCHESTER.-Gracias por el buen consejo. *(El pueblo se ríe y se mofa de él.)* (¡Aplaude, raza infame!)

CROMWELL.-Doctor, os ordeno que os llev-

éis a vuestra esposa.

ROCHESTER.- *(Temblando.)* ¡A mi esposa!

CROMWELL.-Sí, a milady Rochester.

(La señora Guggligoy desciende precipitadamente de la tribuna de la Protectora y se arroja al cuello de Rochester.-La multitud silba.)

GUGGLIGOY.-¡Querido esposo! *(Abrazándole.)*

ROCHESTER.-(¡Esto me faltaba!)

CROMWELL.-Partiréis juntos; no debe separarse una mitad de la otra. Seguid a vuestro marido.

ROCHESTER.-(Sin duda quiere ver el efecto que producen nuestras dos mitades juntas.)

CROMWELL.-William Murray, recibiréis la pena de azotes que merecéis por el pueril complot que tramasteis contra mí, en nombre de Carlos Stuardo.

(El pueblo aplaude.-Dos arqueros y dos servidores de la justicia se opoderan de Murray, que oculta el

rostro con las manos, con vergüenza y desespera-

ción.-Cromwell se dirige al rabino.)

CROMWELL.-Ese judío, que hubiera sido un

buen racimo de horca, queda libre. *(Manassé*

levanta la cabeza alegremente.-Cromwell, volviéndo-

se hacia Barebone.) En castigo le condeno a pagar

tu cuenta, Barebone.

(Barebone saca del bolsillo un pergamino largo,

que remite a Manassé.)

MANASSÉ.- *(Examinando la cuenta.)* ¡Dios de

Sabaot! ¡Es carísima!

CROMWELL.-Los demás presos quedan li-

bres.

(Los arqueros desatan a los caballeros.)

THURLOE.- *(Bajo a Cromwell.)* (¿Todos, mi-

lord? Las circunstancias son tan graves que...)

CROMWELL.-(Tengo al pueblo de mi parte;

¿para qué me he de ensangrentar?)

(Murray se arroja de rodillas a los pies de Crom-

well.)

MURRAY.-¡Perdonadme, milord!

CROMWELL.-¿Del castigo del látigo? Debe honrarte que te azoten por servir a tu rey; de ese modo lograrás ser mártir. *(Hace un signo y los arqueros se llevan a Murray. El Protector se dirige a la multitud con aire imperioso e inspirado.)* Pueblo inglés, perdonemos a nuestros enemigos vencidos; el elefante no debe aplastar a las serpientes. *(El pueblo responde al Protector con largas aclamaciones.)* Quiero que este día sea notable por mi clemencia; id a buscar a Carr, que está preso en la Torre de Londres. *(El supremo Shérif sale.-Willis se acerca a Ormond, que está entre el grupo de los caballeros.)*

WILLIS.-Os felicito, milord.

ORMOND.- *(Asombrado.)* ¡Me felicitáis cuando estáis libre también! (¡Este hombre es un problema!) *(Bajo a Willis.)* Davenant es un traidor, y si le encuentro...

WILLIS.-No lo creáis; ya que habéis escapado

del peligro, sed prudente.

CROMWELL.-Stoupe, mañana que embar-
quen en el Támesis a esos locos y que salgan de
Londres.-Sir Hanníbal Sesthead, aunque sois
primo de un rey, quiero que sepáis que yo sólo
mando en mi casa. Vuestras costumbres son
muy ligeras, y habéis recogido en el extranjero
hábitos que no convienen a mi pueblo: llevad-
los a otra parte.

SESTHEAD.-(Mejor perdona un complot que
un sarcasmo, y por eso me castiga.)

*(Sale con sus pajes.-La multitud le silba, y aplaude
a Cromwell.)*

OVERTON.- *(Bajo a Garland.)* Ha conseguido
entusiasmar al pueblo; con sus golpes de efecto
se lo ha atraído.

ROCHESTER.- *(A Roseberry.)* Contra el Protec-
tor, Dios nos ha protegido.

CROMWELL.-¿Qué hace mi bufón Grama-
doch entre cuatro guardias?

UN ARQUERO.-Este enano extravagante se atrevió a recoger el guante que arrojaron en defensa de los derechos de vuestra alteza.

CROMWELL.-¡Tunante!

GRAMADOCH.-Eso sólo podía hacerlo un bufón.

CROMWELL.-Vete. *(Sonriendo hace señas a los arqueros de que le suelten. El Protector se dirige a Milton.)* ¿Estáis contento, hermano? Yo estoy satisfecho de vos. ¿Tenéis que pedirme algo?

MILTON.-Sí; una gracia.

CROMWELL.-Hablad y os la concedo.

MILTON.-Vuestra alteza ha perdonado a todos sus enemigos, excepto a uno.

CROMWELL.-¿A quién?

MILTON.-A Davenant.

CROMWELL.-¿Pretendéis que perdone a Davenant, que es papista y espía del rey?

MILTON.-Permitidme que insista en ello. Era sublevado, es papista, y tramaba vuestra muer-

te; pero habéis perdonado a todos los que la intentaban.

CROMWELL.-No puedo; no hablemos más de esto. -Deseo, mi querido Milton, proclamaros poeta laureado.

MILTON.-No puedo aceptar esa honra, milord, porque el empleo no está vacante.

CROMWELL.-¿Pues quién lo desempeña?

MILTON.-Davenant; y ya que está encerrado en la cárcel, dejémosle su corona de laurel.

CROMWELL.-Eso son razones de poeta; ¿discurriendo de ese modo pensáis regir a los gobernadores de los Estados, cuando pasáis la vida atormentando las palabras para encajonarlas en metros frívolos?

MILTON.-Salomón compuso cinco mil parábolas.

CROMWELL.- *(A su hijo.)* Ricardo, ya que has de ser mi heredero, te debo abrir las puertas de la milicia y del Parlamento. Te nombro coronel,

par de Inglaterra y miembro del Consejo privado.

RICARDO.- *(Con embarazo.)* Pero... las ocupaciones de la Cámara..., mis aficiones.... me confunde tanta honra. Si me permitís que os diga lo que pienso, os contestaré que no valgo tanto como creéis y que me otorgáis más de lo que deseo.

(Cromwell, descontento y desconcertado, le despide haciendo un gesto.)

CROMWELL.-(¡Si mi hijo segundo fuese el primogénito!... ¿De qué servirá todo lo que hago?)

(Entra Carr acompañado del supremo Shérif. Atraviesa por entre la multitud, contempla con indignación el aparato real que le cerca, y avanza gravemente hacia el trono de Cromwell.)

Escena XIV

Dichos y CARR

CARR.-¿Para qué me llamas? Ni los calabozos sirven de refugio contra el tirano. ¿Qué me quiere el apóstata y el tránsfuga?

VARIAS VOCES.-¡Qué calle ese furioso!

CROMWELL.-Dejadle hablar, amigos: cuando el cielo quiso experimentar a David, permitió que le anatematizara el hijo de Semey. -Continúa.

CARR.-Éste ha sido siempre tu sistema de hipocresía; ocultar sonriendo planes engañosos y cubrir tu frente infernal con un velo celeste; burlarte atormentando y hablar con ironía al corazón que gotea sangre; pero para romper tu cetro y tu máscara al mismo tiempo, el Señor me ocultó y me dijo-: Coge el laúd, recorre la ciudad, arroja del templo de Cromwell al pueblo servil, pulveriza el altar y arroja su ídolo al

fuego. Dile: El egipcio es hombre y no es Dios. -Has ascendido, Cromwell, hasta tu trono de gloria, pero tiembla, porque al día radiante sucede la oscura noche. Recuerda al cazador Nemrod: el Señor, triunfante, rompió su arco de hierro como un juguete de niño. -Señor de los potentados, señor de los poderosos, tu brazo ha borrado a su capricho los límites de los Estados; la muchedumbre ante ti retrocede y tiembla, y el mundo es para ti una presa, de la que te has apoderado en tu marcha triunfal con tus grandes combates, y Dios te ha sostenido desde arriba y el pueblo desde abajo. Tú no eras nada por ti mismo. Eres el instrumento de la cólera celeste. ¿Dónde están los dioses de Emath? ¿Dónde están los dioses de Ava? Esos ídolos reinaron, y tú pasarás como ellos. Muy pronto los santos Gab, Zabulón, Azer, Benjamín, Neftalí, subirán al monte Hébal para maldecirte; las mujeres y los niños te seguirán

riendo; para tus ojos, que cegará el infierno, el cielo será de bronce y la tierra de hierro. Te dormirás en lecho de púrpura, pero Dios te aplastará la cabeza entre dos piedras, y llegará un día en que veremos que los pueblos ilustrados con tus huesos apedreen a los tiranos. Porque ya hemos visto sobre tronos impíos Faraones en Menfis, sultanes en Etiopía, papas, duques, emperadores y déspotas divertirse en torturar a los pueblos. Pero entre todos los azotes que el Señor nos envía, no ha nacido mago, monarca ni sátrapa tan atrevido, cruel y astuto como tú. ¡Maldito seas Cromwell.-¿Habéis concluido ya?

CARR.-Todavía no. ¡Maldito seas al salir la aurora y al ponerse el sol! ¡Maldito en tu corcel de batalla!

CROMWELL.-¿Y qué más?

CARR.-En el aire que respiras, en el lecho que duermes, en la mesa que comes.

CROMWELL.-¡Basta!, que vais a echar los pulmones. Escuchadme. Porque lo merecisteis estabais encerrado en la cárcel. Os abro las puertas y os perdono. Marchaos.

CARR.-¿Y con qué derecho? ¿Con qué derecho me quieres arrancar del calabozo y romper las cadenas que tú mismo me has forjado? El Parlamento largo me encarceló; lo merecí por haberle hecho traición y me castigó. Encerrado estuve en el fondo de una torre, sin ver la luz del día, sumido en perpetua noche, y tuve hambre y sed, pero el castigo era justo y lo sufrí. ¿Pero tú con qué derecho vienes a tocar el templo santo? Lo que los santos han ligado tú no lo puedes desatar. Los santos me condenaron, y nadie más que ellos tienen derecho a absolverme, y ante ese pueblo vil yo marcho con altivez, porque soy el último vestigio vivo de su autoridad. Prefiero mi muerte a tu destino, Cromwell; mi torre a tu palacio, y no cam-

biaría mi condena por tu crimen, ni tu cetro usurpado por mi cadena legítima. Si quieres abrirme las puertas de la prisión y que goce de completa libertad, pon el Estado en equilibrio, restablece el Parlamento... Después ya veremos. Vendrás conmigo, a mi lado, marchando los dos con la frente baja y atados con una soga, y nos presentaremos a la barra a implorar nuestro perdón. Mientras llega ese día, déjame en libertad de volver a la cárcel. *(Grandes risas en todo el auditorio.)* Haz callar a tu jauría. Soy el único inglés quizá que, aunque encerrado en mi calabozo, no te reconozco por señor; soy el único inglés que es libre. Desde allí te maldeciré, Cromwell. Me vuelvo a la cárcel.

CROMWELL.-Como queráis.

TRICK.-Se equivoca. No vuelve a su prisión, vuelve a su palco.

(Vase Carr con aire altivo y sale de la escena entre los silbidos del pueblo.)

SYNDERCOMB.- *(Bajo a Garland.)* Carr ha sido el único hombre que ha habido entre nosotros.

VARIAS VOCES.-¡Gloria a los santos! ¡Gloria a Cristo! ¡Gloria al Dios del Sinaí! ¡Dios conserve la vida al Protector!

(Syndercomb, exasperado por las imprecaciones de Carr y por las aclamaciones del pueblo, saca el puñal y sube al estrado.)

SYNDERCOMB.- *(Agitando el puñal.)* ¡Muerte al rey de Sodoma!

CARLISLE.- *(A los alabarderos.)* ¡Detened al asesino!

CROMWELL.-¡Dejad subir a ese hombre! ¿Qué quieres?

SYNDERCOMB.-Tu muerte.

CROMWELL.-Te dejo en libertad. Vete.

SYNDERCOMB.-Yo soy el vengador, y si tu impuro séquito no me cerrase la boca...

CROMWELL.-Habla.

SYNDERCOMB.-No es ésta ocasión de

hablar; si no me detuvieran el brazo...

CROMWELL.-Hiere. *(Presentándole el pecho.)*

SYNDERCOMB.-¡Muere, pues, tirano!

(Va a herirle, pero el pueblo se precipita sobre él y le desarma.)

UNA VOZ.-¡Ya que con el asesinato responde a la clemencia, que perezca el asesino, que muera el parricida!

(El pueblo, indignado, se apodera de Syndercomb y le arrastra fuera de la sala.)

CROMWELL.- *(A Thurloe.)* Id a ver lo que sucede.

(Thurloe sale.)

OTRA VOZ.-¡Que muera el pérfido!

CROMWELL.-Hermanos míos, le perdono, porque no sabe lo que hace.

UNA VOZ.-¡Que le arrojen al Támesis! ¡Que le echen al agua!

THURLOE.- *(Que entra.)* El pueblo ya está satisfecho, porque lanzó al río al furioso apóstol.

CROMWELL.- *(La clemencia es un medio excelente de gobierno.)*

(Pausa. -Óyense los gritos de alegría y de triunfo de la multitud. Cromwell, sentado en el trono, saborea con fruición las aclamaciones delirantes de la muchedumbre y del ejército.)

OVERTON.- *(Bajo a Milton.)* Ése ha sido una víctima humana inmolada al ídolo; ya dispone de todo, del ejército y del pueblo. Tiene todo lo que necesita para afirmarse en el poder; nuestros esfuerzos sólo han servido para engrandecerle: inútil es ya desafiarle y combatirle; ahora puede ya anonadarnos uno tras otro; consiguió inspirar amor y miedo. Debe estar satisfecho.

CROMWELL.- *(Pensativo.)* (¿Cuándo seré rey?)

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web